

Premio John W. Campbell

LA PUERTA DE IVREL

EL LIBRO DE MORGAINÉ
VOLUMEN I



PREMIO HUGO

C. J. CHERRY

Lectulandia

Sembradas por la Galaxia, se encontraban las Puertas espacio-temporales de una raza extraterrestre que, habiendo desaparecido, no había sido olvidada. En su momento, mucho antes del nacimiento de las civilizaciones nativas, habían aterrorizado a cien mundos. Pero no por maldad, sino por insensatez, por jugar con vínculos que mantiene el universo unido.

Ahora, la misión era destruir esas puertas, eliminar su capacidad para el mal, arrancar el horror de las manos de los pocos que ansiaban alcanzar el poder a través del uso maligno de las Puertas. Esta es la historia de una de esas puertas y de uno de esos mundos.

Lectulandia

C. J. Cherryh

La puerta de Ivrel

El libro de Morgaine - 1

ePub r1.0

OZN 26.04.14

Título original: *Gate of Ivrel*
C. J. Cherryh, 1976
Traducción: Arturo Villarrubia
Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Las puertas fueron la ruina del pueblo qhal. Las había por doquier, en cada mundo, habían sido durante milenios una realidad cotidiana. Y habían unido toda la red de civilizaciones de los qhal. Un imperio que abarcaba tanto el tiempo como el espacio, porque las Puertas conducían a otros tiempos tanto como a otros lugares... excepto al final.

En un principio, la faceta temporal de las Puertas no había sido un motivo de gran preocupación. La tecnología de las Puertas había sido descubierta en un mundo muerto del sistema qhal. Un descubrimiento que, al haberse realizado en las décadas iniciales del viaje espacial, había abierto para ellos la ruta a las estrellas. A partir de entonces las naves espaciales sólo fueron utilizadas para el transporte inicial de técnicos y equipo a lo largo de una distancia de años luz.

Pero después de que la Puerta de cada mundo era construida, el viaje hasta ese mundo, y sobre su superficie, se convertía en instantáneo. El tiempo detenía su paso en el tránsito entre las Puertas. Era posible ir de un punto a otro, separados por distancias de años luz, sin envejecer. Al margen del tiempo real de las naves espaciales. Y era posible seleccionar no sólo el lugar de llegada, sino incluso el momento. Hasta momentos diferentes sobre un mismo mundo, proyectándose hacia adelante, a otro momento posterior de su existencia, en otro lugar del camino de los mundos y de los soles.

Por ley, no había marcha atrás en el tiempo. Se había especulado, desde que el aspecto temporal de las Puertas fue descubierto, que los accidentes en el futuro no tendrían peores consecuencias que en el presente. Pero las manipulaciones en el pasado podían afectar múltiples hechos y vidas.

Así, el pueblo qhal emigró a través del futuro. Congregándose en número creciente en las épocas más remotas. Emigraban también en el espacio y se entrometían insolentes en los asuntos de otros seres, arrancando de sus goznes segmentos enteros del tiempo. Por lo general detestaban las formas de vida ajenas a su mundo. Incluso las que se les parecían o podían aparearse con ellos. Si era posible, odiaban a estos posibles rivales más que a nada, e igualmente a los mestizos, porque no entraba en su carácter el soportar divergencias. Sencillamente, utilizaban las razas menores según les servían, y sembraban los mundos que colonizaban con lo que habían recogido en mundos compatibles y les apetecía. Podían experimentar con los mundos y saltar en el tiempo para ver los resultados. Al ser el uso de las Puertas restringido estrictamente a los qhal, cosechaban las riquezas de los otros, de los que no eran qhal y se arrastraban por los siglos al ritmo del tiempo real. A los qhal, al final, les quedaban pocas necesidades y pocas ambiciones, excepto por el lujo y el entretenimiento y el ansia que les unía construir otras Puertas, incluso más lejanas.

Hasta que alguien, en algún tiempo, retrocedió y manipuló, quizá de manera infinitesimal.

El conjunto de la realidad se retorció e hizo trizas. Empezó con pequeñas anomalías que crecieron masivamente hasta convertirse en un esfuerzo temporal que alcanzó los confines del tiempo y el espacio en que había Puertas.

El tiempo rebotó, produciendo algunas ondas de distorsión que se centraron en algún punto del Ahora sobre extendido.

Al menos, eso fue lo que dedujeron los especialistas del «Science Bureau» cuando los mundos que sobrevivieron fueron descubiertos, junto con los pecios, reliquias qhal, que habían sido arrojados por el tiempo. Y entre ellos estaban las Puertas.

Las Puertas existen. Por tanto, podemos suponer que existen en el futuro y en el pasado. Pero no podemos saber hasta dónde se extienden hasta que no las utilicemos. De acuerdo con la actual creencia qhal, que carece de respaldo, mundo tras mundo ha sido afectado. Y en esos mundos los elementos están muy mezclados. Entre estas anomalías puede haber supervivencias, extraídas de nuestra propia área, que podrían resultar letales al ser conducidas atrás en el tiempo.

Es la opinión de esta oficina que las Puertas, una vez pasadas, deben cerrarse desde el lado más lejano del espacio y del tiempo o corremos el riesgo constante de una nueva implosión espaciotemporal como la que arruinó a los qhal. Es la teoría de los propios qhal que esta zona del espacio ha presenciado otra implosión anterior, quizá de unos pocos años o de milenios, que fue conducida por la primera Puerta y receptor descubiertos por los qhal, que emanó la primera cultura extraterrestre desconocida y después la suya. Existe un riesgo constante de que nuestra existencia pueda verse afectada en cualquier instante mientras exista una sola Puerta. Es la opinión generalizada de la oficina, en su mayoría, que las Puertas deben emplearse, pero sólo para despachar una fuerza para cerrarlas o destruirlas. Un equipo ha sido preparado. El regreso para ellos resultará imposible, por supuesto. Y la duración de su misión es indeterminada. Así que, por un lado, puede resultar en la captura o destrucción inmediata del equipo o puede resultar una tarea de una dimensión temporal tal que una generación, o una docena, de la fuerza expedicionaria no resulten suficientes para alcanzar la Puerta definitiva.

(Journal, Science Bureau, vol. XXX, pág. 22).

Sobre la altura de Ivrel se alzan piedras talladas con tales runas qujalinas que, si un hombre las toca, se lo llevan en cuerpo y alma al instante. En estos lugares de poder se mueven grandes fuerzas que las magias qujalinas aún controlan. Conocería la sangre qujal de esta manera. Si nace un niño de ojos grises y estatura considerable que, huyendo de Dios, busca sitios como esos, porque a los ajal les falta el alma, y,

sin embargo, por sus hechizos, viven hermosos y jóvenes más años que los hombres.
(Libro de Embry, Hait-an-Koris).

En el año 1431 del calendario común hubo guerra entre los príncipes de Aenor, Koris, Baien y Korissith contra la fortaleza de Hjemur-tras-Ivrel. En ese año el señor de Hjemur era el brujo Tbiye, hijo de Tbiye, señor de Ra-Hjemur. Señor de Ivrel de los Fuegos que da sombra a Irien.

Y en ese tiempo vinieron al exilado señor de Koris, Chya Tiffwy, hijo de Han, cinco desconocidos como nunca habían sido vistos en estas tierras. Dijeron que habían venido de muy al sur y se hicieron bienvenidos de Chya Tiffwy y del señor de Aenor, Ris Gyr, hijo de Leleolm. Ahora fue observado claramente que uno de los desconocidos era seguramente de raza qujal, siendo una mujer de color pálido y tan alta como la mayoría de los hombres. Otro era de color dorado, pero no distinto de los que hacen por naturaleza en Koris o en Andur. Ahora los ojos de Tiffwy y de Gir fueron seguramente cegados por su gran deseo. Siendo hijos de hermanas y estando el reino de Tiffwy en manos del señor de Ivrel de los Fuegos. Entonces persuadieron con grandes juramentos y promesas de recompensas a los señores de Baienan, el principal de los cuales era también primo de ellos, siendo éste el señor Seo, que era hijo del tercer hermano del señor de Andur Rus. Y de a caballo reunieron siete mil, y de a pie reunieron tres mil, Y con las promesas y juramentos de los cinco izaron sus banderas contra el señor Thiye.

Ahora bien, hay un dolmen en el valle de Irien, tallado con runas, similar a otros en Aenor y Sith, y parecido al gran arco del Fuego Brujo de Ivrel, según opinión general, y había sido cuitado siempre, aunque no había hecho daño alguno nunca.

A este lugar siguieron los señores de Afidur a Tiffwy, hijo de Han, y a los cinco para asaltar Ivrel y la fortaleza de Hjemur. Y resultó evidente que Tiffwy había sido engañado por los extraños, porque diez mil bajaron al valle de Irien desde la altura de Groien, y de ellos todos perecieron menos un joven de Baienan, llamado Tem Reth, cuya montura tropezó en el camino y así salvó su vida. Cuando despertó de su letargo no había ser vivo sobre el campo de Irien, ni hombre ni bestia, aunque ningún enemigo había ocupado el campo. De los diez mil sólo quedaban algunos cadáveres, y en ellos no se encontraban heridas. Este Reth de Baien-an abandonó el campo con vida. Pero, lamentando esto mucho, entró en el monasterio de Baien-an, donde pasó su vida en oraciones. Habiendo realizado tal maldad, los extraños desaparecieron. Fue dicho, sin embargo, por mucha gente de Aenor, que la mujer regresó allí y escapó aterrorizada cuando se alzaron en armas contra ella. Por ello, se dice que murió en una colina de piedras llamada la tumba de Morgaine, porque por ese nombre la conocían, aunque se asegura que tuvo muchos nombres y títulos y derechos de señora. Allí se cuenta que duerme, esperando que la gran maldición se rompa y sea

liberada. Por eso, cada año la gente de la aldea de Reomel acude allí llevando regalos y emitiendo maldiciones, no sea que por casualidad despierte y les haga mal.

De los otros no se encontró rastro ni en Irien ni en Aenor.

Anales de Baienan

CAPÍTULO I

Nacer kurshino o andurino era una circunstancia que importaba poco en términos de orgullo. Sólo señalaba a un hombre como hombre, y no como a un salvaje como los que habitaban al sur de Andur-Kursh en Lun, en fin, o que no estaba manchado con brujería y sangre qujalín como la gente de Hjemur y hacia el norte. Entre Andur de los montes y Kursh de las montañas existía escaso motivo de rivalidad, era sólo decir que uno era pastor o cazador, pero ambos eran verdaderos hombres y hombres de Dios, y una vez —en los tiempos de los emperadores de Koris— formaban una nación.

Nacer en un cantón en particular, como Monja o Baien o Aenor, ésta era una cuestión que merecía lealtad. Una lealtad que tenían en común todos los morijanes o baienenses o aenorinos, cualquiera que fuese su rango, ya había un fuerte amor al hogar en la gente de Andur-Kursh.

Pero dentro de cada cantón existían las familias, y las familias eran el verdadero punto focal del amor, del orgullo y de la lealtad. En la mayoría de los cantones, varias familias gobernantes ascendían y caían dentro de continuos ciclos de rivalidad y lucha por el poder, y existían las más numerosas familias menores que estaban acostumbradas a obedecer, Morija era única, en el sentido de que tenía una sola familia gobernante y las otras cinco estaban sometidas. Originalmente habían existido las familias Yla y Nhi. Pero la familia Yla había perecido hasta el último hombre en Irien hacía cien años, así que ahora sólo quedaban los Nhi.

Vanye era un Nhi, lo que quiere decir que era honorable hasta el extremo de la obsesión; era un guerrero espléndido y brillante, hábil con los caballos. Tenía, sin embargo, estados de ánimo que cambiaban con mucha rapidez y una despreocupación que mantenía a la familia Nhi en un continuo fermento de conspiraciones y traiciones. Vanye no ponía en duda estas verdades respecto a sí mismo: después de todo era el carácter propio de toda la familia Nhi. Era lo esperado de todos los que llevaban la sangre, al igual que cada familia tenía su personalidad atribuida. Un joven Nhi gastaba todas sus energías viviendo a la altura de lo que se esperaba o viviendo en desafío con sus rasgos menos deseables.

Sus hermanastros poseían también estos rasgos, como, por supuesto, el señor Nhi Rijan, que era padre de todos ellos. Pero Vanye era Chya por el lado korishio de su madre, y los Chya eran volátiles y artísticos y el orgullo dominaba a menudo su buen sentido. Sus hermanastros eran Myya, que era una familia guerrera de Morija, ambiciosa pero sometida, cuya gente era aficionada a los secretos, fría y en ocasiones cruel. Estaba en el carácter de Vanye ser locuaz, sin importarle las consecuencias. Como estaba en el carácter de sus hermanos guardarse su propia opinión. Su carácter era irritable, mientras el de sus hermanos era implacable. No era culpa de nadie, a no

ser que fuese culpa de Nhi Rijan, quien había sido lo bastante descuidado como para engendrar a un bastardo Chya, y dos hijos legítimos Nhi-Myya y alojar a los tres bajo un mismo techo. Y un día de otoño, a los 23 años de Nhi Rijan en Ra-Morij, un hijo de Rijan murió.

Vanye no se atrevía a presentarse ante Nhi Rijan su padre, hicieron falta varios Myya para obligarle a entrar en aquel cuarto, iluminado por antorchas, que apestaban fuertemente a fuego y miedo. Entonces no quiso mirar a su padre a los ojos, sino que se dejó caer, apoyando el rostro en el suelo, y tocó con la frente el frío pavimento de piedra, y descansó allí, sin moverse, mientras Rijan atendía a su heredero superviviente, Nhi Erij, que estaba gravemente herido: el afilado mandoble había estado a punto de cortar los dedos de la mano derecha, la mano con que manejaba la espada. Y sacerdotes sudorosos, junto al viejo San Romen, trabajaban con el príncipe quejoso, dándole bebedizos y emplastes para calmar su dolor, mientras intentaban salvar sus miembros dañados.

Nhi Kandrys no había sido tan afortunado. Su cuerpo, la frente ceñida con una cuerda roja para retener su alma hasta el funeral, descansaba entre luces funerarias sobre otro banco de la armería.

Erij contuvo un grito ante el toque y el silbido del hierro, y Vanye parpadeó. Hubo un hedor de carne quemada. Eventualmente, las quejas de Erij se volvieron más débiles, conforme el vino drogado fue haciendo su efecto. Vanye alzó la cabeza, temiendo que también este hermano hubiese muerto. Algunos morían por el efecto conjunto de la cauterización, el impacto y el vino drogado. Pero su hermanastro todavía respiraba.

Y Nhi Rijan golpeó con toda la fuerza de su brazo y arrojó a Vanye rodando, mareado, por los suelos. La cabeza todavía le dolía cuando se arrastró para retomar su postura de rodillas, con la cabeza inclinada a los pies de su padre.

—Chya asesino —dijo su padre—. Mi maldición, mi maldición sobre ti —y su padre lloró. Esto le dolió a Vanye más que el golpe. Levantó la mirada y contempló una expresión de completo asco. Nunca había imaginado que Nhi Rijan fuese capaz de llorar.

—Si hubiese empleado el pensamiento de una hora al procrearte, hijo bastardo, no habría engendrado hijos de una Chya. Chya y Nhi es un cruce desafortunado. Me gustaría haber ejercitado una mayor prudencia.

—Me defendí —protestó Vanye con los labios amoratados—. Kandrys pretendía derramar mi sangre..., mira... —y mostró su costado, donde la armadura de práctica ligera estaba desgarrada y manaba la sangre. Pero su padre apartó el rostro de esto.

—Kandrys era mi primogénito —dijo su padre—, y tú fuiste el entretenimiento de una noche sin la menor importancia. Y he pagado muy cara esa noche. Pero te recogí en la casa, le debía eso a tu madre, ya que tuvo la desgracia de morir, dándote la vida.

También fuiste la muerte de ella. Tenía que haberme dado cuenta de que estabas maldito de esa manera. Kandrys muerto, Erij mutilado..., todo por alguien como tú, hijo bastardo. ¿Esperabas ser el heredero si los dos morían? ¿Era eso?

—Padre, pretendían matarme —lloró Vanye.

—No. Poner esa arrogancia tuya en su sitio..., eso quizá. Pero no matarte. Tú eres el que ha matado. El que ha asesinado. Quien ha vuelto su filo contra su hermano en las prácticas. Lo cierto es que estás vivo y mi primogénito no. Y me gustaría que fuese al revés, bastardo Chya. Nunca debí haberte recogido. Nunca.

—Padre —gritó Vanye, y el dorso de la mano de Rijan aplastó la palabra en su boca y le dejó limpiándose la sangre de los labios. Vanye se inclinó de nuevo y lloró.

—¿Qué haré contigo? —preguntó Rijan al cabo.

—No lo sé —dijo Vanye.

—Cada hombre lleva su propio honor. Lo sabe.

Vanye levantó la vista, mareado y temblando. No podía hablar en contestación a eso. Dejarse caer sobre su propia espada y morir..., esto era lo que le pedía su padre. El amor y el odio estaban tan mezclados dentro de él que se sentía partido por la mitad. Y las lágrimas le cegaron, haciéndole sentirse todavía más avergonzado.

—¿Lo emplearás? —dijo Rijan.

Era el honor de los Nhi. Pero la sangre Chya fluía con fuerza en su interior y los Chya amaban demasiado la vida.

El silencio pesaba en el aire.

—Los Nhi no pueden matar Nhis —dijo Rijan por fin—. Entonces nos abandonarás.

—No deseaba matarle.

—Eres hábil. Está claro que tu mano es más honrada que tu boca. Golpeaste para matar. Tu hermano está muerto. Planeaste matar a los dos hermanos, y Erij no estaba ni siquiera armado. No puedes darme otra respuesta. Te convertirás en ilin. Esto te lo impongo.

—Sí señor —dijo Vanye tocando el suelo con la frente, y había un sabor de cenizas en su paladar. Sólo había perspectivas cortas para un ilin sin señor. Y hombres semejantes se convertían a menudo en simples bandidos y terminaban de mala manera.

—Eres hábil —dijo su padre de nuevo—. Lo más probable es que encuentres un lugar en Aenor, ya que una mujer Chya es la esposa de Rys de Aenor-Pywn. Pero tienes que atravesar las tierras del señor Gervaine, entre los Myya. Si Myya Gervaine te mata, tu hermano habrá sido vengado. Y será hecho sin sangre en las manos de los Nhi, o en sus aceros.

—¿Es lo que deseas? —preguntó Vanye.

—Has elegido vivir —dijo su padre. Y del propio cinturón de Vanye sacó la

espada del Honor, que era el signo distintivo de los uyin. Y cogió el pelo largo de Vanye, que era el distintivo Nhi de la hombría, y lo cortó bruscamente a longitudes irregulares. Y, cuando hubo terminado con esto, Nhi Rijan colocó su talón sobre la espada y la rompió, arrojando los fragmentos al regazo de Vanye.

—Arregla eso —dijo Rija—, si es que puedes.

El viento sopló frío sobre su nuca afeitada. Vanye encontró fuerzas para levantarse, y sus dedos entumecidos aún sostenían los fragmentos de su corta espada.

—¿Tendré caballo y armas? —preguntó sin estar seguro de recibirlos, pero sin ellos moriría con seguridad.

—Toma todo lo que es tuyo —dijo el Nhi—, la familia Nhi quiere olvidarte. Si eres capturado dentro de nuestras fronteras, serás ejecutado como un enemigo y un desconocido.

Vanye se inclinó, se dio la vuelta y salió.

—Cobarde —gritó la voz de su padre detrás de él, recordándole el insatisfecho honor Nhi que demandaba su muerte. Y, ahora, él deseaba fervientemente morir, pero ya no serviría de ayuda a su personal deshonra. Estaba marcado como un delincuente para la horca, como los más bajos criminales. El exilio no había exigido este castigo adicional..., era la justicia personal del señor Nhi Rijan. Porque los Nhi también tenían una naturaleza más oscura que resultaba en su venganza implacable y excesiva.

Se puso su armadura, ocultando la vergüenza de su cabeza bajo una cofia de cuero y un yelmo picudo, y envolviendo en torno al yelmo la bufanda blanca del ilin, el guerrero vagabundo, que podía ser reclamado por cualquier señor que le concediera hospitalidad.

Los ilinin eran a menudo criminales, o sin familia, o bastardos sin reconocer y algunos hombres religiosos que hacían penitencia por algún pecado en particular. Atados por una auténtica esclavitud conforme a los códigos del ilin, que vinculaban las almas a servir durante un año al ser reclamados.

No pocos se convertían en mercenarios, aceptando una paga y perdiendo el rango de uyin; o, en completa deshonra, se convertían en ladrones; o, si eran honrados y honorables, se morían de hambre, o eran robados y asesinados, bien por forajidos, bien por señores fronterizos que reclamaban y tomaban sus servicios y entonces les reclamaban todas sus propiedades.

Los Reinos Medios no estaban en paz, no había habido paz desde Trien y la generación anterior. Pero tampoco había grandes guerras, como las que podían hacer la vida de un ilin rentable. Había sólo la pobreza aplastante para las aldeas y, en Koris, los esbirros del mal de Hjemur..., oscuras hechicerías y señores forajidos, mucho peores que los forajidos de la sierra.

Y estaba la pequeña tierra de Morij Erd, propiedad del señor Gervaine, que

bloqueaba su camino a Aenor y a su única esperanza de seguridad.

Fue el segundo invierno, el frío de los pasos altos y un caballo muerto lo que finalmente le impulsaron a dar el paso desesperado de intentar cruzar las tierras de Gervaine.

Una negra flecha myya había derribado a su caballo capado, el pobre Mai, que había sido su montura desde que por primera vez alcanzó la madurez. Y el equipo de Mai estaba ahora sobre una yegua baya que había conseguido de un myya..., al estar su propietario más allá de necesitarla.

Le habían perseguido desde Luo hasta Ethrithmri, y sólo en una ocasión se había vuelto para combatir. Colina por colina, le habían empujado hacia las montañas del sur. Él corría con ganas ahora, aunque estaba débil a causa del hambre y le quedaba poco grano para su caballo. Aenor estaba justo detrás de las próximas sierras. Los Myya no eran amigos de Rys de Aenor-Pywn y no se arriesgarían a adentrarse en esa tierra.

Tardó en darse cuenta de cuál era la naturaleza del camino que había empezado a recorrer, era la vieja carretera qujalma y no la que él buscaba. Ocasionalmente, el pavimento resonaba bajo las herraduras de la yegua baya. En otros momentos había piedras que se alzaban a los lados del camino y empezó a temer que se dirigía hacia los lugares muertos, los sitios malditos. Nevó durante un tiempo, blanqueándolo todo, deteniendo la persecución (al menos tenía esa esperanza). Y pasó la noche sobre la silla, atreviéndose a dormir sólo un rato al amanecer, después de que los movimientos de los arbustos hubieron cesado y ya no tenía miedo de los lobos.

Cabalgó entonces durante el largo día, bajando por el lado aenishio del paso, débil y mareado a causa del hambre.

Se encontró, asimismo, entrando en un valle de pilares de piedra.

No había ya duda de que manos qujales habían elevado esos monolitos. Era el valle de Morgaine. Lo reconocía ahora por las canciones y los rumores maléficos. Era un lugar que ningún hombre, de Kursh o Andur, habría recorrido con un corazón alegre cuando se ponía la luna, y el sol se estaba hundiendo rápidamente hacia la oscuridad, con otro banco de nubes moviéndose desde la montaña a su espalda.

Se atrevió a mirar entre los pilares que coronaban la colina conocida como la tumba de Morgaine, y el sol, en su declive, se quedó atrapado ahí, como una mariposa en una red, desgarrado y temblando. Era el efecto de los Fuegos Brujos, como el gran Fuego Brujo de la montaña de Ivrel, donde gobernaba el señor de Hjemur, demostrando que los poderes qujalines no habían desaparecido completamente ni aquí ni allí.

Vanye envolvió su capa harapienta en torno a sus hombros envueltos en la cota de malla y puso a su exhausto caballo a un paso más rápido, más allá de las piedras

profanadas de la base de la colina. La bruja de pelo claro había puesto todo el Andur-Kursh en pie de guerra, había arrojado la mitad de los Reinos Medios en el regazo de Thiye Thiyez. Aquí el aire estaba intranquilo todavía. Era incierto si era por el poder de las piedras o el recuerdo de Morgaine.

 Cuando en Hjemur Thiye reinaba
 Extraños allí llegaban
 y tres tenían cabello oscuro
 y otro trae la tez dorada,
 con ellos va una doncella
 que es blanca como la escarcha.

Las herraduras de la yegua sobre la nieve helada hicieron resonar los antiguos versos en su mente, una mala canción para este lugar y este momento. Muchos años después de que el mundo hubiese visto aliviado lo último de Morgaine Cabellera Helada, había habido dementes que habían pretendido verla, mientras que otros decían que dormía, esperando para conducir a otra generación de hombres a la ruina, como una vez había arruinado Andur en Irien.

Era hermosa la doncella y, como hermosa, malvada y malhaya fue de quien a tal doncella escuchaba. Quedan pocos hombres vivos, de lobos hay mayor carnada y la estación del invierno tiene próxima llegada...

Si, de hecho, el túmulo contenía los huesos de Morgaine, era un enterramiento adecuado para alguien de su antigua sangre inhumana. Incluso, los árboles crecían torcidos por los alrededores, lo mismo que en todos los lugares en que había Piedras del Poder, como si hasta la naturaleza paciente de los árboles fuese retorcida por la presencia próxima de las piedras. Como almas retorcidas y escuálidas vivieren la continua presencia del mal. La cima de la colina estaba estéril, allí no crecía ningún árbol en absoluto.

Se alegró cuando hubo atravesado el paso, estrecho como un canal, que pasaba entre las colinas y se hubo alejado de la vecindad de las piedras. Y, de repente, tuvo ante él, como si fuese un signo de que había vendido a mejor fortuna y que el cielo y las tierras de sus primos en Aenor-Pywn le prometían seguridad, una pequeña banda de venados que vagabundeaban en la nieve hundidos, hasta la barriga, mordiendo hambrientos las rojas bayas del arbusto de bowan.

Era una tierra afortunadamente diferente de la dura Cedur Maje, o el Morij Erd de Gervaine, donde a menudo incluso los lobos pasaban hambre. Parque Aenor-Pywn yacía muy distante al sur, y todavía no había sido tocado por los problemas que hacía

tiempo que habían caído sobre los Reinos Medios.

Febrilmente se quitó el arco del hombro y lo tensó, con las manos temblando a causa de la debilidad. Y disparó una de las flechas grises de los Nhi al gamo más próximo. Pero la yegua eligió ese momento para cambiar el paso de una pata a la otra, y él maldijo a causa de la frustración y el hambre dolorosa. La flecha salió desviada, hiriendo al gamo en el flanco y dispersando a los otros.

El gamo herido se lanzó adelante, tropezó y se puso a correr, enloquecido por el dolor, salpicando la blanca nieve con grandes chorros de sangre roja. Vanye no tuvo tiempo para una segunda flecha. El gamo corría en dirección al valle de Morgaine, y allí él no le seguiría. Lo vio trepar locamente, como si la rareza de aquel lugar le hubiera privado de su inteligencia nublada por el miedo y le impulsase, contra natura, a matarse con sus esfuerzos, empujándole contra esa red temblorosa que incluso los insectos y las cosas que crecían evitaban.

Entró por los pilares y desapareció.

Lo mismo hicieron las pisadas y la sangre.

El gamo pastaba al otro lado de la corriente.

Miró hacia el valle de las piedras donde no había duda que manos qujalinas habían levantado esos monolitos. Era el valle de Morgaine, lo sabía. El panorama despertó en él una sensación de *dejàvu* tan fuerte que le atontó por un momento. Y pasó el dorso de la mano sobre los ojos, frotándoselos para volver a observar las cosas. El sol estaba desapareciendo rápidamente en la oscuridad, con otro banco de nieve moviéndose desde la sierra, ensombreciendo la mayor parte del cielo a sus espaldas.

Levantó la vista hacia la colina cónica, conocida como la tumba de Morgaine, y el sol declinante tembló allí, como un estanque de al que se hubiese atrojado una piedra.

En aquel temblor apareció la cabeza de un caballo y sus patas delanteras, un jinete y el animal completo. Un jinete blanco sobre un caballo gris. Y el conjunto se recortaba contra el brillante sol de ámbar, así que parpadeó y se frotó los ojos.

El jinete descendió a través de la colina nevada en dirección a las sombras que se interponían en su camino dotado de sustancia. Un manto de anomen blanco era su capa, y el aliento del desconocido y el de su caballo producían resoplidos en el aire helado.

Sabía que debía espolear a su yegua, pero se sentía extrañamente atontado, como si hubiese sido despertado de un sueño y caído en medio de otro.

Miró el bronceado rostro de mujer en el interior de la capucha y encontró un cabello y unas cejas tan blancos como el sol del invierno al mediodía, y ojos tan grises como las nubes al oeste.

—Buenos días —le saludó con un acento amable y anticuado. Y él vio que debajo de la rodilla, en la silla del gris, llevaba una gran espada con empuñadura con forma

de dragón, y que era de artesanía korishia el equipo de su caballo. Estuvo seguro entonces, porque esos detalles estaban en las canciones que se cantaban y en el libro de Yla.

—Mi camino se dirige al norte —dijo ella, con aquella voz profunda y con acento—. Vuestro camino parece ser distinto. Pero el sol se está poniendo y cabalgaré con vos un rato.

—Te conozco —dijo él entonces.

Las pálidas cejas se arquearon.

—¿Habéis venido vos a cazarme?

—No —dijo él. Y el frío descendió bajando desde su corazón hasta su estómago, de manera que ya no estaba seguro de qué palabras empleaba al contestar, ni de por qué las empleaba.

—¿Cómo os llamáis?

—Nhi Vanye, de Monja.

—Vanye... no es nombre de Morija.

Su antiguo orgullo le hirió. El nombre era korishio, de la familia de su madre, un recuerdo de su ilegitimidad. Entonces hablar o discutir con ella le pareció una locura. Lo que había visto suceder sobre la cima de la colina se negaba a tomar forma en su memoria, y él comenzó a decirse a sí mismo insistentemente que el hambre le había debilitado y estaba retorciendo también sus sentidos, y que se había encontrado con una mujer desconocida de buena familia sobre la carretera abandonada, y que su debilidad le robaba los sentidos y le hacía olvidar cómo había llegado aquella mujer.

Sin embargo, ella había llegado y era, al menos, medio qujal. Sus ojos y su pelo eran testigos de ello. Era qujal y sin alma, y se encontraba a gusto en este lugar desolado de árboles y nieve.

—Conozco un lugar —dijo ella— donde no alcanza el viento. Vamos.

Volvió la cabeza del animal hacia el sur, como él se había estado dirigiendo, así que no supo a qué otro sitio dirigirse. Marchó como en un sueño. El crepúsculo estaba cayendo, empujado por un velo que se movía por el cielo. La palidez espectral de Morgaine flotaba ante él, pero las herraduras del caballo cuarteaban con fuerza la nieve helada, dejando huellas.

Rodearon la cima de la colina y sorprendieron a una pequeña banda de venados que se alimentaban de howan junto al arroyo. Era la primera caza que veía en días. A pesar de sus circunstancias alcanzó su arco.

Antes de que pudiese tensarlo, una luz brilló en la mano extendida de Morgaine y un gamo cayó muerto. Los otros se dispersaron.

Morgaine apuntó a la colina que estaba a su derecha.

—Hay una pequeña caverna para refugio, la he empleado antes. Toma el venado que necesitamos, el resto les corresponde a cazadores más pequeños.

Se alejó subiendo por la cuesta. Él tomó su cuchillo de desollar y se preparó a hacer lo que ella le había indicado, aunque le desagradaba. No encontró herida sobre el cuerpo, sólo un poco de sangre en las fosas nasales manchaba la nieve. Y de repente, el rojo sobre la nieve le recordó el sueño y le hizo temblar. No tenía estómago para algo que había sido muerto de esta manera, y la cabeza estaba con los ojos desorbitados, parecía tan hipnotizada como él. Igualmente, un soñador involuntario.

Miró por encima del hombro. Morgaine estaba sobre la cima de la colina, sujetando las riendas del gris, vigilándole. Los primeros copos de nieve se arrastraron a través del viento.

Aplicó su cuchillo al cadáver y procuró no mirarle a los ojos.

CAPÍTULO II

Una hoguera ardía en la boca de la cueva, que era poco profunda, interponiendo una barrera de calor entre ellos y la nieve que les empujaba. Él no quería comer la carne, pero se sentía débil a causa del hambre de varios días, de tal manera que le dolían las articulaciones y el menor esfuerzo hacía temblar sus músculos. Tuvo que sentarse y olerla mientras se cocinaba y, cuando ella hubo terminado de adobarla y le ofreció un trozo, no parecía diferente de otras carnes. Y tenía un olor tan dolorosamente delicioso que su tripa vacía venció sus otros escrúpulos. Un hombre no perdería su alma por un trozo de carne de venado, comoquiera que fuese que se había dado muerte al animal.

Más allá estaba la noche. Sobrepassando la barrera del calor de la hoguera, algún que otro copo de nieve les golpeaba empujado por una fuerte ráfaga. Afuera, los caballos, el embrujado y la yegua baya normal, permanecían unidos contra el viento enemigo, y cuando la carne de venado caliente quitó el temblor de los miembros de Vanye y le dio fuerzas, tomó una parte del gamo que le quedaba y salió al exterior para alimentar a cada uno con la mitad. El gris, que era de aquella famosa raza de Baien, según decía la canción, frotaba la nariz contra sus manos con tanta ansia y afecto como su propia yegüita. Su corazón se conmovió ante la belleza del corcel gris. Por el momento se olvidó del mal y acarició la melena pálida, y miró los grandes ojos, rodeados de pestañas pálidas, y pensó (porque los Nhi eran criadores de buenos caballos) que él hubiera ambicionado poseer las crías de este hermoso animal, sin importarle en qué rebaño las engendrarse. Estos grandes tordos habían sido criados por los emperadores perdidos de Andur, pero ya no había más emperadores en Andur, sino sólo los señores de las familias, y esta raza había desaparecido como habían desaparecido las glorias de Andur.

Ahora, de los grandes reyes únicamente quedaba el señor de Hjemur; muy diferente de los reyes, valientes y eximios, de la dorada Koris-Sith y de Baien. Esa clase de hombres distintos y por encima de las familias. Algo más vetusto, y más funesto, había despertado a la vida cuando el señor de Hjemur se alzó con el poder. Y algo más que un ejército se había dirigido a su muerte en Irien.

Con esa idea tembló en medio de aquel viento con filos de hielo, y volvió a la hoguera, al centro de todas las cosas antinaturales en la noche, donde Morgaine estaba sentada envuelta en sus pieles nívicas, junto al arnés de su caballo y la espada dragón que brillaba en su funda de cuero sin adornos. El silencio entre ellos había sido tan profundo como entre viejos amigos. El viento formó un remolino de nieve que entraba en la boca de la cueva. Era una gran tormenta. Él consideró por primera vez la posibilidad de que podía haber muerto esta noche sin un refugio, débil a causa del hambre. De no haber sido por el encuentro en el camino, el venado y la oferta de

la cueva, él habría estado entonces a la intemperie cuando llegase la tormenta, y dudaba mucho de que su menguante vigor hubiese soportado la tormenta aenishia.

Había leña apilada junto a la entrada. Era reacio a saber cómo había sido cortada, sólo que les daba calor. Y cuando se acercó a echar un poco más al fuego para mantener la barrera entre ellos y el viento insistente, vio a Morgaine arrodillándose en un lugar al fondo de la cueva y buscando algo debajo de una pila de piedrezuelas.

He usado antes este lugar, le había dicho.

Miró, sintiendo curiosidad y dudas, y vio cómo sacaba un saco de cuero que estaba rígido y cubierto de moho, y cuando vertió su contenido en la palma, era sólo polvo lo que cayó. Ella apartó su mano de esto, como si hubiese tocado algo execrable, y limpió sus dedos en la tierra. Había una línea sangrienta sobre su brazo rompiendo el cuero negro de su manga, en la parte donde había sacado el brazo de la capa que la envolvía. Y su mano limpia voló hacia eso.

Se quedó sentada, temblando como alguien presa de algún gran miedo. Él se sentó, apoyándose en sus talones, cerca de ella, sorprendido, incluso compadeciéndose de ella, y preguntándose en lo más profundo de su mente cómo había conseguido hacerse una herida en tan poco tiempo. No, la herida parecía antigua. Estaba coagulándose. Ella debía habérsela hecho mientras él estaba ocupado con el venado muerto.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó ella—. ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Más de cien años —dijo él.

—Habría pensado que... bastante menos. —Ella apartó su mano y miró la herida. La tocó delicadamente y pareció decidida a ignorarla. Porque no era lo bastante profunda como para ser peligrosa, tan sólo dolorosa.

—Espera —dijo él—. Tomó su propio botiquín. Y habría intentado curar la herida en lugar de ella, pensando que le debía al menos eso a cambio del refugio de esa noche. Pero ella no lo consentiría e insistió en emplear el suyo propio. Se sentó y miró nervioso mientras ella sacaba sus propios instrumentos, pequeños recipientes de metal y otras cosas que él no conocía. Ella se curó su propia herida y no la vendó, sino que quedó cubierta con una película rosada cuando hubo terminado, y no sangraba. Le parecieron medicinas qujalinesas, o quizá ella no podía soportar el contacto de remedios honrados, o temía que hubiesen sido benditos y le hiciesen daño.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó él. Porque parecía obra de un hacha o una espada, pero ella no tenía instrumentos, como quiera que fuese que había cortado la leña. Y por la altura de la herida en el brazo de ella, a él no se le ocurría cómo podría habérsela hecho.

—Aenorinos —dijo ella—. El señor Ris Heln Gyrez. Él y sus hombres.

Heln descansaba hacía casi cien años en su tumba. Entonces sintió un desasosiego

en su estómago y comprendió bien la expresión que Morgaine había mostrado. Ella había escapado de la persecución de los aenorinos y se había cruzado con él. Un siglo en lo que para aquella herida había sido un parpadeo. Era una locura, inclinó el rostro y se retiró, aliviado por dejarla a solas con sus pensamientos.

Y porque estaba cansado de cabalgar, y acosado más allá de sus preocupaciones inmediatas por la magia o el miedo a las fieras, se envolvió en su delgada capa y se apoyó en la pared de piedra para dormir.

El golpe de un nuevo tronco cayendo en la hoguera le despertó sin que hubiese conseguido descansar, y vio a Morgaine quitar la nieve de su capa y acomodarse de nuevo en su lugar habitual. Sus ojos se volvieron hacia él, sin ser bienvenidos se fijaron en los suyos, así que no pudo fingir que estaba dormido.

—¿Ha descansado vuesa merced? —preguntó ella con ese curioso acento korishio de la antigüedad. Y eso le dio más frío que el viento o la piedra a su espalda.

—Algo —dijo él. Y obligó a sus músculos rígidos a levantarlo. Había dormido muchas noches con la armadura puesta y en ocasiones había pasado más frío. Pero había pasado demasiados días cabalgando recientemente, con poco descanso en medio, y ninguno la noche anterior.

—Vanye —dijo ella.

—¿Señora?

—Venid, acercaos al fuego. Tengo preguntas para vos.

Así lo hizo, pero sin ganas, y se acomodó, envuelto en su capa raída, y apreció el calor. Ella estaba sentada, envuelta en sus pieles, con medio rostro en sombras. Y le miró a los ojos.

—Heln descubrió este lugar —continuó—. Un cazador a quien no maté se lo descubrió. Aenor-Pywn se alzó en armas entonces. Enviaron un ejército por mí —ella esbozó una leve sonrisa—. Un ejército para tomar esta pequeña cueva. Por supuesto que me enteré de su llegada. ¿Cómo no? Cubrían todo el campo del sur. Inmediatamente, escapé..., aunque por poco. Pero sí se atrevieron a entrar en el valle de las piedras. Así que huí adonde ellos no podrían, no querrían, seguirme, y allí tuve que quedarme hasta que alguien me pusiese en libertad. No soy más vieja, no he conocido el transcurso de los años, pero las cosas se han convertido en polvo, que de no ser así los caballos y nosotros tendríamos mejor cama esta noche. Vos me teméis...

Así era. Así era claramente. Se hubiera enfadado oyendo esas palabras de un hombre enemigo suyo. A Morgaine la temía y no sentía vergüenza por ello. Su corazón latía penosamente ante cada mirada de aquellos ojos grises, inhumanos. Si no hubiese sabido con certeza que moriría, habría escapado de este pequeño lugar y de su compañía, pero estaba la tormenta. Aullaba fuera con la violencia del invierno. Conocía las montañas. A veces, la nevada no se interrumpía durante días. Los

hombres sin protección morían y aparecían, rígidos y retorcidos, durante el deshielo en primavera junto con los cadáveres de los caballos y el venado que, por algún motivo, los lobos habían pasado por alto...

—No hay mal en que nosotros hablemos —dijo ella. Y le ofreció vino de su propio frasco. Él lo tomó, vacilante, pero la noche era fría y él ya había compartido comida con ella. Bebió un poco y lo devolvió. Ella limpió la boca del frasco con mucho miramiento, bebió un poco y volvió a poner el tapón.

—Os ruego que me contéis cuál fue el final de mi historia —dijo ella—. No fui capaz de enterarme. ¿Qué sucedió a los hombres que conocí? ¿Qué fue lo que yo hice?

La miró a los ojos, a ésta el más maldecido de los enemigos de Andur-Kursh, la guía traidora que había enviado a diez mil hombres a morir y conducido a la ruina a la mitad de los Reinos Medios. Y era incapaz de decir esas palabras. Hubiera dicho esto de ella cualquier otra persona. Pero había algo en aquel rostro, hermoso e indefenso, que se había abierto a él, que detenía las palabras de condena en su garganta. No encontró para ella nada que decir.

No creo, pues —dijo ella—, que fuese un final agradable, ya que vos guardáis silencio. Pero decidlo, Nhi Vanye.

—No hay nada más que contar —dijo él—. Después de Irien, después de una tan gran derrota para Andur-Kursh, Hje-mur conquistó Koris. Conquistó todas las tierras al este de Alis Kaje. No podías ser encontrada, no después de la persecución a que te sometieron los aenorinos. Desapareciste. Los aliados que te quedaban se rindieron. Todos los que habían seguido tu causa murieron. Dicen que en tus tiempos había pueblos ricos y Burgos prósperos al sur de Koris. Ahora no hay ninguno, está tan desierto como estas montañas. Y respecto a Irien, es un lugar maldito. Nadie entra allí, ni siquiera los vasallos de Hje-mur. Hay un rumor —añadió Vanye— que el Thiye que gobierna ahora es el mismo que gobernaba entonces. Yo no sé si es verdad. El señor de Hjemur siempre se ha llamado Thiye Thiyez. Pero los campesinos dicen que se trata del mismo hombre que se ha mantenido joven durante cien años.

—Podría hacerse —dijo ella con un susurro triste.

—Ese es el final —dijo él—. Todos murieron —y apartó de su mente lo que ella había dicho sobre Thiye, porque se le ocurrió que ella era la prueba viviente de que podía hacerse, de que podían hacerse cosas sobre las cuales no quería recibir explicación alguna. Estaba obligado a compartir este lugar con ella, no a compartir nada más.

Ella le dejó en paz entonces, no haciéndole más preguntas. Él se retiró al otro lado de la hoguera y se acurrucó para dormir.

La mañana llegó triste y todavía escupiendo nieve. Pero pronto las nubes empezaron a clarear, lo que animó a Vanye. Había temido una de esas tormentas que

duraban días, que le habría sellado en este lugar con la compañía, no deseada, de ella. Mientras los pobres caballos se congelaban afuera.

Y ella cocinó en la hoguera algunas tiras de carne de venado para el desayuno de ambos, y le ofreció además un poco del vino. Él cortó trozos grandes de la humeante carne de venado con su cuchillo, apoyando la carne contra su pulgar. Y observó, hasta divertido, cómo ella, más melindrosa, cortaba su porción en trozos más pequeños, que limpiaba de polvo, examinaba y sólo entonces ponía a cocinar y los comía manejándolos más fácilmente. Entonces envolvió el resto de la carne en un cuadrado de tela que sacó de su equipo con este propósito.

—¿No te quedarás con algo o es que te la vas a llevar toda? —preguntó él.

—¿Qué significa la bufanda blanca? —le preguntó ella.

Tragó el último trozo de venado como si se hubiese convertido en polvo en su paladar. Y al instante, lo que había comido y bebido la noche anterior le hicieron revolverse el estómago.

—Soy un ilin —dijo él.

—Vos os habéis cobijado conmigo, mi comida habéis tomado —dijo ella—. Y los Chya de Koris me dieron la bienvenida a su familia y me concedieron derecho de señorío, ilin.

Él inclinó su cabeza hasta sus manos en el suelo. Ella decía la verdad. De entre todas las mujeres, esto, era verdad de Morgaine, asesina de ejércitos. Estaba furioso consigo mismo, hasta con su estómago que se había hecho un nudo por el miedo. Ni siquiera había pensado en ello porque fuera una mujer. Se había refugiado junto a su hoguera como lo hubiera hecho junto a la de una pescadora aenisnia, gente que no podía reclamar nada a un ilin.

Ella podía.

—Ruego ser exceptuado —dijo desde su postura. Tenía derecho a pedir esto y no sentía vergüenza en hacerlo. Se atrevió a levantar la cabeza.

—Tengo parientes en Aenor-Pywn. Me dirigía hacia allí. Señora, he sido exiliado de todas las provincias de Morija... No me atrevo a volver. Soy de poca utilidad para nadie —se quitó el yelmo de la cabeza, se lo había puesto al salir al frío y, lo que no había hecho ni siquiera para dormir, se desató la cofia dejando al descubierto la vergüenza de su cabeza rapada, el pelo castaño claro le caía libremente sobre las orejas y la frente—. Soy un forajido para mi familia. Los Nhi y los Myya me dan caza. Así que me convertí en un ilin. Pero sólo puedo encontrar refugio en Aenor-Pywn, y allí tú misma has dicho que no puedes ir.

—¿Por qué os fue hecho esto a vos? —preguntó ella. Y se dio cuenta por sus ojos de que había conseguido impresionar a la propia Morgaine.

—Por asesinato, por fratricidio —no había dicho esto a nadie. Había evitado los hombres, los refugios, hasta los campesinos. Las palabras salían con dificultad de su

boca—. Fue una pelea que él provocó, señora. Pero maté a mi hermano, a mi hermanastro, y él era Myya. Así que hay dos familias con las que he contraído una deuda de sangre. Estoy agradecido por el refugio. Os doy las gracias. Pero es inútil que me reclaméis nada. Indicad tan sólo algún servicio razonable y eso haré por usted como pago. No puede permanecer aquí, es maldecida en cada pueblo de Andur-Kursh, y nadie que escuche su nombre o que la vea se abstendrá de intentar quitarle la vida. Escuche, porque, a pesar de todas las cosas que es, se ha mostrado generosa conmigo y le estoy dando a cambio un buen consejo: el paso al sur de aquí conduce a Aenor, y ésa es mi ruta. Conseguiré de alguna manera conducirla sana y salva a través de esta región. La conduciré al sur de Aenor donde la tierra es cálida, a Eriel, a las llanuras de Lun. Son salvajes los que viven allí, pero por lo menos no tienen ningún pleito de sangre pendiente con usted y podrá vivir con seguridad. Esto es lo mejor que puedo hacer por usted, y lo haré honestamente, sin escatimar nada.

—Me niego a concederos la excepción —dijo ella. Lo que era su derecho.

Él empezó a decir tacos, violento y lloroso a un tiempo. Se apartó de ella y colocó las manos en la brida de su caballo. Tuvo tiempo entonces para pensar en el juramento sagrado que había hecho como ilin, y en que romper un juramento no era una cosa sin importancia para su honor, ni mucho menos para su alma. Apoyó la mano en la mejilla rugosa de la yegua baya y la cabeza en su cuello cálido, y se quedó así, temblando en medio del frío, pero ajeno a éste. Lo fácil hubiera sido, si él pudiese morir en medio del viento, que éste le robase su calor. Hundirse en la nieve que le atontaría y sencillamente morir, ileso de juramentos qujalines.

La nieve crujió bajo las botas de Morgaine. Se acercó y se quedó de pie junto a él, esperando que decidiese qué prefería: condenar su alma rompiendo un juramento o arriesgarla sirviendo a alguien como ella. Porque a un hombre que estaba condenado en cualquier caso, lo único que le quedaba era la vida. Y su vida seguramente sería más larga si echaba a correr ahora que quedándose con Morgaine, la del cabello de escarcha.

Entonces pensó en el venado y ya sentía un espasmo en la espalda, como si ella se preparase a quitarle la vida. Él no podría ganarle una carrera a aquello. A otras armas quizá, pero no a la cosa que había matado al venado sin dejar herida.

—Es legítimo —dijo ella— lo que os pido.

—Con usted —objetó él— el año sería seguramente el último de mi vida. Y después de eso sería un hombre marcado en el Andur-Kursh.

—Admitiré que eso es cierto. Mi propia vida no será probablemente más larga. No tengo compasión de vos.

Ella extendió la mano para tomar la de él. Él la estrechó, y ella sacó de su cinturón la hoja del Honor, que tenía cachas de marfil. Y cortó profunda pero no extensamente. La oscura sangre manaba lentamente a causa del frío. Ella puso su

boca en la herida y entonces él hizo lo mismo. El sabor salado de su propia sangre produjo un nudo de asco en su estómago. Ella fue al interior y sacó ceniza con la que detener la hemorragia, trazando con ella el signo familiar de los Chya, escrito con la sangre de él y las cenizas del hogar de ella, la antigua costumbre de la Reclamación.

Él inclinó entonces la cabeza hasta la ardiente nieve y el hielo calmó el fuego que ardía en su mano e hizo que dejase de latir. Ella tenía ahora ciertas obligaciones hacia él: preocuparse que no muriesen de inanición ni él ni su caballo, aunque algunos de los señores fronterizos descuidaban esa obligación y mantenían a los desgraciados ilinin, reclamaban delgados y hambrientos, y a sus caballos en un estado apenas mejor cuando los ilinin estaban en sus casas.

Morgaine tenía un patrimonio menor. Ella no tenía ni casa ni refugio para ninguno de los dos, y la familia para la que ella le había reclamado, su propia familia natal, podría tanto matarle como no hacerlo.

Por su parte, él debía simplemente seguir órdenes. No estaba sujeto ahora a ninguna otra ley. Podría recibir incluso órdenes perjudiciales para sus consanguíneos o su tierra natal, aunque poco favorecía el honor de un señor si un ilin era utilizado de una manera tan cruel. Él debía luchar contra los enemigos de ella, cuidar su casa..., cualquier otra cosa que ella necesitase hasta que hubiese pasado un año desde el día de su juramento.

O ella podía simplemente indicarle una tarea que cumplir. Y él estaría obligado a trabajar en esta tarea incluso más allá del plazo de un año. Era extremadamente cruel, pero era conforme a la Ley.

—¿Qué servicio? —le preguntó a ella—. ¿Me dejará guiarla desde aquí hacia el sur?

—Nos dirigimos al norte —dijo ella.

—Señora, es un suicidio —gritó él—. Para usted y para mí.

—Nos dirigimos al norte —dijo ella—. Venid, os vendaré la mano.

—No —dijo él. Agarró nieve con el puño, frenando la sangre. Y colocó la mano herida cerca de sí—. No quiero sus medicinas. Cumpliré mi juramento, déjeme que me cure yo mismo.

—No insistiré —dijo ella.

A él se le ocurrió otra idea más terrible. Se inclinó otra vez para hacer una petición, retrasando el regreso de ella a la cueva.

—¿Qué más? —preguntó ella.

—Si muero, se supone que debe darme usted un entierro digno. No lo deseo.

—¿Qué... no ser enterrado?

—No con el rito qjalin. Prefiero, antes que eso, las fieras y los pájaros.

—Lo más seguro es que los lobos y los pájaros se ocupen de nosotros antes de que todo acabe —dijo ella, encogiéndose de hombros como si lo que él había dicho

no la ofendiese—. Y me place que vos veáis la cuestión de esta manera. Probablemente yo no tenga tiempo para cortesías. Cuidaos vos mismo y recoged vuestro equipo y el mío. Nos marchamos de este lugar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Adonde me place ir.

Se inclinó para indicar su aceptación, con el corazón preocupado. Sabiendo con una certeza cada vez mayor que no podía razonar con ella. Estaba decidida a morir. Era una crueldad haber reclamado a un ilin en esas circunstancias, pero esa era la naturaleza de su juramento. Si un hombre sobrevivía a su año, quedaba limpio de su culpa y de su vergüenza.

El cielo le había reclamado ya el castigo que se merecía por sus pecados. Muchos no sobrevivían. Se consideraba el castigo del cielo. Se les recordaba como suicidas honorables.

Vendió su mano con los remedios naturales que él conocía, aunque le dolía con una persistencia sorda, y entonces recogió las pertenencias de ambos y ensilló los caballos. El cielo empezaba a despejarse. El sol caía sobre él mientras trabajaba, y brillaba fríamente en la empuñadura dorada de la espada que colgó en la silla del tordo. El dragón le miraba de soslayo, con la boca entreabierta, sujetaba la hoja apretada entre los dientes. Sus piernas separadas formaban la guardia. Su cola, retorciéndose hacia atrás, protegía los dedos.

Tenía miedo hasta de tocarla. No era una obra hecha en Korish, quienquiera que fuese el que había hecho la sencilla vaina. Era distinta, extranjera. Y cuando se atrevió, movido por la curiosidad, a sacarla un poco de la vaina, descubrió extrañas letras sobre una hoja que era como una esquirla de cristal; hasta tocándola existía el riesgo de hacerse una herida. No había habido nunca una hoja de sustancia semejante, y, sin embargo, parecía más peligrosa que frágil.

La volvió a meter rápidamente en su vaina. Sintióse culpable al oír la respiración de Morgaine detrás de él.

—Déjala estar —le dijo ella secamente. Y cuando él, consciente de haber hecho algo equivocado, se volvió para mirarla, añadió:

—Fue un regalo de uno de mis compañeros, una muestra de vanidad. Él era muy hábil. Pero, si a vos os disgustan los objetos qjalines, mantened vuestras manos apartadas de ella.

Él se inclinó, evitando su mirada, y se puso a trabajar atando sus escasas posesiones en la parte de atrás de la silla.

El nombre de la espada era *Bebé Robado*^[1]. Lo recordaba de las canciones y se preguntaba cómo un herrero podía haber bautizado su obra con un nombre tan desgraciado, aunque fuese un qjal. Su propia espada era de una factura más humilde, honrado acero bien templado, sin nombre, como correspondía a un soldado común o

al bastardo de un señor.

La colgó de su silla, montó a caballo y ayudó a Morgaine, que era apenas más lenta.

—¿No querría escucharme? —Estaba dispuesto a intentar razonar una última vez—. No hay seguridad para usted en el norte. Dirijámonos a Lun, al sur. Existen tribus que no saben nada de usted, podría pasar a través de ellas. He oído decir que hay ciudades más al sur. Podría vivir. En el norte la cazarán y la asesinarán.

Ella no se dignó a contestar, sino que condujo al animal cuesta abajo.

CAPÍTULO III

LOS lobos habían devorado el venado durante la noche, después de que la nieve hubiese dejado de caer con tanta fuerza. La zona alrededor de los huesos descarnados estaba marcada por los rastros de las pisadas de los lobos, y algunas de esas pisadas eran sorprendentemente grandes. Vanye miró hacia abajo cuando su propio camino atravesó la zona pisoteada y reconoció, sin lugar a dudas, las grandes huellas de las bestias de los bosques de Korish, más hienas que lobos.

La carnicería entristeció todavía más la mañana que se estaba abriendo hacia esa claridad con el brillo del hielo que ciega los sentidos, ocultando con un velo de brillantez toda la fealdad bajo el cielo azul. Pero, para ellos, el velo ya había sido manchado. La muerte les acompañaba a cuatro patas. De los lobos normales no sentía un gran miedo, raramente se molestaban en atacar a los hombres, excepto durante los inviernos más terribles. Pero las bestias de Korish eran otra raza. Mataban. Mataban y nunca con la intención de comer. Una perversión en la naturaleza.

Morgaine también miró las huellas y no parecieron afectarla. Quizá, pensó Vanyé, nunca llegó a verlas en sus tiempos, antes de que Thiye aprendiese a deformar la corrección de la naturaleza. Quizá la magia se había vuelto más poderosa de lo que ella recordaba, y ella no conocía los peligros hacia los que cabalgaban.

Y quizá, y esa era la peor idea, él mismo no se daba cuenta de que era la criatura con quien cabalgaba esta brillante mañana, pacíficamente, su rodilla junto a la rodilla de ella. La temía por su reputación: eso era natural. Y quizá, pensó él, no sentía el miedo suficiente en su presencia. Ella podía matar sin tocar y sin dejar herida. No podía olvidarse de la mirada de sorpresa del venado que, por lógica, no podía haber muerto. Un hueso mordisqueado se interponía a medias en su camino. Su caballo se apartó de aquello.

Cabalaron de regreso al valle de las piedras, cruzando el arroyo helado, cuarteando el todavía delgado hielo. Y cabalaron a lo largo del sendero sinuoso junto a las peñas grises, bajo la sombra de la colina llamada la Tumba de Morgaine. A pesar de la nieve, había una luz trémula en el cielo, entre los dos pilares tallados, parecida a la que hay sobre las piedras calientes.

Morgaine levantó la vista mientras cabalgaban. Tenía en la cara una extraña expresión de disgusto. Él empezó a comprender con qué pocas ganas había entrado cabalgando en aquella cosa, al ser perseguida por los hombres de Heln.

—¿Quién la liberó? —preguntó él de repente.

Ella le miró sorprendida.

—Dijo que alguien debía liberarla de aquel lugar. ¿Qué es eso? ¿Quién la retuvo allí? ¿Y quién la liberó?

—Es una Puerta —dijo ella. Y durante un instante apareció en su mente la imagen

de pesadilla de un jinete blanco recortándose contra el sol. Era difícil recordar esta imagen. Como los sueños, tendía a difuminarse por el bien de la cordura.

—Si es una puerta —dijo él—, entonces ¿de dónde vino usted?

—Estaba entremedias hasta que alguien alterase el campo. Esa es la manera en que funcionan las Puertas que no han sido sincronizadas. Es como un estanque en el tiempo de poca, muy poca, profundidad. Fui arrastrada, de nuevo, a su orilla.

Miró hacia aquella cosa y no podía comprenderla. Y, sin embargo, era una explicación para lo que veía tan buena como cualquier otra.

—¿Quién la liberó? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella—. Entré cabalgando con los hombres pegados a mis talones, una sombra pasó sobre mí, salí cabalgando de nuevo. Fue como un parpadeo. No, tampoco eso. Era solamente un entremedias. Sólo que era más denso que cualquier otro entremedias a través del cual yo haya cabalgado. Me parece que fuisteis vos, o, como dice vuesa merced, usted fue quien me liberó.

—Eso es imposible —dijo él—. Nunca me acerqué a las piedras.

—No haría una apuesta basándome en ese recuerdo —dijo ella.

Ella volvió el rostro. Aquí, él cabalgó detrás de ella porque el sendero era muy estrecho en la base de la colina. Tenía ante sí la visión de la cola oscilante del caballo, de la capa blanca de Morgaine y de su espalda insolente. Y la presencia de aquella estructura, que ella había llamado Puerta, entristecía todos sus pensamientos. Tuvo tiempo de sobra para arrepentirse de su juramento en aquel lugar de mala suerte. Y supo que, durante su año con Morgaine, estaba destinado a ver y oír muchas cosas que inquietarían a un hombre honrado y un día religioso.

Tuvo una repentina e incómoda intuición al verla cabalgando junto a él sobre el trozo de vieja carretera pavimentada entre los monolitos menores: que ésta era una clase de anacronismo como un hombre que visitaba la guardería de su infancia rodeado de juguetes tristes. Ciertamente, Morgaine había salido del pasado remoto. Y era cosa sabida que el pueblo qujal había sido malvado y sabio, y capaz de hacer cosas que los hombres habían, felizmente, olvidado. No necesitaban transportes, no necesitaban cosas como las armas de los mortales. El pueblo qujal sólo quería y empleaba hechicerías, y lo que deseaban se convertía en sustancia. Hasta que se convirtieron en todavía más malvados y se destruyeron ellos mismos.

Y, sin embargo, Morgaine cabalgaba, viva y poderosa. Y llevaba, bajo la rodilla, una hoja forjada con artes olvidadas, en medio de las ruinas de cosas que ella había conocido como un día fueron.

Se decía que Thiye Thiyez era inmoral, que renovaba su juventud quitando la vida a otras personas y que nunca moriría mientras encontrase desgraciados a quienes hacerles esto. Había tendido a burlarse de ese rumor, todos los hombres morían.

Pero Morgaine no lo había hecho. No en más de cien años. Y era todavía joven.

Ella encontraba cien años aceptables, quizá había conocido sueños más largos que éste.

Los pasos altos estaban bloqueados por la nieve y el hielo. El tordo y el bayo se esforzaban para remontar los ventisqueros. Pero les costaba tanto que iban muy despacio. A menudo tenían que parar para que descansasen los animales. Y, sin embargo, al caer la tarde, habían atravesado los lugares más difíciles y sin encontrar ningún Myya o ver huellas de fieras.

Era buena suerte. No podía durar.

—Señora —dijo él durante uno de sus descansos—. Si seguimos al ritmo que vamos, llegaremos al valle de Morij Erd. Y, si entramos allí, lo más probable es que no hallemos una bienvenida para ninguno de los dos. Este caballo mío salió de esa tierra. Y Gervaise, su señor, es Myya. Y ha hecho un juramento solemne de colocar mi cabeza en una pica y tratar igualmente otras distintas partes de mi anatomía. No hay una buena perspectiva, para usted o para mí, en esa dirección.

Ella sonrió levemente, había estado de mejor humor desde por la mañana, cuando habían abandonado el valle de las Piedras por la sombra más honrada de los bosques de pinos y de las rocas.

—Torzamos al este, hacia Koris.

—Señora, usted conoce de sobra su ruta —protestó él triste—. ¿Por qué necesitaba capturarme como guía?

—¿Cómo podría saber de otro modo que Gervaine es señor de Morij Erd? —preguntó ella, sonriendo todavía. Pero sus ojos no sonreían—. Además, no dije que fueras una guía en estas tierras, ilin.

—Entonces, ¿qué?

Ella no contestó. Tenía esa costumbre cuando la preguntaba algo que la desagradaba. Morgaine simplemente se callaba, y contra eso no se podía discutir, sólo frustrarse.

Volvió a subir a la silla y se dio cuenta de que torcían más hacia el este, hacia Koris. Hacia la tierra que estaba más firmemente en manos de Thiye, a partir de allí.

Hacia el crepúsculo se encontraron de nuevo en medio de un bosque de pinos. Nubes de centro gris navegaban sobre la luna y aumentaban conforme caía la noche. Y, sin embargo, ellos continuaron cabalgando, temerosos de tormentas, preocupados por los caballos porque les quedaba poco grano en las alforjas y deseaban hacer el mayor recorrido que pudiesen con la esperanza de llegar a terreno más llano antes de que el invierno se hubiese asentado definitivamente en los parajes que tenían ante ellos. La brillante luna les mostraba el camino.

Por fin las nubes se hicieron más densas y el camino apenas practicable, los árboles se acercaban y oscurecían el cielo con sus sombras erizadas. Un árbol caído cerca de la carretera les prometía al menos un lugar más seco donde descansar y leña

para el fuego. Se detuvieron y Vanye colocó las ramas de la forma correcta para hacer una hoguera con madera húmeda.

Cómo se prendió el fuego, Vanye no llegó a verlo. Se volvió a por leña, se volvió de nuevo y una diminuta lengua de fuego había prendido entre las ramas húmedas. La madera mojada soltaba una llama irregular pero ardía. Y él alimentó leña seca con delicadeza.

—Hay un cierto peligro en esto —advirtió a Morgaine mirándola fijamente a través del fuego—, puede haber hombres por aquí que lo vean o lo huelan. Y aquí nadie es amistoso con nadie. No me gustaría saber lo que esto puede atraer, así que es mejor hacerlo pequeño y no mantenerlo encendido hasta la madrugada.

Ella abrió la mano, y a la luz tenue le mostró una cosa negra y brillante, rara y fea. Le repugnó, no sabía decir por qué. Sólo que no podía haber sido hecha por ninguna mano que él conociese. Y había algo repugnante en ver esa cosa en su hermosa y delgada mano.

—Esto es suficiente para los bandidos y las fieras —dijo ella—, y confío en que seas hasta cierto punto hábil con la espada y con el hacha. Los ilinin no sobrevivían largo tiempo de otra manera.

Él se inclinó en reconocimiento silencioso.

—Trae nuestro equipo —le indicó.

Lo hizo limpiando la nieve del gran árbol y dejando sobre él todo lo que pudiese estropearse a causa de la humedad. Ella empezó a cocinar una cena para ellos con la carne, que estaba casi congelada, mientras él les daba un poco del grano que les quedaba a los caballos, que lo pedían de una manera lastimosa porque querían el resto. Pero él endureció su corazón contra ellos, triste y sin apetito para la buena carne de venado que tenían. Como buen kurshino, era incapaz de comer mientras sus caballos pasasen hambre.

A un hombre se le juzgaba por sus caballos y el estado en que estaban, y si hubiese sido grano lo que ellos mismos estaban comiendo les habría dado con gusto su parte y habría pasado hambre.

Fue y se acomodó, triste, junto al fuego, masajeando su mano, que se estaba quedando rígida.

—Para mañana tenemos que haber descendido de estas alturas, de algún modo —dijo él—. Incluso aunque tengamos que tomar un camino peligroso. Sólo nos queda grano para un día. Estos caballos no pueden abrirse camino a través de bancos de nieve como éstos y pasar hambre. Les mataremos si seguimos.

Ella inclinó la cabeza.

—Estamos sobre un camino cierto —dijo ella.

—Señora, yo no conozco este camino, y he recorrido el camino que va de Morija a la frontera de Koris y Erd de distintas maneras.

—Es un camino que yo conocí —dijo ella. Y levantó la mirada al cielo que se encapotaba, las copas de los pinos parecían negras recortándose contra la luna helada—. Había entonces menos árboles en él.

Él hizo un gesto contra el mal por puro reflejo, sin pensarlo. Pensó después que podía molestarla. En vez de eso, ella miró brevemente hacia abajo, como si evitase contestar.

—¿Hacia dónde vamos? —le preguntó a ella—. ¿Estamos buscando algo?

—No. Sé dónde está —dijo ella.

—Señora —le preguntó, porque parecía que ella iba a hundirse en otro de sus silencios. Hizo una enfática inclinación. No podía soportar otro día de aquello—. Señora, ¿dónde? ¿Adonde vamos?

—A Ivrel —y cuando, a causa del miedo, él abrió la boca para protestar ante esa locura, dijo—: No te he dicho aún qué servicio reclamo de ti.

—No —reconoció él—, no lo ha hecho.

—Es éste, ilin: matar al señor de Hjemur Thiye. Y destruir su ciudadela si yo muero.

A él se le escapó una risa que se convirtió en llanto. Era lo que ella le había prometido a los seis señores que haría. Diez mil hombres habían muerto en el intento. Así que muchos habían supuesto que ella nunca había sido una enemiga de Thiye, sino amiga y bruja sirvienta, enviada para conducir a la ruina los reinos medios.

—Ah, yo os acompañaré —respondió ella—. No te pido que lo hagas solo. Pero si perezco, éste será tu servicio para mí.

—¿Por qué? —preguntó él abruptamente—. ¿Por venganza? ¿Qué daño os he hecho, señora?

—Vine a sellar las Puertas —dijo ella—, y si todo estuviese perdido, ésta es la manera de hacerlo. No creo que pueda enseñarte otra manera. Toma mis armas y ataca al corazón de la fortaleza de Hjemur. Esto servirá. Tanto como cualquier otra cosa que yo pueda hacer.

—Si deseas arruinar las puertas —dijo él amargamente porque no terminaba de creerla—. Había un principio que podía hacerse en los fuegos de Aernor-Pywn y pasaste de largo.

—No tenía sentido tocarla. Todas son peligrosas. Pero la Puerta Maestra es la que llamas el Fuego Brujo de Ivrel. Sin ella, todas las demás desaparecerían. Una vez, todas condujeron allí. Ahora todas existen sin profundidad o dirección. Son lo único que Thiye no ha descubierto completamente cómo manejar. No puede apagarlas o usarlas de una en una. Thiye no es pariente mío, pero ha sido instruido. Juega con cosas que sólo comprende a medias. Aunque —añadió ella— puede que en cien años haya crecido en sabiduría.

—No entiendo nada de esto —protestó él—. Libéreme de esta cosa, no la honra

pedirme algo semejante. La acompañaré, lo juro. Le prestaré el servicio de un ilin hasta que termine lo que emprenda. No importa los crueles y miserables que sean las cosas que me pida. También juro esto, hasta más allá de mi año. Hasta en Ivrel, si es ahí adonde usted se dirige. Pero no me pida esto y haga depender mi juramento de ilin en esto.

—Todas esas cosas —dijo ella en un tono bajo— ya las tengo por el juramento que me has dado. —Y entonces su voz casi se convirtió en amable—. Vanye, estoy desesperada. Cinco de nosotros vinimos aquí y cuatro están muertos, porque no comprendíamos claramente a lo que nos enfrentábamos. No toda la antigua sabiduría está muerta aquí. Thiye se ha encontrado maestros y quizá haya alcanzado verdadera sabiduría. Hasta cierto punto, tengo la esperanza de que lo haya hecho. Su ignorancia es tan peligrosa como su malicia. Pero si te envío, no te enviaré en una completa ignorancia.

Él inclinó la cabeza.

—No me hable de estas cosas. Si usted necesita un brazo derecho, aquí estoy. Nada más que eso.

—Bien está —dijo ella—. Bien por el momento. No te obligaré a aprender más conocimientos si no es necesario.

Y ella afiló con el cuchillo una rama para sujetar las tiras de carne. Se quitó el casco porque le hacía daño en la frente por tenerlo tanto tiempo puesto, pero no se quitó la cofia. Hacía frío y la vergüenza todavía se lo impedía, incluso delante de ella. Se envolvió en su capa y empezó a cocinar su propia comida. Y compartió el vino con ella. Después se acercó al tronco y se tumbó sobre la parte superior. Y ella, un rato más tarde, sobre la parte inferior. Era una cama rara pero mucho mejor que la nieve fría de debajo. Y se tumbó como un guerrero en un ataúd, con la espada colocada sobre el pecho porque no quería soltarla de su mano esta noche y en este lugar. Ni siquiera la guardó en su vaina. Y tarde, cuando la hoguera casi se había apagado, se puso nervioso con la idea de que había algo moviéndose, además del viento que agitaba las ramas heladas, algo grande y con peso. Y él esforzó la vista y contuvo el aliento para ver y oír lo que podría ser.

De súbito vio la mano de Morgaine dirigirse hacia el cinturón debajo de su capa y supo que estaba despierta.

—Echaré leña al fuego —dijo él. Y esto también era por si alguien les miraba. Hizo rodar el tronco en cuclillas, casi esperando un ataque o algo parecido.

Un arbusto crujió. Sonó un ruido de nieve pisada, en rápida disminución.

Él miró a Morgaine.

—No era un lobo —dijo ella—, alimenta el fuego y hecha un vistazo a los caballos. Si cabalgamos ahora, quizá no ofrezcamos un mejor blanco que aquí. Pero me temo que este sendero ha cambiado demasiado como para arriesgarnos a

recorrerlo de noche.

A partir de entonces fue una noche movida. Las nubes se volvieron más densas. Hacia el amanecer llegaron las primeras nieves. Vanye blasfemó con ganas, resultando conmovedor. Odiaba el frío como la muerte misma. Les envolvió hasta que todo el mundo era blanco y vagabundeaban entre viento, que era como un velo, como espectros. Estuvieron a punto de perder el contacto en ocasiones. Hasta que el cielo descendiente dejó de moverse en torno a ellos y tuvieron una tarde libre de disgustos. El sendero dejó por completo de parecerlo y, sin embargo, ella todavía afirmaba conocer el camino. Morgaine juraba que había cabalgado unos días antes, cuando eran jóvenes los árboles que ahora eran viejos. Y se alzaban otros que ahora no estaban. Y el sendero era hermoso y muy recorrido.

Sin embargo, ella insistió en que no se confundiría sobre el camino. Y hacia la tarde es lo cierto que llegaron a un verdadero camino, o a los restos de uno, e hicieron un verdadero campamento en un lugar agradable, que estaba por lo menos protegido del viento que aumentaba. Un hueco entre las rocas que daba a un prado abierto. Lo que era raro en estas colinas. Con el viento soplando y sin una cama seca para descansar, hizo lo que pudo con agujas de pino. Y buscó debajo de la nieve hierba para los caballos, pero estaba muy profunda y congelada. Alimentó a los caballos, preguntándose qué sucedería con ellos el día de mañana. Y entonces volvió a la hoguera que Morgaine había hecho para sentarse agazapada, envuelta en su capa como un pájaro de invierno, triste y abandonada. Se durmió pronto, descansando lo que pudo hasta que Morgaine le despertó, empujándole delicadamente con el pie. A partir de este momento, ella se quedó dormida en el lugar cálido que él había abandonado, y él se apoyó contra una roca. Con los brazos y las piernas colocados alrededor de su mandoble, intentando, pese a la fatiga, mantenerse alerta.

Dio sin pretenderlo una cabezada. Se enderezó de golpe. Uno de los caballos relinchó. Pensó que él mismo le había asustado con su movimiento repentino, pero él seguía nervioso. Entonces se levantó con la espada desenfundada en la mano y se dirigió a ver a los caballos.

Un peso le golpeó la espalda, gruñendo y escupiendo, con una voz que parecía humana. Él gritó y se volvió, notó el impacto en la misma cuando la espada mordió en hueso.

Y algo escapó dando zancadas, una sombra oscura y agazapada en la oscuridad. Había otras cosas parecidas uniéndose en su retirada. Vio un relámpago de luz, se volvió para mirar a Morgaine.

Por un instante, él se acobardó, temiendo lo que ella sujetaba no menos que a las bestias de Koris. Y todavía temblando en cada extremidad a causa del ataque.

Morgaine le esperó y él se volvió hasta ella, se arrodilló sobre la alfombra de pinos, y cuidadosamente limpió su espada en la nieve y la secó frotándola. Le

asqueaba la sangre de las cosas de Koris sobre el limpio acero. No le dolían las heridas, esperaba que no hubiese habido ninguna rotura en la piel. No creía que hubiesen desgarrado la cota de malla.

—Estos no son animales naturales —dijo ella.

—No. Están lejos de ser naturales —coincidió él—. Pero pueden morir con armas naturales.

—¿Estáis vos herido?

—No —aseguró él. Sorprendido, hasta contento, porque ella le había preguntado. Él inclinó la cabeza en una reverencia a medias. Un tributo a la cortesía que ella había demostrado, que como liyo no debía a un ilin—. No, no lo creo.

Ella se acomodó de nuevo y dijo:

—¿Descansaréis?, yo velaré un rato.

—No —dijo él—, no podría dormir.

Ella asintió, se acomodó y se acurrucó para dormir.

La nieve había dejado de caer por la mañana; el sol se puso, claro y brillante, sobre ellos. Empezando a fundir hasta un poco de la nieve. Y emprendieron su camino cuesta abajo por el otro lado de la montaña. Los espacios abiertos iban aumentando entre las rocas y los pinos a ambos lados de la carretera.

Sobre una loma se les ofreció de repente un panorama de las tierras más bajas, de blanco fundiéndose en verde, donde las alturas menores se habían cargado menos de nieve. Y los bosques se extendían tan lejos como alcanzaba la vista, hasta el Koris, y adentrándose en las tierras bajas.

En la distancia, más allá de la bruma, el cono ominoso de Ivrel, pero estaba demasiado lejos como para poder verlo. Sólo se veían las cumbres nubladas de Alis Kaje, la madre de las águilas, y Cedur Maje, que eran las paredes de piedra de Morija, separando Kush de Andur, los dominios de Thiye de los de los hombres.

Cabalgaron más fácilmente ese día, encontraron hierba para los caballos y se prepararon para descansar un rato. Continuaron y más contentos. Llegaron a una valla. Una valla baja para pastos hecha con piedras sin pulir, la primera señal que habían encontrado de habitantes humanos.

Ella la primera visión de algo humano que Vanye había tenido desde el último roce de una flecha myya, y estaba contento de ver las señales de la presencia de sencillos pastores y respiró más tranquilo. Durante los pocos días anteriores, y en compañía como la que cabalgaba, uno podía olvidarse de granjas, ovejas y gente normal.

Entonces llegaron a la vista de una casita, un lugar hogareño. Con rústicas paredes de piedra y un jardincillo que parecía cubierto de malas hierbas, cubierto en parte por la nieve, las ventanas colgaban.

Morgaine agitó la cabeza, la incredulidad se reflejaba en su mirada.

—¿Qué es este sitio? —le preguntó él.

—Una granja —respondió Morgaine—, una granja hermosa y agradable —y entonces añadió—: Pasé la noche aquí, apenas hace un mes de mi vida. Era gente amable la que vivía aquí.

Él pensó que debían haber sido gente sin miedo para haber acogido a Morgaine después de Irien. Y vio, volviéndose en la silla, cuando pasaban por el otro lado de la casa, que la parte trasera del techo se había hundido.

¿Fuego?, se preguntó. No era una venganza sorprendente para gente que había cobijado a una bruja. Morgaine había producido una serie de desastres por donde pasaba que a menudo afectaban a personas inocentes.

Ella no se fijó, cabalgó hacia adelante sin volver la vista atrás. Y él permitió a su yegua baya —llamaba Mai al animal, como a todos sus caballos— alcanzar al tordo. Cabalgaron, rodilla con rodilla, callados y malhumorados. Morgaine no era nunca una compañía alegre y esta visión la había puesto verdaderamente melancólica.

Entonces, al volver un repentino recodo del camino, al mismo tiempo que los pinos empezaban a amontonarse cerca de ellos y de la pequeña valla, encontraron sentados a dos niños harapientos.

Hombre y mujer parecían ser de clase muy baja, granujillas despeinados con enormes ojos oscuros y mejillas chupadas, sentados en la misma valla a pesar de la nieve. Treparon para ponerse en pie, los ojos llenos de desgracia, extendieron manos huesudas.

—Comida, comida —gritaron—, por caridad.

El tordo Siptah levantó las patas delanteras lanzando golpes con las pezuñas, y Morgaine sujetó las riendas, no golpeando al chico por poco, quien se apartaba con las fosas nasales abiertas y los ojos desorbitados. Hasta que sus cuartos traseros tocaron la valla al otro lado del camino. Y Vanye sujetó la rienda de Mai con mano dura, maldiciendo a los niños temerarios. Granujillas semejantes a éstos no eran una visión inusitada en Koris. Mendigaban y robaban sin escrúpulo.

Allí habría ido a parar, había pensado Vanye a veces, de no haber sido por Rijan. Los hijos bastardos de los señores, a veces, tenían otro destino que el que él había conocido antes de su exilio. Los pobres eran frecuentes en las colinas de Andur, sin familia y sin dinero. Y los hijos, sin padre, de las pobres chicas terminaban, generalmente, bastante mal. Si sobrevivían a la infancia, crecían para convertirse en los peores salteadores.

Y quizá la chica engendrara a otros de su clase, la miseria engendrando miseria.

Ninguno de los dos podía tener más de doce años. Y parecían ser hermano y hermana, quizá gemelos. Tenían la misma mirada lobuna, la misma delgadez puntiaguda en sus caras y se abrazaban juntos, lejos de las peligrosas pezuñas.

—Comida —suplicaban todavía cogidos de la mano.

—Tenemos suficiente como para repartir —dirigió sus palabras a Morgaine, una petición porque sus alforjas todavía estaban repletas con la carne del venado de hace unos días. Sentía compasión de quienes eran como esos niños, por asquerosos que fuesen. Siempre que podía, les daba limosna para tener suerte, recordando lo que era.

Y, cuando Morgaine consintió con una inclinación de cabeza, se echó adelante y levantó las alforjas de la espalda gris de Siptah. Y estaba a punto de abrirlas, cuando la chica, aventurándose cerca de Mai, arrancó el atillo de su silla cortando una de las cinchas.

Soltó una maldición. Lo bastante listo como para no dejar caer la comida y perseguir a un niño mientras el otro no se hubiese marchado. Arrojó el paquete envuelto en cuero a Morgaine, levantó la pierna sobre el pomo de la silla. El niño también escapó, saltando la valla. Vanye lo persiguió de cerca.

—Ten cuidado —le sugirió Morgaine.

Pero los pilletes que escapaban dejaron caer sus pertenencias. Satisfecho con eso, se paró a recoger sus cosas, molesto porque volvieron para reírse de él como los niños traviosos que eran, bailoteando a poca distancia.

Agarró al chico cuando se acercó demasiado, sin otra intención que darle un cachete y hacerle recuperar el sentido. El chico se revolvió entre sus manos y soltó un torrente de maldiciones. Y la niña, con un grito, se arrojó sobre él y le clavó un cuchillo en la mano que sujetaba al chico. Se clavó profundamente, lo suficiente como para que él apartase la mano.

Chillaron y echaron a correr, abandonándole entre el botín, y desaparecieron entre los árboles. Él todavía maldecía por lo bajo cuando volvió con Morgaine, chupando la herida que la descarada niña le había infringido en la mano.

—Hijos de picaros —murmuró—, ladrones, banda de mal nacidos —había sido deshonorado ante su liyo, su señora dueña, y montó a la silla de Mai con gracia arisca, habiendo atado atrás su equipo. Hasta ese momento se había sentido indignamente usado, tomado a traición e indignamente usado por ella. Era la primera vez que no había estado a la altura de sus obligaciones. Y eso le hacía sentirse infeliz por partida doble habiéndose fallado a sí mismo y a su liyo.

Y entonces empezó a sentirse extraño como un hombre que ha bebido demasiado vino. Con un zumbido en la cabeza y toda su persona extrañamente dislocada de lo que le rodeaba.

Alarmado, miró fijamente a Morgaine, poco dispuesto a pedir ayuda. Pero, de pronto, sintió que la necesitaba. No conseguía comprender qué era lo que pasaba por sus sentidos. Era como el principio de una fiebre. Él osciló sobre la silla.

El delgado brazo de Morgaine le sujetó. Acercó a Siptah hasta él, frenando su caída. Escuchó la voz de ella hablándole con dureza y ordenándole firmemente que se sujetase.

Él centró su peso y se dejó caer, con la suficiente inteligencia al menos como para distribuir el peso de su cuerpo, que caía sobre el cuello de Mai. El pomo de la silla le hacía daño, la curva le quitaba el aliento. No tenía fuerzas ni para arreglar eso.

Morgaine estaba en acción. Sujetaba su mano herida. Le dolía de una manera distante, notó la cálida boca de ella sobre la herida. La trató como si fuese una mordedura de serpiente. Escupiendo el veneno, maldiciéndole a la mala suerte de ellos en un idioma que no podía comprender, lo que le asustaba.

Intentó ayudarla. Por un momento no se le ocurrió nada. Y se sorprendió al darse cuenta de que ella se había movido de nuevo y estaba sobre Siptah, conduciendo su caballo por las riendas. Y ellos estaban cabalgando de nuevo a lo largo de la carretera. Ella tenía su propia capa sencilla, las pieles de ella le estaban calentando a él.

Se agarró a la silla hasta que su cuerpo atontado le dijo que ella le había atado para que no se cayese. Se relajó entonces y se rindió al movimiento del caballo. Ahora la sed le atormentaba. No tenía fuerzas como para pedir nada. Era vagamente conciente de interludios en el viaje, entremezclados con oscuridad.

Y la oscuridad estaba creciendo en el cielo.

Él estaba agonizando. Llegó a estar seguro de eso. Empezó a preocuparle que podía morir y ella olvidarse de sus promesas y enviarle al más allá con ritos extraños. Estaba aterrorizado por la idea. Y por ese temor se negaba a morir. Luchó contra los lapsos de inconsciencia. A veces, casi consiguió recuperar el suficiente vigor y fuerza de voluntad, pero todas las palabras le salieron embarulladas. Y ella, por lo general, le ignoraba, suponiendo que tenía fiebre o sin preocuparse.

Entonces fue consciente de que había jinetes cerca de ellos. Vio la cimera en el yelmo de aquel que les conducía: un lobo con un venado en sus fauces. Y reconoció la marca e intentó desesperadamente avisarla.

Pero hasta ellos tomaron sus palabras por delirios. Morgaine se unió a ellos y fueron escoltados cuesta abajo en el valle de Koris hacia Ra-Leth.

CAPÍTULO IV

EL salón tenía un aspecto andrajoso, lleno de telarañas en los rincones, con la argamasa desluciéndose aquí y allá, creando huecos entre las grandes piedras irregulares que proporcionaban a las arañas abundantes escondites. El marco de madera de terminaba de encajar en las piedras alrededor de la puerta. El brazo, para sujetar la antorcha, colgaba precariamente de uno solo de los tornillos.

La propia cama se hundía incómodamente. Vanye tanteó con su brazo izquierdo para descubrir los límites de ésta. Su mano derecha estaba muy inflamada, hinchada a causa del veneno. No podía recordar claramente lo que había sucedido, excepto que había estado ahí tumbado mientras las cosas recuperaban su claridad. Y había una persona que se inclinaba sobre él, a cada rato, apartando a las demás.

Se dio cuenta finalmente de que esa persona era Morgaine. Sin su capa, vestida con ropa de hombre negra que acentuaba su delgadez. Y, sin embargo, llevaba por encima un tgiho, un ropón negro y plata que quedaba incongruente. Ella tenía una faceta bárbara que hasta el momento él no había sospechado. Y la espada Bebé Robado colgaba sobre su silla, el resto de su equipo estaba apilado a sus pies de una manera poco femenina.

La miró fijamente, intentando aclarar sus ideas y recordar cómo había llegado hasta allí y era aún incapaz. Ella le miró y sonrió tensa.

—Bien, vos no perderéis el brazo —dijo ella.

Él movió la mano herida e intentó flexionar los dedos, estaban demasiado hinchados. Lo que ella había dicho le asustaba porque su brazo estaba afectado hasta el codo y le dolía al doblarlo.

—¡Flis! —llamó Morgaine.

Una chica entró, andando de espaldas, en el cuarto, porque tenía las manos ocupadas con paños de lino y una jofaina de agua hirviente.

La chica giró para hacer una reverencia a Morgaine, y ésta la miró enfurruñada e hizo un movimiento brusco de cabeza en dirección a Vanye.

El agua caliente le dolió. Apretó los dientes y soportó las compresas, centrando su atención, a cambio, en su enfermera. Flis era de cabello y ojos oscuros, intensa y cálidamente femenina. Su escotado corpiño de campesina se abría un poco cuando ella se inclinaba, le sonreía y le acariciaba el rostro. Su postura y sus modales eran como los de otras chicas de baja familia o sin ella que habitaban en una casa señorial. Y que tenían la esperanza de quedarse preñadas de un señor para avanzar a una situación honorable. Su esperma no podía ennoblecer a nadie, pero ella aplicaba sobre él sus artes porque, de momento, era un desconocido y no representaba ningún peligro.

Con sus manos calmó la fiebre y le dio vino, muy aguado, para beber y le hablaba

con tontas palabritas cariñosas. Cuando las manos de ella tocaban la frente de él, se dio cuenta de que no parecía importarle su pelo corto, que habría advertido a cualquier mujer lista de cuál era su carácter y su situación y la habría alejado indignada.

Entonces recordó que estaba, sin duda, en la casa de Leth, donde los parias y los forajidos eran bienvenidos mientras soportasen los caprichos del señor Kasedre y no fuesen melindrosos sobre las órdenes que recibían. Aquí un hombre como él no era una novedad. Quizá no menos honorable que el resto.

Entonces se fijó en Morgaine de pie, mirándole por encima del hombro de la chica Flis. Observándola levemente disgustada, lo que constituía un juicio sobre la torpemente rapaz doncella.

Ella se dio la vuelta y se dirigió con paso medurado hacia la ventana, convenientemente apartada de la vista.

Cerró los ojos, satisfecho porque el dolor de su brazo estaba siendo atendido sin que se le exigiese hacer nada. Había perdido todo el honor que un hombre podía perder. Al haber sido rescatado por su liyo, una mujer, y entregado a sirvientes como éstos.

Leth toleraba la presencia de Morgaine, hasta la rendía honores a juzgar por el esplendor de la túnica de invitados que le ofrecía y reconocía con indulgencia su derecho de señora tratándola como igual.

La mano de Flis se situó en un sitio impropio. La apartó indignado ante semejante tratamiento en presencia de su liyo, además de una mujer. Flis soltó una risita.

Con un susurro de terciopelo, Morgaine regresó, puso mala cara e hizo una inclinación de cabeza malhumorada a la chica. Flis recuperó rápidamente el buen sentido y recogió la jofaina y las toallas con prisa desgarbada.

—Déjalas —ordenó Morgaine.

Flis las dejó junto a la mesa al lado de la puerta y se inclinó al salir. Morgaine se acercó a la cama, levantó la compresa de la mano herida de Vanye y agitó la cabeza. Entonces se acercó a la puerta y deslizó la silla de forma que nadie pudiese abrirla desde fuera con facilidad.

—¿Estamos amenazados? —preguntó Vanye alarmado ante semejantes precauciones.

Morgaine tomó su propio equipo, sacando algunos ungüentos de su botiquín.

—Supongo que lo estamos, pero no es por eso que he atrancado la puerta. No nos han proporcionado un cerrojo y estoy harta de esa descarada fisgoneando en mis asuntos.

Miró nervioso mientras ella colocaba sus medicinas en la mesa junto a él.

—Yo no quiero...

—Objeción denegada —ella abrió una jarra y frotó un poco de ungüento en su

herida, que era más grande y más dolorosa que antes. Después de poner la compresa, la medicina le irritó e hizo que latiese la herida, pero la calmó más tarde. Ella preparó algo en el agua y le ordenó, insistiendo, que se lo bebiese.

A partir de ese momento comenzó de nuevo a sentirse somnoliento y esta vez Morgaine era la causa.

Estaba sentada junto a él cuando se despertó. Sacando brillo a su estropeado yelmo y atendiendo a su armadura. A causa del aburrimiento, imaginó él.

Ella elevó la cabeza y reparó en él.

—Mejor —dijo él, porque parecía encontrarse libre de fiebre.

—¿Puedes levantarte?

Lo intentó, no era fácil. Se dio cuenta de que en su ceguera y en su preocupación por el esfuerzo mismo no estaba vestido y agarró la sábana, estando a punto de tropezarse. Los kurshinos eran gente púdica. Ella le examinó con una mirada analítica que le daba más vergüenza que el hecho de que ella no se sonrojara.

—No cabalgarás con energía, lo que es un problema. No me gusta este lugar, no confío en nuestro anfitrión en absoluto y puede que desee abandonarlo de manera precipitada.

Él se dio la vuelta a tientas, alcanzó su ropa e intentó vestirse con su única mano hábil.

—Nuestro anfitrión es Kasedre, señor de Leth, y tienes razón, está loco.

Omitió decir que Kasedre tenía fama de tener sangre qujal en las venas, y esto se aducía como causa de su locura. Morgaine, aunque le inquietaba con sus rarezas, estaba al menos cuerda.

—Descansa —le indicó cuando se hubo vestido, porque el esfuerzo le había fatigado sobremanera—, puede que necesites tus fuerzas, tienen nuestros caballos abajo junto a la entrada principal. Recuerda eso. Escucha, te mostraré lo que he observado en este lugar para el caso de que tengamos que marcharnos por separado.

Y, sentada junto a él en la cama, dibujó sobre las sábanas el plano de los salones y la situación de las puertas. Así que él tenía una idea bastante clara de dónde estaban las cosas sin haberlas visto antes. Ella tenía buenas cualidades para estas cosas. Le agradaba que su señora fuese lista y tuviese experiencia en cuestiones de defensa. Empezó a sentirse más optimista sobre cuál sería la suerte que correrían en este lugar.

—¿Somos prisioneros o invitados? —preguntó él.

—Soy una invitada, al menos de nombre —dijo ella—. Pero no es éste un lugar dichoso para los invitados.

Hubo un golpe en la puerta, alguien intentó abrirla. Cuando el visitante no lo consiguió, se alejó por el pasillo.

—¿Tienes algún deseo de quedarte? —preguntó él.

—Me siento más bien como un ratón que pasase cerca de un gato. Probablemente

no existe peligro alguno y el animal parece perezoso y bien alimentado. Pero sería locura entretenerse.

—Si el gato está en verdad hambriento, nos estamos engañando a nosotros mismos —replicó él.

Ella asintió. Esta vez hubo un golpe intencionado en la puerta.

Era Filis de nuevo. La chica sonrió insegura e hizo una reverencia. Vanye la observó desde una perspectiva más clara. Ahora sin la ofuscación mental de la fiebre. No era tan joven como él había creído. Era el maquillaje lo que daba color a sus mejillas. Y su vestido no era inocente y de corte campesino, era desaliñado.

—Se os convoca —dijo ella.

—¿Dónde? —preguntó Morgaine.

Flis no quería mirar a Morgaine a los ojos, pero cuando se dirigió a ella no tuvo elección. Lo hizo y tembló visiblemente.

Su cabeza sólo llegaba al hombro de Morgaine y su aureola de pelo castaño parecía deslucida frente al negro y plata de Morgaine.

—Al salón, señora —lanzó a Vanye una segunda mirada lujuriosa y volvió a mirar a Morgaine—. Sólo a usted, señora. No llaman al hombre.

—Es mi ilin —dijo ella—. ¿Cuál es el motivo?

—Conocer a mi señor —aclaró ella—. No hay problema, puedo cuidarle —insistió.

—No te preocupes. Se las apañará bien. Esto es todo.

Flis parpadeó, no parecía ser muy lista. Entonces retrocedió, hizo una reverencia y se alejó, echando a correr. Morgaine se dio la vuelta y miró a Vanye.

—Mis disculpas —dijo ella secamente—. ¿Te encuentras con fuerzas como para ir al salón?

El, profundamente avergonzado, se inclinó para indicar su asentimiento. Y preguntándose si debía sentirse avergonzado. No deseaba a Flis. Pero, por otra parte, negarlo resultaba indecoroso. Ignoró la burla de ella y afirmó que se encontraba bien. No se encontraba asentado firme sobre sus pies, pero pensó que se le pasaría.

Ella señaló con la cabeza y abrió camino fuera del cuarto.

Afuera todo resultó ser como ella se lo había descrito. La casa estaba en un estado de abandono generalizado, como una fortaleza que hubiera estado largo tiempo abandonada y que hubiese sido vuelta a ocupar de repente, pero todavía no se encontraba habitable. Había algo rancio en el aire, una sensación nauseabunda de suciedad. Efluvios del banquete de la noche anterior, de grasa y vejez, de grietas sin reparar, de tierra y humedad.

—Salgamos sencillamente por la puerta —sugirió él cuando llegaron al piso de abajo; y él sabía que el camino de la izquierda conducía a los caballos y a una cabalgada, salvaje y rápida, lejos de este lugar de locos.

—Liyo, no nos quedemos aquí. No cojamos nada de este lugar. Marchémonos. Deprisa.

—No estáis en condiciones para una persecución o lo haría de buena gana. Tranquilízate. No ofendamos a nuestros anfitriones —dijo ella.

Caminaron sin escolta a través de los largos corredores, en los cuales, a veces, veían sirvientes que tenían el aspecto de mendigos. Como los que, de vez en cuando, aparecían en la puerta de las casas pidiendo los tres días de caridad que por ley les correspondían. Era una vergüenza para un señor mantener a su gente en semejante estado en el interior de su casa. Y la casa de Leth era enorme, sus piedras eran más antiguas que el viaje de caballo de Morgaine hasta Irien. Y todavía más antigua en su conjunto. En su día, había sido una gran casa afamada por su belleza. Si ella la había visto entonces, estaba ahora en un estado lamentablemente distinto. Con los tapices convertidos en trapos grasientos y la piedra desnuda mostrándose a través de las alfombras que descansaban, sucias y agujereadas, sobre el suelo. Había corredores que no tomaron, grandes salones abiertos que respiraban humedad y decadencia, puertas cerradas que no parecían haber sido tocadas en años. Las ratas se apartaban malhumoradas de su camino, buscando los grandes huecos en las paredes, y les miraban con pequeños ojos brillantes.

—¿Cuánto de este lugar has visto? —preguntó a Morgaine.

—Lo bastante —respondió ella— como para saber que hay mucho que anda mal. Nhi Vanye, cualesquiera que sean los pleitos que tengas con Leth, eres mi ilin. Recuérдалo.

—No tengo ninguno con Leth —aclaró él—, los hombres sensatos evitan tenerlos. La locura es como la levadura de esta hogaza. Se extiende y aumenta. Aunque te sientas ofendida, vigila tus palabras, liyo.

Y de repente vio la cara delgada de aquel niño mirándoles con desprecio desde un cruce de corredores. Junto a él, su hermana sonriendo con su cara de rata. Vanye parpadeó y no estaban allí. No estuvo seguro de si los había visto o no.

La puerta del salón principal se abrió para ellos. Se dio prisa para alcanzar a Morgaine. Había un número indeterminado de sujetos extraños dando vueltas. Un puñado de hombres holgazaneaba al fondo del salón, que parecía más propio para un campamento de bandidos en la falda de una colina. Y había unos pocos uyin de una familia elevada, que reconoció como Leth. Estos últimos estaban también delgados y hambrientos, y con la ropa gastada. Sus tojhin eran llamativos, pero estaban deshilachados en los dobladillos. Para reconocer el mérito a su caridad, y a la hospitalidad que habían tenido para con Morgaine, eran verdaderamente menos elegantes que el que le habían prestado a ella.

Y había un hombre, quien sólo podía ser Leth Kasedre, que estaba sentado en el asiento de honor en el centro. Tenía un aspecto juvenil, apenas podía tener menos de

treinta años. Y, sin embargo, su cara de bebé estaba pálida bajo un flequillo de pelo oscuro que necesitaba un corte. Para éste nada de trenzas de guerrero, y muchas otras cosas que hacían a un hombre también se echaban en falta. Su pelo caía en rizos ensortijados. Su mirada era la de alguien perseguido, moviéndose bruscamente de un lado a otro. Su boca era la de un hombre enfermo, floja y húmeda en la comisura de los labios. Transmitía una impresión de frío y calor al unísono como una fiebre.

Y su ropa era el esplendor por antonomasia. Brocado de oro ceñía su estrecho pecho, adornado con broches, hebillas y cadenas de oro. Una hoja del Honor, engastada en joyas, añadía una decoración inútil y patética a un mandoble igualmente enjorado. El aire en su torno estaba cargado con perfumes utilizados para enmascarar la podredumbre. Cuando se acercaron a él no hubo duda: era el olor de la enfermedad.

Kasedre se levantó, extendió la mano para ofrecer un asiento a Morgaine, quien recogió los pies y se acomodó en el asiento que los cortesanos habían dejado libre para ella, un lugar de honor. Llevaba a Bebé Robado colocada alto en la espalda y soltó la correa que sujetaba la espada en su hombro, aflojando un gancho y dejando que la espada se deslizase a su cintura para tener una mayor comodidad sentada. Ella hizo una graciosa reverencia, Kasedre devolvió la cortesía.

Vanye tenía que arrodillarse en el suelo a la fuerza y tocar el mismo con la frente como muestra de respeto, que el Leth apenas se dignó reconocer, preocupado como estaba con Morgaine. Vanye se arrastró a su lugar detrás de ella. Era irritante. Él era, había sido, un guerrero. Aun bastardo, había sido orgulloso. Y, desde luego, un bastardo de Nhi Rijan tenía un rango más alto que éste, el más escandaloso de los señores de la frontera. Pero él había visto a los ilinin en Ra-Morij obligados a soportar semejantes humillaciones, sin que se les reclamase servicio alguno, olvidados, ignorados, sin que nadie tuviese en cuenta qué había sido ese hombre antes de convertirse en ilin y en anónimo. No valía la pena protestar ahora, el Leth era extremadamente peligroso.

—Me siento intrigado al tener a gente como vosotros entre nosotros —dijo Leth Kasedre—. ¿Eres en verdad aquella Morgaine de Irien?

—Nunca dije que lo fuese —contestó Morgaine.

El Leth parpadeó, se echó atrás, se pasó asombrado la lengua por la comisura de los labios.

—Pero en verdad lo eres. Nunca hubo nadie como tú en este mundo —dijo él. En los labios de Morgaine apareció de repente una sonrisa tan salvaje como cualquiera de las de Kasedre.

—Yo soy Morgaine, tienes razón —admitió ella.

Kasedre soltó un largo suspiro e hizo una reverencia que debía ser contestada. Un honor extraordinario para un invitado en una casa señorial.

—¿Cómo es que estás entre nosotros? ¿Has vuelto para cabalgar en otra guerra? Parecía impaciente, hasta encantado, con la perspectiva.

—Estoy viendo sitios que hay que ver —dijo Morgaine—, estoy interesada en Leth. Tú pareces un principio interesante para mis viajes. —E hizo una modesta inclinación de los ojos—. Te has mostrado muy caritativo en el asunto de mi ilin, de no haber sido por los gemelos...

Kasedre se lamió los labios y pareció ponerse serio de repente.

—¿Gemelos? Ah, malos, muy malos esos niños. Serán castigados.

—Y en verdad deben serlo —dijo Morgaine.

—¿Cenarás conmigo esta noche?

La sonrisa de ella, encantada y exacta, no cambió.

—De muy buena gana, me siento sumamente honrada. Mi ilin y yo asistiremos...

—Ah, pero enfermo como se encuentra...

—Mi ilin asistirá —dijo ella. Su tono era de delicada frialdad, sin dejar de sonreír. Kasedre se acobardó ante esto y sonrió también. Por casualidad, miró en ese mismo momento hacia Vanye, que le miró fijamente malhumorado, absolutamente seguro de las intenciones asesinas que albergaba el corazón de Kasedre. Un odio que se dirigía no hacia Morgaine, a quien temía, sino a la vista de un hombre a quien no podía dar órdenes.

De repente, de una manera violenta, sintió miedo de las capacidades de Morgaine. Se adaptaba con tanta facilidad a los cambios de estado de ánimo del loco Kasedre, era capaz de jugar a los juegos que él jugaba y abrirse camino por el laberinto de sus locuras. Vanye estudió de nuevo su propio valor para su liyo y se preguntó si le entregaría a Kasedre, si resultase necesario, para escapar de esta casa de locos. Calderilla humana arrojada en el camino y olvidada.

Pero, hasta el momento, había defendido sus derechos con una perseverancia perentoria, fuese por el bien de él o por simple arrogancia de ella.

—¿Has estado muerta? —preguntó Kasedre.

—Difícilmente. Estuve aquí hace menos de un mes, Edjnel gobernaba entonces...

Los ojos de lobo de Kasedre brillaron y parpadearon cuando ella dejó caer casualmente el nombre de un señor, antecesor suyo, muerto hacía cien años. Parecía enfadado, como si temiese alguna chanza a costa suya.

—Un atajo —dijo ella, sin inmutarse— a través de los años que vosotros habéis vivido, de ayer a hoy directamente. El mundo vino por el camino largo, dando vueltas por los recodos; yo vine directa. Aquí estoy. La misma. Te pareces bastante a Edjnel.

Una rápida serie de expresiones pasaron por el rostro de Kasedre, terminando en placer al verse comparado con su famoso ancestro. Se envaneció e hinchó el pecho, hasta el punto que su escaso perímetro torácico se lo permitía. Entonces, pareció volver a concentrarse en la confusión que ella le producía.

—¿Cómo? —preguntó él—. ¿Cómo lo hiciste?

—Por los fuegos de Aenor sobre Pywn. No es difícil emplear los fuegos para este propósito..., pero uno tiene que ser muy valiente. Es un viaje temible.

Era demasiado para Kasedre. Tomó varias bocanadas de aire, como un hombre a punto de desmayarse, y se echó atrás, apoyando las manos sobre el mandoble. Miró a sus uyin boquiabiertos, la mitad de los cuales parecían confusos y la otra mitad demasiado tontos como para hacer nada.

—Me dirás más sobre estas cosas —dijo Kasedre.

—De buena gana, durante la cena —respondió ella.

—Ah, quédate. Tómate un vino con nosotros —le rogó Kasedre.

Morgaine mostró de nuevo esa sonrisa gélida, impresionante y falsa.

—Con tu permiso, señor Kasedre, estamos todavía fatigados de nuestros viajes y necesitamos tiempo para reponernos, o temo que no aguantemos un banquete de madrugada. Iremos a nuestros cuartos a descansar un tiempo y después bajaremos a la hora en que se nos llame.

Kasedre hizo un puchero. En momentos como éste, él era peligroso. Pero Morgaine no dejó de sonreír, brillante y mortífera, llena de promesas. Kasedre se inclinó. Morgaine se levantó e hizo una reverencia.

Vanye se postró de nuevo a los pies de Kasedre, y tuvo un momento para observar la mirada que Kasedre lanzó a la espalda de Morgaine.

Seguía aún, se alegró de verlo, aterrorizado.

Vanye temblaba de agotamiento cuando alcanzaron la seguridad de su cuarto en el piso de arriba. Él mismo volvió a colocar la silla contra la puerta y se sentó sobre la cama. La mano fría de Morgaine palpó su frente buscando indicios de fiebre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—Lo bastante bien, señora. Estás loca si pruebas algo de su mesa esta noche.

—Reconozco que no es una perspectiva agradable —se despojó de la espada dragón y la apoyó contra la pared.

—Usted se divierte con él, y él es un demente.

—Está acostumbrado a salirse con la suya —dijo Morgaine—. La novedad de la experiencia puede embelesarle completamente.

Y se sentó en la otra silla y cruzó los brazos.

—Reposa —dijo ella—, creo que lo necesitaremos.

Él se acomodó en el lecho, apoyando el hombro contra la pared y se puso a meditar sobre todo.

—Me alegro que no cabalgases y no me dejases aquí, atontado por la fiebre como estaba. Te estoy agradecido, liyo —dijo como resultado de su meditación. Ella le miró con sus ojos grises de gato con aspecto relajado.

—Entonces, ¿vos admitís que hay algunos lugares peores en los que ser ilin que a mi servicio?

La idea le produjo escalofríos.

—Lo admito. Este lugar es el más destacado entre ellos.

Ella apoyó los pies sobre sus pertenencias. Él se tumbó y cerró los ojos, intentando descansar. La mano le latía. Todavía estaba ligeramente hinchada. Con gusto, habría salido fuera y la habría apretado contra la nieve, valorando esto más que los emplastes de Flis o que las medicinas qujalinas de Morgaine.

—El cuchillo del diablillo estaba infectado con la plaga —dijo él.

Y entonces, recordando algo, añadió.

—¿Los viste?

—¿A quiénes?

—Al chico y a la chica.

—¿Aquí?

—En el corredor de abajo después de que pasase.

—En absoluto me sorprende.

—¿Por qué soporta esto? ¿Por qué no se resistió a que nos trajesen aquí? Podría haberse ocupado de mi herida por sí misma..., y probablemente también de ellos.

—Tienes un concepto quizá exagerado de mis facultades. No soy capaz de cargar con un hombre enfermo yo sola. Y un enfrentamiento no parecía rentable en aquel momento. Cuando lo sea, estudiaré la posibilidad de hacer algo. Pero, Nhi Vanye, estás encargado de protegerme. Ciertamente, espero que cumplas esa obligación sin falta.

Él levantó su mano inflamada.

—Esto no se encuentra dentro de mis facultades por el momento, si llega a ser necesario abrirse camino fuera de aquí luchando.

—Así que tú mismo has contestado a tu primera pregunta. —Así era Morgaine en los momentos en que resultaba más irritante. Se acomodó de nuevo a esperar. Luego, en vez de eso, empezó a dar paseos. Se parecía mucho a un animal salvaje enjaulado. Ella necesitaba hacer algo con las manos y no le quedaba nada que hacer. Se acercó a la ventana con barrotes, miró afuera y volvió de nuevo.

Ella hizo esto por turnos durante un rato muy largo. Un rato sentada, un rato paseando. Causándole a él un nerviosismo que, de no haber sido por el dolor que sentía en el costado, se habría levantado y paseado por el cuarto en plena frustración. ¿Se había estado quieta esta mujer alguna vez?, se preguntó él, o ¿tenía alguna vez descanso de aquello que la impulsaba? No era simple desasosiego motivado por su confinamiento. Era lo mismo que había ardido en ella durante el tiempo que habían pasado juntos en la carretera. Era como si ella hubiese estado bastante cómoda mientras estuviese en movimiento, pero cualquier retraso no deseado la irritaba más

de lo que ella podía soportar.

Era como si la muerte y los Fuegos Brujos fuesen una cita que ella estuviese ansiosa por cumplir. Y ella se sintiese agraviada por cualquier mezquina interferencia por parte de seres humanos en su misión.

La luz del sol en la habitación disminuyó. Las cosas adquirieron un perfil borroso. Cuando hasta el mobiliario se volvió confuso. Hubo un golpe seco en la puerta que Morgaine contestó. Era Flis.

—El amo dice que vayan.

—Vamos de camino —dijo Morgaine. La chica se entretuvo en la puerta jugando con las manos.

Entonces escapó.

—Esta no es menos atolondrada que el resto —dijo Morgaine—. Pero es más digna de compasión. —Recogió su espada, además del resto de su equipo, y guardó en su túnica algunas cosas de su equipo.

—No sea que alguien registre nuestras cosas mientras nos ausentemos —dijo ella.

—Todavía está la posibilidad de correr hacia la puerta, liyo. Tómala. Estoy más fuerte. No hay razón para que no pueda, de alguna manera, cabalgar.

—Paciencia —le animó—. Además ese hombre, Kasedre, es interesante.

—Él es además un asesino y despiadado —dijo él.

—Están los Fuegos Brujos de Leth. Vivir junto a los Fuegos Brujos de Leth, tal y como han cambiado desde que me marché, no es saludable. No me gustaría tener que quedarme aquí mucho tiempo.

—¿Quieres decir que el mal de esta cosa, de los fuegos, los ha convertido en lo que son?

—Hay emanaciones —dijo ella— que no son saludables. Yo misma no sé todo lo que puede resultar de ellas. Sólo sé que no me gustó el desperdicio que vi al salir de Aenor-Pywn. Y me gusta todavía menos el que veo en Leth. Los hombres están más retorcidos que los árboles.

—No puedes avisar a esta gente —protestó él—, les es indiferente cortarnos la garganta, si les irritamos. Y si planeas algo distinto con ellos, algunos...

—Ten cuidado, hay alguien en el pasillo.

Los pasos se detuvieron, comenzaron de nuevo aumentando su velocidad. Vanye soltó un taco por lo bajo.

—Este lugar está lleno de gente escuchando.

—Somos, sin duda, lo más interesante para escuchar en este lugar —dijo ella—. Vamos, bajemos al salón. ¿O no te sientes capaz? Si en verdad no, alegaré encontrarme indispuerta, privilegio de la mujer, y retrasaré el asunto.

En verdad afrontaba la posibilidad de una larga tarde en compañía del loco Leth con temor. No sólo a causa del Leth, sino también a causa de la fiebre que ardía en

sus venas. Él prefería cabalgar ahora que tenía fuerzas. Si surgían problemas en el salón, no estaba seguro de poder servir de ayuda a Morgaine o a él mismo.

Lo cierto era, consideró él, que con sus armas ella era capaz de ayudarse a sí misma. Era su ilin zurdo quien podría no conseguirlo.

—Podría quedarme aquí —sugirió él.

—¿Con sus sirvientes para ocuparse de ti? —preguntó ella—. No podrías tú mismo, airosamente, atrancar la puerta contra ellos. Pero nadie considera extrañas las cosas que yo hago. Diré que no te encuentras bien, me quedaré aquí y atravesaré la puerta yo misma.

—No. Tienes razón. Estoy suficientemente bien. Y tienes seguramente razón respecto a los sirvientes —pensó en Flis, quien, si entretenía a todo el mundo en esta casa repugnante con las mismas artes que le había mostrado a él, tenía seguramente fiebre o sería portadora de otra enfermedad más desagradable. Y recordó a los gemelos, quienes se habían deslizado en la oscuridad como un par de ratas de palacio. Por alguna razón, ellos y sus pequeños cuchillos le inspiraban más temor del que nunca le habían inspirado los arqueros myyas. No podía golpearlos como se merecían, el que fuesen niños todavía frenaba su mano. Sin embargo, ellos no tenían escrúpulos y sus dagas estaban muy afiladas..., como ratas, pensó de nuevo, temibles como ratas a pesar de su tamaño. Sentía miedo hasta por Morgaine con criaturas como ellos corriendo por los pasillos y planeando en la oscuridad.

Ella salió. Él caminaba a la distancia correcta, medio paso detrás de ella, tanto por razones de formalidad como de seguridad. Él se había dado cuenta de que uno veía cosas de esta manera, cosas que sucedían una vez que Morgaine había pasado de largo. Él era sólo un ilin. Y nadie hacía caso de un sirviente. Y los sirvientes de Kasedre la temían. Estaba en sus miradas. Esto en esta casa era un gran tributo.

Y hasta los bandidos la miraron con precaución en sus ojos calientes cuando ellos entraron en el salón. Un toque de hielo, un frío viento que soplaba sobre ellos. Era curioso: había más respeto en su cara de temor, una vez que ella había pasado, que en la indiferencia que mostraban ante ella. Un asesino mayor que cualquiera de ellos, pensó él indignadamente, y la respetaban por ello.

Pero los lethenos, los uyin que se agrupaban en las mesas altas, la miraban con sonrisas educadas, y allí también había lujuria. No menor que en los ojos de los bandidos, pero fría y templada con el miedo. Morgaine era muy hermosa, Vanye mantuvo esa idea apartada de él. Estaba tentado de tomarse pocas libertades con los qujal. Y con ésta menos que con ninguno. Pero cuando la vio en aquel salón, su cabeza pálida como un rayo de sol en la oscuridad, elegante con su delgada forma envuelta en el tgiho, portadora de la espada dragón con la gracia de alguien capaz de emplearlo, una extraña visión vino hasta él: vio, como en una pesadilla de la fiebre,

un nido de corrupción y una serpiente brillante deslizándose en él, mientras las criaturas inferiores se apartaban, con hipnóticos ojos de basilisco, peor, más mortífera e infinitamente más hermosa. La muerte soñando con la muerte y sonriendo. Tembló ante su visión y la vio inclinarse ante Kasedre. E hizo su propia reverencia sin mirar su rostro pálido y loco. Se retiró a su lugar y, cuando estuvieron atendidos, examinó cuidadosamente, y lo olisqueó, el vino que les ofrecieron.

Morgaine bebió. Se preguntó si sus artes podrían hacerla invulnerable a los venenos y a las drogas. O salvarle a él que no lo era. Por su parte, apenas bebió, y esperó un largo rato entre tragos, sencillamente jugando con el vino. Esperó que apareciese el menor signo de mareo. Ninguno lo hizo. Si iban a ser envenenados, sería de una manera más sutil.

Los platos eran variados. Ellos comieron de los sencillos y lentamente. Había un fluir continuo de vino, del cual ellos rara vez bebieron. Y por fin fue retirado el último plato con Morgaine y Kasedre todavía sonriéndose mutuamente. Más vino les fue ofrecido.

—Dama Morgaine, nos planteasteis un problema y nos prometisteis soluciones para esta noche —rogó Kasedre.

—¿Sobre los Fuegos Brujos?

Kasedre se movió animado a lo largo de la mesa para sentarse junto a ella. Hizo un gesto enérgico con la mano al amanuense, atormentado y mal vestido, que revoloteaba continuamente junto a su codo aquella noche.

—Escribe, escribe —le dijo al amanuense. Porque en cada casa famosa había un bibliotecario para llevar los archivos como era debido, y elaborar una historia de los acontecimientos de cada casa.

—Qué interesante me resultaría tu libro —murmuró Morgaine— con todo el tiempo que me he perdido en los asuntos de los hombres. Dame tu permiso, mi señor Kasedre, para tomar prestado tu libro por un momento. ¡Oh! ¡Por compasión!, pensó Vanye, ¿estamos condenados a quedarnos aquí todavía más? Había tenido la esperanza de que podrían marcharse. Y miraba lo grueso que era el libro y a todos los aristócratas aburridos, rojos por el vino, con el aspecto de bestias ansiosas de matar. Y se preguntó cuánto tiempo duraría su paciencia.

—Nos sentiríamos honrados —replicó Kasedre. Era probablemente la primera vez en años en que alguien se había molestado en mirar el mustio tomo de Leth, repleto como estaba de asesinatos e incestos. Los rumores eran bastante siniestros, aunque pocas noticias salían de Leth.

—Aquí —dijo Morgaine, y colocó el libro, que se desmoronaba, en su regazo. Mientras que el pobre y anciano estudioso, un viejo verdaderamente estropeado que apestaba a vino, se sentó junto a su rodilla vestida de brocado y elevó la vista hacia ella, con la frente arrugada y parpadeando. Le lloraban los ojos y se le caían los

mocos. Se secó las dos cosas con la manga. Morgaine abrió las páginas, despegando las que el moho había unido, separándolas con las uñas, volviendo a doblarlas de la manera correcta, mientras buscaba los años que ella quería.

En algún lugar del fondo del salón algunos de los hombres menos educados estaban dedicados a una conversación bulliciosa. Parecía como si hubiese en marcha algún juego de apuestas. Ella lo ignoró por completo. Aunque Kasedre parecía molesto por ello. El propio señor de Leth se dejaba caer cerca de ella, pendiente y atemorizado del silencio. El índice de ella subrayaba las palabras. Vanye alcanzaba a ver, sobre el hombro de ella, el pergamino amarillento y la tinta que se había desdibujado adquiriendo un tono marrón rojizo. Era una maravilla que alguien que chapurreaba el idioma con tan poca seguridad como ella pudiese descifrar el antiguo garabato. Pero sus labios se movían mientras descifraban las palabras.

—Mi viejo amigo Edjnel —dijo ella suavemente—, aquí está su muerte. Qué, ¿asesinado? —Kasedre inclinó la cabeza para leer las palabras—... Y su hija, la pequeña Linna..., ahogada en el lago. Pero Tohme gobernó seguramente...

—Mi padre fue hijo de Tohme —interpuso Kasedre. Sus ojos se volvieron ansiosamente hacia el rostro de ella como si temiese su desaprobación.

—Cuando recuerdo a Tohme, estaba rodando sobre las rodillas de su madre, la dama Aromwell. Alguien sumamente hermosa y graciosa. Era una Chya. Cabalgué hasta esta casa una noche. —Pasó la frágil página—. Sí. Aquí está:

»... Llegó ella entonces a esta morada, portadora de malas noticias del camino. El señor Aralde... —Hermano de Edjnel y de mi amigo Lrie, quien fue conmigo a Irien y murió allí—, el señor Aralde había tenido muy mala fortuna en su compañía durante sus viajes, que intentó salvar Leth contra la oscuridad que avanza desde... Bien, bien, éste fue otro asunto triste, el del señor Aralde. Era un buen hombre, desafortunado. Una flecha del bosque se lo llevó. Y los lobos estaban detrás de mi pista entonces... A partir de entonces, ella temía que la frontera se hubiese perdido, que no habría nadie que se alzase para la salvación de los Reinos Medios, salvo sólo Chya y Leth, y éstos privados de hombres y gravemente dañados. Así que se despidió de Leth y se marchó de esta casa, siendo muy lamentada su marcha. Bueno, da igual, me conmueve saber que se me echó de menos por lo menos en Leth —sus dedos buscaron nuevas páginas—. Mira aquí hay noticias de mi viejo amigo Zri, el consejero de Tiffwy. ¿Sabéis o no? Bien... Chya Zri había llegado a Leth siendo amigo de los reyes de Koris —una sonrisa salvaje apareció en su cara como si esto le hiciese mucha gracia—. Amigo —se reía suavemente—. Sí, amigo de la mujer de Tiffwy. Y allí hay una historia que contar.

Kasedre tiró con ambas manos de la manga de ella, sus pobres ojos enfebrecidos se movían de su cara la libro, y viceversa.

—Zri era muy honrado aquí. Pero murió —dijo él.

—Zri era un zorro —dijo Morgaine—. Ah, listo ese hombre. Propio de él no haber estado en Irien después de todo, aunque cabalgó con ellos. Zri tenía una oreja pegada al suelo constantemente. Siempre le decía a Tiffwy que podía oler el desastre. Y Edjnel nunca confió en él. Por desgracia, Tiffwy sí. Y me extraña de verdad que Edjnel le admitiese cuando llegó a Leth..., nos ha honrado con su presencia como tutor... del joven príncipe Leth Tambe para guiarle en las diversas cuestiones de los asuntos de Estado y negocios públicos, siendo también tutor de la dama Chya Aromwel y su hija Linna, tras la lamentada pérdida de Leth Edjnel.

—Zri enseñó a mi padre —dijo Kasedre, cuando Morgaine permaneció sumida en sus pensamientos, charloteaba nervioso, con ganas de agradar—. Y a mi padre, además, algún tiempo. Era viejo, pero tuvo muchos hijos.

Uno de los uyin se rio entre dientes, tapándose la mano con la boca. Era poco prudente. Leth Kasedre se volvió y le miró fijamente. Y ese Liyo inclinó el rostro y pidió disculpas alegando que algún suceso del fondo del salón había sido la causa de su diversión.

—¿Qué clase de hombre fue Tohme? —preguntó Morgaine.

—No lo sé, se ahogó. Igual que tía Linna —dijo Kasedre.

—¿Quién fue tu padre?

—Leth Hes. Fue un gran señor. —Kasedre, hinchado de orgullo, insistió en pasar él mismo las páginas para indicárselo.

—Alumno de Zri.

—Y tuvo mucho oro. —Kasedre se negaba a distraerse, pero su cara se entristeció.

—Yo nunca le vi. Murió. Se ahogó también.

—¿Qué desgracia. Yo me apartaría del agua. ¿Qué sucedió? ¿El lago?

—Creen. —Kasedre bajó la voz— que mi padre se suicidó. Era alguien triste. Obsesionado con el lago. Especialmente triste después de que Zri se fuese, Zri...

—¿Ahogado?

—Se fue y no volvió. Fue una noche mala. Era un viejo de todos modos —hizo un puchero—. He contestado a todas tus preguntas y tú no me has contestado aunque me prometiste una respuesta y no la has dado. ¿Dónde estuviste todos estos años? ¿Qué sucedió contigo si no moriste?

—Si un hombre —dijo ella, continuando leyendo mientras le contestaba— cabalga en los Fuegos Brujos de Aenor-Pywn, entonces lo sabrá. Es posible a cualquiera, aunque tiene ciertos precios.

—Los Fuegos Brujos de Leth, ¿bastarían? —dijo Kasedre absorbiendo humedad de su boca.

—Muy probablemente, aunque es arriesgado. Los fuegos tienen cierta capacidad para hacer daño. Conocía la seguridad de Aenor-Pywn. Sabía que no podían hacer

daño. Pero no me metería en los fuegos de Leth sin haberlos visto. Están junto al lago que parece extraer un gran tributo de Leth. Buscaría otra ayuda que ésa, señor Leth. Buscaría Aenor-Pywn. Todavía le concedía sólo parte de su atención mientras pasaba las grandes páginas que se deshacían. Entonces sus ojos se fijaron en el viejo estudioso.

—Vos parecéis lo bastante anciano como para recordarme.

Al dirigirse Morgaine directamente a él, el pobre viejo intentó hacer la reverencia principal, pero no consiguió hacerlo con gracia.

—Señora, aún no había nacido.

Ella le miró con curiosidad y se rio suavemente.

—Entonces no me quedan amigos en Leth. Nadie es lo bastante viejo.

Pasó más páginas, cada vez más rápidamente.

«En este día triste se celebró el funeral del señor Leth Tokme, a la edad de diecisiete años..., con él su consorte, la dama señora Leth jeme». De verdad, un solo entierro.

—Mi abuela se ahorcó por la pena —dijo Kasedre.

—Y tu padre fue Leth muy joven. Y Zri debió tener mucho poder.

—Zri. Zri. Zri. Los tutores son aburridos.

—¿Tuviste uno?

—Liell. Chya Liell. Ahora es mi consejero.

—No he conocido a Liell. —Kasedre se mordió los labios.

—No quiso venir esta noche. Dijo que estaba indispuerto —bajó la voz—, nunca había visto a Liell indispuerto.

«Liell de Los Chyas... ha ofrecido fiestas extraordinarias... con ocasión del cumpleaños del señor Kasedre, el muy honorable señor..., dos doncellas...». Verdaderamente. —Morgaine parpadeó y miró la página—, verdaderamente único, y he visto muchas fiestas.

—Liell es muy listo. Inventa maneras de entretenernos. No quiso venir esta noche, por eso las cosas están tan aburridas. Pensará en algo mañana.

Morgaine continuó examinando las páginas.

—Debo pedir disculpas. Debo estaros aburriendo y molestando a vuestro escriba anotando mi visita. Pero esto me intriga. Procuraré pagar vuestra hospitalidad y vuestra paciencia.

Kasedre se inclinó con afectación, pidiendo desconsideradamente cortesía de todos los de la mesa contigua.

—Hemos archivado al detalle toda tu visita. Es un gran honor a nuestra casa.

—Leth siempre ha sido amable conmigo.

Kasedre extendió el brazo, lo que era muy descortés, el acto de un niño fascinado por el brillo, y sus dedos temblorosos tocaron el brazo de Morgaine y la empuñadura

de Bebé Robado.

Ella dejó de moverse, cada músculo petrificado en un instante, entonces ella movió su brazo delicadamente y apartó sus dedos de la empuñadura.

Los músculos de Vanye estaban tensos como piedras y su mano izquierda tanteaba para desenfundar su espada sin nombre. Podrían quizá alcanzar la mitad del salón antes de que les derribasen cincuenta espadas. Y tenía que proteger la retirada de ella.

Kasedre apartó la mano.

—Desenfúndala. Desenfúndala, quiero verla —la urgía.

—No. No en casa de amigos.

—Fue forjado en Leth —dijo Kasedre con los ojos negros brillándole—, dicen que la magia de los Fuegos Brujos se empleó en su forja. Un herrero de Leth ayudó a fabricar su empuñadura, quiero verla.

—Nunca me separo de ella y la valoro mucho. Fue hecha por Chan, el más querido de entre mis propios compañeros, y por Leth Omry, como dices. Chan la llevó durante un tiempo, pero me la dio antes de morir en Irien. Nunca me abandona y pienso con cariño en los amigos de Leth que ayudaron a fabricarla.

—¡Veámosla!

—Trae el desastre adonde quiera que es desenfundada y no lo haré.

—Os pedimos esto.

—Yo no... —la sonrisa pintada y firme volvió a su rostro— me arriesgaría a que le sucediese una desgracia a la casa de Leth. Créeme.

Había una mueca en las facciones de Kasedre, un sonrojo en sus mejillas, su respiración se volvió más rápida y un silencio repentino reinó en el salón.

—Pedimos esto —repitió.

—No, no lo haré.

Intentó agarrarla, y, cuando ella le esquivó, vengativo agarró el libro, giró sobre sus talones y lo arrojó a la chimenea, repartiendo ceniza.

El viejo escriba, lloroso, se lanzó como un cangrejo tras el libro, vertiendo la tinta que manchó su túnica. Lo rescató y se sentó limpiando las quemaduras de sus bordes. Sus viejos labios se movían como si le hablase.

Y Kasedre se puso a chillar, a gritar a sus invitados hasta que le salió espuma en las comisuras de los labios y adquirió un color púrpura. Ingratitud era lo principal en sus acusaciones. Lloraba y maldecía.

—¡Bruja qujalinal! ¡Bruja! ¡Bruja! —les gritaba.

Vanye estaba sobre sus pies, sin desenvainar, pero convencido de que tendría que hacerlo.

Morgaine tomó un último trago de vino y también se levantó. Kasedre todavía gritaba, levantó la mano hacia ella como si fuese a golpearla, pero tembló como si no

se atreviese. Morgaine no se inmutó. Y Vanye comenzó a sacar su espada de la funda.

En el salón había comenzado un tumulto que murió repentinamente, comenzando por la puerta. Había aparecido un hombre alto y delgado de gran dignidad, de cuarenta, cincuenta años de edad. El silencio se extendió. Kesendre empezó a gimotear, a decir sus quejas por lo bajo, petulante.

E increíblemente, esta aparición, esta nueva autoridad, se acercó a Kasedre para inclinarse de rodillas y hacerle una reverencia.

—Liell —dijo Kasedre con voz temblorosa.

—Vaciad el salón —su voz era cuerda, tranquila y terrible.

Los bandidos del fondo no hicieron ruido alguno, los uyin empezaron a apartarse. Kasedre logró poner una cara desafiante un momento, Liell le miró fijamente. Entonces Kasedre dio la vuelta y huyó para ocultarse a la sombra de las cortinas.

Liell hizo una leve y educada cortesía para los dos.

—La famosa Morgaine de los Chya —aquí había cordura, Vanye soltó un suspiro de alivio y enfundó la espada—, no eres la visitante más bienvenida que ha venido alguna vez a esta casa —estaba diciendo Liell—, pero te avisaré de todos modos, Morgaine. Lo que quiera te trajese de vuelta, te alejará de aquí si provocas a Kasedre. Es un niño, pero manda sobre otros.

—Creo que compartimos familia —dijo replicando fríamente a su descortesía.

—Soy adoptada kri Chya, pero de una familia, tú y yo.

Se inclinó de nuevo, pareciendo ofrecer verdadero respeto.

—Perdón, me sorprendes. Cuando me llegó el rumor no lo creí. Pensé que quizá se tratase de algún charlatán con un juego entre manos. Pero ahora veo que eres la verdadera. Y ¿quién es éste?

—Todo en familia. Soy Chya por parte de madre —dijo Vanye con una pizca de insolencia, ya que había sido descortés con Morgaine.

Liell se inclinó sobre él. Por un momento, sus ojos, extrañamente sinceros, se posaron sobre él robándole la cólera.

—¿Su nombre, señor?

—Vanye —dijo él, alarmado por la repentina atención.

—Vanye —dijo Liell suavemente—, ése es un hombre Chya, por cierto. Pero aquí tengo poco que ver con el clan Chya... Dama Morgaine, permíteme que te conduzca a tus habitaciones. Has creado un montón de problemas aquí. Oí los gritos y descendí, si me perdonas, a tu rescate.

Morgaine se inclinó para demostrar su agradecimiento y comenzó a caminar junto a él. Vanye, ignorado ahora, se colocó unos pasos detrás y se dedicó a vigilar pasillos y salones.

—Al principio no me lo creí. Pensé que los cambios de humor de Kasedre le habían afectado o que alguien se estaba aprovechando de él. Sus fantasías son tan

elaboradas. Puedo preguntar el porqué...

Morgaine empleó de nuevo esa sonrisa falsa e impresionante.

—No. No discuto mis asuntos con alguien a quien dejo atrás. Pronto me marcharé. No deseo ayuda. Por lo tanto, lo que hago aquí no tiene importancia.

—¿Te diriges al territorio Chya?

—Tengo bienvenida familiar allí. Pero dudo que fuese de la calidez que conocí si fuese a dirigirme allí ahora. Háblame de ti, Chya Liell. ¿Cómo va Leth hoy en día?

Liell extendió una mano elegante en torno a lo que les rodeaba. Era un hombre guapo y garboso, con el pelo cano. Su vestido era de un discreto azul oscuro, sus hombros se elevaron con un suspiro.

—Estoy seguro de que ves cómo están, señora. He conseguido mantener Leth intacta frente a la marea de los acontecimientos. Mientras Kasedre se dedica a sus diversiones, Leth prospera. Pero su ligera sangre no producirá otra generación. Los hijos y nietos de Chya Zri, quien sé que no encontró favor a tus ojos, son la principal defensa de Leth, me sirven bien. Lo del salón es lo que recibimos en Leth. Esos desechos.

Morgaine se abstuvo de hacer comentarios. Empezaron a subir las escaleras. Una carita delgada se asomó a ellos por una esquina y se retiró rápidamente.

—Los gemelos —dijo Vanye.

—Ah —dijo Liell—, hshi y Tlin. Malos.

—Hábiles con las manos —dijo Vanye secamente.

—Son lethenos. Hshi es el arpista de la casa. Tlin canta. También roban. No les dejéis entrar en vuestros cuartos. Creo que fue Tlin la responsable de vuestro accidente. El informe parece una de sus travesuras.

—Apenas era necesario que se molestase. Mi camino conducía a Ra-Leth, me apetecía venir. Esa niña puede resultar una peste molesta.

—Por favor, dejadme a mí los gemelos. No os molestarán esta noche. ¿Qué provocó a Kasedre esta noche?

—Se puso sobreexcitado. Creo que no tiene costumbre de recibir visitas.

—Ni de calidad ni bajo estas circunstancias.

Terminaron de subir las escaleras y llegaron al piso en que se encontraban sus habitaciones. Los sirvientes estaban ocupados encendiendo las lámparas, hicieron grandes reverencias al pasar Morgaine y Liell.

—¿Cenasteis bien? —preguntó Liell.

—Tuvimos suficiente —respondió ella.

—Duerme tranquila, señora, nada os molestará. —Hizo una reverencia cuando Morgaine cruzó la puerta, pero cuando Vanye intentó seguirla le sujetó por el brazo.

Vanye se detuvo con la mano sobre la empuñadura, pero la intención de Liell parecía ser la conversación y no la violencia. Se apoyó cerca, colocando una mano

sobre su hombro, una confianza que uno podía tomarse con un sirviente, hablando en grandes susurros urgentes.

—Está en un gran peligro. Sólo que temo lo que ella pueda hacer. Ella tiene que marcharse de aquí y esta noche, te lo digo sinceramente, —se apoyó hasta que la espada de Vanye estuvo contra la pared y la mano le sujetaba el hombro con gran firmeza—. No confíes en Flis, no confíes en los gemelos, sobre todo. No confíes en nadie de Kasedre.

—¿Tú no lo eres?

—No tengo interés en ver esta casa destruida, que es lo que puede suceder si ella se ofende. Por favor, sé lo que ella está buscando, ven conmigo y te lo mostraré.

Vanye lo pensó mirando los ojos oscuros y sobrios del hombre. Había una tristeza peculiar en ellos, un magnetismo que impelía a la confianza.

Los dedos se clavaban en su carne, a un tiempo autoritarios e íntimos.

—No —le costó articular las palabras—. Soy ilin de ella, acepto sus órdenes no ordeno sus asuntos.

Y temblando se libró de las manos de Liell, buscó la puerta, no consiguió coger el cerrojo, lo abrió y lo cerró seguro tras de sí.

Morgaine le miró interesada, hasta preocupada. Él no le dijo nada. Se sentía aún enfermo por dentro. Pensando que debería haber confiado en Liell, pero contento de no haberlo hecho.

—Tenemos que marcharnos de este lugar. Ahora —la urgió.

—Hay cosas que me gustaría saber. Sólo he encontrado el principio de las respuestas. Puedo descubrirlas si nos quedamos.

No había forma de discutir con Morgaine. Se tumbó junto a su propia chimenea, un hogar pequeño y humeante que calentaba el cuarto desde un conducto común, calentándose en las piedras, dejándole la cama por si ella la quería.

Ella no la quiso, se dedicó a dar paseos, eventualmente su intranquilidad adquirió un ritmo y dejó de ser enloquecedora. Justo cuando él se hubo acostumbrado a ello, se paró. La miró en la ventana, observando la oscuridad a través de una grieta en las ventanas y abriéndolas para que entrase una nueva corriente de aire en su cuarto.

—Parece que la gente nunca duerme en Ra-Leth —le comentó finalmente cuando él cambió de postura para que las articulaciones no se le pusiesen rígidas—. Allí hay antorchas en la nieve.

Murmuró una respuesta y suspiró, apartó la vista incómodo cuando ella abandonó la ventana y se dirigió a la cama. Se quitó la túnica y la dejó al pie, apartó todo el resto de su equipo y lo colgó sobre el dosel; la túnica, ligera de tela, y la armadura, que valía lo que muchos reyes de la actualidad; las botas y el calor de la túnica interior de cuero. Y se estiró libre del peso de la armadura, delgada y femenina, vestida con pantalones de montar y camisa de lino. Apartó los ojos hacia nada en

particular, la escuchó ponerse cómoda en la cama.

—No seáis demasiado amable. Sois bienvenido a vuestra mitad —murmuró cuando él volvió a mirar hacia ella.

—Se está caliente aquí —contestó triste sobre la piedra dura y deseando no haberla visto como la había visto. Ella no hablaba con segunda intención, estaba firmemente convencido de ello y no se lo reprochaba. Se quedó sentado como ilyn, e intentando recordárselo a sí mismo, con los brazos cruzados hasta que le dolieron. Quedarse tumbado sin armadura cerca de ella sólo era seguro mientras ella así lo quisiese.

Qujal. Aseguró la idea en su cabeza para enfriarse la sangre. Qujal y mortífera. No era cosa de un hombre auténtico pensar de otra manera.

Recordó el aviso de Liell. La cordura en la mirada del hombre la atraía, le aseguraba que existía alguna razón. Y lamentó no haberlo escuchado. No estaba ya la excusa de su bienestar para quedarse en Ra-Leth. La fiebre había disminuido y había bajado la hinchazón de su mano, con el tratamiento de las medicinas estaba escamada, pero sólo un poco rojo en torno a la herida. Tenía las articulaciones débiles, pero era capaz de cabalgar. No había otra excusa para quedarse que la de que ella quería algo de Kasedre y de su grupo de locos, que podía costarles la vida a los dos.

Era intolerable. Sentía simpatía por Liell, un hombre cuerdo obligado a vivir en medio de esta locura. Entendía que alguien así quisiese algo distinto, que se preocupase de ver caer en una red semejante a otro hombre sensato.

—Señora, salgamos de aquí —dijo arrodillándose junto a la cama y despertándola.

—Vete a dormir, no hay nada que hacer esta noche. Este lugar está revuelto como una colmena aplastada.

Volvió al fuego con tristeza, y, al cabo de un rato, comenzó a dormir.

Hubo un arañazo en la puerta. Era mínimo, pero se convirtió en siniestro al no cesar en medio de aquel silencio. Pensó en despertar a Morgaine, pero ya no se atrevía a poner a prueba su paciencia habiéndola despertado antes. Buscó la espada, avergonzado de sí mismo al tiempo que asustado, probablemente sólo eran ratas.

Entonces vio cómo se descorría el cerrojo y se habría la puerta, quedando apoyada contra la silla. Alcanzó su arma. Morgaine se despertó y alcanzó la suya.

—Señora —llegó el susurro—, soy Liell, déjame entrar, rápido.

Morgaine hizo un gesto, Vanye apartó la silla, y Liell entró, cerrando la puerta silenciosamente detrás de él. Estaba vestido con una túnica de viaje.

—Tengo provisiones para vos y un camino despejado a los establos. Venid. Debéis venir. Puede que no tengáis otra oportunidad.

Vanye miró a Morgaine, empezando a plantear un ruego, ella frunció el rostro.

—¿Qué precio pagarás tú por esta traición, Chya Liell?

—Me costará la cabeza si me atrapan y una casa donde vivir si la familia de Kasedre os ataca, como me temo que harán, le guste a él o no. Venid, señora, os guiaré lejos de aquí. Están todos tranquilos, incluyendo los guardias. He puesto melame en el vino de Kasedre. Él no se despertará y los demás no sospechan. Vamos.

No había nadie moviéndose en el salón de afuera. Pisaban las escaleras con cuidado, bajando los distintos tramos que conducían al piso principal. Un centinela estaba sentado junto a la puerta, con la cabeza hundida sobre el pecho. Algo en su postura irritaba los sentidos, su mano derecha colgaba de una manera que habría resultado incómoda a un hombre sobrio.

También drogado, pensó Vanye. Sin embargo, pasaron con cuidado junto al hombre hasta la misma puerta.

Entonces Vanye se fijó en la oscura mancha húmeda que tenía en la pechera, oculta por lo oscuro del tejido. Sus sospechas se despertaron, le dio escalofríos pensar que podía matarse a un hombre tan fácilmente.

—¿Obra tuya? —le susurró a Liell, a una distancia a la que Morgaine pudiese oírle. No sabía a quién avisaba. Sólo tenía miedo y pensó que estaría bien que quien fuese inocente tomara nota y estuviese sobre aviso.

Se mantuvieron en la sombra y echaron a correr. Había más hombres muertos en la puerta del establo. De repente, se le ocurrió a Vanye que tenía Liell una defensa muy fácil ante cualquier acusación de asesinato: que ellos mismos eran los asesinos.

Si se hubiesen quedado en la casa, Liell habría estado en dificultades. Se había arriesgado mucho, a no ser que el asesinato fuese algo corriente en esta casa de locos.

Controló estos pensamientos producto del miedo. Ansiaba quedar libre de los muros de Leth. El rápido golpe de una nariz aterciopelada en la oscuridad, los olores estimulantes de la paja, del cuero y de los caballos limpiaron sus pulmones de la decadencia pegajosa de la casa Leth. Tenía junto a él a su propia yegüita baya y saltó a su grupa. Morgaine colocó la espada dragón en su lugar correspondiente y montó a Siptah.

Entonces vio a Liell conduciendo en la sombra otro caballo igualmente ensillado.

—Os conduciré sanos y salvos hasta los límites de Leth —dijo él—. Nadie duda aquí de mi autoridad para entrar y salir. Estoy aquí visto y no visto, y de momento creo que es mejor no ser visto.

Pero una sombra se apartó de su camino mientras iban al trote a través del patio, una sombra con dos cuerpos pequeños, un golpear de pies se alejó rápidamente sobre las piedras del patio.

Liell maldijo. Eran los gemelos.

—Cabalgad, ahora no es posible ocultarlo más tiempo —dijo.

Espolearon los caballos y alcanzaron la puerta. Aquí también había hombres

muertos, tres de ellos. Liell ordenó bruscamente a Venye que se ocupase de la puerta. Y Vanye saltó, levantó la barra y abrió la puerta, apartándose del camino al tiempo que el caballo negro de Liell y el gris Siptah pasaban velozmente perdiéndose en la noche.

Se arrojó sobre la espalda de la pobre yegua baya. El pobre poni no estaba a la altura de esos grandes animales. Y él la impulsó a seguirlos, sintiendo el temor repentino de que la muerte en persona se estaba despertando y desperezando detrás de ellos.

CAPÍTULO V

EL lago de Domen tenía mala fama por algo más que el libro de Leth. La vieja carretera corría por su orilla y junto a los árboles, de ramas desnudas, que se retorcían contra el cielo nocturno. No nevaba aquí. La nieve era rara en las tierras de Koris, baja como era su situación. Aunque los bosques cercanos a las montañas se volvían como de invierno, y marchitaban. El lago reflejaba las estrellas, era perezoso y de superficie tan calmada como la de un espejo. Los hombres decían que partes de él eran muy profundas.

Los caballos trotaban ahora. El aliento abochornado producía chorros de vapor en la oscuridad, y las pezuñas producían un ruido solitario en los ocasionales trozos de pavimento por los que pasaba la carretera.

Y alrededor de ellos estaba el bosque. Tenía un aspecto familiar. Súbitamente, Vanye fue consciente del parecido con el valle de Aenor-Pywn.

La presencia de las piedras del poder. Esto explicaba el retorcimiento, la esterilidad, tan inusual en un lugar tan lleno de árboles como el bosque de Korish, era la Puerta de Koris-Leth adonde se estaban aproximando. El aire contenía una tensión peculiar, como el aire antes de una tormenta.

Tan pronto como hubieron pasado la orilla del lago, llena de recovecos, vieron un gran pilar alzándose de entre las negras aguas. A la tenue luz de la luna, parecía haber algún grabado sobre él. Enseguida otros pilares, truncados, se hicieron visibles cuando cabalgaron algo más de distancia, indicando ruinas, antiguas y de origen qujalín, situadas bajo las aguas.

Y dos pilares, mayores que los otros, coronaban una colina baldía en la otra orilla.

Morgaine sujetó las riendas, mirando fijamente el panorama, extraño y triste, de la ciudad y las columnas cuyas siluetas se recordaban contra las estrellas. Hasta de noche, el aire temblaba entre las columnas y las estrellas más brillantes, que el temblor no conseguía apagar, brillaban a través de aquella Puerta como a través de una película de agua turbulenta.

—Estamos a salvo de persecuciones —dijo Liell—. La familia de Kasedre teme la orilla de este lago.

—Parecen ser propensos al ahogamiento —comentó Morgaine. Ella desmontó, frotó la mano contra la mejilla de Siptah y se la secó en el borde de su manta.

Vanye desmontó al mismo tiempo que ellos, se paró a recuperar el aliento y alcanzó las riendas de Siptah y del caballo negro. Los dos animales no podían soportarse mutuamente. Agotado, sin paciencia, hizo pasear a Siptah y a su yegua baya para que se refrescasen, y colocó su propia capa sobre el negro malhumorado de Liell. El aire estaba helado. Habían cabalgado a un ritmo tal que los dos grandes animales estaban agotados y su propia yegua baya casi había muerto, explotándole el

corazón, intentando mantenerse a la altura. Mucho después de que los dos caballos de raza se hubiesen enfriado y estuviesen en condiciones, él todavía seguía atendiendo a Mai, frotándola para impedir que se enfriase, hasta que por fin se atrevió a dejarla beber un poco del agua helada y a que tomase un poco del grano de sus reservas. Estuvo después satisfecho de envolverse en su capa, que había recuperado del negro, e intentar dormir, temblando con lo que temía que fuese una recurrencia de la fiebre. Escuchó la voz suave de Liell, y la de Morgaine, discutiendo los asuntos de Leth, discutiendo viejos accidentes y viejos asesinatos que habían sucedido a la orilla de este lago.

Entonces Morgaine le sacó de su descanso. Porque ella nunca se separaba de Bebé Robado, y lo quería de entre su equipo. Ella pasó la correa de la espada dragón, artesanía de Korish, sobre su cabeza, y la dejó colgar del hombro a la cintura. Y ella caminó un rato por la orilla, con la figura negra de Liell acompañándola.

Entonces, en medio de la gran calma, Vanye escuchó el sonido de jinetes acercándose. Con el impulso de aquello saltó, arrojó la silla sobre Siptah primero, ella era su primer deber. Y en aquel momento, Morgaine y Liell parecían haber escuchado, porque estaban volviendo. Vanye apretó la cincha de Siptah y después, furiosamente, empezó a ensillar a la pobre Mai. La yegua moriría. Si eran perseguidos mucho más lejos, el pobre animal se hundiría bajo él. Sentía pena por ella. La sangre Nhi que corría por sus venas le hacía amar demasiado a los caballos para emplearlos de esta manera, aunque los Nhi podían serlo de otras.

Liell arrojó en persona la silla sobre el negro.

—Todavía dudo mucho de que se acerquen a esta orilla —dijo él.

—Confío más en la distancia que en la suerte —dijo Morgaine—. Haz lo que te parezca bien, Chya Liell.

Y ella saltó sobre la grupa de Siptah, habiendo acomodado a Bebé Robado en su lugar habitual, e hincó espuelas al tordo.

Vanye intentó montar y seguirla. La mano de Liell sujetó su brazo, le hizo perder el equilibrio. Se tambaleó y miró indignado a aquel hombre.

—No la sigas —siseó Liell—. Escúchame. Ella te quitará el alma antes de que termine, Chya. Escúchame.

—Soy un ilin —protestó él—. No tengo elección.

—¿Qué es un juramento? —Susurró Liell, mientras el eco de las pezuñas de Siptah se volvía cada vez más débil en la zona.

Busca el poder para arruinar las tierras medias. No sabes lo grande que es el mal que estás ayudando. Miente, Chya Vanye. Ha mentido antes, para ruina de Koris, de Baien, de lo mejor de las Familias y la muerte de Morij-Yla. ¿Le ayudarás? ¿Te volverás contra los tuyos? El juramento del ilin dice que traiciones a la familia, a tu casa, pero no al liyo. ¿Pero dice que traiciones a tu propia raza? Acompáñame, Chya

Vanye. Para un hombre que estaba haciéndose viejo, Liell tenía una fuerza sorprendente en la mano, adormecía la mano de Vanye con su presión sobre su codo. Los ojos eran duros y brillantes, próximos a él en la oscuridad. El sonido de la persecución era cada vez más cercano.

—No —gritó Vanye, liberándose por la fuerza y comenzando a montar.

El dolor explotó a lo largo de la base de su cráneo. El mundo giró ante sus ojos y tuvo una panorámica de la barriga de Mai mientras la yegua salía al galope. Saltó sobre él, consiguiendo evitar golpearle con sus pezuñas. Él se arrastró para ponerse de pie sobre el banco de tierra, medio ciego, intentando desenvainar su espada.

Liell se le echó encima entonces, arrancando su mano de la empuñadura, a punto de dominarle, atontado como estaba. Pero la idea de ser atrapado por Leth le animó hasta ponerle furioso. Se retorció, sin siquiera intentar defenderse, tan sólo intentando liberarse, alcanzar a Morgaine y mantener su juramento por el bien de su alma. Mai estaba fuera de alcance, el negro estaba a mano. Saltó sobre esa silla, y lo espoleó antes de tomar las riendas. Las manos negras se movieron como un relámpago en la oscuridad. Los músculos se contrajeron y estiraron, saltando obstáculos, salpicando caletas del lago, creando olas en la orilla.

El negro terminó de correr lo que voluntariamente elegía correr, a una buena distancia en la orilla y recorrido un buen trecho del camino. Vanye volvió a espolearle, despiadado en su miedo. El animal reunió sus fuerzas y se arrojó de nuevo hacia adelante.

La pálida forma de Morgaine estaba más adelante. A la postre, ella miró alrededor, pareciendo escucharle. Ella golpeó a Siptah con las riendas y el gritó desesperado, incitando al negro a un nuevo esfuerzo. Ella se echó atrás, frenando, con el arma en la mano, hasta que él se situó más cerca.

—Vanye —exclamó ella suavemente cuando él se situó a su lado—. ¿Sois vos también un ladrón? ¿Qué ha sucedido con Liell?

Él se echó mano a la nuca y notó una parte dolorida, a pesar de la capucha de cuero. El mareo le asaltó. Si era a causa del golpe o de la fiebre, no lo sabía.

—Liell no es amigo vuestro.

—¿Lo mataste?

—No —y estuvo satisfecho de dejarse caer, durante un rato, sobre el pomo de su silla, mientras su vista se aclaraba. Entonces llevó al negro a un paso tranquilo, con Siptah manteniéndose a su lado. Ningún caballo que hubiese recorrido toda la distancia desde Ra-Leth podría alcanzarle ahora.

—¿Estáis vos muy mal herido? —preguntó ella.

—No.

—¿Qué hizo él? ¿Alzó un arma contra vos?

—Intentó sujetarme. Intento persuadirme para que violase mi juramento. —Y la

otra cosa que no le contaría a ella. Los ruegos y el sentimiento vil que había notado en la mirada de Liell. Un ansia febril que había deseado algo de él. Un toque que, por dos veces, se había hundido cruelmente en su brazo. Una avaricia que se correspondía con el hambre en la mirada.

No era algo que pudiese contarle a nadie. No sabía qué nombre darle. O por qué él lo había provocado, o hacia qué estaba apuntando. Sólo sabía que moriría antes de caer en manos de Leth, y más concretamente en las de Liell.

Su espalda había estado a su alcance. El hombre le podría haber herido de una manera fácil, golpeándole transversalmente en la parte de atrás de las rodillas. La manera más fácil de incapacitar a un hombre cubierto con una armadura, matarle al instante. En vez de eso, le había golpeado en el cráneo. Se había arriesgado mucho enfrentándosele cuerpo a cuerpo, cuando podría haberle matado de una manera segura. Lo había querido vivo.

No podía recordarlo sin temblar. No deseaba nada de aquel hombre. Le producía asco tener el equipo y el caballo que él había robado. El caballo negro, con su mal humor, era una criatura más espléndida y menos recta que su pequeña Mai. Y abandonar a su yegüita en aquellas manos le daba pena.

El bosque profundo se cerró en torno a ellos, compuesto ahora por árboles erguidos y decentes. E hicieron andar a los caballos hasta que no hubo un cielo sobre ellos, sólo las ramas que se entrecruzaban. Los caballos estaban agotados, y ellos mismos estaban ciegos a causa de la fatiga.

—Este no es un lugar para pararse —protestó él cuando Morgaine sujetó las riendas—. Señora, durmamos esta noche sobre la silla, hagamos que los caballos anden mientras puedan. Este es el bosque de Koris. Quizá fue distinto en tu día, pero estamos en lo más denso de él. Por favor.

Ella suspiró con tristeza, pero por una vez le miró y escuchó, y asintió con una inclinación de la cabeza. Él desmontó y sujetó las riendas de los dos caballos, ambos demasiado agotados para pelearse, y los condujo.

Ella descansó un rato, después se echó adelante y le indicó que parase. Se ofreció para llevar las riendas, caminar y conducir a los caballos. Él la miró, cansado como estaba le faltó el ingenio como para discutir con ella. Tan sólo se dio la vuelta y continuó caminando. A lo que ella consintió con su silencio.

Y con el tiempo se quedó dormida. A la manera kurshina, sobre la silla.

Él caminó, mientras pudo, durante largas horas. Hasta que iba dando tumbos a causa de la fatiga. Se paró entonces y colocó la mano sobre el cuello de Siptah.

—Señora —dijo él suavemente para no romper la calma del bosque que les escuchaba—. Señora, ahora debéis despertar porque tengo que dormir. Las cosas están tranquilas.

—Me parece bien —dijo ella, deslizándose del caballo—. Conozco el camino,

aunque esta región estaba más civilizada entonces.

—Debo decírselo —continuó él, ronco—. Creo que Chya Liell nos seguirá en cuanto reúna sus fuerzas. Creo que nos ha mentido en muchas cosas, liyo.

—¿Qué sucedió allí atrás, Vanye?

Intentó decírselo. Encontró las palabras, y aun así no podía decirlo.

—Es un hombre extraño —dijo él—, y estaba deseoso de que os abandonase. Intentó dos veces persuadirme. La segunda vez a las claras.

Ella frunció el ceño.

—¿De veras? ¿Qué forma tomó su proposición?

—Que debería olvidarme de mi juramento y marcharme con él.

—¿Adonde?

—No lo sé —el recuerdo hizo temblar su voz. Él pensó que ella podría detectar el temblor, y rápidamente recogió las riendas del negro y se arrojó sobre la silla.

—La primera vez casi me fui. La segunda, de alguna manera, preferí vuestra compañía.

La extraña cara pálida de ella se le quedó mirando fijamente a la luz de la luna.

—Muchos de la casa de Leth se han ahogado en aquel lago. O, por lo menos, han desaparecido en él. No sabía que estuvieses en dificultades. No te habría abandonado por gusto. Juzgué que existía una cierta connivencia entre tú y Liell. Así que cuando no me seguiste... no me atreví a retrasarme entre los que podrían ser mis enemigos.

—Fui educado Nhi —dijo él—. Nosotros no violamos nuestros juramentos. Nosotros no violamos nuestros juramentos, liyo.

—Perdóname —dijo ella, lo que un liyo nunca estaba obligado a decir a un ilin, sin importar lo grave que fuese la ofensa—. No conseguí comprender.

Y en ese momento los caballos se asustaron, exhaustos como estaban, echaron la cabeza atrás con las fosas nasales muy abiertas. El blanco de sus ojos visible a la tenue luz. Algo reptilésco se deslizaba a cuatro patas, arrastrándose como una serpiente entre los arbustos más densos. Era algo grande y pálido, de un color leproso. Todavía podían escucharle alejarse saltando y deslizándose.

Vanye blasfemó, su estómago todavía le amenazaba. Sus manos consiguieron, sin intervención de su mente, calmar al asustado caballo.

—Qué estupidez —exclamó Morgaine suavemente—. Thiye no sabe lo que está haciendo. ¿Hay muchos como éste fuera de su morada ordinaria?

—Los bosques están llenos de bestias obra suya —dijo Vanye—. Algunos son tímidos y no hacen mal a nadie. Otros son cosas terribles, más allá de lo que cabe imaginar. Dicen que los lobos de Koris fueron fabricados, que nunca fueron tan fieros, y nunca fueron asesinos de hombres antes... —casi dijo antes de Irien, pero se abstuvo por respeto a ella—. Es por eso que no debemos dormir aquí, señora. Son cosas fabricadas y difíciles de matar.

—No son fabricadas —dijo ella—, sino traídas. Pero tienes razón en que éste no es un sitio en el que pararse a descansar. Estos animales..., algunos morirán, como bebés arrojados demasiado pronto a un lugar demasiado gélido o demasiado ardiente; algunos resultarán inofensivos, pero otros prosperarán y se multiplicarán. Ivrel tiene que estar cubriendo un campo muy amplio. Ah, Vanye, Thiye es un hombre muy ignorante. Está dejando cosas en libertad... que no sabe lo que son. Es eso, o disfruta de la desolación que está creando.

—¿De dónde proceden cosas semejantes a ésta?

—De lugares donde dichas cosas son acordes con la naturaleza. De otras noches. Y de otras Puertas. De lugares donde eso era algo hermoso y correcto. Y ningún animal nativo sobrevivirá a este ataque si no es detenido. No es contra el hombre contra quien se lanza este ataque, es contra la Naturaleza. Todo el Andur-Kursh encontrará cosas como ésta adentrándose en sus campos. Vamos. Vamos.

Pero él había perdido su deseo de dormir. Y conservó las riendas en su mano. Él cerró los ojos mientras Morgaine les orientó de nuevo en su camino, todavía veía la pálida forma del lagarto, grande como un hombre, corriendo a través del espacio abierto. Esa era una de las tonterías estúpidas del bosque de Koris, más fea que peligrosa.

Los informes hablaban de cosas peores. A veces, decía la leyenda, se encontraban cadáveres cerca de Irien, cosas imposibles, abortos del arte de Thiye. Algunos casi sin forma, de contacto mortal. Otros de aspecto tan fantástico que nadie era capaz de imaginar qué aspecto había tenido la bestia con vida.

Su único consuelo era que, en este lugar, la propia Morgaine estaba horrorizada, tenía eso, al menos, de sensibilidad humana en ella. Entonces recordó su llegada hasta él, procedente del lugar que ella había llamado enmedio. Arrojada a esta orilla, ella había dicho.

Él comenzó a tener una tenue sospecha de lo que ella era, aunque no conseguía formularla con palabras. Que Morgaine y el horror pálido habían llegado a Andur-Kursh de la misma manera. Sólo que ella no había llegado por accidente, había llegado con una intención.

Orientada hacia las Puertas, al poder de Thiye.

Orientada a desalojar todo lo que se encontraba en esta orilla, todas esas cosas antinaturales que habían llegado. Ocupando el lugar que había ocupado el señor de Hjemur, ella no sería menos peligrosa. Ella no compartía nada con el Andur-Kursh. Ni siquiera el nacimiento, si sus miedos estaban justificados. Y no les debía nada. Él estaba al servicio de esto.

Y Liell había dicho que ella mentía. Uno de los dos mentía, esto era seguro. Se preguntó, con la mente en agonía, qué sucedería si él llegase a saber con certeza qué era Morgaine.

Otra cosa se agitó en la oscuridad. Buho decente, u otra cosa, pasó próxima por encima de sus cabezas. Reforzó su control sobre sus nervios, y dio golpecitos en el cuello al nervioso negro.

Faltaba bastante para que llegase la mañana, para que se atreviesen a detenerse en un lugar despejado del camino y rendirse al sueño por turnos. Morgaine fue la primera en dormirse, y él dio paseos para mantenerse despierto. O elegía un lugar incómodo para sentarse, cuando se veía obligado a hacerlo. Y, por fin, se puso a curiosear en el equipo del negro que el caballo todavía llevaba encima. Porque en un lugar como aquél no se atrevían a desensillar, sólo a aflojar las cinchas. Le daba vergüenza haber robado por segunda vez. Y él sentía que conservar algo más de lo imprescindible del producto del robo no era honorable. Pero, de todos modos, no tenía sentido dedicarse a tirar cosas. Buscó en las alforjas y en el equipo para ver qué era lo que contenían, y la idea estaba en el fondo de sus pensamientos, descubrir algo del hombre que era Liell.

Él encontró un objeto que respondía a su pregunta de una manera tal que se le revolvió el estómago.

Era una medalla de oro. Engastada en la empuñadura de un cuchillo de silla, de la clase que un hombre llevaba debajo de la manta de su silla. Y en ella había un símbolo de la clase, fea y estúpida, que había visto grabada sobre las piedras. Era qujalín. Cuando la gente encontraba cosas extrañas y antiguas las llamaban qujalín. Y las quemaban, o las tiraban a las profundidades, o intentaban perderlas. La mayoría de estas cosas eran probablemente tan sólo rarezas olvidadas, de origen kurshino e inofensivas. Por alguna razón, él no creía que ésta fuese una de ellas.

Se la mostró a Morgaine cuando ella se despertó para tomar su turno de guardia.

—Es un Irrhn —le dijo ella—, un amuleto de la suerte. No tiene otro significado. —Pero ella se dedicaba a darle vueltas entre las manos, examinándolo.

—No traerá suerte —dijo Vanye— a un ser humano.

—Hay sangre qujalina mezclada en Leth —añadió ella—. Y Liell es su tutor. Los tutores han gobernado allí durante casi cien años. Cada uno de los herederos de Leth ha tenido un hijo y ha muerto antes de que terminase el año. Si Kasedre es capaz de tener un hijo, lo más probable es que se reúna con sus antepasados. Y Liell será el tutor de su hijo —añadió ella saliéndose del asunto—, quien fue el padre de Hshi y Tlin.

—Y sobre qué —murmuró Vanye amargado—. Guarda la joya, liyo. Yo no quiero llevarla y quizá a ti te dé suerte.

—No soy qujalina —dijo ella.

Esta afirmación, reflexionó él, le habría llenado de dudas o alivio unos días antes, cuando se encontraron. Ahora encajaba incómodamente con lo que empezaba a sospechar de ella.

—Lo que quiera que seas —dijo él—, ahórrame el saberlo.

Ella hizo una seña afirmativa con la cabeza, aceptando su actitud sin ofensa aparente. Ella guardó el cuchillo en su cinturón y se levantó.

Una flecha con plumas verdes se clavó en el suelo entre sus pies. Ella se llevó la mano a la espalda, arma de mano tan rápida como la propia flecha. E igualmente rápido, Vanye la agarró y la empujó, sin importarle hacerla daño. Esa flecha era un aviso Chya. Si ella disparaba, estarían emplumados de verde en un instante.

—No lo hagas —le rogó a ella. Y se volvió, con los dos brazos ampliamente separados, hacia sus invisibles observadores.

—¡Salud! ¡Chyas! ¡Chyas! ¿Haréis cargar vuestras almas con la muerte de familia? Tenemos bienvenida familiar con vosotros, primos.

Los arbustos crujieron. Observó cómo los hombres, altos y rubios, de la familia de su madre salían de entre las sombras, donde seguramente algunos más mantenían flechas apuntadas contra sus corazones. Y él se interpuso deliberadamente entre ellos y la arrogancia de Morgaine, que era como la de un Myya por su persistencia, y que lo más probable es que terminase por ser la causa de su muerte.

Ni siquiera les preguntaron sus nombres, sino que se quedaron parados esperando que hablasen y se identificasen. Mirando a la persona de alguien que había sido descrita minuciosamente con vida en baladas de hacía cien años. Preguntándose si no se habían vuelto locos. Él podía imaginar lo que estaba sucediendo en sus mentes. Ellos sólo miraban a Morgaine fijamente. Y ella devolvía las miradas furiosa, con un arma en su mano que podía enviar la muerte más deprisa que las flechas de ellos.

La matarían, por supuesto, si es que ella podía morir. Pero ella habría causado un daño considerable. Y su ilin, que era su escudo, estaría, sin duda, muerto. Él había oído hablar de ciertos Myyas que se hablan extraviado en la frontera y habían sido encontrados con tres flechas chyas clavadas en el corazón, todas tocándose. La familia Chya vivía en una región dura. Pocas amenazas conseguían impresionarles. Era típico de ellos que no se habían rendido y pedido refugio de las bestias intrusas, como habían hecho otros pueblos. O muerto, como le había sucedido a otros dos. Empleaban los bichos detestables para caza, hacían incursiones en la frontera de Hjemur y mantenían a Thiye controlado, en base a la consumada chulería Chya.

Vanye colocó las manos sobre las caderas e hizo una reverencia respetuosa, lo que Morgaine no hizo. Ella no se movió, y era posible que los Chya no supiesen que estaban en peligro.

—Yo soy Nhi Vanye i Chya —dijo él—, ilin de esta dama que tiene derecho de bienvenida entre los Chya.

El jefe, un hombre tirando a pequeño, con la sencilla trenza de un segundo uyo, pariente en grado de primo a la familia principal, apoyó su arco largo en el suelo y situó las manos en él, con los ojos fijos en Vanye.

—Nhi Vanye, primo de Chya Roh, eres i Chya, eso es cierto. Pero pensé que había quedado claro que no eras bienvenido aquí.

—Ella lo es —que era la respuesta correcta. Un din no estaba sujeto a su propia ley cuando servía a su liyo. Él podía moverse tan seguro o amenazado como ella lo estuviese.

—Ella es Morgaine Kri Chya, que tiene una bienvenida que nunca le fue retirada.

Se asustaron. Tenían el aspecto de hombres que estaban contemplando un sueño y no querían ser capturados por éste. Pero movían los ojos de ella al tordo Siptah, y de nuevo de vuelta. Y las espadas seguían en su vaina y los arcos bajados.

—Os llevaremos a Ra-Koris —dijo el hombre pequeño—. Soy Taomen, tan-uyo.

Entonces Morgaine le ofreció una reverencia de cortesía. Y Vanye, después de aquello, se mantuvo en silencio. Como correspondía a un ilin cuyo liyo se había dignado, al cabo, a tomar el asunto en sus propias manos.

A los Chya no les hacía felices aquel encuentro, eso estaba claro. La bienvenida familiar no había sido retirada porque, seguramente, había parecido una venganza sin sentido sobre un muerto. Y el joven señor de los Chya, Chya Roh, su propio primo, a quien él nunca había visto, todavía continuaba el pleito de sangre con los Nhi a causa del deshonor de su madre en manos de Rijan. Estaba seguro de que Roh le atravesaría con una flecha tan pronto como lo haría el Myya Gervaine, y probablemente con mejor puntería.

Había un amplio claro en el bosque de Koris que el mediodía había bendecido con un agradable brillo suave. Todo el claro estaba lleno de chozas desparramadas por él, construidas con arbustos y troncos. Chya era la única familia sin una casa señorial de piedra. Una vez estuvo el viejo Ra-Koris, una espléndida mansión de piedra, hogar de emperadores. Sus ruinas estaban a alguna distancia de allí. Se rumoreaba que estaban encantadas por los fantasmas de sus orgullosos defensores. Aquellos que habían sido los últimos, y los más fieros, resistiendo frente al avance de Hjemur. Los nietos y biznietos de los guerreros de los tiempos de Morgaine conservaban solamente esta casa de madera, sus posesiones escasas, sus tesoros desaparecidos. Solamente sus arcos, su habilidad y el producto de sus cacerías se interponían entre ellos y la muerte por inanición. Y, sin embargo, ninguno de ellos parecía encontrarse enfermo. Y las mujeres y niños que les veían acercarse eran altos y erguidos, aunque no tuviesen adornos. Había una belleza en esta gente muy diferente del aspecto marchito de Leth.

Los niños corrían por delante de ellos, aunque todo era extrañamente silencioso. Como si mantuviesen la disciplina de cazadores hasta en sus hogares. En el gran arco de la choza principal se había formado el mayor grupo de gente. Y allí desmontaron, escoltados todavía por Taomen y sus hombres. Conservaron sus armas y todo era cortesía, con los hombres apartándose apresuradamente de su camino.

Ra-Koris era una casa de suelos de tierra, construida con troncos sin pulir y con olor a humo. Aun así, tenía un cierto esplendor. Constaba de dos pisos y muchos cuartos que se habrían al salón principal. Las colgaduras eran pieles bordadas y repujadas. Cuernos de antílope y cuernos raros adornaban sus postes. Estaba iluminado por antorchas, incluso al mediodía. Y junto a un hogar mayor que el de muchas casas de piedra, se vanagloriaba de su única albañilería: aquel hogar y su chimenea.

—Aquí os alojaréis hasta que Roh pueda ser llamado —dijo Taomen.

Morgaine eligió acomodarse junto al hogar principal. Y, gracias a la tímida caridad de las mujeres de la casa, se les sirvió una sencilla cena de pan, carne de venado y cerveza Chya. Lo que encontraron verdaderamente bueno después de las sospechosas comidas de Leth.

Pero la gente les evitaba. Y les miraban desde las sombras de la casa de madera, susurrando juntos.

Morgaine los ignoró a todos y descansó. Vanye atendió su mano herida y, finalmente, incómodo a causa del calor de la casa, abandonó por fin su orgullo y se quitó el yelmo y la capucha. Tanteando la parte dolorida en la base de su cráneo donde Liell le había golpeado. Un joven Chya se rio. Un joven que todavía no llevaba la trenza. Y Vanye le miró furioso, después inclinó la cabeza y se olvidó del asunto. No estaba en una situación en la cual pudiese quejarse del trato que recibía. Morgaine debía ser su gran preocupación, y la de ellos.

Y más tarde en el mismo día, cuando el trozo de cielo que era visible a través de las grandes ventanas del gran arco había pasado de la luz a la sombra, hubo un ruido en la puerta y entraron hombres. Cazadores vestidos de cuero marrón, armados con arcos y espadas.

Y entre ellos había uno que Vanye supo inmediatamente que sería pariente próximo suyo, incluso antes de que el joven se adelantase para conocerles como señor de la casa. Porque Vanye había visto antes a Chyas de buena familia, cuando él era un niño, y éste era la viva imagen de ellos, de sí mismo también. El joven señor parecía más hermano suyo que sus propios hermanos.

—Yo soy Chya Roh —dijo, adelantándose al centro de la rhowa, la plataforma de tierra en el centro del salón. Sus facciones, delgadas y bronceadas, presentaban una expresión de cólera ante su presencia, muy mala señal para ellos.

—Morgaine Kri Chya está muerta —dijo él— hace cien años. ¿Qué pruebas tienes de que eres ella?

Morgaine se estiró, desde su postura con las piernas cruzadas, con una gracia poco común, suave como la seda. Y, sin una reverencia de cortesía, colocó un objeto en la mano de Vanye. Él se levantó con menos gracia, se paró para mirar qué era aquel objeto antes de colocarlo en manos de Roh. Era la insignia, con cuernos de

antílope de los antiguos emperadores de Koris. Y, cuando lo vio, lo reconoció como un gran tesoro y como algo que podría haber formado parte del tesoro perdido de la corona.

—Era de Tiffwy —dijo ella—. Su promesa de hospitalidad... por si alguna vez la necesitaba. Para pedirles a sus hombres, dijo, lo que necesitase.

El rostro de Roh se volvió pálido. Miró el amuleto y lo apretó en su puño. De repente sus modales parecían apaciguados.

—Chya te dio lo que pediste hace cien años —dijo él—, y ninguno de los cuatro mil hombres volvieron. Tienes mucha sangre en las manos, Morgaine Kri Chya. Y, sin embargo, debo honrar la palabra de mis ancestros..., por esta vez. ¿Qué buscas aquí?

—Un breve refugio y silencio. Y cualquier conocimiento que tengáis de Thiye y de Hjemur.

—Las tres cosas las tendrás —dijo él.

—¿Sobrevivieron los archivos de Chya?

—El Ra-Koris que tú conoces es ahora una ruina. Los lobos y otras bestias lo tienen para ellos. Si el libro de Chya sobrevive, se encuentra allí. Aquí no tenemos los medios, ni la calma, para libros, señora.

Ella se inclinó para mostrar su cortesía.

—Tengo un aviso que darte: Leth está inquieto. Les dejamos en medio de una pequeña conmoción. Vigila tus fronteras.

Los labios de Roh estaban apretados formando una línea delgada.

—Tienes una habilidad especial para levantar tormentas, señora. Pondremos hombres para vigilar tu pista. Es posible que Leth quiera venir, pero sólo si están desesperados. Y hemos enseñado modales a Leth con anterioridad.

—Están verdaderamente irritados. El caballo de Vanye es de Leth y tuvimos que abandonar repentinamente su hospitalidad a causa de una discusión con Kasedre y su consejero Chya Liell.

—Liell —dijo Roh suavemente—. Ese lobo negro. Me admira la calidad de tus enemigos, señora. ¿Qué pides como bienvenida?

—Una sola noche.

—¿Te diriges al norte?

—Sí —replicó ella. Roh se mordió el labio.

—¿Esa vieja querrela? Dicen que Thiye vive. Nunca habíamos imaginado que tú también pudieses estar viva. Pero hemos terminado entregándote hombres, ya hemos hecho todo en ese sentido. Ya no podemos prescindir de ninguno.

—No pido ninguno.

—¿Aceptas a esto? —Fue el único reconocimiento suyo de que Vanye vivía; sus ojos, jóvenes y orgullosos, se apartaron de él y volvieron a Morgaine—. Merecerías

algo mejor, señora.

Pero entonces se marchó e indicó a sus mujeres que preparasen un lugar para Morgaine en los pisos superiores de la casa, y un lugar separado para Vanye junto a la chimenea. Esto lo permitió Morgaine, porque Chya era una casa decente, y estaban bajo sus reglas de una manera que no lo había estado en Leth. Más tarde, Morgaine y Roh hablaron juntos un ratito, intercambiando preguntas y respuestas, hasta que Morgaine, solicitando permiso, se dirigió al piso de arriba.

Entonces Vanye, agradecido, se quitó la armadura, quedándose sólo con la camisa y los pantalones de cuero. Y preparó las mantas que le habían dado junto al calor del hogar.

Taomen llegó, le habló suavemente indicándole que fuese a ver a Roh. Era algo a lo que él no podía negarse. Roh estaba sentado con las piernas cruzadas en la rhowa, con otros hombres alrededor suyo.

De repente, la sensación de calma abandonó a Vanye. Se escuchaban ruidos alegres procedentes de otros rincones de la casa, las conversaciones de mujeres y niños entretenidos. Continuaron enmascarando palabras más suaves, y había hombres formando un círculo en torno a él, de forma que nadie pudiese, desde fuera del círculo, ver lo que sucedía dentro.

No se arrodilló, no hasta que dejaron en claro que tenía que hacerlo. Entonces, todos los uyin de los Chya se sentaron en el suelo, rodeándole. Con las espadas colocadas frente a ellos, como cuando la familia emitía una sentencia.

Él pensó en gritar a Morgaine, avisándola de la traición. Pero realmente no estaba asustado por ella, y su propio orgullo le hizo guardar silencio. Esta era su parentela: molestar a un ilin por una cuestión de familia era contrario al honor, violaba al mismo fundamento del honor bajo el código del liyo. Pero el agravio de Roh era importante. No conocía a su primo en este sentido. Sus esperanzas en el honor de Roh eran escasas. Pero era lo que le impedía dejarse llevar por el pánico.

—Ahora —dijo Roh— hablanos, y diciendo la verdad, sobre ella y tus asuntos con ella.

—Nada que te dijese será mentira, ni menos que la verdad. Ella es Morgaine y yo soy su ilin.

Roh le miró de arriba abajo, largo rato y con dureza.

—Así que Rijan te echó. Le robaste uno de sus descendientes con su valiosa esposa Myya y él te exilió. Pero no te debemos tratar como un pariente. Mi tía no eligió tenerte. De lo único que la culpo es de que no abandonase Moriya y volviese con nosotros. No era una cautiva entonces, preñada como estaba.

—¿A qué tendría ella que haber vuelto..., a tu bienvenida? —Su mal genio se impuso sobre su sentido común, porque las palabras de Roh le dolían—. Yo la honré, Chya. Y el honor de los Chya no la habría aceptado de vuelta como estaba. No

después de ser poseída por Rijan, fuese o no por voluntad de ella. Ella me dio la vida y murió haciéndolo. Y conozco las humillaciones que sufrió a manos de Rijan mejor que vosotros, que no tuvisteis valor para entrar en Morija para recuperarla después de que Rijan entrase cabalgando en tierras Chya para llevársela de entre vosotros. ¿Dónde está vuestro honor, hombres de Chya?

El silencio era absoluto. Repentinamente, la casa había sido abandonada excepto por ellos. El fuego crujió. Un tronco cayó, duchándoles con cenizas.

—¿Qué sucedió con ella? —dijo por fin Roh, inclinando la balanza hacia la razón y la vida—. ¿Murió en el parto como dijeron?

—Sí.

Roh dejó escapar el aliento lentamente.

—Habría sido mejor que Rijan te hubiese ahogado. Quizá lamente no haberlo hecho. Pero estás aquí, así que vive. Nhi Vanye, bastardo de Rijan, ¿qué haremos contigo ahora?

—Haz lo que ella te pidió y déjanos marchar de esta casa mañana.

—¿La sirves voluntariamente?

—Sí —dijo él—, fue una reclamación justa. Yo estaba en una situación de necesidad. Ahora estoy en deuda con ella y debo pagarla.

—¿Adonde va ella?

—Ella es mi señora —dijo él—, y no tengo derecho a contar nada de sus asuntos. Ocupate de los tuyos. Tendréis a Leth en vuestras fronteras gracias a ella.

—¿Adonde va ella, Nhi Vanye?

—Te digo que se lo preguntes a ella.

Roh chasqueó los dedos. Los hombres cogieron las espadas colocadas frente a ellos. Las desenvainaron, así que las puntas formaron un círculo en torno a él. En algún lugar de la casa, un plato cayó al suelo. Una mujer entró corriendo con pasos de gato al corredor frente a ellos. Cerró la cortina y se marchó.

—Preguntad a Morgaine —dijo Vanye de nuevo. Y cuando su espacio para respirar se hizo más pequeño y un filo descansó familiarmente sobre su hombro, él no perdió la compostura y no parpadeó, aunque su corazón latía de una manera que parecía estar a punto de estallar.

—Si continúas, Chya Roh, decidiré que no queda vestigio de honor Chya. Y estaré avergonzado por eso.

Roh le examinó en silencio. Vanye se puso enfermo por dentro. Sus nervios estaban tensos, a la expectativa. Lo más probable sería que la menor presión en ellos le haría gritar para despertar a la casa, y a Morgaine, de su sueño. No era valiente. Hacía mucho tiempo que había descubierto dentro de sí mismo que no tenía la capacidad para soportar las amenazas o el dolor. Sus hermanos habían descubierto eso en él antes que él mismo. Era el mismo que daba vueltas en su interior ahora, el

mismo que había sentido cuando ellos, fuera del testimonio protector de San Romen, le habían atemorizado hasta ponerle de rodillas y hacerle llorar. En aquella ocasión fatal en que había tomado las armas contra los tormentos inflingidos por Kandry. Esa única ocasión. Sus manos habían matado, no su mente, que estaba en blanco y aterrorizada. Y de no haber estado sus manos ocupadas con armas le habrían encontrado como siempre estaba, como ahora.

Pero Roh chasqueó los dedos por segunda vez y le dejaron en paz.

—Vete a tu sitio —dijo Roh.

Él se levantó entonces, hizo una reverencia y echó a andar, era increíble que pudiese andar con paso firme, hacia el lugar que había abandonado junto a la chimenea. Se envolvió en su capa, apretó los dientes y dejó que el fuego con su calor quitase los temblores de sus músculos.

Quería matar. Por cada insulto que había recibido, por todo el terror que le habían causado, quería matar. Y, apretando los ojos para no llorar, empezó a pensar que su padre tenía razón, que su mano había sido más honrada que lo que él mismo se daba cuenta. Tenía miedo de muchas cosas. Tenía miedo de la muerte. Temía a Morgaine y a Liell, y a la locura de Kasedre. Pero nunca había sentido un miedo como el que sentía estando solo entre su familia, entre los que siempre sería un paria y un bastardo.

Una vez, siendo niño, Kandrys y Erij le habían llevado con engaños a los sótanos de Ra-Morij. Y allí le habían sujetado y le habían colgado de una de las vigas de una de las bodegas más profundas, solo con la oscuridad y con las ratas. Y únicamente vinieron a buscarle cuando la sangre se le había ido de las manos y no les quedaban fuerzas para gritar más. Entonces vinieron con luces y le bajaron, revoloteando sobre él con la cara blanca y aterrorizados de que le hubiesen matado. Después le amenazaron con algo peor si mostraba a alguien las marcas inhumanas que las sogas habían dejado.

No se había quejado a nadie. Incluso entonces había comprendido cuáles eran las condiciones en que era bienvenido a Nhi. Había aprendido a guardar los restos de su honor para sí mismo, en silencio. Había practicado. Se había mordido los labios y guardado la opinión. Hasta que hubo ganado, con justicia, la trenza del guerrero, y hasta que las exigencias del honor del uyin habían apartado a Kandrys y a Erij de los tormentos más mezquinos a los que le sometían.

Pero las miradas estaban allí. Las miradas sutiles, de odio disimulado. Y el desprecio secreto que se convertía en evidente cada vez que él cometía un error que hacía disminuir su honor.

Hasta los Chya le ponían a prueba de idéntica manera. Olían el miedo e iban a por él. Como lobos detrás de un venado.

Y, sin embargo, algo en su interior quería que le gustase este señor de Chya. Este

hombre tan parecido a él mismo, que mostraba el parentesco de sangre en su cara y en su porte. Roh era hijo legítimo. El padre de Roh, en la práctica, había abandonado a la dama a su destino. Una cautiva que llevaba en su interior al hijo de Rijan, y que en ningún caso debía volver para embrollar la pureza de los Cuya... para convertir con su hijo Roh.

Y los Chya le tenían miedo y olían su miedo a un tiempo. Y se le habrían tirado a la garganta de no haber sido por su deuda con Morgaine.

Más tarde, entrada la madrugada, su supuesto descanso fue interrumpido por un pie cubierto con una bota, aplastando un rescoldo cerca de su cabeza. Y se levantó, apoyándose en el brazo, al mismo tiempo que Roh se ponía en cuclillas mirándole. Presa del pánico, intentó coger la espada que estaba junto a él. Roh extendió el brazo impidiéndoselo.

—Llegasteis de Leth —dijo Roh suavemente—. ¿Dónde la encontraste?

—En Aenor-Pywn —contestó enderezándose, metiendo los pies bajo el cuerpo y apartándose el pelo suelto de la cara—. Y todavía digo que le preguntéis a Morgaine cuáles son sus asuntos, no a su sirviente.

Roh inclinó la cabeza lentamente.

—Puedo adivinar algunas cosas. Que ella todavía se propone hacer lo mismo que siempre se propuso, lo que quiera que fuese. Será tu muerte, Nhi Vanye i Chya. Pero esto, tú ya lo sabes. Llévatela de aquí tan pronto como puedas por la mañana. Tenemos a Leth soltando el aliento sobre nuestras fronteras esta noche. Han llegado informes. Han muerto hombres, Liell la detendrá si puede. Y existe un límite al servicio que prestaremos en esta ocasión en vidas de Chya.

Vanye se quedó mirando los ojos marrones de su primo, y encontró en ellos una aceptación a regañadientes. Por primera vez, el hombre estaba hablando con él como si todavía tuviese la dignidad de un uyo de buena familia. Era como si él no se hubiese comportado tan mal después de todo, como si Roh reconociese algún vínculo familiar con él.

Tomó aliento y lo soltó.

—¿Qué sabéis de Liell? —le preguntó a Roh—. ¿Es realmente un Chya?

—Hubo un Chya Liell —dijo Roh—. Y nuestro Liell era un buen hombre antes de convertirse en consejero en Leth. —Roh bajó la vista a las piedras, luego la levantó con una expresión de asco en la cara—. Yo lo sé. Hay rumores de que es el mismo hombre. Hay rumores de que el que está en Leth es un qujal. Que él, como Thiye de Hjemur, es viejo. Lo que puedo decirte es que él es el poder en Leth. Pero si vienes de Leth, ya lo sabes. A veces, él es un enemigo tranquilo. Y cuando las peores bestias han llegado al bosque de Koris, los peores envíos de Thiye, la gente de Liell no ha estado menos comprometida que nosotros en librar a Koris de esta plaga. En ocasiones observamos una paz de cazadores para nuestro mutuo beneficio. Pero

nuestra acogida de Morgaine no mejorará las relaciones entre Chya y Leth.

—Creo en tus rumores —dijo Vanye por fin. Una frialdad se asentaba en su estómago al recordar lo sucedido a la orilla del lago.

—Yo no —replicó Roh— hasta esta noche, hasta que ella entró en la casa.

—Nos iremos por la mañana —dijo Vanye.

Roh se le quedó mirando a la cara durante un momento más.

—Hay Chya en ti —dijo Roh—. Primo, me das pena. Tú destino, ¿cuánto te queda al servicio de ella?

—Mi año —dijo él— acaba de comenzar.

Y pasó entre ellos la comunicación en silencio de que ese año sería el último. Aceptada por Roh con una triste inclinación de cabeza.

—Si llega a suceder —dijo Roh—, si llega a suceder que te encuentras libre... regresa a Chya.

Y antes de que Vanye pudiese contestar nada, Roh se alejó, retirándose a un corredor distante que conducía a otras cabañas, como en una conejera. Él estaba agitado por la única cosa que nunca había soñado con recibir: que los Chya le aceptasen.

De alguna manera era sólo una crueldad. Él moriría antes de que su año terminase. Morgaine estaba inclinada a la muerte, y él la seguiría. Y en eso no tenía elección. Un momento antes, él no había tenido una esperanza en particular.

Ahora la tenía. Miró en torno suyo al salón, seguramente una de las casas señoriales más extrañas de todo el Andur-Kursh. Aquí había un refugio, una bienvenida, una vida.

Una esposa, hijos, honor.

Estos no eran suyos. No lo serían. Se dio la vuelta y cruzó los brazos en torno a las rodillas, mirando desolado el fuego. Aunque ella muriera, lo que era probablemente la idea en la cabeza de Roh, quedaba el lazo adicional de la promesa de destruir Hjemur.

Si llega a suceder que te encuentras libre.

En toda la historia del hombre, Hjemur nunca había sido conquistado.

CAPÍTULO VI

PARECÍA como si todos los Chya se hubiesen reunido para verles marchar, tan silenciosos en su partida como lo habían sido a su llegada. Y, sin embargo, no parecía existir mala voluntad hacia ellos, ahora que Roh atendía sus caballos y él mismo sujetaba el estribo de Morgaine para que montase.

Roh hizo una reverencia de lo más cortés cuando Morgaine estuvo montada. Y habló en voz alta para que todos los Chya pudiesen oírle, expresándoles sus buenos deseos. «Por lo menos, vigilaremos vuestra retaguardia», les dijo, «así que no creo que tengáis que preocuparos de alguien siguiéndoos en territorio Chya, por lo menos no inmediatamente. Pero tened presente vuestra seguridad, señora». Morgaine hizo una reverencia desde la silla.

—Te estamos agradecidos Chya Roh. A ti y a toda tu gente. Ninguno de los dos habíamos dormido seguros hasta que dormimos bajo tu techo. Que la paz reine en tu casa, Chya Roh.

Y, tras decir esto, dio media vuelta y se alejó cabalgando, con Vanye siguiéndola. Y como a su llegada, a su marcha los niños Chya eran su escolta. Corrían junto a los caballos, haciendo caso omiso de los modales de sus mayores. No parecían odiarla o temerla en absoluto. Había en su mirada una diversión irrefrenable al ver cobrar vida ante sus ojos los viejos tiempos que habían oído mencionar en canciones y baladas. Y, con la capacidad de disfrutar de las cosas propias de la infancia, parecían considerar esta gran maravilla principalmente como un entretenimiento para ellos.

Se trataba, pensó Vanye, de que era tan hermosa que resultaba difícil pensar mal de ella. Brillaba con la luz del sol, como el sol sobre el hielo.

—¡Morgaine! —la aclamaban en voz baja, como siempre hablaban los Chya.

—¡Morgaine!

Hasta que por fin incluso el corazón de ella se conmovió y les saludó con la mano sonriendo brevemente.

Hincó espuelas a Siptah y dejaron atrás la agradable casa y el cariño de los Chya a la luz del sol. El bosque se cerró en torno a ellos de nuevo, entristeciendo sus corazones con sus sombras, y durante un rato muy largo los dos guardaron silencio.

Él no le habló a ella del deseo que albergaba en su corazón: que diesen marcha atrás y volviesen a Chya, donde al menos tendrían la esperanza de una bienvenida. Para ella no había ninguna. Quizá era eso, pensó él, lo que daba esa tristeza a su rostro a lo largo de toda la mañana.

Cuando continuaron la marcha, supo con certeza que no era la oscuridad de los bosques lo que pesaba sobre su corazón. En una ocasión escucharon un extraño grito salvaje a través de las ramas, y una expresión en su rostro propia de alguien que había sido distraído de una pena profunda y privada, confusa como si hubiese olvidado

dónde se encontraba.

Esa noche acamparon en lo más denso del bosque. Morgaine recogió en persona la leña para el fuego, haciéndolo pequeño. Porque no eran estos bosques lugar bueno para atraer visitantes. Y ella se reía a veces y hablaba con él. Una frivolidad a la que él no estaba acostumbrado. La risa le sonaba a falsa y a veces le miraba de una manera que le hacía pensar que se encontraba cerca del centro de los pensamientos de ella.

Le ponía nervioso. A su vez, él no podía reírse. Y se quedó mirándola hasta que al final se inclinó en la tierra como alguien que pide un favor.

Ella no habló. Tan sólo se le quedó mirando cuando se levantó, y tenía el aspecto de alguien desenmascarado. La verdad parecía haber vuelto a su rostro, aunque él no supiese cómo interpretar esa verdad.

Las preguntas temblaban en sus labios. No se le ocurría ninguna que se atreviese a plantear que no creyese que fuese a ser contestada con una descortesía glacial o más probablemente con el silencio.

—Vete a dormir —le indicó ella.

Él inclinó la cabeza y así lo hizo hasta su guardia.

El estado de ánimo de ella había cambiado por la mañana. Sonreía levemente y habló con él durante el desayuno sobre viejos amigos de ella: del rey Tiffwy, de cómo había sido su hijo, la dama que había sido su esposa. Era el tipo de conversación que uno esperaba de los viejos. Sobre gente largo tiempo muerta, imposible de comprender por los jóvenes. Lo peor era que ella parecía saberlo, y sus ojos grises tenían un brillo pensativo. Y buscaban los suyos, tratando de encontrar comprensión a alguna pequeña apreciación de las únicas cosas de las que ella podía hablar con él.

—Tiffwy —dijo él— debió ser un gran hombre. Me hubiera gustado conocerlo.

—La inmortalidad —respondió ella— debe ser insoportable excepto entre inmortales. —Y ella sonrió. Pero él supo discernir más allá de este gesto.

Estuvo silenciosa a partir de aquel momento. Y parecía estar triste, incluso cuando cabalgaban. Ella pensaba mucho. Él no sabía interpretar estos estados de ánimo. Ella estaba encerrada dentro de sí misma.

Era como si él hubiese roto el tenue lazo que les unía con esas palabras: Me hubiera gustado conocerlo. Ella había descubierto el abismo. No lo soportaría en él. Al atardecer podían distinguir las colinas, al dejar paso los bosques a praderas repartidas. Al oeste se alzaba la gran mole de Alis Kaje, con la cima blanca a causa de la nieve. Alis Kaje, la barrera más allá de la cual estaba Morija. Vanye, un extraño a este lado de la barrera montaña, encontraba la perspectiva poco familiar, excepto el gran monte Proeth, pero era una vista de casa. Después de eso, la tierra se abría más al norte y se encontraron sobre una colina, contemplando quietos el gran macizo montañoso.

Ivrel.

La montaña no era tan alta como Proeth, pero era hermosa a la vista y perfecta, un cono acabado en punta igual por la derecha y la izquierda. Se alzaba sobre las otras montañas, el Kath Vrej y el Kath Svejur, más allá, y desvaneciéndose en la distancia, los rampantes de la helada Hjemur. Pero Ivrel era una única entre todas las montañas. La escasa nieve que había en ella se amontonaba cerca de su cumbre. Sus flancos eran en su mayor parte oscuros o verdes a causa de los bosques.

Y en su base, invisible a causa de la distancia que producía la impresión de que el propio Ivrel flotaba al borde del cielo, estaba Irien.

Morgaine hincó espuelas a Siptah, poniendo en movimiento el caballo alarmado. Y continuaron cabalgando, cuesta abajo y arriba de nuevo, y nunca dijeron una palabra. Ella no hizo la menor indicación de parar, incluso cuando las estrellas brillaban en el cielo y brillaba la luna.

Ivrel se alzaba más próximo. Su blanca cima brillaba como una aparición.

—Señora. —Vanye se apoyó por fin en su silla y sujetó las riendas del gris—. Liyo, abstente. Irien no es un lugar para entrar cabalgando de noche, detengámonos.

Se lo concedió. Lo que le resultó sorprendente. Eligió un lugar y desmontó, quitando el equipo de Siptah. Entonces se dejó caer y se envolvió en su capa, sin preocuparse de nada más.

Vanye se ocupó en intentar hacer un campamento confortable para ella. Estas cosas estaba ansioso de hacerlas por ella. La pena de ella pesaba sobre el alma de él y no conseguía sentirse cómodo con ella.

No sirvió de nada. Ella se calentó junto al fuego y miró las cenizas, no tenía apetito para la comida que cocinó para ella, pero se la comió obediente, y se la acabó.

Él levantó la vista hacia la montaña que colgaba ante ellos y sintió la amenaza. Este era suelo maldito. Ningún hombre cuerdo de Andur-Kush acamparía donde ellos habían acampado esta noche, tan cerca de Irien y de Ivrel.

—Vanye —dijo ella repentinamente—, ¿temes este lugar?

—No me gusta —contestó él—..., sí, lo temo.

—Al reclamarte, te impuse la tarea de la ruina de Hjemur. ¿Tienes alguna idea de dónde está situada la fortaleza de Hjemur?

Él levantó la mano vagamente hacia el norte, hacia la base de Ivrel.

—Allí, por medio de un paso.

—Hay una carretera allí que te conduciría al sitio. No hay ninguna otra, por lo menos no la había.

—¿Planeas —preguntó el— que tendré que llevar a cabo esta tarea?

—No —dijo ella—, pero puede darse el caso.

Después de eso se envolvió en su capa y se acomodó para la primera guardia, y Vanye buscó su propio descanso.

Parecía haber pasado tan sólo un rato cuando ella se apoyó sobre él y, tocándole en el hombro, le indicó en voz baja que tomase su guardia. Él estaba cansado y había dormido profundamente. Las estrellas se habían movido en su recorrido nocturno.

—Había habido algunos pequeños rondadores —dijo ella—, algunos de aspecto desagradable, pero nada de peligro. He dejado que el fuego se apagase a propósito.

Él indicó su comprensión, y vio con alivio que ella buscaba sus pieles de nuevo como alguien que se alegra de poder dormir. Se colocó junto a la hoguera agonizante, con las rodillas levantadas y las manos apoyadas en su espada envainada, abstraído en los rescoldos y escuchando los ruidos pacíficos de los caballos, cuyos sentidos les convertían en mejores centinelas que las personas.

Y eventualmente, acunado por el continuo crujido de los rescoldos, el susurro del viento a través de los árboles junto a ellos y el lento movimiento de los caballos, empezó a luchar contra su propia necesidad de dormir.

Ella gritó.

Él se acercó con la espada desenvainada, vio a Morgaine revolverse de costado, lo primero que pensó fue que había sido mordida por algo. Se inclinó sobre ella, la levantó en sus brazos y la abrazó, ella temblaba. Pero le apartó y se alejó con los brazos cruzados como para protegerse de un viento helado. Y así se quedó un rato.

—¿Liyo? —le preguntó a ella.

—Vuélvete a dormir —dijo ella—. Era un sueño, un sueño antiguo.

—Liyo...

—Vos tenéis un sitio, liyo. Id a él.

Él tenía la sensibilidad suficiente para no sentirse herido por el tono que ella empleaba. Provenía de una herida profunda de ella, pero dolía de todos los modos. Volvió junto a la hoguera y se envolvió en su capa. Pasó un largo rato antes de que ella recuperase el control de sí misma y diese la vuelta para buscar el lugar que ella había abandonado. Bajó la vista al fuego para no tener que mirarla. Pero ella no quería que las cosas fuesen de esa manera, se paró junto a él y miró hacia abajo.

—Vanye —dijo ella—, lo siento.

—Yo también lo siento, liyo.

—Vete a dormir. Me quedaré despierta un rato.

—Estoy completamente despierto, liyo. No hay necesidad.

—Te dije algo sin tener intención de decirlo.

Él hizo una reverencia a medias todavía sin mirarla.

—Soy un ilin, y es cierto que tengo un lugar junto a las cenizas de tu hoguera, liyo. Pero usualmente disfruto de más honor que ése y estoy satisfecho.

—Vanye. —Ella se sentó junto al fuego, temblando sin su capa—. Te necesito. Esta carretera sería insoportable sin ti.

Sintió entonces pena por ella. Había lágrimas en su voz, y él, de repente, no quiso

ver el resultado de éstas. Se inclinó todo lo más que la comodidad permitía y se quedó en esa postura hasta que creyó que ella había recuperado el aliento. Entonces se atrevió a mirar a sus ojos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó él.

—Ya lo he dicho —dijo ella—. Era, de nuevo, la Morgaine que él conocía, bien protegida, los ojos grises firmes.

—No confiarás en mí.

—Vanye no te mezcles conmigo. Te mataría si fuese necesario para llegar a Ivrel.

—Lo sé —dijo él—. Liyo, quisiera que me hubieses escuchado. Sé que te matarías a ti misma para llegar a Ivrel. Y probablemente nos matarás a los dos. No me gusta este lugar. Pero no hay manera de razonar contigo. Lo he sabido desde el principio. Juro que, si me escuchas, si me dejases, te sacaría sana y salva de Andur-Kurhs a...

—Tú mismo lo has dicho. No hay manera de razonar conmigo.

—¿Por qué? —le preguntó a ella—. Señora, es una locura esta guerra tuya. Ya fue perdida una vez. Yo no quiero morir.

—Tampoco querían ellos —dijo ella, sus labios eran una línea fina y dura—. Oí las cosas que decían de mí en Baien, antes de que pasase de aquel tiempo a éste. Y creo que ésa es la manera en que seré recordada. Pero iré allí, de todos modos. Y eso es asunto mío. Tu juramento no incluye que estés de acuerdo con lo que hago.

—No —reconoció él. Pero no creyó que ella le escuchase, y que tenía la vista perdida en la distancia hacia Ivrel, hacia Irien. Una pregunta atormentaba su mente. No quería hacerla daño, pero no podría acercarse más a Irien sin que le atormentase más.

—¿Qué les sucedió? —preguntó él—. ¿Por qué fueron encontrados tan pocos después de Irien?

—Fue el viento —dijo ella.

—¿Lijo? —La respuesta le producía escalofríos, como una locura repentina. Pero ella juntó los labios y le miró.

—Fue el viento —repitió de nuevo—. Había un campo de puerta, allí, bajando desde Ivrel. Y la niebla que había aquel día en el campo subía como el humor por una chimenea, un viento, un viento como no puedes imaginarte... Diez mil hombres... enviados. Enviados a la nada. Nosotros lo sabíamos, mis amigos y yo, nosotros cinco. Lo sabíamos y no sé qué era más terrible, saber como nosotros lo que sucedería, o no saberlo, como los otros, que no lo entendían en absoluto. Allí había sólo una oscuridad llena de estrellas. Sólo un vacío en la niebla..., pero sobreviví, por supuesto. Yo era la única lo bastante alejada, mi tarea era rodear Irien, Lrie, los hombres de Leth y yo..., y cuando estábamos sobre la colina comenzó. No pude sujetar a mis hombres. Pensaron que podrían ayudar a los que estaban abajo, con su

rey, y cabalgaron. No estaban dispuestos a escucharme, te das cuenta, porque yo era una mujer. Pensaron que estaba asustada porque era una mujer, y ellos, por ser hombres, no tenían que estarlo. Se marcharon. No pude hacérselo comprender. No pude seguirles —su voz desfalleció, luego se volvió otra vez firme—. Era demasiado sabia como para ir, te das cuenta. Era más sensata, era civilizada. Y mientras estaba siendo sabia... era demasiado tarde. El viento se abatió sobre nosotros. Durante un instante no se podía respirar. No había aire. Y después insté al pobre Siptah para que se pusiese en pie. No recuerdo con claridad qué es lo que hice después, excepto que cabalgué hacia Ivrel. Había una fuerza de Hjemur en mi camino. Me retiré entonces cada vez más, sólo el sur permanecía abierto. Koris resistió un tiempo. Luego perdí ese refugio. Me retiré a Leth entonces y descansé allí una temporada hasta que tuve que dirigirme a Aenor-Pywn. Tenía la intención de reunir allí un ejército. Pero no me escucharon. Cuando intentaron matarme, me arrojé a la Puerta porque era el último refugio que me quedaba. No sabía que tendría que esperar tanto.

—Señora —dijo él—, esta..., esta cosa que fue hecha en Irien, matar hombres sin dar un golpe... ¿Cuando vayamos allí, no podrá Thiye enviar este mismo viento contra nosotros?

—Si supiese el momento de nuestra llegada, sí. El viento..., el viento era el mismo aire que corría hacia la Puerta abierta, un campo lanzado desde la Piedra que se levanta en Irien. Abría una brecha entre las estrellas. Mantenerlo abierto más de un instante sería un desastre para Irien. Ni siquiera él sería tan descuidado de las consecuencias.

—Entonces, en Irien... el sabía.

—Sí, lo sabía —el rostro de Morgaine se volvió otra vez duro—. Hubo un hombre que emprendió el camino con nosotros, que no estuvo a nuestro lado en Irien..., él que deseaba el poder de Tiffwy, que le traicionó con su mujer..., que después fue tutor del hijo de Edjnel, tras matar a Edjnel.

—Chya Zri.

—Cierto, Zri. Hasta el fin de mis días lo creeré, aunque, si es verdad, fue tristemente pagado por Hjemur. Apuntaba a un reino y el que obtuvo no era el que deseaba.

—Liell. —Vanye murmuró el nombre sin pensarlo y notó el impacto repentino de los ojos de ella sobre los suyos.

—¿Qué te hace pensar en él?

—Roh dijo que había una duda sobre ese hombre. Que Liell es..., que es viejo, como Thiye es viejo.

El aspecto de Morgaine se volvió intensamente preocupado.

—Zri y Liell. Distintos pero sin originalidad, haber ahogado a todos los herederos de Leth..., si es que fueron ahogados.

Recordó la Puerta temblando sobre el lago, y supo lo que ella quería decir. Las dudas le asaltaron. Se atrevió a hacer una pregunta que odiaba plantear.

—¿Podrías tú... vivir por estos medios si lo deseases?

—Sí —le contestó a él.

—¿Lo has hecho?

—No —contestó ella, y añadió como si hubiese leído la idea que rondaba por su mente—. Es por medio de las Puertas que se hace. Y no es cosa liviana ocupar otro cuerpo. Yo misma no estoy segura de cómo se hace, aunque creo que lo sé. Es algo feo: el cuerpo tiene que ser de alguien, comprendes. Y Liell, si eso es verdad, se está haciendo viejo.

Él tembló, recordando el contacto de los dedos de Liell sobre su brazo..., el hambre —incluso entonces lo interpretó como hambre— en sus ojos. Ven conmigo y te lo mostraré, había dicho él, ella te quitará el alma antes de que esto termine. Ella miente. Ha mentido antes, Chya Vanye. Ven conmigo.

Respiró un juramento, una plegaria, algo. Y se levantó tambaleándose, para apartarse durante unos instantes, enfermo a causa del horror. Percibiendo, por primera vez, su juventud y su fuerza entrenada como algo que había sido objeto de codicia...

Se sentía sucio.

—Vanye —dijo ella con preocupación en su voz.

—Dicen —él consiguió darse la vuelta y mirarla— que Thiye también está envejeciendo..., que tiene el aspecto de un anciano.

—Si —dijo ella con voz calmada— muero o desaparezco, y te diriges contra Hjemur en solitario..., no tomes en cuenta la posibilidad de ser hecho prisionero. Yo no lo haría en ningún caso Vanye.

—Oh, cielos —murmuró él. Un vómito subió por su garganta. Repentinamente, empezó a comprender cuál era la apuesta en estas guerras entre la raza qujal y los hombres. Y cuál era el castigo por perder. Se quedó mirándola fijamente, con la manera propia de los más inocentes, como él mismo comprendía, y se encontró ante una ausencia de verdadero horror.

—¿Harías esto? —preguntó él.

—Creo que un día —dijo ella—, para hacer lo que tengo que hacer, tendré que considerarlo.

Él soltó un taco. Por muy poco la habría abandonado en aquel momento. Ella empezó por fin a mostrar preocupación ante aquello. El menor impulso humanitario. Y eso fue lo que le contuvo.

—Siéntate —ordenó ella, y él así lo hizo.

—Vanye —dijo ella entonces—. No tengo el sosiego necesario para ser virtuosa. Lo intento, lo intento con lo que queda de mí. Pero es muy poco. ¿Qué harías tú si estuviese muriendo y sólo tuvieses que alcanzar y matar... no por una vejez

prolongada con dolor y enfermedad, sino por otra juventud? Para los qujales no hay nada después. No hay una inmortalidad, sólo morir. Han perdido a sus dioses, o cualquier fe que un día tuvieron. Esto es todo lo que existe para ellos..., vivir, disfrutar de placeres..., disfrutar del poder.

—¿Me mentistes? ¿Eres de su sangre?

—No, no soy una qujal. Pero los conozco. Zri..., si estás en lo cierto, explica mucho. No a causa de la ambición, sino de la desesperación. Para vivir, para salvar las Puertas de las que él depende. No había esperado eso de él. ¿Qué es lo que te dijo cuando hablaste con él?

—Sólo que debía abandonarte y marcharme con él.

—Es bueno que tuvieses más sentido común, de otra manera...

En aquel momento la mirada de ella se volvió cautelosa y tomó el arma negra de su cinturón. Él pensó, con el primer latido, que ella había descubierto algún intruso, y, con sorpresa, vio aquella cosa apuntada contra él. Se quedó congelado, con la mente en blanco, excepto la idea de que, repentinamente, ella se había vuelto loca.

—De otra manera —continuó ella— habría tenido un compañero en mi camino a Ivrel que habría esperado a que la proximidad de las Puertas le proporcionase los medios para tratar conmigo..., viva. Te dejé en una yegua baya y después de eso elegiste el caballo de Liell. Él fue a quien creí reconocer cuando te vi cabalgando detrás de mí. Y yo estaba ansiosa de estar en compañía de Liell. Me quedé sorprendida al ver que eras tú en vez de él.

—Señora —exclamó él, extendiendo sus manos para demostrar que estaban vacías de amenazas—. Te he jurado. Señora, no te engaño. Seguramente no podría, no podría suceder sin que yo lo supiese. Lo sabría, ¿no?

Ella se levantó sin dejar de mirarle, vigilándole constantemente. Y se acercó al lugar donde descansaban su espada y su equipo.

—Ensilla mi caballo —le indicó.

Lo hizo con cuidado, tal y como ella le había ordenado, consciente de que estaba a su espalda con aquel arma. Cuando hubo terminado, se echó atrás por ella. Y ella le vigiló cuidadosamente hasta el momento de saltar sobre la silla.

Morgaine tiró de las riendas y se dirigió hacia el caballo negro. Inmediatamente, él adivinó cuáles eran sus intenciones: matar al animal y abandonarlo a pie. Ya que no podría matarle a él, ilin.

Se interpuso entre ellos, levantando la mirada lleno de horror e indignación. No era honorable hacer algo semejante, abusar del juramento de un ilin para matar a su animal y dejarle desamparado. Ella, durante un momento, mostró una expresión tal de violencia en su rostro que Vanye creyó que emplearía su arma contra él y el animal.

Repentinamente, ella hizo girar la cabeza de Siptah y espoleó, dejándole atrás.

Se quedó mirándola fijamente durante un rato, atontado, consciente de que ella

estaba loca.

Y de que él también lo estaba.

Renegó y amontonó su equipo, arrojó la silla sobre el negro, apretó la cincha, saltó sobre la silla y partió. Su caballo era completamente consciente de que, en aquel momento, debería estar junto al tordo. No necesitaba el impulso de las espuelas para esforzarse, sino que corrió, cuesta abajo y en torno a un recodo, a través de un arroyo y de nuevo hacia arriba, alcanzando al galopante tordo.

Él esperaba con precaución un dardo que le derribaría de la silla o, en vez de eso, haría tropezar a su caballo; Morgaine dio media vuelta sobre la silla y le vio acercarse. Pero se lo permitió empezando a frenar.

—Vos sois un idiota —dijo cuando él se colocó a su lado. Y pareció entonces que ella estaba a punto de llorar, pero no lo hizo. Colocó el arma negra en la parte trasera de su cinturón, debajo de su capa, le miró y agitó la cabeza.

—Y vos sois un kurshino. Nadie de otra raza puede ser tan estúpidamente honorable. Zri habría escapado con toda seguridad, a no ser que Zri sea ahora más valiente de lo que un día fue. No somos valientes, nosotros que jugamos a este juego con las Puertas; hay demasiado que perder para permitirnos el lujo de ser valientes o virtuosos. Te envidio kurshino, envidio a cualquiera que puede permitirse gestos semejantes.

Él apretó los labios. Se sentía tonto y avergonzado, dándose cuenta de que ella había intentado asustarle. Nada de esto tenía sentido para él, sus cambios de estado de ánimo, la desconfianza que sentía hacia él. Su voz se volvió bronca.

—Resultó fácil de engañar, liyo, mucho más fácil de lo que tú resultarías. Cualquiera de tus trucos más sencillos pueden sorprenderme. Y más de uno asustarme.

Ella no tenía una respuesta para él.

Por momentos, le miraba de una manera que a él no le gustaba. El aire entre ellos parecía haberse vuelto venenoso. Márchate, decían sus miradas, márchate, no te detendré.

Él no la habría abandonado estando herida y necesitándole. Había quebrantamientos de un juramento y había quebrantamientos de un juramento; romper un juramento de ilin siendo ella capaz de valerse por sí misma ya era un asunto grave, pero había algo en la manera de comportarse que le había convencido de que estaba lejos de razonar con claridad.

La luz fue aumentando en el cielo hasta convertirse en una mañana fría y triste, con nubes acercándose desde el norte.

Y muy pronto, durante aquella mañana, la tierra descendió bajo sus pies y las colinas se abrieron, convirtiéndose en el valle de Irien.

Era un valle amplio, grato a la vista. Cuando se detuvieron en el borde aquel gran

cuenco, Vanye no estuvo seguro de que éste fuese el lugar. Pero entonces vio que en el otro lado estaba Ivrel y que había un espacio árido en su centro, a una gran distancia cuesta abajo. Estaban demasiado lejos como para poder ver un detalle tan nimio como un único dolmen, pero podía calcular su posición en el centro del espacio árido.

Morgaine se deslizó de la grupa de Siptah y se molestó en desenganchar Bebé Robado de su sitio, con lo que él comprendió que ella planeaba hacer una gran pausa. Él desmontó también, pero cuando ella se alejó alguna distancia por la cuesta, consideró que ella deseaba que no la siguiese. Se sentó sobre una gran roca y esperó, mirando fijamente la distancia del valle. En su mente imaginó a los miles de hombres que habían cabalgado en este valle, durante una de esas mañanas grises de primavera en la que se cubría de niebla, cuando los hombres y los caballos se movían como fantasmas en la niebla..., pensó en la oscuridad tragándose todo; en los vientos, como ella los había descrito, atrayendo la niebla como el humo por una chimenea.

Pero aquella mañana había nubes bajas y un sol de invierno, hierba y árboles más abajo. Cien años habían reparado cualesquiera que fuesen las cicatrices que habían quedado, hasta que uno no podía imaginar lo que un día sucedió allí.

Morgaine no volvió. Él esperó hasta mucho después del momento en que comenzó a ponerse nervioso; hasta que por fin se decidió, se levantó y se dirigió por el camino que ella había recorrido en torno a la curva de la colina. Se quedó más tranquilo cuando la encontró simplemente mirando de pie el valle. Por un momento, casi no se atrevió a acercarse. Y entonces él pensó que debería hacerlo. Porque ella no se encontraba normal. Y había hombres y bestias en estas colinas que convertían Irien en un sitio en que no era bueno quedarse solo.

—Liyo —la llamó mientras se acercaba. Ella se dio la vuelta y se acercó a él, y caminó a su lado hasta el lugar donde habían dejado los caballos. Allí colgó de nuevo la espada en su sitio, tomó las riendas y se paró de nuevo mirando el valle.

—Vanye —dijo ella—, vanye, estoy cansada.

—¿Señora? —inquirió él, pensando en un primer momento que quería decir que se pararían en este lugar un tiempo, y no le gustaba la idea. Entonces ella le miró y él supo que se refería a otro tipo distinto de cansancio.

—Estoy asustada —admitió ella—. Y estoy sola, Vanye. Y no me queda más honor ni más vida que gastar. Aquí —ella extendió su mano, señalando la cuesta—, aquí los abandoné, y cabalgué por este borde. Y desde allí —ella indicó un punto al otro lado del valle donde había una roca y muchos árboles en el borde—, desde aquel punto vi cómo se perdía el ejército. Eramos cien, mis compañeros y yo; y con el paso de los años fuimos cada vez menos, y ahora sólo quedo yo. Empiezo a comprender a los qujaks. Empiezo a sentir lástima por ellos. Cuando es tan necesario sobrevivir, uno ya no puede permitirse ser valiente.

Él comenzó en ese momento a comprender cuál era el terror que ella sentía. El mismo intenso terror que sentía Liell, pensó, quien también deseaba algo de él. No deseaba más verdades procedentes de ella, era el tipo de verdades que producía pesadillas, que no contenían paz alguna, que le pedían que perdonase cosas impensables.

Ahórranos esto, le hubiera gustado decirle, te he honrado. No conviertas esto en algo imposible.

Él contuvo su lengua.

—Podría haberte matado —dijo ella— a causa del pánico. Me asusto con facilidad, comprendes. Y no soy razonable. Y he dejado de correr riesgos por completo. Es inconcebible... que yo corriese riesgos con la tarea que tengo que cumplir. Me digo a mí misma que lo único inmoral que he hecho es confiar en ti después de atentar contra tu vida. Comprende que no puedo permitirme el lujo de tener virtudes.

—No comprendo —dijo él.

—Tengo la esperanza de que no lo hagas.

—¿Qué deseas de mí?

—Sé fiel a tu juramento. —Ella saltó sobre la grupa de Siptah, esperó a que él montase y partió. No a través del valle de Irien, sino por su borde, por aquel camino que había seguido el día de la batalla.

El estado de ánimo de ella oscilaba al borde de la locura, incapaz de razonar con claridad. Él se convenció de eso. Ella le tenía miedo como si el fuese la muerte en persona, mostrándose amistosa y amable, temía cualquier razón que le dijese lo contrario.

E impedía matar, impedía violar el código del honor.

Existía esa pequeña diferencia, preciosa, entre aquello que él servía y aquello que les perseguía. Se agarraba a esta idea, aunque el presentimiento de Morgaine se filtraba en sus pensamientos, que era aquello lo que un día la mataría.

La cabalgada a lo largo del borde resultó larga, y tuvieron que detenerse varias veces para descansar. El sol se ocultó al otro lado del cielo, y las nubes empezaron a amontonarse en gran cantidad sobre el cono de Ivrel, indicando una tormenta. Una tormenta del norte, de las que, a veces, hacían nevar en valles como éste, al norte de Chya. Pero más a menudo representaban hielo capaz de romper los árboles, miseria para hombres y bestias.

La tormenta se cernía sobre ellos, arrastrando un poco de aguanieve. El día se volvió más oscuro. Se detuvieron para un último descanso antes de acercarse al lado de Ivrel.

Y el caos estalló en torno a ellos. Su único aviso fue un relincho de Siptah. Un retroceso de ambos caballos. Un momento más y ambos se habrían encontrado a pie.

Medio a oscuras. Vanye se arrojó de nuevo sobre la silla, sacó su mandoble y empezó a soltar tajos, en el crepúsculo, contra las formas que se arrojaban contra ellos desde los bosques y desde las rocas. Hombres de Hjemur, vestidos con pieles de pies a cabeza, a pie primero y después sobre ponies. Un fuego agujereaba la oscuridad, la pequeña arma de Morgaine tomando su parte de hombres y animales, sin compasión.

Se abrieron camino apretando espuelas, alcanzando el lugar en que el camino giraba hacia abajo. La cuesta estaba cubierta de ellos. Se amontonaban a pie figuras oscuras en el crepúsculo. Y no todos ellos parecían humanos.

Los cuchillos brillaron cuando la horda se cerró en torno a ellos amenazando las patas indefensas y las barrigas vulnerables de los caballos. Y lucharon y espolearon sus animales, orientándolos a los lugares donde encontraban menos resistencia para escapar. Morgaine gritó, pateó a un hombre en la cara y espoleó a Siptah para que pasase por encima de él. Vanye clavó espuelas al negro y le hizo salir volando por el camino que Siptah había tomado.

No había ninguna esperanza luchando. Su liyo estaba haciendo lo más sensato, cuarteando al agotado tordo, llevando al gran caballo hasta el límite, incluso si representaba apartarse del camino que habían elegido. Y Vanye hizo lo mismo, con el corazón en la garganta no sólo por la manera en que cabalgaban, sino también por lo que les perseguía. Deslizándose por una cuesta rocosa, pisando en sombras ciegas a lo largo de un camino desconocido y a través de un estrecho desfiladero en la roca, para alcanzar la llanura al oeste de Irien.

Allí, aunque sus caballos estuviesen agotados, tenían ventaja sobre los ponies de Hjemur que les perseguían. Porque las largas piernas de los caballos devoraban el terreno. Y por fin la persecución parecía desvanecerse.

Entonces aparecieron frente a ellos jinetes procedentes del oeste llegando desde la estrecha cresta de colinas. Un arco de jinetes que se extendió para envolverles, obligándoles a retroceder.

Morgaine giró una vez más, cargando contra ellos en su borde más externo, tratando de escaparse de aquel arco antes de que cortase su camino hasta el norte, negándose a ser obligada a retroceder a la emboscada en Irien. Siptah apenas podía correr ya. Se tambaleaba. No iban a conseguirlo. Y ella sujetó aquí las riendas, con el arma en la mano. Y Vanye condujo al agotado negro junto a ella, con la espada desenvainada para guardar su flanco izquierdo.

Los jinetes les rodeaban ahora por todos los lados y comenzaron a acercarse cerrando el círculo.

—Los caballos están agotados —dijo Vanye—. Señora, creo que moriremos aquí.

—No tengo intención de hacerlo —dijo ella—. Apártate de mí, ilin. No te cruces frente a mí, y ni siquiera te pongas a mi lado.

Y entonces él reconoció el poni moteado de uno que estaba por delante del resto,

ordenando a sus jinetes que se acercasen, y cerca de él la yegua baya, con una mancha con forma de estrella que él esperaba ver.

Eran jinetes de Morij que recorrían la frontera de Alis Kaje y, a veces, se internaban incluso en estas tierras cuando las fuerzas de Hjemur o de los Chya se volvían ingobernables.

Él agarró el brazo de Morgaine, recibiendo al instante una mirada colérica, rápidas sospechas. Terror.

—Son Morij —rogó ante ella—. Mi familia. Nhis. Liyo, no tomes ninguna de sus vidas. Mi padre, él es su señor, y no es un hombre clemente, pero él es honrado. La ley del ilin dice que mis crímenes no pueden mancharte. Y, sea lo que sea lo que has hecho, Morija no tiene ahora una contienda de sangre contigo. Por favor, señora, no tomes las vidas de estos hombres.

Ella se puso a pensarlo. Pero él tenía la razón de su parte, y ella tenía que aceptarlo. Sus caballos seguramente morirían bajo ellos si se veían obligados a seguir corriendo. Se encontrarían con fuerzas de Hjemur más al norte, con toda probabilidad, incluso si conseguían escapar ahora. Aquí había un refugio, aunque no hubiese una bienvenida. Ella bajó su arma.

—Sobre tu alma —siseó ella—. Caiga sobre tu alma, si me engañas en esto.

—Esa es la naturaleza de mi juramento —replicó él, sorprendido— y has sabido durante todo el tiempo que he pasado contigo que yo no te engañaría. Sobre mi alma, liyo.

El arma volvió a su lugar.

—Habla con ellos —ordenó ella—, y, si no tienes media docena de flechas en el cuerpo, estaré dispuesta a irme con ellos fiándome de tu palabra. Guardó su espada y levantó las manos separadas, espoleando un poco hacia adelante al agotado negro, hasta que se encontró a media distancia de los jinetes que se aproximaban, cuyo círculo no había dejado de estrecharse.

—Soy un ilin —les gritó, porque no era honorable matar a un ilin sin tener en cuenta a su señor—. Yo soy Nhi Vanye. Nhi Paren. Paren, hijo de Leüel, tú conoces mi voz.

—¿Al servicio de quién, ilin Nhi Vanye? —preguntó la voz de Paren, bronca y familiar, benditamente bienvenida.

—Nhi Paren, estas colinas están llenas esta noche de gente de Hjemur, y lo más probable es que también de Leth. Por la piedad del cielo, tómanos bajo tu protección y haremos nuestra petición en Ra-Morij.

—Entonces debes de servir a algún enemigo nuestro —comentó Nhi Paren—, o nos ofrecerías un hombre honrado.

—Así es —dijo Vanye—, pero ninguno que os amenace ahora. Pedimos refugio, Nhi Paren, y ése es un derecho del Nhi para negarlo o concederlo, no tuyo. Así que

debes enviarnos a Ra-Morij.

Hubo un silencio. «Tomadlos a los dos», se escuchó entonces desde la distancia. Los jinetes se acercaron juntos. Por un momento, mientras se encontraron rodeados de cerca, Vanye estuvo dominado por el miedo de que Morgaine se dejase llevar por el pánico y causase la muerte de ambos, lo que aumentó cuando Paren exigió que entregasen sus armas.

Y entonces Paren vio por primera vez a Morgaine con claridad, en medio de las tinieblas, y exclamó el principio de una invocación al cielo. Los hombres junto a él hicieron signos contra el mal de ojo.

—No creo que sea cómodo para vosotros manejar mis armas, ya que vuestra religión os lo prohíbe —dijo Morgaine—. Prestadme una capa y las envolveré, así sabréis que no voy a emplearlas, pero seguiré transportándolas. Creo que sería bueno que saliésemos de esta zona. Vanye dijo la verdad sobre Hjemur.

—Volveremos a Alis Kaje —dijo Paren, y la miró como si hubiese pensado largo rato sobre la cuestión de las armas de ella. Entonces indicó a Vanye que le diese su capa y miró cuidadosamente mientras ella envolvía en la capa todo su equipo y lo colocaba sobre su silla.

—Formad —indicó entonces a sus hombres. Y, como si estuviesen rodeados por jinetes amigos, no les impuso restricción alguna.

Cabalaron rodilla con rodilla, él y Morgaine, rodeados de hombres por todas partes. Y antes de que hubiesen cabalgado lejos, Morgaine intentó pasarle las armas envueltas en la capa. Él temía tomarlas, sabiendo cómo lo interpretarían los Nhi. Y fue instantáneo, las armas les rodearon. Un hombre de la familia San, más atrevido que el resto, se atrevió a quitárselas, y Vanye miró a Morgaine preocupado, sabiendo cómo aceptaría eso.

Pero ella estaba inclinada y parecía apenas capaz de mantenerse sobre la silla. Tenía la mano apretada junto a la pierna. Hilos de sangre goteaban a través de sus pálidos dedos.

—Negóciános un refugio —le dijo a él— de la manera que puedas, ilyn. No tengo ni derecho de hogar ni pleito de sangre con la familia Nhi. Y haz que se detengan cuando sea posible en lugar seguro. Tengo que atender a esto.

La miró a la cara, pálida y tensa, y supo que estaba asustada. Él midió la fuerza de ella en relación a la cabalgada llena de sacudidas que tendrían a través de Alis Kaje y la abandonó, se abrió camino entre los otros jinetes para alcanzar a Nhi Paren.

—No —dijo cuando hubo terminado de plantear su ruego. La decisión de Paren era inamovible. Era firme. No podía echar la culpa al hombre en las tierras donde se encontraban—. Nos detendremos en Alis Kaje.

Él volvió cabalgando hasta ella. De alguna manera, ella consiguió mantenerse sobre la silla, con los labios blancos y aspecto miserable. El viento, con filos de

aguanieve, la hacía dar respingos a veces. El movimiento del caballo en los ascensos y en los descensos arrancaba ocasionalmente algún sonido de ella. Pero aguantó, esperando hasta que hubieron alcanzado el lugar para detenerse, hasta que él hubo desmontado y extendió los brazos para ayudarla a bajar.

Hizo un lugar para ella, y le pidió sus medicinas al que tenía sus pertenencias. Entonces miró alrededor a la banda de hombres ceñudos, y a Paren, que tuvo la decencia de ordenarles retroceder.

Trató la herida, que era profunda, lo mejor que pudo con las medicinas de ella. Su alma aborrecía tocarlas, pero razonó que la sustancia de ella respondería mejor a sus propios métodos. Ella intentó decirle cosas, pero él no conseguía comprenderlas. Hizo un vendaje con lino del botiquín, y por lo menos había conseguido frenar la hemorragia, poniéndola tan cómoda como él podía.

Cuando se levantó, Nhi Paren se acercó a él, bajo la vista hacia ella, se dirigió a sus hombres y les ordenó prepararse para cabalgar.

—Nhi Paren. —Vanye maldijo y fue detrás de él, se quedó parado junto a él en la oscuridad, mientras los hombres a su lado ya estaban montando—. Nhi Paren, ¿no puedes parar al menos hasta la mañana? ¿Hay tal necesidad de correr, con la montaña entre nosotros?

—Vosotros mismos sois el problema, Nhi Vanye —dijo Paren—, tú y esta mujer. Hjemur está en armas. No. No habrá pausa. Continuaremos hasta Ra-Morij.

—Envía un mensajero. No hay necesidad de matarla con tus prisas.

—Continuaremos —dijo Paren.

Vanye soltó un taco obsceno, mudo por la cólera. No había crueldad en Nhi Paren, sino tan sólo la obstinada cabezonería de los Nhi. Cambió su manta a la parte delantera de su silla, atándola con lazos para acolcharla. La cólera todavía bullía en su interior.

Se dio la vuelta para conducir el caballo hasta Morgaine.

—Entonces, ordena a un hombre que me ayude con ella —dijo a Paren entre dientes—. Y ten la seguridad de que le contaré toda la historia a Nhi Rijan. Como mínimo, hay justicia dentro de él. Su honor le hará lamentar esta cabezonería tuya sin sentido, Nhi Paren.

—Tu padre ha muerto —dijo Paren.

Se detuvo, consciente del caballo empujando su espalda, de las riendas en su mano. De todas esas cosas fue consciente antes de que tuviese que tener en cuenta lo que él decía, antes de que tuviese que creer al hombre.

—¿Quién es el Nhi?

—Es tu hermano —dijo Paren—, erij. Tenemos órdenes permanentes de que si alguna vez pones el pie en Morja, te llevemos inmediatamente a Ra-Morij. Y eso es lo que debemos hacer. No es —añadió en un tono más suave— de mi gusto, Nhi

Vanye, pero eso es lo que haremos.

Él comprendió entonces, atontado como estaba. Se inclinó ligeramente para reconocer la realidad. Dicho gesto lo recibió Nhi Paren como un caballero, con aspecto incómodo y avergonzado, y ordenó a sus hombres que ayudasen a Vanye para que pudiese levantarla y llevarla.

El alcázar de Morij, Ra-Morij, era considerado inexpugnable. Elevado a gran altura, sobre el flanco de una colina, amarrado a ella, con toda una montaña a sus espaldas, y sus muros y puertas contruados dobles frente a ella. Nunca había caído en una guerra. Había sido en ocasiones propiedad de los Yla y últimamente de los Nhi. Pero eso había sucedido a causa de matrimonios e intrigas familiares, y, por último, en razón de la mala suerte de Irien. Pero nunca a causa de un asedio contra la propia fortaleza. Abundantes rebaños de caballos, y de ganado, pastaban en las tierras frente a él en el valle, las aldeas se apiñaban en medio de una relativa seguridad, porque no había lobos, ni merodeadores, ni bestias de Koris amenazando la tierra, como sucedía en el exterior. El alcázar se erguía sobre la fértil tierra como un gran abuelo severo sobre una hija mimada, su cabeza ceñida por una corona de paredes dentadas y torres melladas.

Todavía lo amaba. Las lágrimas todavía podían amontonarse en su garganta ante la visión de este lugar que había sido la causa de tanta tristeza. Brevemente pensó en su infancia, en la primavera, en la gorda Mai de melena blanca, la primera Mai, y en sus dos hermanos corriendo junto a él durante uno de aquellos días en que había tal calidez en el aire que ni siquiera ellos eran capaces de odiarse mutuamente. Cuando los huertos habían florecido y todo el valle parecía cubierto con nubes de árboles, blancas y rosas.

Ante él estaba ahora la luz agonizante de un sol de invierno, el clamor de los jinetes armados que le rodeaban y el peso de Morgaine en sus brazos. Ella dormía ahora, y sus brazos estaban atontados y su espina dorsal era una columna de fuego. Ella sabía poco de la cabalgada, se encontraba extremadamente débil, aunque la hemorragia había cesado y la herida mostraba signos de empezar a curarse. Él pensó que ella podría haber luchado contra la debilidad, pero ella no sabía que las cosas estaban mal y los hombres de Nhi eran amables con ella. Hacían lo que les era posible por ella, menos tocarla o tocar sus medicinas. Y el miedo que sentían hacia ella parecía haber disminuido bastante.

Ella era muy guapa, de aspecto juvenil, y capaz de parecer inocente cuando cerraba aquellos ojos grises. Incluso con las mujeres de alcurnia los hombres de baja familia hacían chistes obscenos, aunque bien intencionados; con las campesinas incluso los hombres de buena familia eran mucho más directos. No había nada de eso en torno a Morgaine..., quizá porque tenía derecho de señorío, quizá porque era

atendida por un ilin que estaba obligado a defenderla, y en eso, estando él desarmado, no había honor alguno. Pero, lo más seguro, es que fuese porque ella tenía fama de ser una qujal, y los hombres no se toman a la ligera nada que tenga que ver con los qujales.

Sólo en ocasiones Nhi Paren preguntaba cómo se encontraba ella, y algunos otros también preguntaban lo mismo, y se preguntaban cómo era que dormía de aquella manera.

Y en uno de ellos, Nhi Ryn, hijo de Nhi Paren, había un aspecto de reverencia sumisa. Él era muy joven. Su cabeza estaba llena de poetas y leyendas, y tenía una habilidad tocando el arpa que era superior incluso a la de la mayoría de los hombres educados de buena familia. Aquello que residía en sus ojos fue puro pasmo en principio, y más tarde adoración, lo que representaba un mal presagio para el bienestar de su alma. Nhi Paren observó cómo se desarrollaba y ordenó al joven que retrocediese a la retaguardia, de una manera brusca, situándole mucho más atrás en la fila.

La Puerta Roja se abrió para admitirlos. Y roja era, haciendo ondear desafiante las banderas de los Nhis con su escritura negra. No había otro sonido que el chasquido de las banderas ondeando al viento, y el golpear de las pezuñas de los caballos sobre el empedrado mientras entraban en el patio. Un sirviente se acercó corriendo e hizo una reverencia frente a Paren. Las órdenes y la información pasaron de un lado a otro.

Vanye se quedó sentado sobre la silla de montar, esperando con paciencia que se tomase alguna decisión, y por fin el joven Ryn y otro hombre vinieron para ayudarlo a bajarla de la silla. Él había esperado un arresto, violencia, algo. Sólo hubo una conversación tranquila como si hubiesen sido viajeros corrientes. Había sido decidido alojar a Morgaine en la soleada torre oeste, y allí la condujeron los tres hombres y los guardias que los acompañaban. En aquel lugar la dejaron en manos de las asustadas sirvientas, quienes, claramente, no estaban contentas de prestar aquel servicio.

—Dejadme quedarme con ella —rogó Vanye—. Ellas no saben cómo atenderla de la manera correcta... Por lo menos, dejadle sus propias medicinas.

—Las medicinas las dejaremos —dijo Paren—, pero, respecto a ti, tenemos otras órdenes.

Y le llevaron, escaleras abajo, al salón inferior, a un salón que era su casa. Porque allá, a la izquierda, estaba el cuarto de Erij, y allí las escaleras que conducían al cuarto de la torre de en medio que había sido el suyo. Pero, en vez de a ése, le condujeron al que había pertenecido a Kandrys. El cerrojo de la puerta se resistió con la obstinación de una roca que no hubiese sido movida en largo tiempo.

Vanye miró fijamente a Paren, lleno de una protesta asustada. Era una locura esta prisión que habían planeado para él. Paren parecía estar sumamente incómodo, como si no le gustasen sus órdenes en absoluto, pero le ordenó que entrase. El moho, la

roña y la vejez salían hacia ellos. Estaba frío, y el polvo cubría el suelo. Porque el polvo se movía constantemente a través de Ra-Morij, a través de las ventanas con barrotes y a través de las grietas y de las rendijas.

Un sirviente trajo una vela de junco y sebo, otro trajo madera, otro trajo un cubo de carbones para encender el fuego. Él examinó el cuarto bajo la tenue luz, encontrándolo tal y como lo recordaba. Nada debía haber sido tocado desde la mañana de la muerte de Kandrys. Él notaba la mano de su padre chocante en esta muestra de ternura morbosa.

Había ropas en el respaldo de la silla, las botas llenas de barro que habían sido depositadas junto a la chimenea para ser limpiadas. Las huellas sobre las sábanas polvorientas de donde Kandrys se había tumbado por última vez.

Maldijo y se rebeló contra aquello. Pero manos firmes le sujetaron y afuera había hombres armados. No había manera de resistir esta locura.

Los hombres trajeron agua para lavarse, y un plato de comida y vino. Todas estas cosas las colocaron en la mesa larga junto a la puerta. Había una brazada adicional de leña, y ésta la colocaron junto a la chimenea, que ahora ardía produciendo una sensación de comodidad.

—¿Quién ordenó esto —preguntó finalmente Vanye—, erij?

—Sí —dijo Paren. Y su tono indicaba claramente que no aprobaba el asunto. Había una pizca de pena en su mirada, por más que un forajido no se mereciese ninguna—. No debemos dejarte tu armadura, ni tampoco ninguna otra arma.

Así era claramente cómo se iban a desarrollar las cosas, Vanye aflojó los cordones y se quitó la loriga de cuero, la cota de malla y la túnica que llevaba debajo, entregándoselos a los guardias, como antes había entregado su yelmo. Y soportó en silencio mientras le registraban en busca de armas ocultas. Además de sus pantalones de cuero y de sus botas, sólo tenía puesta una fina camisa. Y eso no era bastante protección contra el frío que aún se agarraba a esta habitación. Cuando le dejaron solo se alegró de arrodillarse frente a la chimenea y calentarse. Y, eventualmente, encontró apetito para tomar el vino y la comida que le habían ofrecido. Y para lavarse calentando el agua en la tetera que había junto a la chimenea.

Por fin, el cansancio que sentía se sobrepuso a sus escrúpulos. Pensó que probablemente era lo planeado que pasase la noche sintiéndose culpable y triste, agazapado junto a la chimenea, antes que dormir sobre la cama siniestra.

Pero era lo bastante Nhi para empeñarse en llevar la contraria, y decidirse a no ser presa del fantasma que revoloteaba por esta habitación furioso contra su asesino. Apartó las mantas y se acomodó, quitándose sólo las botas, aunque era la costumbre de los hombres que dormían en la casa hacerlo desnudos. Pero no confiaba en la hospitalidad de Morija hasta ese punto. Hacía mucho tiempo que no se quitaba la malla ni siquiera de noche, eso solamente era suficiente para hacerle sentirse cómodo.

Se durmió en cuanto hubo calentado la fría ropa de la cama con su cuerpo, tan pronto como la tensión hubo desaparecido de sus músculos. Y si tuvo sueños, no los recordó.

CAPÍTULO VII

SE escuchó un restregar de pies contra el suelo. Algo revoloteó sobre él. Vanye, en medio de un pánico súbito, se dio la vuelta sobre la espalda, alzó los brazos arrojando las mantas, intentando levantarse.

Entonces un hombre, ataviado de negro y plata, retrocedió ante él y Vanye se detuvo, con un pie desnudo sobre el suelo. El fuego casi se había apagado. La luz del día se derramaba descolorida a través de la estrecha grieta que era la ventana, acompañada de una corriente de aire frío.

Era Erij, mayor, con las facciones endurecidas y el pelo negro recogido en una trenza distinta, la adecuada para el señor de una casa. Los ojos eran los mismos, insolentes y burlones.

Vanye se puso en pie, notando inmediatamente que estaban solos en el cuarto y que la puerta estaba cerrada. Tenía que haber hombres afuera. Él no se hacía ilusiones respecto a su seguridad. Adoptó un aspecto valiente ante Erij y le ignoró por el momento, dedicándose a la tarea necesaria de ponerse las botas. Entonces se dirigió a los restos del vino de la noche anterior y tomó un sorbo de aquella porquería, volviéndose a la chimenea para hacerlo, porque el frío le calaba enseguida hasta los huesos. Erij le permitió hacer todo esto sin molestarle.

Y entonces, mientras estaba arrodillado para encender el fuego, escuchó los pasos de Erij detrás de él. Y notó los dedos delicados de Erij recogiendo su pelo, que le colgaba suelto sobre los hombros. Era lo bastante largo para recogerlo con una mano, aunque no lo bastante para volver a formar la trenza que señalaba a un guerrero. Erij tiró de él con delicadeza, como un hombre podría hacer con un niño.

A la fuerza levantó la cabeza. No intentó volverse, sino que se preparó para el cruel tirón que estaba seguro que llegaría. No llegó.

—Hubiera pensado —dijo Erij— que los honores que te fueron conferidos a tu marcha te habrían disuadido de volver.

Erij soltó su pelo. Vanye aprovechó la oportunidad para darse la vuelta y levantarse. Erij era más alto que él. No pudo evitar levantar la vista hacia su hermano mayor, cercanos como estaban. Su espalda daba a la chimenea. El calor era incómodo. Erij no retrocedió para permitirle apartarse de él.

Entonces vio que Erij no tenía mano derecha. El miembro que mantenía dentro de la pechera de su túnica era un muñón. Lo miró fijamente, horrorizado. Y Erij lo levantó para que lo viese mejor.

—Obra tuya —dijo Erij—, como tantas otras cosas.

No le ofreció sus condolencias por aquello. No podía decir que las sintiese, ni ninguna otra cosa, sino un sobresalto. Erij había sido el vanidoso, el hábil. Sus manos ágiles con la espada, con el arpa, con el arco.

El dolor que el fuego producía en sus piernas era intenso. Empujó a Erij para librarse. La copa de vino se vertió y rodando en el suelo produjo un rastro de gotas rojas sobre el polvo sediento.

—Llegas en una compañía extraña —dijo Erij—. ¿Es ella de verdad?

—Sí —respondió Vanye.

Erij pensó sobre esto. Era un Myya, fríamente práctico. Los Myya dudaban mucho y creían poco. No eran especialmente religiosos. Era discutible qué lado de él vencería: el Nhi, temeroso de Dios, o el cínico Myya.

—He examinado las cosas que ella llevaba —dijo— y parecen confirmar eso. Pero ella sangra como cualquier mortal.

—Hay enemigos sobre su pista y la mía —explicó Vanye roncamente— que no serán ningún regalo para Morija. Déjanos que nos pongamos en camino tan pronto como ella sea capaz de cabalgar y no representaremos ningún problema, ni tampoco ellos. Hjemur estará demasiado ocupado con nosotros dos para molestar a Morija. Si intentas retenerla aquí, las cosas podrían salir de otra manera.

—¿Y si ella muere aquí?

Miró fijamente a Erij, evaluándole. Y empezó a pensar en los dos años y en lo que habían traído. El adolescente había muerto y el hombre mataría, a sangre fría. Erij había sido una criatura de enojos, de vanidades y, a veces, de amabilidades; diferente de Kandrys. Ahora el rostro de Erij parecía el de un hombre que nunca sonreía. Una nueva cicatriz estropeaba una mejilla, habían aparecido líneas en torno a los ojos.

—Déjala marchar —dijo Vanye—, la querrán a ella y todo lo que alguna vez le perteneció. No puedes hacer tratos con Hjemur. No es posible negociar con ellos en absoluto, y lo sabes.

—¿Y adonde se dirige ella?

—Cuanto menos tenga Morija que ver con ella, mejor. Tiene con ellos un pleito de sangre. Y representa más peligro para ellos que para ti, te estoy diciendo la verdad.

Erij pensó sobre esto un momento, recostado sobre la chimenea. Y sacó de nuevo de la túnica su miembro mutilado. Sus ojos oscuros descansaron sobre Vanye, duros y calculadores.

—Lo último que oí sobre ti fue de Myya Gervaise. El asesinato y latrocinio de caballos en Erd.

—Me costó prácticamente dos años atravesar la región de tus primos Myya —reconoció Vanye—, viví de ellos. Tomé ese caballo a cambio del mío.

Los labios de Erij se curvaron en una sonrisa torva ante su insolencia.

—Supongo que eso fue antes de que entrases a servir.

—Sí, antes de eso.

—¿Y cómo fue que entrase a ese servicio?

Vanye se encogió de hombros. Hacía frío. Volvió al fuego, cruzándose de brazos

para calentarse.

—Descuido —dijo él—. Me refugié donde no debía. Demasiado concentrado en la mujer como para recordar que tenía derechos de señorío. Fue una reclamación de servicio justa.

—¿Te acuestas con ella?

Miró a su hermano estupefacto.

—¿Lim con liyo? ¿Y otros como ella? No lo hago, no lo he hecho.

—Ella es hermosa. También es qujal. No me gusta tenerla bajo mi techo. No reclama un derecho de bienvenida aquí. No creo que lo obtuviese.

—Ella no lo desea —dijo él—. Tan sólo que nos permitas ponernos en camino.

—¿Cuáles son los términos de tu servicio para ella? ¿Qué quiere de ti?

—No creo estar en libertad para divulgarlos. Pero no tienen nada que ver con Morija. Sólo vinimos en esta dirección cuando fuimos perseguidos por Hjemur.

—¿Y si es puesta en libertad, adonde se dirigirá ella?

—Fuera de tus tierras, de la manera más rápida. —Miró a Erij a la cara, dejando de lado toda arrogancia. Erij tenía derecho a vengarse, lo estaba ejercitando en la hospitalidad que les ofrecía—. Te lo juro, Erij. Y no tengo nada en contra de esta bienvenida tuya. Si nos dejas marchar, haré todo lo posible para que no represente ningún problema para esta tierra... por mi vida, Erij.

—¿Qué pides de mí? ¿Qué ayuda?

—Sólo que nos devuelvas el equipo que nos quitaste. Danos provisiones, si puedes. Andamos escasos de todo. Y partiremos tan pronto como ella pueda.

Erij miró a la hoguera de soslayo. Sus ojos volvieron a fijarse en él.

—Hay un precio por esa caridad.

—¿Qué precio?

—Tú —y cuando Vanye sólo se le quedó mirando, con la mente en blanco y sin apenas comprender—: La dejaré en libertad —dijo Erij—. Hoy, con provisiones, con todo vuestro equipo. Y podrá dirigirse donde quiera. Pero a ti no te dejaré en libertad. Ese es el precio de mi hospitalidad.

Negóciarnos un refugio, le había ordenado ella antes de hundirse en el delirio, por cualquier medio que puedas. Él sabía que abandonarlo a él la deshonoraba. Pero también conocía la compulsión que ella sentía. Ella vivía para esto y para nada más, con el rostro orientado hacia Hjemur. Entregaría con gusto la vida de él si eso la llevaba a salvo a la frontera de Hjemur. Ella misma lo había dicho con esas mismas palabras.

—Cuando haya cumplido mi servicio para con ella —ofreció él, probando con él—, volveré a Morija.

—No —respondió Erij.

—Entonces —dijo él—, por un trato como éste merezco ser bien pagado. Júrame

que ella se marchará de aquí con todo lo que es nuestro: caballo, equipo y provisiones para llegar a cualquiera de nuestras fronteras. Y déjala partir libremente desde esta misma puerta..., sin trucos.

—¿Y por tu parte? —dijo Erij—, si os concedo esto, ¿no me maldeciréis ni tú ni ella?

—No —admitió Vanye. Erij mencionó un juramento, y Vanye lo pronunció. Era uno que hasta un medio Myya respetaría.

Y Erij se marchó. A Vanye le venció después el frío. Y se arrodilló junto a la chimenea, alimentando la leña lentamente hasta que el fuego ardió de nuevo con intensidad. El cuarto estaba tranquilo. Miró la estancia más allá de las sombras y sólo vio las posesiones de Kandrys. Nunca había concedido mucho crédito a la creencia de que los muertos desgraciados revoloteaban en torno a los vivos. Aunque él servía a alguien que debería haber muerto hace un siglo. Pero en el cuarto quedaba una gelidez. Una incomodidad de residencia que podría ser culpa o miedo. O algún poder del alma de Kandrys que permanecía aquí.

Al rato se escuchó un ruido procedente del patio. Se acercó a la ventana y miró afuera. Vio al negro y a Siptah ensillados, con hombres alrededor.

Y, ayudada por dos hombres, Morgaine fue conducida abajo y colocada sobre su caballo. Ella apenas tenía fuerzas para mantenerse sobre la silla. Y agarró las riendas con un gesto torpe que indicaba que casi las había dejado caer.

La cólera se revolvió en su interior ante el hecho de que la hiciesen partir en ese estado. Erij pretendía que ella muriese.

Sacó el hombro a través de la estrecha apertura, y gritó: «¡Liyo!», gritó él. Su voz sonó más allá del viento hiriente. Pero ella levantó los ojos, examinando con la vista los altos muros.

—¡Liyo!

Ella levantó la mano. Le veía. Se dio la vuelta, y la postura de su cuerpo indicaba enojo; la de las personas a su alrededor, vergüenza. Se dieron la vuelta. Todos ellos, salvo los que tenían que sujetar a los caballos.

Entonces se asustó por ella, porque se alzase en armas y fuese asesinada, no sabiendo cuál era la situación.

—El resultado de un trato —le gritó a ella—. ¡Estás libre a causa de su juramento, pero no confíes en él, Liyo!

Pareció que ella lo había comprendido. Hizo girar la cabeza de Siptah, espoleándolo. Dirigiéndolo hacia la puerta a un paso tal que él temió que se caería al dar la vuelta. El negro que había pertenecido a Liell la seguía, dirigido por sus riendas atadas a la silla de Siptah. Había un paquete sobre la silla del negro: su propio equipo.

Y otro también la siguió, antes de que la puerta pudiese cerrarse.

Ryn el cantante, con el arpa a la espalda, espoleó su pony detrás de ella. Las

lágrimas vinieron a los ojos de Vanye, aunque él no supo porqué. Razonó más tarde que era cólera al ver tomar a otro inocente, como él mismo había sido tomado, para conducirlo a la ruina.

Se hundió de nuevo junto a la chimenea, colocó la cabeza entre las piernas e intentó no pensar en lo que le esperaba...

—Padre murió —dijo Erij— hace seis meses. Él estiró las piernas frente al fuego en sus propias habitaciones, limpias y con alfombras, que habían pertenecido a su padre, y miró hacia abajo, donde Vanye estaba sentado con las piernas cruzadas, sobre las piedras del hogar. Huésped involuntario de la velada. El aire apestaba a vino. Erij movió la copa, luego la jarra situada a su izquierda sobre la mesa. Con un gesto, le ofreció más a Vanye. Él lo rehusó.

—Y tú le mataste —añadió Erij, como si hubiesen estado hablando de algún pariente lejano—. En el sentido de que tú mataste a Kandrys. Padre adquirió una fijación morbosa sobre Kandrys. Mantuvo el cuarto como lo ves. Todo lo mismo. La silla en el establo... igual. Soltó a su caballo. Buen animal, asilvestrado ahora. O quizá se lo han llevado los lobos, ¿quién sabe? Pero padre hizo un gran túmulo en los bosques del oeste, y allí enterró a Kandrys. Madre no era capaz de razonar con él. Se puso enferma, lo que con los cambios de estado de ánimo de él..., ella se mató cayéndose por las escaleras. O él la empujó. Tenía reacciones extremas cuando sufría uno de sus enojos. Después de que ella murió, él cogió la costumbre de quedarse sentado a la intemperie durante muchas horas, al borde del túmulo. Madre también fue enterrada allí. Y esa fue la manera en que murió. Llovía. Salimos cabalgando para hacerle volver a la fuerza. Y se puso enfermo y murió.

Vanye no le miraba, tan sólo escuchaba, encontrando la voz de su hermano desagradablemente parecida a la de Leth Kasedre. Los modales estaban allí, la crueldad, ocasional e indiferente. Había sido lo bastante temible cuando eran niños, ahora que el hombre que gobernaba Nhi se dedicaba a estos mismos juegos de crueldad indiferente tenía un tufo todavía más malsano.

Erij le empujó con el pie.

—Él nunca te perdonó, lo sabes.

—No esperaba que lo hiciese —dijo Vanye sin darse la vuelta.

—Tampoco me perdonó a mí —aclaró Erij después de un momento— por ser, de entre sus dos hijos legítimos, el que sobrevivió. Ni por ser menos que perfecto después. Padre amaba la perfección... en sus mujeres, en sus caballos... en sus hijos. Primero, tú le decepcionaste. Y me dejaste marcado. Odiaba la idea de dejar Nhi a un inválido.

Vanye no pudo soportarlo más. Se volvió sobre las rodillas e hizo la reverencia que nunca le había hecho a su hermano, aquella que indicaba el respeto debido al

cabeza de familia, con la frente tocando el suelo de piedra. Entonces se levantó. Le miró, haciendo una súplica desesperada.

—Déjame salir de aquí, hermano. Tengo un deber que cumplir para con ella. No estaba bien, y tengo un juramento que debo cumplir. Si sobrevivo, volveré y entonces ajustaremos cuentas.

Erij sólo le miró. Él pensó que quizá esto era lo que él buscaba después de todo, que él perdiese su orgullo. Erij sonrió amablemente.

—Vete a tu cuarto —le ordenó.

Vanye blasfemó, furioso y triste. Se levantó e hizo lo que le había sido ordenado. Volver a la miseria del cuarto de Kandrys, volver a los fantasmas, al polvo y a la suciedad. Obligado a dormir en la cama de Kandrys, a vestir las ropas de Kandrys y a pasear en solitario por el cuarto.

Llovió aquella noche. El agua salpicaba a través de la grieta en las contraventanas, podridas y sin pintar. Y los truenos resonaban de una manera alarmante, como siempre sucedía en las laderas de la montaña. Parpadeó ante los relámpagos y miró la silueta de las colinas, recortándose contra las nubes. Preguntándose cómo le iba a Morgaine, si vivía o había sucumbido a su herida, y si ella había conseguido encontrar un refugio. Al cabo de un rato, la lluvia se convirtió en aguanieve y el trueno continuó retumbando.

Por la mañana, una pequeña capa de nieve lo cubría todo y las antiguas piedras de Ra-Morij estaban limpias. Pero el movimiento de un lado a otro enseguida comenzó en el patio, y pisoteó el suelo hasta el marrón. La nieve nunca permanecía un largo tiempo en Morija, excepto en el Alis Kaje, o en la cumbre de Proeth.

Haría, pensó, las cosas mucho más fáciles para quienquiera que tuviese que seguir un rastro. Y esa idea le puso doblemente nervioso.

Durante todo aquel día, como el anterior, nadie vino ni siquiera para llevarle comida. Y al caer la tarde, llegó el emplazamiento, que él había estado esperando, ya que debía, nuevamente, sentarse a la mesa de Erij. Él en un extremo, Erij en el otro.

Esta noche había un largo arco Chya sobre la mesa, entre los platos y el vino.

—¿Se supone que debo preguntar qué es lo que significa esto? —dijo Vanye por fin.

—Los Chya intentaron atravesar nuestras fronteras esta noche. Tu predicción era correcta. Morgaine tiene a gente rara siguiéndola.

—Estoy seguro —dijo Vanye— de que ella no los llamó.

—Matamos a cinco de ellos —declaró Erij, satisfecho consigo mismo.

—Conocí a un hombre en Rah-Leth —añadió Vanye, apretando los labios mientras se servía más vino— en cuya imagen has llegado a convertirte, hijo legítimo, heredero de Rijan. Que mantenía sus cuartos como tú los mantienes, y a sus invitados como tú los mantienes, y su honor como tú lo mantienes.

A Erij pareció hacerle gracia esto. Pero la apariencia era superficial.

—Hermano bastardo, tu sentido del humor es afilado esta noche. Te estás confiando en exceso en mi hospitalidad.

—El fratricidio no será mejor para ti que para mí —dijo Vanye, manteniendo su voz tranquila y calmada, mucho más de lo que él se sentía por dentro—. Aunque consigas mantener tu casa bien llena de Myyas, como esos sirvientes tuyos al otro lado de la puerta. Es a los Nhi a quienes gobiernas. Deberías recordar eso. Córtame el cuello y habrá Nhis que no se olviden.

—¿Eso crees? —Erij se volvió, inclinándose—. No tienes familia directa en Nhi, hermano bastardo. Sólo a mí. Y no creo que los Chya fuesen capaces de hacer algo, suponiendo que les importase, lo que dudo mucho. Y ella se dio bastante prisa en abandonarte. Me gustaría saber qué hay en la bruja que convierte a los de tu clase en sirvientes fieles. Vanye el interesado, Vanye el cobarde. Y sin compartir la cama, además. Esto es cosa de gran magia, que tú prestes un servicio tan leal a nadie. A ti siempre te fueron mejor las emboscadas.

Algo de lo que Erij decía, él lo admitía como cierto. El joven contra el mayor, bastardo contra heredero, no siempre había permanecido dentro de los límites del honor. Y ellos le habían puesto sus propias emboscadas, aumentando después de que muriese su nodriza y él se fue a vivir a Ra-Morij.

Hubo un momento, recordó, en que dejaron de ser hermanos. Cuando él vino a vivir a la fortaleza y dejaron de verle como un pariente pobre para convertirse en un rival. Él no había entendido claramente lo que sucedía, había tenido nueve años.

Erij tenía doce; Kandrys, trece. Es a esa edad cuando los niños pueden resultar más cuidadosamente crueles, siendo a un tiempo descuidados.

—Eramos niños —dijo Vanye—. Las cosas eran distintas.

—Cuando mataste a Kandrys —respondió Erij— te expresaste con bastante claridad.

—Yo no quería matarle —protestó Vanye—. Padre dijo que él no atacaba para matar, pero yo nunca fui consciente de eso, Erij. Tú lo viste, viste cómo se lanzó por mí. Yo nunca te habría atacado a ti.

Erij le miró fijamente, frío y sin expresión.

—Excepto que dio la casualidad de que mi mano le escudaba después de haber recibido su herida de muerte. Hermano bastardo, él había caído.

—Estaba demasiado presionado para pensar. Estaba equivocado. Soy culpable y cumplo mi castigo por ello.

—La realidad es —dijo Erij— que Kandrys tenía intención de mutilarte un poco. Nunca le gustaste, en absoluto. No le gustó que te diesen un lugar entre los guerreros. Él dijo que haría que reconocieses que no tenías derecho a un lugar allí. Lo que es a mí, no me importaba ni en un sentido ni en otro. Pero así eran las cosas, Kandrys era

mi hermano. Si hubiese decidido cortarte el cuello, él era el heredero de Nhi y yo habría tenido eso en cuenta. La pena es que planeásemos hacer tan poco. Eras mejor con esa hoja de lo que pensamos que serías; de no ser así, Kandrys no te habría provocado de la manera casual en que lo hizo. Tengo que reconocerte tus méritos, hermano bastardo. Fuiste bueno.

Vanye alcanzó la copa. La vació, el vino amargo en su boca.

—Padre tuvo una buena alternativa para heredero, ¿no? Tres aspirantes a asesinos.

—Él fue el mejor de todos —dijo Erij—. Él mató a nuestra madre, estoy seguro de ello. Empujó a Kandrys a su muerte, al favorecerte como en un tiempo te favoreció. No me extraña que viese fantasmas.

—Entonces purifica esta casa de ellos. Déjame salir de aquí.

—Nuestro padre no se portó mejor contigo de lo que se portó conmigo.

—Déjame marcharme de aquí.

—No dejas de pedirlo, me niego. ¿Por qué no intentas escapar?

—Creía que esperabas que cumpliese mi palabra —dijo—. Además, nunca conseguiría alcanzar el piso principal de Ra-Morij.

—Puedes lamentar, más tarde, el haber pasado por alto la oportunidad.

—Tú quieres que me asuste. Conozco el juego, Erij. Siempre fuiste un experto en eso. Siempre me creía lo que me contabas, siempre confié en ti más de lo que lo hice en Kandrys. Siempre quise creer que había un sentido del honor dentro de ti. Fuese lo que fuese lo que a él le faltaba.

—Nos odiabas a los dos.

—Sentí lo tuyo, nunca sentí lo de Kandrys.

Erij sonrió y se levantó de la mesa, se acercó al fuego donde hacía calor. Vanye se reunió allí con él. Erij todavía tenía la copa en la mano, se sentó en su butaca habitual mientras que Vanye se acomodaba sobre las piedras calientes. El silencio reinó durante un largo rato entre ellos, casi la paz. Dos copas más de vino pasaron por la mano de Erij, y su cara morena se volvió sonrojada y su respiración pesada.

—Bebes demasiado —dijo Vanye al cabo—. Por lo menos esta noche, bebes demasiado.

Erij levantó su brazo acabado en un muñón.

—Esto... me duele durante las noches que hace frío. Durante mucho tiempo bebí para facilitarme el sueño. Probablemente tendré que controlarlo o acabaré donde acabó padre. Fue el vino lo que ayudó a destruirle, eso lo sé bien. Cuando bebía, que era constantemente después de la muerte de Kandrys, se volvía testarudo. Cuando se emborrachaba, salía e iba a sentarse sobre su tumba, y veía fantasmas. Odiaría morir así.

Era la racionalidad en Erij lo que más le hacía parecer un loco. A veces, Vanye

creía que él estaría abierto a la razón, al perdón. Un hombre no podía hablar así con un enemigo. En momentos como ése eran más hermanos de lo que nunca lo habían sido. En momentos como ése, él casi comprendía a Erij. A través de los enojos, de los odios, de las líneas que habían empezado a marcarse en su cara, haciéndole aparentar ser varios años mayor de lo que en verdad era.

—Tu señora —dijo Erij entonces— no ha abandonado Morija como tú dijiste que haría.

Vanye levantó la cabeza bruscamente.

—¿Dónde está ella?

—Podría ser que tú lo supieses —contestó Erij—, ya que creo que sabes exactamente cuáles son sus planes.

—Eso es asunto de ella.

—¿Debo llamarla y preguntárselo o preguntártelo a ti de nuevo?

Vanye se le quedó mirando, comprendiendo repentinamente cuál era el propósito de esta locura, de los cambios de estado de ánimo, frágiles y patológicos. No por eso le gustó más.

—Sus asuntos son con Hjemur. Ella no es ninguna amiga de Thiye. Que esto sea suficiente.

—¿De verdad?

—Es la verdad, Erij.

—De todos modos —dijo Erij—, ella no ha abandonado Morija. Y todas mis promesas estaban condicionadas a eso.

—Igual que las mías —dijo Vanye—, condicionadas.

Erij bajó la vista hacia él. No existía allí júbilo alguno. De repente, Nhi Rijan estaba presente en aquella mirada joven, duro y lleno de malicia.

—Puedes marcharte.

Vanye se incorporó y se preparó para marchar, con una leve reverencia, manteniendo un débil lazo de cortesía entre ambos. Los guardias estaban afuera para someterle. Siempre eran Myyas porque Erij no confiaba en ningún Nhi para cumplir esta misión, pasearle desde y hasta sus habitaciones.

Pero su número se había doblado desde que él entró en el cuarto. Había dos. Ahora, cuatro esperaban.

De repente, intentó retroceder hasta el cuarto, escuchó el susurro del acero y observó cómo Erij desenvainaba su mandoble de la funda. En ese instante de duda le volvieron a arrastrar afuera e intentaron sujetarle.

Él no tenía nada que perder. Era consciente de ello, y se arrojó contra su hermano, decidido a, como mínimo, fracturarle el cráneo. No habría ningún cachorro Myya para dárselas de señor en Ra-Morij, al menos en esto beneficiaría a los desgraciados Nhi.

Pero le alcanzaron, tropezando los unos con los otros y contra los muebles en su prisa para sujetarle. Y el puño de Erij, reforzado por el pomo de su espada, cayó con fuerza sobre su cabeza, obligándole a caer de rodillas.

Él conocía estas partes inferiores de la fortaleza. Estas que fueron cavadas en el interior de la colina para almacenar suministros, en caso de que la fortaleza fuese asediada. Un auténtico laberinto de túneles y cuartos, con techos que goteaban, congelados durante el invierno. Esta era la razón de que toda el ala oeste fuese tan insegura que nadie viviese allí. El desplome había sido considerado inminente desde hacía tanto tiempo como alcanzaba la memoria, aunque los túneles estaban apuntalados y los almacenes estaban reforzados con columnas, y algunos llenos de tierra. Cuando eran niños, se les había prohibido el acceso a aquellos lugares. Entonces habían empleado los almacenes del piso superior de la más segura ala oeste para divertirse durante los amargos días del invierno y durante el calor del verano.

Una vez, después de que él llegase a vivir en Ra-Morij, sus hermanos le habían desafiado para que bajase a las más remotas profundidades. Habían llevado consigo una sola lámpara y se habían aventurado a este lugar de humedad, de vigas que se pudrían y de albañilería que se resquebrajaba.

Aquí le habían abandonado, donde sus gritos en ningún caso podrían ser escuchados arriba.

Y era en este lugar donde los Myya le habían encerrado, sin luz ni agua. Con tan sólo su delgada camisa para defenderle del frío entumecedor. Luchó contra ellos, atontado como estaba, atenzado por el miedo de que le atarían como Kandrys lo había hecho. Se escapó de entre sus manos y tenía la intención de enfrentarse a ellos. Le cerraron la puerta, arrojándole a la más completa oscuridad; le llegó el ruido y los ecos que producía el cerrojo al ser echado. Probó sus fuerzas contra ella hasta que se quedó exhausto. Su hombro dolorido y las manos desgarradas. Entonces se apoyó contra la puerta, el único punto seguro en medio de la oscuridad, el único lugar que no era piedra fría y tierra. Contuvo el aliento y durante un rato sólo escuchó el distante goteo del agua.

Entonces las ratas empezaron a revolverse de nuevo. Tímidas al principio, deteniéndose cada vez que él hacía un ruido. Gradualmente, se volvieron más valientes. Escuchó el sonido de sus pequeños pies en las paredes y arriba, en el laberinto de vigas.

Las detestaba desde aquella pesadilla en el sótano de Ra-Morij. Odiaba incluso verlas a la luz, despreciándolas en esa situación. Simplemente verlas traía el recuerdo de lugares oscuros donde prosperaban en gran número. Un reino detrás de las paredes, bajo los cimientos, donde eran el terror de lo pequeño y de lo indefenso.

Ya no se atrevía a quedarse tumbado en ese lugar. Por lo general, huían de un

hombre despierto. Él comprendía esto con la cabeza, a pesar de su miedo. Pero había escuchado demasiadas cosas sobre lo que le podían hacer a un hombre dormido. Dio paseos para mantenerse despierto. Y una vez, cuando se tumbó a descansar, y notó algo ligero correteando sobre su pierna, se incorporó con un grito estremecedor que resonó locamente en la oscuridad y se puso de pie.

El sonido produjo una pausa en todos los corredores..., pero sólo por un instante.

En algún momento, eventualmente, tendría que dormir. Tenía que llegar un tiempo en el que caería exhausto. Sus rodillas ya estaban temblando. Paseó hasta que tuvo que descansar apoyándose contra la pared. Hasta que tuvo largos momentos de inconsciencia. Y despertó de nuevo, en mitad de una caída al suelo, para arrastrarse de nuevo de pie, manchándose las manos de polvo y temblando, manteniéndose sobre sus piernas temblorosas con dificultad.

Entonces, por fin, llegó un ruido procedente de la casa, una luz debajo de la puerta. Y esta se abrió, haciendo resplandecer la luz de las antorchas ante su cara, oscuras figuras de hombres. Se dirigió hacia ellos como si fuesen amigos íntimos, se arrojó en sus brazos como si fuese un lugar de refugio.

Le llevaron de nuevo al piso de arriba, al hermoso cuarto que era la habitación de Erij. Era de noche fuera de la ventana, así que supo que habían transcurrido un día y una noche desde que había dormido. Y ahora, con las rodillas temblando y sus manos apenas capaces de manejar los cubiertos se sentaba de nuevo en su lugar acostumbrado en la mesa de su hermano.

Alcanzó primero el vino, lo que comenzó a quitarle el frío del estómago. Pero no era capaz de comer. Dio unos pocos mordiscos. Consiguió comer algo de pan y algo de queso.

El cuchillo se le cayó de las manos y él había comido lo bastante. Apartó la silla sin permiso de Erij, se retiró a la cálida chimenea y se quedó allí tumbado, mientras que Erij terminaba su cena. Sus sentidos se apagaron conforme el agotamiento le atrapaba. Se despertó a causa de la delicada presión ejercida por la bota de Erij contra sus costillas.

Se puso de pie dispuesto a retrasar su regreso a aquel lugar por medio de la conversación, adaptándose a los cambios de humor de Erij de la manera más fervorosa. Pero los guardias Myya estaban allí. Le sujetaron con las manos para devolverle a aquel lugar de ratas y oscuridad. Y él luchó contra ellos, llorando, arañando para quedar libre. Alcanzó la mesa, cogió un cuchillo y abrió con él el brazo de un hombre antes de que se lo quitaran y le derribasen al suelo en medio de un clamor de platos volcados. Una bota se aplastó contra su cabeza. Cuando se vino abajo, su única idea era que le devolverían inconsciente a aquel lugar y que sería pasto de las ratas. Por esa razón, luchó contra ellos. Y entonces, un segundo golpe, en el estómago, le quitó el aliento y dejó de saber nada.

Todavía seguía tumbado en el suelo. Notó la luz y el calor, la textura de la alfombra en la yema de sus dedos. Entonces notó un borde frío sujetando una de sus muñecas contra el suelo. Y abrió los ojos a Erij, sentado sobre el brazo de una silla, sobre la brillante extensión de un mandoble que descansaba sobre él.

—Tienes más aguante del que solías tener, hermano bastardo —dijo Erij—. Hace algunos años habrías atendido a razones hace un par de días. ¿Es tanto lo que le debes a ella que ni siquiera dirás por qué ha venido?

—Te lo diré —respondió Vanye—, aunque yo mismo no lo comprendo. Ella dice que ha venido para destruir los Fuegos Brujos. Yo no sé el porqué. Quizá se trata de algún asunto relacionado con el honor de ella. Pero éstos no hicieron nunca nada más que daño al Andur-Kursh, así que ella no representa peligro alguno para Morija.

—Y tú no sabes qué beneficio representaría para ella.

—No, ella sólo dice que, de alguna manera, planea matar a Thiye, y que ella no es... —Él movió el brazo, la hoja desgarró su piel y desistió de moverse—. Erij, ella no es un enemigo.

La boca de Erij se contorsionó en una sonrisa amargada.

—Ha habido otros que, no siendo Thiye, han aspirado a tener lo que Thiye tiene. Y ninguno de ellos ha tenido buenas intenciones hacia nosotros.

—No poseer lo que él tiene. Destruirlo.

La hoja se levantó. Vanye se esforzó para ponerse de rodillas, con la cabeza y el estómago doloridos, los lugares en que había sido golpeado. Hizo frente al cinismo de Erij empleando una absoluta buena fe.

—Hermano pequeño —dijo Erij—, me parece que, de hecho, has creído a la bruja. Y que se te ha reblandecido el seso. Si es así, mírame. Te juro, y sabes que cumplo mi palabra, que si abandonas esa alianza, en verdad no me cobraré el precio que me debes.

El mandoble rozó su muñeca. Vanye, horrorizado, la apartó. El acero, en cambio, se había colocado a la altura de sus ojos, reteniéndole hipnotizado como los ojos de una serpiente.

—Hermano bastardo —añadió Erij—, he tardado estos dos años en adquirir alguna habilidad con mi mano izquierda. Y todo por un gesto, inútil y sin sentido. A pesar de los esfuerzos de Romen, perdí los dedos. Se marcharon antes que la mano. ¿Necesito decirte qué es lo que juré que haría si alguna vez te ponías a mi alcance, hermano bastardo? Puede que Kandrys se mereciese lo que recibió de ti, pero yo sólo intentaba servirle de escudo en aquel momento, impedirte que le atacases otra vez, y ni siquiera tenía puesta la armadura. No había ningún honor para ti en lo que hiciste, hermanito. Y yo no te he perdonado.

—Eso es mentira —gritó Vanye—. Tú me habrías matado con las mismas ganas.

Y yo era menos hábil que vosotros dos. Siempre lo fui.

Erij se rio.

—Este es el Vanye que yo conozco. Kandrys me hubiera maldecido a la cara y se hubiera arrojado por mi garganta si yo le hubiese amenazado. Pero sabes que lo haré, y estás asustado. Piensas demasiado, bastardo Chya. Siempre tuviste una imaginación demasiado despierta. Te convirtió en un cobarde porque nunca aprendiste a utilizar tu inteligencia como una ventaja. Pero entonces, tengo que reconocerlo, estabas en inferioridad. Has ganado peso con los años y medio palmo de estatura. No estoy seguro de que me gustase tenerte enfrente ahora, zurdo como estoy.

—Erij —se jugó en una llamada a la razón, poniendo el máximo sentimiento en su tono—. Erij, ¿harás que esta casa tenga una reputación como la de Leth? Déjame marcharme de aquí. Soy un forajido. Y admito que lo merezco. Fue una locura venir aquí a pedirle caridad a padre. Nunca me habría atrevido a venir si hubiese sabido que tendría que solicitar compasión de ti. Ese fue mi error. Pero los Nhi perderán honor por tu causa. Sabes que los Nhi no quieren saber nada de esto. Eres consciente de ello o, si no, no emplearías guardias Myya conmigo.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Que me trates como un Nhi, como a un hermano.

Erij sonrió levemente. Sacó de su cinturón la espada corta, la hoja del honor. Y la arrojó resonando contra las piedras de la chimenea. Entonces, se marchó.

Vanye le miró mientras se marchaba, tembló cuando la puerta se cerró, y el pesado cerrojo fue corrido. El miedo se acomodó en él como un viejo amigo, íntimo y como de la familia. Ni siquiera se atrevió a mirar la espada por un momento. Él no había pedido esto, sino su liberación. Y, sin embargo, esto satisfacía honorablemente, y más que honorablemente, todo lo que le había pedido a Erij.

Por fin, dio la vuelta sobre sus rodillas y buscó la empuñadura de la espada. La recogió y no podía sostenerla cómodamente en su mano. Y mucho menos podía reunir el valor para hacer lo que se le pedía.

Era, quizá, un refugio seguro de Erij. Y ésta era su última muestra de misericordia. Había dolores mucho peores que el honorable producto de esta espada.

Pero requería un acto de voluntad, de valor, al cual Erij le había desafiado consciente, completamente consciente, de que su hermano Chya nunca sería capaz de hacerlo.

Y Vanye sabía perfectamente que Erij, en su lugar, sería capaz. Igual que Kandrys, o que su padre. Había en ellos este temperamento sangriento, lo harían aunque sólo fuese para molestar a su enemigo y privarle de su venganza.

La apoyó contra el suelo, sujetándola con los brazos estirados, cerró los ojos y se quedó parado allí. Todo lo que hacía falta, a partir de este punto, era un impulso hacia adelante. Sus brazos, su cuerpo entero, temblaban a causa de la tensión.

Y al rato dejó de estar asustado porque supo que no iba a hacerlo. Dejó caer la espada y se arrastró hasta la chimenea, donde se quedó tumbado, con cada músculo temblando, su estómago revuelto, sus mandíbulas apretadas para prevenir la vergüenza adicional de una vomitona.

La luz del día le encontró exhausto y sereno dentro de su agotamiento. Aunque no había llegado a dormir, excepto un momento durante la máxima oscuridad de la noche. Oyó pasos acercándose y tuvo un único impulso pasajero de hacer con prisas lo que debía haber hecho con dignidad.

Ni siquiera se le ocurrió intentar matar a Erij con la espada. Por una parte sería útil, ya que moriría al hacerlo de una manera vergonzosa; y, por otra, la acción estaría vacía de cualquier honor o reivindicación para él mismo.

Había otros que entraron con Erij. Él les ordenó que esperasen fuera, atravesó la alfombra y recogió la espada abandonada, la devolvió a su funda en su cinturón.

—No pensé que lo hicieras —dijo él—. Pero no puedes quejarte de que yo te he deshonrado. —Y colocó su única mano sobre el hombre de Vanye y se apoyó en una rodilla. Le sujetó del brazo y tiró de él para levantarlo.

Vanye se echó a llorar; no deseaba hacerlo, pero, como las otras batallas con Erij, ésta era inútil y él se daba cuenta de ello. Y entonces, para añadir a su vergüenza, encontró el brazo de Erij rodeándole, ofreciéndole un refugio. Y pareció algo bueno dejarse caer sobre él y no hacer nada. Los brazos de su hermano le rodeaban, después de tanto tiempo sin ver la familia o el hogar, y los suyos a Erij. Al rato se dio cuenta de que Erij también lloraba. Su hermano le devolvió el autocontrol, y el buen sentido, con un golpe y le mantuvo a la distancia de sus brazos. Se veía la humedad de las lágrimas en el rostro endurecido de Erij.

—Estoy rompiendo mi juramento —dijo—, porque juré que te mataría.

—Ojalá lo hubieses hecho —contestó Vanye—. Y Erij le envolvió de nuevo en su duro abrazo y le trató como el hermano pequeño que siempre se había sentido en presencia de Erij. Le revolvió el pelo, que tenía ahora la longitud del de un niño, y le soltó de nuevo.

—Nunca lo habrías hecho —dijo Erij—, porque amas demasiado a la vida. Eso es un don, hermano. Te convierte en un mal enemigo.

Como Morgaine, pensó él. ¿Había salido esto de ella? Pero él había tenido, al principio de su vagabundear, las mitades todas de su propia hoja del honor que su padre había partido. Su debilidad no había sido obra de Morgaine, sino que, en verdad, él no se merecía los honores de un uyo de los Nhi. Había un precio para cosas semejantes, un precio que, a veces, había que pagar al dejar de poseerlas. Y él nunca estaría dispuesto a pagar un precio semejante.

Y lloró de nuevo, consciente de esto. Erij le golpeó en la oreja, delicadamente, obligándole a mirarle.

—Me has robado —dijo Erij roncamente— a mi hermano, a mi madre, a mi padre y a una parte de mí mismo. ¿No me debes alguna recompensa? ¿No me debes algo a cambio?

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Te convertimos en un enemigo. Kandrys te odiaba y estaba dispuesto a librarse de ti, y padre siempre te encontró una molestia. Por mi parte, tenía un hermano al que ser leal entonces. Le debía cosas entonces. ¿Qué sientes hacia mí? ¿Odio?

—No.

—¿Vendrás a casa? Tu liyo te ha abandonado por su propia voluntad. Has sido abandonado. Tu servicio ha finalizado. Si te perdono, ya no tienes por qué seguir siendo un ilin y partir para arriesgarte a una nueva reclamación. Puedo hacer eso. Puedo perdonarte. Te necesito, Vanye. Sólo quedo yo de la familia y... tengo problemas hasta cortando la carne en la mesa. Algún día voy a necesitar un hermano con dos buenas manos. Un hermano en quien pueda confiar, Vanye.

Se movía demasiado rápido para él, este temperamento, como de mercurio, de Erij. Se quedó preocupado y vagamente sorprendido. Pero había habido un vacío durante tanto tiempo en el lugar en el que debería haber estado en familia, y la sólida presión de la mano de su hermano sobre su brazo, junto a la oferta de un hogar y de un honor, cuando él no tenía ninguno, borraron sus otros sentimientos por el momento.

Casi.

Él revolvió la cabeza repentinamente.

—Mientras ella viva —dijo él—, e incluso después, tengo un lazo con ella. Es por eso que podía abandonarme. Estoy obligado a matar a Thiye, a destruir los Fuegos Brujos. Esta es la obligación que ella me ha impuesto.

—Te ha impuesto otras cosas además de esa —proclamó su hermano al cabo de un rato, su expresión era de estar muy preocupado—. ¡Que el cielo proteja a un loco! ¿Escuchas tus propias palabras Vanye? ¿Te das cuenta de lo que ella te está pidiendo? Ayer por la noche no podías alzar tu mano contra ti mismo. ¿Y crees que lo que ella te ha pedido es más fácil? Te ha pedido que te suicides, ni más ni menos.

—Fue una reclamación justa —dijo él—, y está dentro de su derecho.

—Ella te abandonó.

—Tú la apartaste de mí. Ella estaba herida, no tenía elección.

Erij agarró su brazo de una manera dolorosa.

—Te daría un lugar junto a mí. En vez de ser un forajido, en vez de ser un muerto en esta tarea imposible que ella te ha impuesto, podrías estar en Ra-Morij, honrado, siendo mi segundo. Mírame. Esta es carne humana. Ella es Fuego Brujo hecho carne. Esa mujer es una compañía fría, peligros para cualquiera nacido de sangre humana. Ha matado diez mil hombres. Todo en nombre de una mentira. Y ahora tú también te

has creído esa mentira. No veré a uno de mi casa conducido a semejante fin. Mírame. Fíjate en mí. ¿Puedes siquiera sentirte cómodo mirándola a ella a los ojos? No sabes lo grande que es el mal que estás ayudando. Miente, Chya Vanye. Ha mentido antes para la ruina de Koris. El juramento del ilin dice que traicionas a tu familia, a tu casa, pero no al liyo. ¿Pero dice que traiciones a tu propia raza? Acompáñame, Chya Vanye.

Las palabras de Liell.

—Vanye —la mano de su hermano se apartó de él—. Vamos. Haré que te preparen tu propio cuarto, el cuarto propio que te corresponde, en la torre. Duerme. Mañana por la noche reconocerás la razón cuando la escuches. Mañana por la noche volveremos a hablar y verás cómo tengo razón.

Durmió. No hubiera pensado que era posible que un hombre perdiese la consciencia y el sentido al mismo tiempo, pero su cuerpo tenía sus propias exigencias que satisfacer y, al rato, sencillamente desconectó sus otros sentidos. Durmió profundamente en la misma cama que había usado desde la niñez. Y se despertó dolorido, y cubierto de moratones a causa del tratamiento que había recibido de los Myya.

Y despertó a la tristeza, más dolorosa, de recordar que no había soñado la noche en el sótano ni en las habitaciones de Erij. Que, en verdad, había hecho las cosas que recordaba, que se había venido abajo y llorado como un niño. Y que la mejor alternativa que le quedaba era asumir una máscara de orgullo e intentar llevarla delante de los demás hombres.

Incluso eso parecía inútil. Él sabía que era una mentira. También lo sabría todo el mundo en Ra-Morij. Especialmente Erij, que era con quien más importaba. Se quedó tumbado en la cama hasta que los sirvientes le trajeron agua para lavarse. Y esta vez acompañada de una navaja para afeitarse. La utilizó agradecido y se quitó la ropa en que había dormido. Se lavó las heridas de menor importancia antes de vestirse de nuevo con la ropa limpia que los sirvientes le habían proporcionado. En un momento de estado morboso de sus ideas, pensó en hacer él mismo lo que Nhi Rijan había hecho, cortando lo que de su pelo había crecido durante sus dos años de exilio. Y repentinamente se lo recogió con la mano y así lo hizo, ante la mirada escandalizada de los sirvientes que no hicieron nada para impedirselo. Esto lo había decidido un guerrero. Y respecto a si le gustaría al señor, era una cuestión que debía decidirse entre guerreros y uyin. En cuatro puñados desiguales cortó los mechones y arrojó la navaja sobre la mesa para que los sirvientes se la llevaran.

Con esa actitud se dirigió a su reunión nocturna con su hermano.

Erij no apreció el humor negro implícito.

—¿Qué tontería es ésta? —le espetó Erij—. Vanye, estás deshonrando esta casa.

—Eso ya lo he hecho —dijo Vanye tranquilamente. Erij se le quedó mirando, disgustado, pero tuvo suficiente sentido común como para dejarle en paz en lo relativo a esta cuestión. Vanye se colocó en la mesa y comió sin levantar la cabeza del plato o pronunciar demasiadas palabras. Y Erij comió también, pero apartó su plato de la cena con la mitad sin comer.

—Hermano —dijo Erij—, estás consiguiendo que me avergüence.

Vanye se levantó de la mesa y se quedó parado junto a la chimenea, el único lugar verdaderamente cálido de todo el cuarto. Al cabo de un rato, Erij le siguió y colocó su mano sobre su hombro, obligándole a mirarle.

—¿Estoy libre para marcharme? —preguntó Vanye, y Erij blasfemó.

—No, no eres libre de marcharte. Eres mi familia y aquí tienes una obligación.

—¿Hacia qué? ¿Hacia ti después de esto? —Vanye le miró y le resultó imposible enfadarse. Había en ese momento auténtica tristeza en el rostro de Erij. Y nunca había conocido un arrepentimiento de su hermano que fuese duradero. No supo cómo juzgarlo. Volvió a la mesa y se dejó caer allí. Erij le siguió y se sentó de nuevo.

—Si te diese armas y un caballo —le preguntó Erij—, ¿qué harías, seguirla?

—Todavía estoy vinculado por un juramento —dijo, y para ver si conseguía sonsacarle, añadió—. ¿Dónde está ella?

—Acampada cerca de Baien-el.

—¿Me darás las armas y el caballo?

—No. No lo haré. Hermano, eres un Nhi. Perdono tus otras faltas. Nada tengo contra ti.

—Te lo agradezco —dijo él—. También yo te perdono las tuyas contra mí.

Erij se mordió el labio. Su antiguo mal genio casi explotó dentro de él, pero lo contuvo.

—Han sido considerables —reconoció él—, y entre ellas la más reciente no ha sido de las más graves. Pero, te lo juro, serás mi hermano. Mi heredero, excepto por mis hijos. Y sería una Morija más grande que la que yo, o padre, habremos gobernado, si recuperas tu buen sentido.

Vanye alcanzó la copa de vino. Había algo en estas palabras que le resultaba inquietante. La volvió a dejar.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Conoces a la bruja. Eres íntimo suyo. Sabes lo que ella busca y apostaría que sabes la manera de conseguirlo. Va implícito en el encargo que ella te dio. Doy por seguro que la has visto utilizar los poderes que tiene en esas armas; habéis atravesado juntos el bosque de Koris, incluso sospecho que tú sabes cómo utilizarlos. Yo no soy un hombre que crea en la magia. Ni tampoco, creo, lo eres tú, a pesar de toda tu herencia Chya. Las cosas suceden por las obras de los hombres, no por medio de deseos de varitas y fabricadas con aire. ¿No es así?

—¿Qué tiene esto que ver contigo y conmigo?

—Muéstrame cómo se hacen estas cosas. Manten tu juramento de matar a Thiye si lo deseas. Pero con mi ayuda. Recuerda que eres de sangre humana, recuerda la lealtad que debes a los de tu propia especie. ¡Escúchame! Desde Irien no ha existido en el Andur-Kursh otro poder que el de Hjemur, y eso fue obra de ella, de sus mentiras y de su liderazgo. El reino de nuestro padre ocupó una vez un lugar destacado dentro de los Reinos Medios. Los viejos emperadores han desaparecido, y también el poder que un día tuvimos gracias a ella. Y está en nuestras manos recuperarlo, en las tuyas y en las mías. ¡Mírame, hermanito! Te lo juro. Te juro que serás segundo sólo después de mí.

—Todavía soy un ilin —protestó él—, y a salvo de todas tus promesas. El poder de Morgaine reside en lo que ella esgrime y, a no ser que seas un mentiroso, todavía lo tiene. No la desafíes, Erij, o será la causa de tu muerte. Ella matará. Y no deseo que eso suceda.

—Escúchame. Sea lo que sea aquello que planea hacer con los Fuegos Brujos, sea lo que sea lo que planea hacer con el poder de Thiye una vez que lo tenga... ella no es amiga nuestra. Cambiamos a un Thiye por otro, con ella teniendo lo que él tuvo, y todavía es más inhumana. Mira lo que Thiye ha hecho con él, siendo en parte humano. Pero ella... el uso de poderes semejantes es como el aire que respira, el elemento en que ella se mueve. Y tiene ambiciones: de venganza, de poder, de otras cosas que nosotros no sabemos. ¿Qué representabas tú frente a la ambición que la impulsa? Piensa sobre eso, hermano.

—Dijiste que estaba acampada cerca de Baien-el —contestó Vanye—. No me parece que eso sería lo que haría si me hubiese abandonado del todo. Me está esperando. Espera que llegue hasta allí si puedo.

Erij soltó una carcajada, y la sonrisa murió lentamente bajo la mirada, fría e infeliz, de Vanye.

—Eres un ingenuo —dijo él entonces—, lo que ella está esperando no es algo tan insignificante para ella como tú.

—¿Qué sería eso entonces?

—¿Me mostrarás la clase de poder que ella emplea? —le pidió Erij—. No te estoy pidiendo que quebrantes tu juramento. Si ella busca la muerte de Thiye y la ruina de Hjemur, no tengo nada que objetar a eso. Pero si ella busca el poder para sí misma, ¿no te ha utilizado entonces de una manera vergonzosa, Vanye? ¿Es ese el juramento que le hiciste de que la ayudarías a ganar poder sobre tu propia gente? Si esto fue así, es un juramento vergonzoso.

—Ella tiene la intención de romper el poder de Thiye —dijo él—, nada se habló de establecer otro poder.

—Anda, vamos —dijo él—. Y habiéndolo derribado... ¿Qué? ¿Vivir en la

pobreza, retirarse al anonimato? ¿O correr el riesgo de quedar atrapado por las riñas sangrientas de tantos enemigos? Si ha tomado el poder, ella lo retendrá. Para ella no eres; le ofrecí que volvieras a cambio de su palabra de dirigirse de nuevo al sur. Pero ella se negó.

Vanye se encogió de hombros, pues sabía que para ella él no tendría ninguna importancia en cuanto dejara de servir a sus propósitos; nunca le había engañado en eso.

—Ella simplemente te apartó —dijo Erij—. ¿Y qué va a hacer quien tiene un corazón como el de ella cuando ha tomado el poder en Hjemur, puesto que ya no necesita nada? Se volverá más fría, más peligrosa. Prefiero tener un enemigo con malos humores y honrados odios. Prefiero tener a un ser humano como enemigo. Thiye está viejo y medio loco; juega con sus bestias y su autoindulgencia, y rara vez se revuelve. Nunca ha hecho la guerra contra nosotros. Ni él ni sus antecesores. ¿Pero puedes imaginarte a Morgaine dejando las cosas como están durante mucho tiempo?

—¿Y qué clase de mundo crearías? —preguntó él con un tono duro—. ¿La clase que he visto en Ra-Morij?

—Mira a Morija a tu alrededor —contestó Erij—. Mira a su gente. No le va demasiado mal. ¿Viste algo que estuviese mal? ¿Algo que estaría mejor cambiado? Tenemos nuestra ley, la bendición de la iglesia, la paz de nuestros campos y nuestros enemigos en Chya nos temen. Esto es obra mía. Y no estoy avergonzado de lo que he hecho aquí.

—Es cierto que a Morija le va bien ahora —dijo Vanye—, pero tú, por ti mismo, no podrías manejar las cosas que ella maneja. Búscala como aliado, si lo deseas. Es lo mejor que puedes hacer por ti y por Morija.

—¿Cómo los diez mil de Irien a quienes ella y sus aliados ayudaron?

—Ella no los mató. Por lo menos eso es mentira.

—Pero ese fue el resultado de su ayuda, de todos modos. Y no dejaría a Morija y a los Nhi abiertos a tales cosas. No confiaría en ella. Pero en esto... en esto... que ella valora tanto, confiaría —nervioso, se levantó de su sitio y extrajo del armario un bulto envuelto en telas. Cuando lo tomó en la mano, la tela cayó en su parte superior; Vanye vio, para su congoja, que se trataba de la empuñadura con forma de dragón de Bebé Robado.

—Esto es lo que la retiene acampada en Baien-el, su deseo de esto. Y apostaría, hermano, que sabes algo de esto.

—Sé que me ordenó que mantuviese las manos apartadas de eso —dijo Vanye—. A lo que más te valdría hacer caso. Ella dice que es peligrosa y que es una espada maldita, y yo la creo.

—Sé que valora esto más que tu vida —dijo Erij—, y más que ninguna otra cosa

que ella poseyese. Esto era evidente —la apartó bruscamente cuando Vanye intentó alcanzarla—. No, hermano. Pero escucharé tu explicación de qué valor tiene para ella. Y, si eres mi hermano, me dirás esto por tu propia voluntad.

—Te diré honradamente que no lo sé —dijo Vanye—, y que, si eres sabio, me dejarás que se la devuelva a ella antes de que produzca algún daño. De todas las cosas que ella posee, a ésta hasta ella misma la teme.

Por segunda vez intentó alcanzarla, temeroso de cuáles fuesen los planes de Erij para con la espada. Porque era un objeto de poder. Lo sabía por la manera en que Morgaine la trataba, no permitiendo nunca que la apartase de su lado. De repente, Erij alzó la voz con un grito. La puerta se abrió de golpe, y los cuatro Myya estuvieron con ellos.

Y Erij sacó la espada de su funda con una sola mano. Y la sujetó desnuda en su mano. La hoja pasó del hielo translúcido a un fuego opalino, y el aire resonaba en sus oídos, y en su punta un temblor del aire que Vanye reconoció de repente.

—¡No! —gritó y se apartó, arrojándose a un lado. El aire entró rugiendo en una oscuridad y un viento les empujaba a todos. Y los cuatro Myya habían desaparecido, absorbidos en un amplio espacio que se había abierto entre ellos y la puerta.

Erij arrojó lejos de sí el acero, lo envió arrastrándose hacia un lado del suelo, desgarrándolo en ruinas a lo largo de su camino. Y súbitamente Vanye sujetó la vaina y se lanzó tras la espada abandonada, la sujetó en la mano mientras otros hombres entraban en el cuarto. La misma oscuridad estrellada les atrapó a ellos y su brazo quedó aturdido.

Conoció entonces la sensación que había impulsado a Erij a arrojar la espada, un desprecio visceral ante semejante poder. Y de repente escuchó la voz de su hermano gritar y notó una mano agarrarse a su brazo como si fuese una garra.

Corrió, más sensato que darse la vuelta y destruir... libre a lo largo de la casa y libre a lo largo de las escaleras, en cuanto los uyin vieron el temblor ultraterreno del acero brujo en su mano.

Conocía su camino. Esta era la puerta exterior. Apartó el cerrojo y corrió hacia el patio de los establos, intimidando con maldiciones febriles al lloroso chico de los establos hasta que ensilló un buen caballo para él. Y mientras tanto, de Ra-Morij llegaba el silencio. Se mantuvo apartado de las troneras, reconociendo en ellas su mayor peligro, y ordenó al chico que se arrastrase en las sombras y abriese la puerta para él.

Entonces saltó sobre el caballo. Sujetando con una mano las riendas y la vaina, y en la otra el acero tembloroso, y cabalgó. Las flechas silbaron a su alrededor. Una se hundió en el pozo de oscuridad en la punta de Bebé Robado y desapareció. Otra rozó al caballo en sus cuartos traseros y con su aguijonazo casi consiguió que el animal tropezase. Pero se había abierto camino. Los guardianes, asustados, levantaron la

barra de la puerta bajo la amenaza de aquella espada, entonces él se vio libre en el exterior. Sus pasos resonaban en la carretera pavimentada y después en la tierra blanda de las cuestas.

No había prisa por seguirle. Imaginaba a Erij haciendo que sus hombres recuperasen el orden con maldiciones, intentando encontrar alguien que se atreviese... Y que el propio Erij le seguiría, eso no lo dudaba. Conocía a su hermano demasiado bien como para pensar que desistiría de algo que había decidido hacer.

Y Erij sabía qué camino tomaría él. Si no hubiese sido criado en Morija, no habría tenido oportunidad alguna de evadirles, de cabalgar por los caminos cortos y rápidos. Pero tenía un conocimiento de la red de caminos sin señalar de la región como el propio Erij.

Era cuestión de alcanzar a Morgaine y Baienel, si era posible, antes que los Myya y sus flechas.

CAPÍTULO VIII

SUS perseguidores estaban de nuevo detrás de él. Cuando volvía la vista, podía ver, contrastados contra un parche de nieve sin derretir iluminado por la luz de las estrellas, nudos oscuros sobre la colina o a lo largo de la carretera. Pero el esforzado bayo mantenía estable la distancia entre ellos.

No se habían entretenido mucho. Las flechas era lo que temía sobre todo. Si le tenían una sola vez dentro del alcance de sus arcos, él no sobreviviría. Y no dudaba de que eran Myya y decididos a matarle. Era la única forma de arrebatarle la cosa que él llevaba con seguridad.

Era detenerse lo que resultaba más peligroso. A veces tenía que pararse para que descansase el caballo, y elegía momentos en los cuales no les veía detrás de él, suponiendo que ellos hacían lo mismo, bien consciente de que en cualquier momento podía cometer un error, o dejar de ponerse a correr a tiempo. Habían recorrido durante un día la llanura de Morija, y los fuegos de señales seguían encendidos. Podía distinguir su brillo sobre la cima de las colinas, advirtiéndolo a todo el país que había un enemigo recorriéndolo, un extraño con malas intenciones hacia Morija. Esta red de señales era la defensa del campo de Morija. Todos los hombres de bien saldrían a patrullar las carreteras para controlar a cualquiera que se acercase a los cruces de camino más importantes. Y él no tenía deseos de matar, o lo que quiera que fuese lo que el acero brujo hacía a los que caían en su poder. Además, algunos de los campesinos, de las familias San y Torin, no eran malos arqueros en absoluto, y temía cualquier encuentro con ellos.

En su primera parada había conseguido enfundar la horrible espada, temiendo dejar su propia carne expuesta a los peligros de aquel fuego, que era el de las propias Puertas. Depositó la funda en el suelo y metió la punta dentro, temeroso de que ni siquiera esto pudiese contenerla. Pero la luz dejó de brillar a partir del momento que introdujo la punta de la espada dentro de la vaina. Y entonces fue posible levantarla y llevarla como si fuese una espada normal.

Era la imagen de los cuatro hombres de Myya lo que no conseguía apartar de su mente, su terrible perdición mientras giraban adentrándose en aquella oscuridad, grande y pequeña. Hombres que no conseguían comprender por qué estaban agonizando.

Si fuese posible, habría arrojado Bebé Robado lejos de él, se habría librado de aquel terrible peso con ganas y lo habría abandonado para algún otro desgraciado amo. Pero estaba bajo su responsabilidad, y era para Morgaine, quien tenía suficiente sentido común como para conservarla enfundada. Él mismo temía la idea de desenfundarla de nuevo, incluso más de lo que temía las flechas detrás de él. Había un poder siniestro más permanente que la fealdad de las armas más antiguas, y menos

importantes, de Morgaine. Su brazo todavía le dolía por haberla utilizado.

Con el paso de las horas, intentó por fin, aunque sólo fuese para impedir que el bayo cayese muerto, moverse únicamente cuando le fuese imprescindible. Sabía que el animal quedaría inútil antes de alcanzar el campamento de Morgaine en Baienel. Había aldeas, los Myya encontrarían monturas de refresco, le obligarían a seguir corriendo hasta la muerte del bayo. Le dolían las entrañas a causa de las continuas sacudidas, ya estaba lleno de moratones a causa de la paliza que había recibido de ellos. Empezó a notar el sabor de la sangre en su boca, y no sabía si esto era debido a su mandíbula amoratada o a alguna hemorragia interior.

Y, de repente, cuando volvió la vista atrás, los Myya ya no estaban cerca de él.

No le quedaba otra esperanza que apartarse del camino principal para intentar confundir a sus perseguidores y esperar que sería capaz de abrirse camino luchando a través de una emboscada al final del mismo, en Baienei. A la siguiente ocasión que vio la oportunidad de seguir otra carretera, una que ya estaba bastante señalada con huellas desde que se derritió la nieve, se adentró por la misma y animó a mantener al pobre caballo el ritmo que pudiese.

Conocía el camino. Había un pequeño pueblo a alguna distancia, pasando el segundo recodo del camino. La aldea de San-Morij, una familia que poseía un puñado de aldeas similares por los alrededores, tan modestas y corrientes como la tierra que los que contenía. Eran gente amable, pero fiera con sus enemigos. Había una granja que él recordaba bien, la del viejo armero de Ra-Morij, San Romen. Tenía una gran deuda con aquel antiguo maestro suyo, el único, entre los hombres de Ra-Morij, que había mostrado alguna simpatía hacia el bastardo de un señor, que había tratado y curado sus heridas con ráfagas de afecto brusco.

Era una deuda que merecía un pago mejor del que estaba a punto de dar. Pero la desesperación ahogaba cualquier impulso honorable. Sabía dónde estaba el establo, en la parte trasera de la vieja casa, un lugar donde él y Erij habían dado a beber agua a sus caballos en un tiempo mejor. Dejó al bayo atado a una rama a un lado del camino, se hecho Bebé Robado al hombro. Y se deslizó por la zanja a un lado del camino hasta que tuvo ante su vista el establo.

Entonces corrió a través del patio, se deslizó entre las sombras y abrió de golpe la puerta, escuchando cómo los animales de la granja ya empezaban a revolverse de su sueño. Los hombres de la granja de Romen estarían despertándose, tomando las armas y corriendo para ver qué se movía entre ellos en cualquier momento. Eligió el caballito más adecuado lo mejor que pudo en la oscuridad, uno que ya estaba sujeto por su dogal a su pesebre. Pasó un trozo de soga a través del agujero del dogal, abrió la puerta del pesebre y sacó el animal.

Pasos que corrían golpearon hasta la puerta. Esperando su apertura, saltó sobre la espalda desnuda del caballito, sujetando la soga del dogal como riendas. Y, cuando

fue abierta, clavó los talones en los flancos del animal y éste, aterrorizado, salió disparado a través del patio, un animal honrado y poco acostumbrado a semejante tratamiento. Corrió hacia la carretera, trepó sobre la zanja y envolvió las piernas en torno a las gordas costillas y se sujetó inamovible. Tiraba de su cabeza en la dirección en que quería moverse. Y, cuando alcanzó el cruce de caminos a la altura de Sanhei, dio la vuelta allí. Dirigiéndose a Baien-el por una carretera ligeramente más larga pero más solitaria.

Había un jinete más adelante en el camino, saiuyo, pensó Vanye, un uyo de las familias menores, pero uyo, y vestido con armadura. Cabalgaba como un guerrero. No había esperanza alguna de que su caballito pudiese igualar a un auténtico corcel. No había forma de evitar el encuentro. Vanye cabalgó con calma, con las piernas colgando igual que cualquier muchacho pastor que volviese del trabajo al caer la noche. Sólo que, sobre las colinas, los fuegos de aviso todavía brillaban y las carreteras estaban vigiladas. Y él, por su parte, no parecía un campesino, porque sus botas y pantalones de montar eran de cuero curtido, lo que resultaba correcto para un uyo, no para un campesino; llevaba una gran espada, y su camisa, de estopilla blanca, le señalaba como un hombre que había tenido que abandonar intempestivamente alguna gran casa, como de buena familia: dai-uyo, Nhi.

A este hombre, pensó sintiéndose infeliz, pudiera ser que tendría que matarle. Extendió la mano al cinturón, desenganchó la funda y sujetó la funda de Bebé Robado con una mano y con la otra sujetó la empuñadura, y el saiuyo se acercó más, montado en su hermoso caballo de guerra moteado.

Y quizá ya había reconocido la presa que había sorprendido, porque apartó la pierna y levantó la espada de su lugar habitual en la silla de montar. Y cabalgó sujetando él también su espada enfundada en la mano.

Era uno de los hijos de Torin Athan. Él no conocía a este hombre en concreto, pero el aspecto de los hijos de Athan les convertía casi en un clan aparte: hombres de cara larga, casi triste, que era una variación de la actitud extravagante de la mayoría de los hombres de Torin. Además, la familia Athan era una familia fértil. Había un puñado de hijos, la mayoría legítimos.

—Uyo —le saludó Vanye—, no tengo deseo de desenfundar por ti. Soy Nhi Vanye, el forajido, pero contigo no tengo pleito alguno.

El hombre, que pertenecía con seguridad a la estirpe de Athan, se relajó hasta cierto punto. Dejó que Vanye se acercase más, aunque él mismo se había detenido. Miró a Vanye con curiosidad, preguntándose, sin duda, a qué clase de loco se enfrentaba, vestido de esa manera y montado sobre ese poni tan casero. Incluso siendo un fugitivo, un hombre podía estar en mejores circunstancias.

—Nhi Vanye —dijo él—, creíamos que estabas abajo en Erd.

—Me dirijo a Baien. Tomé prestado anoche este caballo y está agotado.

—Si deseas tomar otro prestado, uyo, más vale que te examines la cabeza. No llevas armadura y yo no deseo cometer un asesinato. Eres el hijo de Rijan, y matarte, aun siendo tú un forajido, no resultaría afortunado para alguien como un saiuyo. Vanye se inclinó levemente como reconocimiento del razonamiento, entonces levantó la espada que llevaba.

—Y ésta, uyo, es una hoja que no deseo desenfundar. Es una espada con nombre y está maldita, la llevó por otra persona en cuyo servicio soy un ilin y al margen de otras leyes. Pregunta en Ra-Morij y allí te contarán de qué cosa escapaste por los pelos.

Y sacó parcialmente Bebé Robado de su funda. Así que la hoja continuó siendo transparente, excepto los símbolos escritos sobre ella. Los ojos del hombre se dilataron y su rostro pálido y sus manos no se apartaron de su propia espada.

—¿De quién eres ilin —preguntó—, que llevas algo como eso? Es obra de qujalin.

—Pregunta en Ra-Morij —dijo él de nuevo—. Pero bajo la ley del ilin tengo derecho de paso ya que mi Uyo está en Morija. Y no podéis, legalmente, ejecutar el decreto de Rijan sobre mí. Te ruego que desmontes y le quites el equipo a tu caballo y cambiaré el mío por el tuyo. Soy un hombre desesperado, pero no un ladrón, y no haré que tu animal cabalgue hasta su muerte si tengo elección. Este caballito pertenece a San. Si el tuyo conoce el camino a casa, le pondré en libertad en cuanto tenga la oportunidad.

El hombre estudió la perspectiva de una batalla y entonces, sabiamente, se rindió. Desmontó y se ocupó de quitar su silla y sus pertenencias.

—Este caballo es de Torin —dijo—, y, si se lo suelta en cualquier lugar de este distrito, es capaz de encontrar su camino a casa. Pero os lo ruego, le tengo cariño.

Vanye hizo una reverencia. Entonces agarró la melena del tordo con la mano y montó. Dio la vuelta al animal y salió al galope porque había un arco entre el equipo del saiuyo que, él suponía, estaría tensado en breve. Y no deseaba una flecha de Torin, con plumas rojas, en su espalda. Y de un lugar a otro, sobre la superficie de Morija, sus perseguidores habrían encontrado monturas de frescos, buenos caballos, con sillas y todos los arreos.

La noche caía de nuevo, entrando apresuradamente. Y los fuegos de señales brillaban con más fuerza en la cima de las colinas. Había uno en cada una de las grandes colinas de una frontera a otra de Morija.

Y cuando aquel uyo consiguiese llegar a San-Morij montado sobre ese pequeño caballito. —Vanye imaginaba con claridad el bochorno que le producía ver su hermoso equipo transportado por el pequeño animal peludo—, entonces habría dos señales encendidas sobre la cima de San-Morij. Y enseguida sobre San-Hei. Y no existiría duda sobre qué bifurcación del camino habría tomado. Estaría la familia San

completa, y ahora la familia de Torin, cabalgando detrás de él, junto a los Nhi y los Myya en la otra carretera, para reunirse con él en Baien-el.

Haber arrebatado al hombre las armas y la armadura, que tan desesperadamente necesitaba, habría significado tener que matarle. Pero Bebé Robado no era el tipo de espada que dejase un cadáver al que despojar. Haber matado al hombre también hubiera estado bien, pero no lo había hecho, no lo haría. Su carácter era no matar, a no ser que se encontrase acorralado. Era el único honor que todavía poseía, saber que existía un límite moral a lo que él iba a hacer y no estaba dispuesto a renunciar a él.

No sería recompensado con agradecimiento cuando Torin le atrapase, y menos todavía cuando le llevasen a Nhi y a Myya.

Ahora él y todo Ra-Morij —y si habían salido mensajeros detrás de sus perseguidores, todas las aldeas de las tierras medias, en este momento— sabrían hacia dónde tenía que correr. Había un pequeño paso cerca de Baien-el y, cerca de éste, un fuerte arruinado donde cada muchacho de Morija había acudido en un momento u otro de sus vagabundeos por el campo. El mejor pasto de toda Morija, donde corrían los mejores caballos, estaba en esas colinas. Y el fuerte arruinado era explorado a menudo por muchachos que trabajaban como pastores para sus padres. Y, en ocasiones, servía de punto de encuentro para amantes fugitivos. Había conocido su ración de tragedias, tanto militares como privadas, aquel montón de piedras.

Y el guía de Morgaine era un arpista Nhi con la imaginación de un joven inexperto en los lugares de citas de los amantes, a quien seguramente no se le ocurriría nada mejor que conducirla allí en busca de refugio, a un lugar que sólo tenía una salida.

Había hombres vigilando la falda de la colina. Él había sabido que tendría que haberlos desde antes de partir hacia allí. Cualquier escapada de Baienel efectuada por jinetes tendría que hacerse a través de este estrecho paso. Y con arqueros estacionados aquí, esa cabalgada sería corta.

Dejó el caballo moteado atado por si tenía que volver; la rama que utilizó no era fuerte. Y en el caso de que le ocurriese alguna desgracia, o que encontrase lo que buscaba, el animal se impacientaría y, eventualmente, se liberaría, buscando su propio hogar distante. Tomó en la mano la espada enfundada y se adentró a pie en las colinas.

No podían vigilarse todos los senderos en las colinas de Baienel. Había demasiados caminos de cabras, demasiada extensión de colinas, demasiados arroyos y pliegues en la roca. Por esta razón, Baien-el había sido una defensa en la que no se podía confiar ni siquiera para el propósito que fue construida. Era lo bastante fuerte contra un asalto masivo. Pero cuando el arquero campesino, jein, había adquirido importancia y las guerras habían dejado de ser choques entre dai-uyin, quienes

preferían las llanuras abiertas y luchaban, hasta en la guerra, de acuerdo con la tradición, Baien-el se había convertido en indefendible... una trampa para sus ocupantes antes que un refugio.

Se movía en silencio, con mucha paciencia. Y ahora pudo ver de nuevo la torre, el muro arruinado que recordaba de años atrás. A veces corriendo, a veces avanzando arrastrándose sobre la barriga y parándose a escuchar, se convirtió en parte de las sombras conforme se aproximaba al sitio. Eran habilidades que había desarrollado durante dos años evadiendo a los Myya, robando comida, cazando para evitar morir de inanición en las cumbres nevadas de Alis Kaje, no menos cuidadoso que los lobos y más solitario.

Llegó junto a la pared y sus dedos buscaron las grietas en la sillería que le proporcionaban los medios para saltar la vieja muralla en su punto más bajo. Se deslizó sobre las almenas, se dejó caer, aterrizó sobre hierba mojada y se deslizó hasta la parte baja del corral en el lado de la cuesta. Se levantó despacio, agitado, sintiendo en cada hueso el dolor continuo de la larga cabalgada, la debilidad producto del hambre. Tenía miedo, lo había tenido todo el rato, que no fuese nada más que una trampa que Erij le había tendido. No haberle dicho la verdad sería una muestra de astucia Myya. Que su hermano hubiese cometido un error diciéndole la verdad, y confiando en él, resultaba deprimente. Los errores de Erij eran escasos. Los hombros le picaban. Tenía la sensación de que podía haber una flecha apuntando allí desde algún lugar de observación.

Se rindió al miedo, juzgándolo sensato y se arrojó a la sombra, dio la vuelta a la esquina del edificio donde éste se hundía más firmemente en la colina. Había allí una grieta en la pared que él recordaba bien, tan ancha como una puerta. Y que, sin embargo, debía ser la más segura de utilizar, protegida como estaba.

Se arrastró a lo largo de la pared hasta ese lugar, notó el olor, propio de un establo de caballos, grandes cuerpos se movían en el interior.

—¡Liyo! —susurró en la oscuridad. Nada contestó. Se abrió camino al interior, con el pálido vislumbre de Siptah a su izquierda y la negrura a su derecha.

—No te muevas —le llegó el susurro de Morgaine—, vanye, vos sabéis que hablo en serio.

Se paralizó, absolutamente inmóvil. La voz de ella llegaba de delante de él. Alguien, supuso que era Ryn, se colocó detrás de él. Puso las manos en las caderas y le registró precipitadamente en busca de armas ocultas antes de tomar el cinturón de la espada. Movié la cabeza para que la correa pudiese pasar más fácilmente. Se encontró inexplicablemente aliviado por la desaparición de aquel peso, como si hubiese estado sujeto por algo vil y hubiese sido gentilmente separado de eso y puesto en libertad.

Ryn se lo llevó a ella. Vio cómo la sombra atravesaba una zona donde brillaba

trémula la luz de la luna. Por su parte, le temblaban las rodillas.

—Déjame que me siente —le pidió a ella—, estoy agotado, liyo. He pasado un día y una noche sobre la silla para alcanzar este lugar.

—Siéntate —dijo ella, y él, agradecido, se dejó caer sobre las rodillas. Con ganas se habría postrado sobre su rostro y se habría echado a dormir, pero no eran ni el momento ni el lugar apropiados para ello.

—Ryn —dijo ella—, echa un vistazo a las llegadas, tengo algo que preguntarle.

—No confíes en él —dijo Ryn, lo que despertó su enfado—. El Nhi no le habría regalado la espada, ni puesto en libertad, por amor a ti, señora.

La furia surgió en su interior, el odio hacia aquel joven tan barbilampiño, tan incólume, tan seguro de las cuestiones relacionadas con Morgaine. Se encontró con las palabras estranguladas en la garganta y, sencillamente, agitó la cabeza. Pero Ryn se marchó. Escuchó el crujido de la túnica de Morgaine mientras ella se acomodaba, de rodillas, a una pequeña distancia de él.

—Bueno fue que vos hablaseis —dijo ella suavemente—. Una docena, más o menos, han probado ese camino durante los últimos dos días, para su desgracia.

—Señora —él hizo una reverencia y tocó brevemente el suelo con la frente, se irguió de nuevo cansinamente—, una gran fuerza está en camino, o ya está aquí. Erij ambiciona el poder de Thiye, creyendo que puede conservarlo para él.

—Me gritaste que no confiase en él —dijo ella—, y eso lo creí. Pero, ¿cómo confío en ti? ¿Fue la espada un regalo o fue robada?

Lo que ella dijo le asustó, hasta el punto que algo pudiese asustarle agotado como estaba. Sabía la poca compasión que ella albergaba para las cosas en que no confiaba. Y él no tenía pruebas.

—La espada, en sí misma, es lo único que puedo entregarte para demostrártelo —dijo él—. Erij la desenfundó, la espada mató y a él le dio miedo sostenerla. Cuando ésta cayó, la cogí y corrí..., es una llave poderosa, señora, para puertas y paredes.

Ella estuvo en silencio un momento. Escuchó el susurro de la espada, parcialmente desenfundada, el suave sonido metálico que produjo al volver a guardarla.

—¿La sostuviste desenfundada?

—Sí —dijo él con una voz débil—. No la deseo, liyo. Ni deseo llevarla aunque eso represente ir desarmado —deseaba hablar con ella de los hombres de Myya, de lo que había sucedido. Él no tenía un nombre para ello y veía en su mente aquellos rostros perplejos. En alguna parte, más profunda, de sí mismo no deseaba saber lo que había sucedido con ellos.

—Saca su poder de las propias Puertas —dijo ella, y se adentró en la oscuridad—. Ryn, ¿puedes ver algo?

—Nada, señora.

Se acomodó de nuevo. Esta vez bajo la trémula luz de la luna que se filtraba a través de una grieta, así que él podía observar la cara de ella, en claroscuro al darle la luz lateralmente.

—Debemos movernos esta noche. ¿Pensáis vos de otra manera, Vanye?

—Hay arqueros apostados en las alturas de afuera. Pero haré como digáis, señora.

—No confíes en él —susurró, desde arriba, la voz de Ryn—. Nhi Erij le odiaba demasiado como para mostrarse descuidado con él o con la espada.

—¿Qué decís vos, Vanye? —le preguntó ella.

—No digo nada —contestó él. De repente, todo el cansancio se depositó sobre él y era demasiado esfuerzo discutir con un niño. Sus ojos permanecieron fijos en Morgaine, esperando su decisión.

—Los Nhis me devolvieron todo menos Bebé Robado —dijo ella; ignorando, sospecho, que algunas de las cosas que me devolvían eran armas. Reconocieron la espada por cómo era, pero no estas otras. También me devolvieron tus pertenencias, tu armadura y tu caballo, tu espada y tu silla. Vete y prepárate. Todo tu equipo está en la esquina, junto. No dudo que tienes razón sobre los arqueros. Pero tenemos que movernos. Todas estas idas y venidas tuyas no han podido pasar por completo inadvertidas.

Él encontró su camino tanteando. Encontró la esquina y las cosas que ella había descrito, la aspereza familiar de la cota de malla que había sido su segunda piel durante años. El peso, mientras se la colocaba, era mayor de lo que recordaba. Sus manos temblaron al ajustar las hebillas.

Estudió la perspectiva de la carrera a caballo que tendrían que hacer a través de aquella garganta que era el paso. Y empezó a pensar, con miedo creciente, que no le quedaban fuerzas para una carrera semejante. Él había gastado y gastado, y le quedaba muy poco de sí mismo.

No era probable, pensó él, que ellos saliesen de esto incólumes. Las flechas Myya tenían un sonido que había llegado a despertar una respuesta en su carne. Había escapado de demasiadas en Erd y en Morija. Las posibilidades estaban a favor de las flechas.

Morgaine se acercó hasta él, buscó su mano y la tomó, haciendo girar su muñeca hacia arriba. Lo que le hirió fue como un arma inesperada. Y él parpadeó.

—Vos no lo aprobáis —dijo ella—. Pero lo quiero de esta manera. Me queda poco de esto para gastarlo. A diferencia de mis otras cosas, el sol no lo renueva, y, cuando se acabe, se acabó. Pero no os perderé a vos, ilin.

Él frotó el lugar dolorido, esperando una herida, sin encontrar ninguna. Y empezando a notar algo extraño en su interior, su cansancio se derretía, su sangre corría con más fuerza. Era qujalín, o cualquiera que fuese la raza que ella mencionaba como propia, y, una vez, lo que ella había hecho le habría aterrorizado. Una vez ella

le había prometido que no le haría cosas semejantes.

No os perderé a vos, ilin.

Ella se había quedado en esta trampa en Morija a causa de Bebé Robado. Él sabía eso en su corazón y no la culpaba. Pero había en esas palabras una pequeña muestra de preocupación hacia el ilin que la servía. Y eso, en Morgaine, era mucho.

Se ocupó en sus preparativos con la convicción de que no estaría perdido mientras tuviese, debajo de él, un caballo que le condujese a través del paso hasta las colinas de Baien.

Ellos tenían tres caballos: Siptah, el desagradecido negro, que intentó morderle hasta que un golpe de la fusta en la mandíbula le hizo desistir, y el caballo castaño de Ryn, que difícilmente podía considerarse de buena raza, pero de piernas largas y pecho poderoso. Vanye decidió que el animal podría mantener el rumbo que emprendiesen. Por lo menos, mientras fuese necesario. Y el joven sabría cabalgar, era de Morija y un Nhi.

—Deja el arpa —protestó Vanye cuando vio la cosa colgada de la espalda del joven, mientras conducían a sus caballos afuera, a la luz de la luna—, el cascabeleo que produce nos matará a todos.

—No —dijo el joven llanamente, que era lo que cabía esperarse de Nhi Ryn, el hijo de Paren. Y antes de quitársela y entretenerse con una discusión, Vanye lanzó una mirada firme a Morgaine, porque sabía que el chico atendería lo que ella dijese.

Pero ella se abstuvo de hacer nada, y Vanye, colocado eficazmente en su lugar, condujo al negro detrás de la cola de Siptah hasta que se situaron en la esquina. Había una puerta que debía ser abierta, condujo al negro hasta aquel lugar y levantó el cerrojo herrumbroso, corriéndolo ampliamente con el hombro. Y Morgaine y Ryn pasaron estrepitosamente. Vanye fue sólo un poco más lento, saltando sobre la silla y espoleando al animal. La cola blanca de Siptah osciló con insolencia alegre, mientras el gran caballo gris superaba el muro exterior, advirtiendo a Vanye de algo que había olvidado con el paso de los años: que había aquí un salto. Ryn lo dio. Su propio caballo negro tomó impulso y saltó para aterrizar con una sacudida, deslizándose cuesta abajo, con las patas traseras dobladas como un pájaro porque la hierba estaba mojada.

Y las flechas volaron. Vanye se parapeto en el lado opuesto del negro, procurando llamar la atención lo menos posible. Esperó que los otros tuviesen la misma idea. Pero a través de la melena ondeante del negro vio un rayo de fuego rojo, producto del arma de mano de Morgaine. Y entonces llegó el silencio de aquella dirección y no más flechas. No sabía si ella le había acertado a algo, disparando a ciegas, pero aquéllos eran hombres de Morija y esperaba, de corazón, que simplemente se hubiesen acobardado y huido los arqueros.

Una fuerza capaz de magullarle golpeó su costado. Jadeó y estuvo a punto de

soltarse a causa del dolor. Y supo que había sido acertado. Pero no había flecha que a esa distancia pudiese atravesar su armadura. Sus peores miedos fueron por el vulnerable caballo. Era contrario al honor de un hombre de Morija atacar el caballo de otro, pero aquí no había caballeridad.

Estos hombres tendrían que rendir cuentas ante Erij si les dejaban pasar. Y ésta no era una perspectiva agradable para ellos.

Estaban cerca del final del paso. Espoleó al negro y le hizo esforzarse más todavía. Y el animal, presa del pánico, tomó fuerzas. La saliva salpicó la pierna de Vanye al tomar el animal el ritmo que él deseaba. Adelantó a Siptah, conducido por la fuerza al hacer girar Vanye de nuevo su cabeza hacia el norte, hacia la brecha del paso de Baien situada entre las colinas. Y salió disparado hacia adelante a causa del impacto brutal de las espuelas de Vanye. En aquel momento casi sintió cariño por aquella bestia despreciable. Había un corazón en su interior.

Morgaine, inclinada sobre la silla, se situó de nuevo junto a él. A su lado la cabeza de Siptah, con las fosas nasales abiertas y la luz de la luna en la blanca melena. Inexplicablemente, Morgaine se echó a reír, extendió hacia él una mano que no llegó a tocarle y volvió a sujetarse a la silla.

Y habían pasado. Más allá del alcance de los arqueros, seguros en la recta llanura de Baien, habían pasado. Y Vanye sujetó las riendas del negro que resoplaba, le hizo detenerse. Recordando sólo entonces al joven que cabalgaba en pos de ellos. Venía detrás, a la distancia de un tiro de flecha completo. Y los dos le esperaron en silencio. Vanye consideró, con esa misma preocupación, la posibilidad de que el joven también hubiese sido acertado, ya que cabalgaba muy inclinado sobre la silla.

Pero estaba bastante bien, su rostro pareció pálido cuando, bajo la débil luz, se reunió con ellos cabalgando, pero incólume. El caballo castaño estaba agotado. Su lomo se inclinaba hacia un lado como si prefiriese emplear esa pierna, y Vanye desmontó para examinarlo. Una flecha había desgarrado la piel y seguramente había colgado durante un rato. Exploró la herida con los dedos, descubrió que no era lo bastante profunda como para ser peligrosa.

—Sobrevivirá —se pronunció Vanye—, habrá tiempo más tarde.

—Partamos, pues —dijo Morgaine, levantándose sobre los estribos para mirar detrás de ellos, incluso mientras él volvía a montar en la silla—. La sorpresa en este asunto no durará. Ellos no me habían visto disparar antes. Ahora me han visto y se acostumbrarán a la idea y recobrarán su valor respecto a ella.

—¿Dónde deseas ir? —preguntó Vanye.

—A Ivrel —contestó ella.

—Señora, la fortaleza de Baien está casi al lado de nuestro camino. Fue una vez un hogar amistoso para ti. Podría ser que allí encontrásemos refugio por un tiempo si nos adelantamos a Erij.

—No confío en fuerte, ni en aldea, a esta distancia de Ivrel —dijo ella—. No.

Cabalgaron a un paso relajado. Porque los caballos estaban agotados y podría ser que tuviesen que hacerles correr de nuevo; y pronto, también el fuego de lo que quiera que hubiese entrado en sus venas se agotó y notó cómo se debilitaban sus sentidos. Su costado le dolía continuamente. Tanteó el lugar y encontró anillos rotos en la malla, pero pocas heridas debajo. Tranquilizado de que no estaba desangrándose hasta morir, enganchó una de sus piernas sobre el arco alto de la silla y se sujetó firmemente con los brazos para apoyarse. Y así se rindió al sueño.

Le despertaron campanas.

Levantó la vista y relajó sus tensos músculos de su postura, largamente mantenida. Y se dio cuenta, con vergüenza, de que era Ryn quien sujetaba su caballo y de que la mañana estaba bien entrada. Avanzaban a lo largo de un pacífico paseo, sombreado por pinos, situado junto a un muro de piedras.

Se echó adelante y tomó las riendas, comenzando a darse cuenta de dónde se encontraban porque él había visitado este lugar en su juventud. Era el monasterio de Baienan, el mayor en todo el Andur-Kursh, que seguía siendo un lugar seguro y ocupado por los Padres Grises. Cabalgó adelante para reunirse con Morgaine, preguntándose si ella sabía lo que era este lugar o si había venido aquí guiada del consejo de Ryn. Porque aquí encontrarían abundantes testigos de su paso y un lugar que no se mostraría amistoso hacia ella.

Los hermanos que atendían la muralla se detuvieron, maravillados, en su trabajo. Algunos avanzaron como si fuesen a dar la bienvenida a los viajeros, entonces vacilaron y pareció que abandonaban la idea por completo, sus caras eran reflejo de su asombro. Eran hombres amables. Vanye no les tenía miedo.

Y había una expresión de terrible cansancio en el rostro de Morgaine. De dolor, como si su herida le molestase. Se fijó en eso y se mordió el labio mientras consideraba las posibilidades.

—¿Piensas quedarte aquí? —le preguntó a ella.

—No creo que el abad consintiese eso —contestó ella.

—No creo que seas capaz de cabalgar mucha más distancia —dijo él. Y se fijó en el joven Ryn, quien tenía ojeras y aspecto de agotado. Y se le ocurrió que sus perseguidores no esperarían encontrarles aquí.

Sujetó las riendas del negro al llegar junto a la puerta. Porque recordaba que había una casa de invitados mantenida junto a la abadía. Seguramente sería poco utilizada en invierno. Pero estaba allí para las personas que no resultarían aceptables entre muros sagrados.

Les condujo allí sin pedir permiso. Conduciéndoles más allá de la mirada asombrada de los hermanos del patio y al aislamiento de la casa de invitados, situada más allá del seto de hoja perenne. Allí desmontó y extendió los brazos para ayudar a

bajar a Morgaine como haría con una señora. Ella intentó, torpemente, aceptar su ayuda, más acostumbrada a desmontar ella misma, pero su pierna cedió cuando ella tocó el suelo. Se apoyó sobre su brazo, agradeciéndoselo con una inclinación de su cabeza y una mirada de sus ojos grises.

—Aquí hay santuario —dijo él—. Es la ley. Nadie nos tocará aquí. Y si el lugar queda rodeado..., bueno, haremos frente a eso cuando suceda.

Ella inclinó de nuevo la cabeza. Se encontraba claramente al fin de sus fuerzas. Y los tres tenían un aspecto penoso. Ella, el joven y un guerrero, tan rígido a causa de los cardenales que apenas conseguía subir los escalones por sí mismo.

No había otros invitados. Se sentía agradecido por esto, y ayudó a Morgaine hasta el primero de los catres, antes de salir a cuidar a los caballos y traer el equipo al cuarto. Ella estaba preocupada, sobre todo, por eso; él lo sabía. Y ella le lanzó una mirada de agradecimiento antes de tomar la terrible espada entre sus brazos y hundirse en el colchón desnudo.

Ryn le ayudó con los caballos. Y llevó todo su equipo y sus sillas de montar a la casa de invitados. Y después, Ryn se reunió con él en los establos y miró con preocupación, mientras Vanye aplicaba parte de su aceite de cocinar en el lomo herido del castaño.

—No se quedará cojo —juzgó Vanye—. Era una flecha a la que apenas le quedaba fuerza. Y no es la época para que haya enfermedades que infecten la herida. El aceite la calmará. Pero creo que quedará cicatriz.

Ryn caminó junto a él de regreso a la casa de invitados, que estaba a poca distancia de allí, entre los altos pinos y el seto. Las campanas guardaban ahora silencio, con los hermanos dedicados a sus oraciones.

Ryn era diferente. No decidió rápidamente de qué se trataba. Pero había sido un adolescente quien se había colgado el arpa del hombro y había cabalgado detrás de Morgaine desde Ra-Morij. Era un joven mayor, y más cansado, quien caminaba junto a él a la luz del día y observaba en silencio las cosas. Ryn tenía una imagen distinta. Él empleaba una figura que estaba tan fuera de lugar, en estos paseos con pinos, como la del propio Vanye. Habían cabalgado fuera de Baienel y él había cabalgado en retaguardia. Había una nueva dureza en su mirada, habiendo aprendido a calibrar las cosas antes que asombrarse.

Vanye tomó en cuenta ese nuevo silencio en él y lo apreció.

Le echó una mano cansada al hombro cuando entraron en la casa de invitados. Bajó la voz porque Morgaine parecía dormida.

—Haré la guardia —dijo Vanye—. Aunque no creo que aguante mucho. La tuya es la próxima, después la de ella.

El joven Ryn podría haber protestado alguna tontería. Se había mostrado enfadado por las órdenes de su padre cuando, por primera vez, entraron juntos

cabalgando en Morija. Ahora inclinó la cabeza para expresar que ése le parecía un arreglo justo de las cosas y se buscó, para sí, un catre desnudo. Mientras, Vanye tomó su espada y se colocó en la escalera de la entrada de la casa de invitados. Con la punta colocada entre los pies, con las manos apoyadas en la guardia de la espada y la cabeza reclinada sobre la empuñadura. En semejante postura podía mantenerse lo suficientemente despierto. De esta manera había hecho su guardia durante muchas noches en el camino.

Y pensando entonces sobre sí mismo, reflexionó perversamente que sólo había visto tomas de posesión semejantes de la casa de invitados inferior de Morija cuando pasaba de camino alguna familia de las colinas, al margen de lo honorable, con destino a otros pastos y solicitando derecho de tránsito. Algún jefe de bandoleros dormiría en la casa de los invitados, mientras que sus hombres holgazaneaban bebiendo vino barato a tragos y haciendo marcas en los muebles con los pies. Entretanto, como sellando la puerta, un hombre de aspecto más malvado que los demás se sentaba en las escaleras como guardián, aterrorizando a los niños que se habían acercado a ver quiénes eran los visitantes que habían llegado entre ellos.

Era una advertencia a otros posibles invitados que buscasen refugio allí de que tendrían que buscarlo en otro lugar. La infamia se había acomodado en las únicas camas y, a no ser que los señores de la casa tomaran las armas para desalojarla, así continuaría hasta el amanecer.

Así le encontraron los hermanos.

Se despertó completamente con el sonido del primer paso sobre las piedras del patio, y se quedó allí sentado, con la espada sujeta entre las rodillas, en tanto que los hermanos, vestidos con sus túnicas grises, se acercaron portando jarras de barro que contenían comida.

Se inclinaron, con las manos dentro de las túnicas. Vanye, reconociendo una cortesía inocente cuando se le ofrecía, hizo la inclinación más profunda que fue capaz, sentado como estaba.

—¿Podemos preguntar? —era la pregunta tradicional. Podía no ser contestada. Vanye se inclinó de nuevo. Empleando la más completa cortesía para con los honrados hermanos.

—Somos forajidos —dijo él—, y he robado, y hemos matado no pocos hombres en nuestro camino hasta aquí, pero a ninguno en Baien. No tocaremos ni a la grey ni a su rebaño, ni ninguno de vuestros cultivos, ni haremos violencia a ninguno que se encuentre en vuestra casa. Solicitamos santuario.

—¿Son...? —hubo una vacilación al plantear esta pregunta, que se creaba siempre que se hacían preguntas al conceder asilo—. ¿Son todos entre vosotros de la verdadera estirpe humana?

Morgaine no había llevado puesta la capucha cuando entró cabalgando. Y con sus

pieles blancas y su tez se parecía mucho a las leyendas, de las cuales un superviviente había venido a Baienan para morir como un santo.

—Puede que uno de nosotros no lo sea —reconoció él—, pero ella dice que por lo menos no es qujal. —Sus ojos amables parecieron preocuparse mucho ante esa respuesta, y quizá por medio de las leyendas supieron entonces quién y qué era ella, si su cordura les permitía creerlo.

—Concedemos santuario —dijeron ellos— a todos aquellos que entran aquí en paz, incluso a aquellos de sangre manchada y a quienes les acompañan, si llegasen a necesitarlo. Te agradecemos que nos lo hayas dicho. Purificaremos la casa una vez hayáis partido. Esto ha sido una muestra de cortesía por tu parte. Respetaremos vuestro aislamiento. ¿Eres tú un ser humano?

—He nacido humano —dijo él, y devolvió sus reverencias de despedida—, hermanos —añadió cuando comenzaron a alejarse. Se volvieron. Sus rostros bronceados, sus miradas amables y sus modales pacientes parecían formar un todo, como si un único corazón les animase.

—Rezad por mí —dijo él. Y, dado que se esperaba normalmente alguna muestra de caridad a cambio, añadió—: No tengo limosna alguna que daros.

Ellos se inclinaron al unísono.

—Eso no trae cuenta, rezaremos por ti —dijo uno. Y ellos se marcharon.

La luz del sol le pareció fría cuando lo hubieron hecho. Él no podía dormir, e hizo guardia hasta mucho más tarde del momento en que debía haber avisado a Ryn para que le sustituyese. Por fin, cuando estuvo muy agotado, bajó las escaleras y recogió las jarras de barro, llevándolas adentro. Y permitió que Ryn le sustituyese en las escaleras.

Morgaine se despertó. Había pan negro y miel y mantequilla con sal. Había un caldero de caldo y otro de judías hervidas, ambos enfriándose, pero ambos deliciosos para Morgaine, cuyas raciones, sospechaba Vanye, no habían resultado tan delicadas desde hacía muchos días. Le llevó a Ryn su ración a las escaleras, y el joven se la comió como si estuviese famélico.

Los hermanos trajeron grandes brazadas de paja y cubos de grano para sus caballos. Vanye se ocupó de esto, guardando el grano en las alforjas para hacer frente a una necesidad futura. Y en la paz de la tarde, cuando el sol se dirigía hacia las montañas del oeste, Ryn se sentó en el pequeño pórtico e interpretó en su arpa canciones tranquilas. Sus hábiles dedos afinaban las cuerdas y jugaban con ellas de una manera tal que hasta eso resultaba agradable. Algunos de los hermanos bajaron de la colina y se quedaron junto a la puerta para escuchar al arpista. Ryn les sonrió distraídamente, pero se pusieron serios, con la mirada sobria, cuando Morgaine apareció por la puerta. Algunos se santiguaron a causa del miedo que ella les daba, y esto pareció entristecerles mucho. De todos modos, ella les hizo una cortés reverencia

y se retiró a la chimenea del interior, al calor de la lumbre.

—Debemos salir de este lugar esta noche —dijo ella cuando Vanye se arrodilló a su lado. Él se sorprendió.

—Lijo, no hay lugar más seguro para nosotros.

—No estoy buscando un refugio. Mi objetivo es Ivrel, eso es todo. Esta es mi orden, Vanye.

—Conforme —respondió él, e hizo una reverencia. Ella le miró cuando él se levantó y frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —exclamó ella, e hizo un gesto hacia su propia nuca y él levantó la mano, notó el borde irregular de su propio pelo y se sonrojó.

—No me preguntes —le dijo.

—Vos sois ilin —dijo ella en un tono que indicaba su desaprobación de algo tan vergonzoso. Y luego añadió:

—¿Se os hizo o fuisteis vos...?

—Fue mi elección.

—¿Qué sucedió en Ra-Morj entre tú y tu hermano?

—¿Me ordenas que te lo cuente directamente?

Los labios de ella se apretaron, sus ojos le taladraron, quizá leyendo una tristeza continuada.

—No —dijo ella.

No era propio de ella dejar de enterarse de cosas que podrían afectar su seguridad. Él reconoció, agradecido, la confianza que ella le demostraba y se acomodó, de nuevo, en las piedras calientes del hogar, escuchando el arpa, observando el rostro extasiado de Ryn recortándose contra la luz del crepúsculo, frente a la colina cubierta de pinos, el monasterio y la iglesia con su campanario. Aquí había belleza, terrenal o no, en el muchacho con el arpa. La canción se detuvo brevemente. Un mechón de pelo se cayó sobre la cara de Ryn y éste lo apartó, sujetándolo detrás de una oreja. No era todavía este joven uno de los guerreros, pero estaba a punto de serlo, cuando hiciese la elección. Su honor y su orgullo seguían intactos.

Las manos volvieron a su ondulante juego sobre las cuerdas, tocando canciones tranquilas y agradables como tributo a este lugar y a los hermanos que escuchaban.

Entonces sonó la campana llamando a vísperas a la caída de la tarde, llevando a las filas grises de los monjes de regreso a la santidad de la colina, y rápidamente la luz empezó a abandonarles.

Terminaron la comida que los hermanos les habían traído y se entregaron por turno al sueño durante la mayor parte de la noche.

Entonces Morgaine, en cuyo turno de guardia se encontraban, les sacudió y les dijo que se preparasen.

La línea roja del amanecer estaba apareciendo en el horizonte.

Rápidamente se armaron y ensillaron los caballos, y Morgaine se calentó por última vez junto al fuego y miró en torno al cuarto, con aspecto triste.

—No creo que aceptasen un regalo de despedida mío —dijo ella por fin—. Y tampoco tengo nada de lo que desprenderme.

—Nos tranquilizaron a ese respecto —aseguró Vanye. Y lo cierto era que el equipo de él carecía de algo que tuviese valor para los hermanos.

Ryn buscó entre sus propias cosas, sacó algunas monedas y las dejó sobre la cama. Un puñado de calderilla... eso era todo.

Fue en la carretera, cuando la luz de la mañana apenas traía color a los objetos, que Vanye recordó el arpa, y no la descubrió en la persona de Ryn.

Estaba sólo el arco colgando de sus hombros y, extrañamente, eso le dio pena. Más tarde vio cómo Morgaine se daba cuenta de lo mismo y abría la boca para hablar. Pero no lo hizo, había sido elección de Ryn.

Decían los hombres de Baien que Baienan era un fragmento que había sobrado después de fabricar el paraíso. Como quiera que fuese, lo cierto es que este lugar superaba incluso a Morija en belleza. Aunque era invierno, la hierba dorada y el verde cedro le conferían una gracia especial, y el gran macizo de Kath Vrej y Kath Svejur abrazaban el valle con grandes cordilleras coronadas por la nieve. Había una carretera recta con setos a los lados. Uno no veía setos cuidados de esta manera en ningún otro sitio excepto en Baien, y en dos ocasiones vieron aldeas junto al camino, somnolientas bajo el sol del invierno, con techos dorados y blancos rebaños de ganado pastando cerca como nubes errantes.

Y en una ocasión tuvieron que pasar a través de una aldea donde los niños se refugiaban con los ojos desorbitados en las faldas de sus madres y los hombres se detenían en la tarea que tenían entre manos, y dudaban entre tomar las armas o darles los buenos días. Morgaine llevaba puesta la capucha todo el rato; pero si no era lo extraño que resultaba ella cabalgando, con aquella espada sujeta bajo la rodilla, era Siptah que había nacido en estas tierras, antes de que todo el gran rebaño de Tiffwy fuese robado por los bandidos de Hjemur. Les había sobrevenido una desgracia y no habían sido vueltos a ver. Los baienenses decían que era porque eran caballos de reyes y no estaban dispuestos a cargar con amos de la ralea de Hjemur.

Pero quizá los aldeanos parpadearon al sol y se convencieron a sí mismos de que no tenían asuntos que tratar con viajeros que se dirigiesen hacia el este. Eran sólo los que procedían de allí los que representaban un problema frente al cual fuese necesario tomar las armas. Y habían nacido tordos que no eran de la antigua sangre. Siptah se había vuelto más delgado, estaba embarrado en las patas y en la barriga, y no empleaba su fuerza o su desenvoltura de pura sangre aunque sus orejas se elevaban frente a cualquier movimiento casual y su nariz bebía cada olor.

—Liyo —dijo Vanye cuando hubieron atravesado la ciudad—, esta noche oirán

hablar de nosotros en Ra-Baien.

—Esta noche —aclaró ella— estaremos seguramente en esas colinas.

—Si hubiésemos torcido allí —insistió él— y buscado refugio en Ra-Baien, probablemente nos hubiesen acogido.

—¿Cómo hicieron en Ra-Morij? —le replicó ella—. No, y no admitiré más retrasos.

—¿Por qué esta prisa? —contestó él—. Señora, estamos todos cansados. Después de cien años de retraso, ¿qué representa un día de descanso? Deberíamos habernos quedado en el monasterio.

—¿Estás en condiciones de cabalgar?

—Lo estoy —reconoció él, lo que en condiciones de menor necesidad habría sido mentira; estaba dolorido, le dolían los huesos, pero estaba bastante seguro de que ella no estaba en mejores condiciones, y la vergüenza le impedía alegar las suyas. La consumía, de nuevo, aquella fiebre, aquel constreñimiento ardiente hacia Ivrel; sabía lo que era interponerse ante aquello y que ella no podía ser retrasada mediante razonamientos. Seguramente habría poco más capaz de detenerla.

Entonces, cuando tuvieron el sol a sus espaldas tiñendo de rojo en el atardecer las nieves de Kath Svejur frente a ellos, Vanye volvió la vista atrás a lo largo de la carretera que habían recorrido, como hacía a cada rato.

Esta vez aquello que había estado temiendo constantemente estaba allí.

Estaban siendo perseguidos.

—Liyo —los dos miraron, ella y Ryn. El rostro de Ryn se puso blanco.

—Seguramente habrán cambiado de caballos en Ra-Baien —dijo Ryn.

—Eso era lo que temía —admitió ella—, ya que no hay guerra ni pleito entre Morija y Baien.

Y ella puso a Siptah a un paso ligeramente más rápido, pero no al galope. Vanye volvió a mirar atrás. Los jinetes se acercaban a un ritmo regular. No estaban matando sus caballos, pero iban un paso más rápido que ellos.

—Llegaremos hasta las colinas y elegiremos un lugar para que nos alcancen lo más próximo posible a la frontera —dijo Morgaine—. No es esta una pelea que yo desee, pero puede que la tengamos de todos modos.

Vanye miró atrás nuevamente. Comenzaba a estar seguro de quién se trataba y notó una sensación plomiza en el estómago. Él ya había cometido un fratricidio. Luchar y matar bajo las órdenes de un liyo era el deber de un ilin, incluso si sus órdenes eran contra su propia familia. Esto era cruel, pero era la ley.

—Serán Nhi —le dijo a Ryn—. Esta pelea no es legal para ti. No eres un ilin, y hasta que no levantes la mano contra Erij y tus familiares no eres un forajido. Vete, séparate de nosotros, vete a casa.

El joven rostro de Ryn reflejó la duda. Pero era al mismo tiempo la expresión de

un hombre, no la de un niño petulante que no atendería a razones.

—Haz lo que él te dice —dijo Morgaine.

—Juro —dijo él— que no lo haré.

Esto zanjaba la cuestión. Ryn era un hombre libre, cabalgaba adonde quería y quería cabalgar con ellos. Vanye lamentaba que Ryn no tuviese nada más que la hoja del Honor en su cinturón, ningún mandoble, pero, por otra parte, no era asunto de un muchacho intentar manejar un mandoble en una batalla. Estaba más seguro con un arco.

—¿Conoces esta carretera?

—Sí —dijo Vanye—. También ellos. Seguidme.

Se puso en vanguardia, pensando en un lugar en las colinas, más allá de la entrada de Koris, adonde Erij podría ser más reacio a seguirles dada su proximidad a Irien. Los caballos podrían mantener el ritmo, aunque tendrían que trepar parte del camino. Miró por encima del hombro para ver cómo estaban las cosas con los que iban detrás.

Los morijenos tendrían seguramente monturas frescas para hacerlas esforzarse de esta manera, gracias al señor de Ra-Baien, y lo que Baien sabía de ellos, o lo que sentían, era todavía incierto.

Estaba la cuestión del puesto avanzado de Baien en Kath Svejur, guarnecido por un puñado de arqueros y no poca caballería. Había que pasar debajo de aquello.

Marcó el paso para ellos y lo mantuvo, sin abandonar la carretera a pesar de la manifestada preferencia de Morgaine hacia el campo abierto.

Tenían suficiente velocidad como para abrirse camino, a no ser que ya hubiese algún arreglo preparado entre Erij y el señor de Baien. Algún correo enviado a todo galope durante la noche para cortarles la retirada. Tenía la esperanza de que eso no hubiese sucedido, de que el paso no estuviese sellado. De otro modo, habría una tormenta de flechas que haría juego con lo que cabalgaba detrás de ellos.

Los que venían detrás parecían dispuestos a matar a sus monturas. Eso parecía cierto, pero ante ellos estaba el paso, el pequeño fuerte de piedra de Irn-Svejur situado en las alturas del risco.

—No podemos pasar debajo de eso —protestó Ryn, pensando, sin duda, en flechas. Pero Vanye golpeó a su caballo con la fusta y se inclinó sobre la silla, Morgaine hizo lo mismo.

Estaban al alcance de un tiro de flecha por detrás y desde arriba. Indudablemente, desde su fortaleza los guardias miraban hacia abajo, observando a ese grupo de locos en la carretera y preguntándose cuáles serían amigos y cuáles enemigos. Y, sin embargo, tanto en Morija como en Baien existía la sencilla norma de que lo que cabalgaba hacia el este era amigo y lo que cabalgaba hacia el oeste enemigo, y ahora los dos bandos cabalgaban locamente hacia el oeste.

Vanye lanzó una mirada atrás una vez se hubieron abierto camino. Un jinete

abandonó la persecución para subir por la cuesta que conducía al fuerte. Soltó un taco al viento porque habría hombres de Irn-Svejur detrás de ellos pronto y el caballo castaño de Ryn parecía estar desfalleciendo, quedándose atrás de él.

Aquí, en la carretera abierta y con poca cobertura, el maldito castaño señalaba el final de su escapada. Vanye comenzó a frenar en un lugar donde un recodo en la roca ofrecía alguna cobertura antes de que comenzasen los matorrales. Morgaine también se puso a cubierto, con Bebé Robado y el arma negra en su cinturón, sin duda. Y, por último, llegó Ryn desfallecido, se detuvo para golpear al castaño y hacerle moverse, y el pobre animal recibió un flechazo, se levantó y se cayó de golpe, batiendo con las patas.

—¡Ryn! —rugió Vanye, su voz sonaba gutural y cascada, y Ryn se acercó tambaleándose, con el brazo ensangrentado donde la punta de una flecha había desgarrado la carne. No podía tensar la cuerda del arco que llevaba, éste era inútil. Los jinetes les presionaron entonces, acercándose, buscando un contacto íntimo en la lucha. Hombres de Nhi y Myya, y junto a ellos Erij.

Vanye desenfundó su mandoble, considerando que era demasiado tarde para otras defensas, y vio cómo Morgaine hacía lo mismo excepto en lo que desenfundo, él no intentaría situarse en su flanco para protegerla. La espada opalina cobró vida, sorbió flechas apartándolas de su curso, las dobló y las envió a otro lugar, y arrojó a un hombre en pos de ellas, gritando.

Los vientos aullaban en el interior de aquel vértice, la espada era segura con una mano que la conocía sobre su empuñadura. Y nada les tocaba. Nada atravesaba la red de temblores en el aire que tejió en su torno. A través de ondulaciones acuíferas, vio la silueta negra y furiosa de Erij. Erij retrocedió, pero otros no lo hicieron y se lanzaron adelante, hacia la nada.

Uno era Nhi Paren, otro Nhi Eln, Nhi Bren les seguía.

—¡No! —gritó Vanye, e intentó sujetar a Ryn que había gritado lo mismo y había saltado de su cubierta, interponiéndose entre los jinetes y la espada.

Y cesado de existir.

Morgaine arrojó la espada a un lado un instante más tarde. Un reflejo salvador demasiado tardío, su rostro reflejaba el horror. Un jinete pasó cabalgando, la golpeó y la arrojó hacia un lado tambaleándose...

Vanye hirió al caballo, desesperado y deshonorado, hizo caer al animal, derribó al jinete, y asesinó a Nhi Bren, quien jamás le había hecho daño alguno. Giró en redondo para ver el rayo rojo derribando a hombre y bestia indiscriminadamente, cadáveres y agonizantes, heridos retorciéndose. La mayoría de los que se acercaban tiraban las riendas, retrocediendo para ponerse a mejor cubierto. Todavía perseguidos por los rayos de fuego que iniciaban incendios en los arbustos y en la hierba. Había veinte animales y hombres tumbados en la carretera, las bajas visibles, y lenguas de

fuego aventadas por el viento ardían en los árboles secos. Bebé Robado aún desenfundada estaba en la mano derecha de ella.

El resto huía. Vanye observó con alivio que Erij se encontraba entre aquellos que escapaban; aunque él sabía que su hermano nunca se había echado atrás ante nada, Erij se daba ahora a la fuga.

Vanye se desplomó sobre sus rodillas, reclinado sobre la empuñadura de su espada y miró en torno suyo a lo que había hecho. Morgaine también estaba quieta; aunque todavía era opalina, el brillo de Bebé Robado era ahora tenue en su mano. Ella buscó su funda y fue de nuevo cristal, entrando en su hogar natural.

Y así descansó ella, con una mano en la roca. Hasta que, al cabo, con el gesto de alguien que había envejecido, se alejó de aquel lugar volviéndose a mirarle.

—Encontremos los caballos antes de que reúnan valor para otro ataque —dijo ella—. Vamos, Vanye.

Ella no lloró. Se levantó y la sujetó, temeroso de que se desplomase, porque ella andaba como alguien que estuviese a punto de hacerlo; y él pensó que ella lloraría en ese momento, pero tan sólo se apoyó en él durante un rato, temblando.

—Liyo —le rogó a ella—, no volverán. Quédate aquí. Déjame que busque los caballos.

—No —ella se separó de él, guardó el arma negra en su cinturón e intentó pasar la correa de Bebé Robado por su hombro, pero le temblaban demasiado las manos. Él le ayudó con esto. Ella aceptó el peso, lo ajustó en su hombro y lanzó una mirada atrás, antes de empezar a buscar junto a él adonde se habían dirigido sus cabalgaduras.

Y, con un crujido de los matorrales, hubo junto a ellos hombres marrones, grises, verdes y a manchas. Hombres de Chya que se interpusieron en su camino. Con aquellos hombres estaba Taomen y otros dos que no habían visto antes. Eran Chya de Ra-Koris, y su jefe era Roh que fue el último en aparecer.

Los ojos del señor de Chya barrieron la carretera ante ellos y observaron con horror lo que habían hecho.

Entonces, con un gesto circunspecto, llamó a Taomen y le transmitió sus órdenes. Taomen condujo a los otros de regreso al bosque.

—Venid —dijo Roh—. Uno de mis hombres sujeta vuestros caballos a poca distancia carretera abajo. Los reconocimos. Fueron ellos los que nos trajeron a ayudaros cuando los vimos huyendo en esta dirección.

Morgaine le miró, como dudando si debía confiar en este hombre, aunque había dormido recientemente en su casa. Entonces hizo una inclinación con la cabeza y comenzó a andar, el brazo de Vanye resultaba innecesario. Él se entretuvo limpiando la hoja de su espada en la hierba antes de alcanzarla. La espada de ella no necesitaba cuidados semejantes.

La verdad era que se trataba de cierta distancia. Y, pese a todo, otros hombres caminaban junto a ellos, además de Roh. Había murmullos en el bosque que les envolvía. Sombras cuya naturaleza no podían determinar, en el crepúsculo que se aproximaba. Pero era seguro que eran Chya o Roh se habría mostrado alarmado.

Y allí estaban sus caballos, siendo atendidos y frotados con hierbas secas. Los Chya no eran jinetes, pero daban a los animales un cuidado amable. Y por su parte, Vanye se lo agradeció a los hombres cuando recuperaron sus caballos. Entonces Morgaine también se lo agradeció. Él había creído que ella tenía un estado de ánimo que no le permitiría hacerlo.

—¿Podemos acampar con vosotros? —le preguntó Vanye a Roh, porque la noche estaba cayendo con rapidez y él estaba tan agotado que se sentía morir.

—No —le interrumpió Morgaine con decisión. Se quitó la correa de Bebé Robado y colgó el arma de la silla. Entonces recogió las riendas en torno al cuello de Siptah.

—Liyo. —Vanye raramente le ponía la mano encima. Ahora sujetó su brazo e intentó hacerle un ruego, pero la frialdad de la mirada de ella congeló las palabras en su garganta.

—Saldré —dijo él calladamente.

—Vanye.

—¿Liyo?

—¿Por qué eligió Ryn morir?

Los labios de Vanye temblaron.

—No creo que fuese consciente de que lo haría. Pensó que él podía detenerte. No era un ilin, no estaba bajo la ley del ilin. Uno de esos hombres era su señor, mi hermano. Otro era su propio padre. Ryn no era ilin. Debería haberse apartado de nosotros.

Pensó entonces que Morgaine mostraría algún signo de pena, algún remordimiento, si es que lo tenía dentro. Ella no lo hizo. Su cara siguió mostrando una expresión de dureza, y él se dio la vuelta no fuese que se avergonzase, tanto a causa de la pena como de la cólera. Medio ciego, buscó las riendas de su caballo y se arrojó sobre su grupa. Morgaine ya había montado. Espoleó a Siptah que partió veloz por la carretera siguiendo su orden. Roh sujetó su rienda un momento y levantó la vista hacia él.

—Chya Vanye, ¿adonde va ella?

—Es asunto suyo, Chya Roh.

—Nosotros los de Chya tenemos tanto ojos como oídos bien situados en Morija, sabíamos cuál sería vuestro camino si pasabais de Kursh a Andur. Esperábamos, contábamos con una lucha. No... esto.

—Me estoy retrasando, Roh. Suelta mi rienda.

—El juramento del ilin es más que la sangre —dijo Roh—, pero, Chya Vanye, eran familia tuya.

—Suéltame, te digo.

El rostro de Roh se tensó bajo el peso de alguna idea. Entonces sujetó con una mano la brida, mientras que con la otra retenía firmemente la rienda.

—Llévame —dijo él—. Os conduciré hasta el límite de mis tierras, y sé que no os entretendríaís por un hombre a pie. No deseo más accidentes con Morgaine. Revolvisteis Leth y todavía están al acecho; nos trajisteis a los Nhi y a los Myya, y a Hjemur, a un tiempo. Y ahora Baien está revuelto. Esta mujer trae guerras igual que el invierno trae tormentas. Os conduciré a salvo hasta el final de este camino. Mi presencia con vosotros será suficiente para cualquier hombre de Chya que encontréis, no permitiré que sus vidas sean arrebatadas como ella arrebató las de aquellos Nhi.

—Arriba, pues —dijo Vanye, entonces, apartando el pie del estribo. Aunque Roh era un hombre delgado, su peso era, aun así, una crueldad para con el medio agotado animal, pero era todo lo que podía hacerse. Tenía miedo de perder a Morgaine si se entretenía más.

Roh se colocó detrás de él, se agarró y Vanye espoleó al animal. El caballo intentó adoptar un paso rápido, no pudo mantenerlo y se acomodó, de repente a un ritmo más lento. Vanye aflojó las riendas como muestra de compasión.

Morgaine no mataría a Siptah. Él sabía que cuando su rabia se hubiese calmado iría a un paso más lento. Y, tras un rato cabalgando, la vio, donde la carretera se convertía en un simple sendero a través de un arco de árboles. Un pálido de la grupa de Siptah y el manto blanco de ella en medio de la oscuridad.

Él puso entonces el caballo a un paso más veloz, y ella se detuvo y le esperó cuando le escuchó acercarse. El arma negra estaba en su mano cuando se acercaron, pero la guardó.

—Roh —dijo ella.

Había humedad en sus mejillas. Vanye la vio y se alegró por eso. Se inclinó. Una muestra de cortesía que ella devolvió. Ella entonces se mordió el labio y apoyó las dos manos en el pomo de la silla.

—Acamparemos —dijo, sensata y calmada, con los modales que él conocía— en cualquier sitio que encuentres que resulte seguro.

CAPÍTULO IX

IVREL ocupaba ahora todo el horizonte, coronada por la nieve y perfecta entre los picos desiguales de la cordillera de Kath Vrej, una anomalía entre las montañas. El cielo era azul y todavía parecía teñido por la puesta de sol hacia el este hasta donde alcanzaba la vista. Una estrella solitaria permanecía elevada a la izquierda del cono de Ivrel.

Este lugar en el borde norte de Irien era hermoso. Resultaba difícil recordar su maldad.

—Otro día —dijo Morgaine—, quizá otra acampada, y estaremos allí. Y cuando Vanye alzó la vista hacia ella no descubrió el anhelo que había esperado encontrar, sólo cansancio y miseria.

—¿Es entonces Ivrel lo que buscas? —preguntó Roh.

—Sí —dijo ella—, siempre lo fue —y le miró—, chya Roh, esta es la frontera de Koris. Nos despediremos aquí. No hay necesidad de que nos acompañes a más distancia.

Roh frunció el ceño al mirarla.

—¿Qué es lo que tienes que ganar en Ivrel? —dijo él—. ¿Qué es lo que estás buscando?

—No creo que esto tenga importancia entre nosotros, Roh. Adiós.

—No —dijo él roncamente. Cuando Morgaine había hecho andar a Siptah, ignorándole—. Te lo pregunto. Por la bienvenida que te brindamos, Morgaine Kri Chya, te lo pregunto, y si te alejas de mí cabalgando, te seguiré hasta que sepa a qué es lo que he ayudado, sea bueno o malo.

—No puedo decírtelo —dijo ella—, excepto que no hará daño alguno a Koris. Cerraré la Puerta y no volveréis a verme. Con eso te he dicho todo, pero sigues sin comprenderlo. Si hubiera deseado proporcionarte los medios de crear a otro Thiye, tendría que detenerme para explicártelo, pero tardaría demasiado y odiaría dejar detrás de mí ese conocimiento.

Roh la miró tan intranquilo como antes, y volvió su cara hacia Vanye.

—Pariete —dijo él—, ¿me llevarás a la grupa?

—No —dijo Morgaine.

—No tengo permiso —contestó Vanye.

—Nos retrasarás Roh —dijo Morgaine—, y eso podría representar un problema.

Roh se echó las manos al cinturón e hizo un gesto de disgusto.

—Entonces os seguiré.

Morgaine orientó a Siptah hacia el noroeste, y Vanye, triste, espoleó su caballo. Roh corría detrás. Aunque iban a un ritmo relajado, no deseando apurar a los caballos, estaban atravesando las fronteras de Koris y de Chya. Y ya no había

seguridad para Roh ni para ningún otro hombre a pie. Él podía seguirles hasta el momento en que fuesen atacados por hombres, o bestias, de Hjemur. Ella le permitiría morir antes que retrasarlos.

Lo mismo tenía que hacer él. En una pelea no se atrevía a tener a su caballo entorpecido. En una fuga, su juramento insistía que debía permanecer al lado de Morgaine, y no podría hacerlo con una doble carga, ni arriesgarse a castigar a su caballo antes de la hora de necesidad de ella.

—Roh —rogó a su primo—, será tu fin.

Roh no le contestó, sino que colocó su equipo en una postura más cómoda sobre su hombro y continuó andando. Habiendo sido educado por los Chya, Roh era capaz de recorrer a pie distancias considerables a gran velocidad, pero tenía que saber que era prácticamente seguro que moriría.

Si hubiera dependido de él la decisión, pensó Vanye, habría cabalgado hacia delante a todo galope, para que Roh se diese cuenta de que no podría continuar con eso y abandonase esa locura, pero no era su decisión. Morgaine llevaba su caballo al trote. Ese era el ritmo que ella impuso, y al mediodía Roh fue capaz de alcanzarles y compartir la comida de ellos. Este favor lo hizo ella sin escatimar, pero volvió a quedarse retrasado cuando partieron.

De no ser por saber dónde estaban, la región resultaba hermosa todavía durante alguna distancia considerable; pero cuando los pinos empezaron a sustituir a los árboles propios de las llanuras y empezaron a trepar sobre suelo nevado, entonces Vanye se preocupó por Roh y miró atrás para ver cómo estaba.

—Liyo —dijo él entonces—, permíteme desmontar y andar un rato, y él cabalgaría. Esto no cansará más al caballo.

—Su elección de venir fue asunto suyo —dijo ella—. Si tenemos problemas inesperados, te quiero a ti a mi lado y no a él. No. Vos no lo haréis.

—¿No confías en él, liyo? Dormimos en Ra-Koris bajo su custodia, y entonces tuvo posibilidades suficientes de hacernos daño.

—Esto es así —dijo ella—. Y entre los hombres del Andur-Kurs confié en él después de vos, pero vos sabéis cuan pequeño es el límite de mi confianza. Y tengo aún menos caridad.

Y él se puso entonces a pensar en la noche y el día que tenían por delante, los cuales aún tenía él que servir, y en que ella había dicho que moriría. Esto le entristeció, así que, por un rato, no pensó en Roh, pero consideró que había algo que pesaba en el ánimo de ella.

Ella volvió a hablar del asunto, entrada la tarde, cuando los caballos tenían un camino más fácil a lo largo de una loma. La nieve congelada crujía debajo de ellos y sus alientos colgaban en gélidas bocanadas incluso bajo la luz del sol, pero era un sitio fácil, después de las rocas y el hielo que habían atravesado.

—Vanye —dijo ella—, vos tendréis dificultades para abandonar Hjemur una vez yo me haya marchado. Sería mejor si vos tuvieseis un lugar adonde ir. ¿Qué haréis vos? Nhi Erij no os perdonará por lo que he hecho.

—No sé qué haré —dijo él tristemente—. Está Chya, siempre queda Chya, si Roh y yo salimos con vida de esto.

—Os deseo bien —dijo ella suavemente.

—¿Debéis morir? —le preguntó a ella.

Los ojos grises de ella adquirieron un aspecto inusitadamente amable.

—Si tengo elección —dijo ella—, no lo haré, pero si lo hago, vos no quedáis libre. Vos sabéis lo que debéis hacer: matar a Thiye, y puede que entonces Roh os resulte útil, por eso le permito seguirnos. Pero, si vivo, de todos modos atravesaré la Puerta de Ivrel, y al atravesarla la cerraré. Entonces llegará el final de Thiye, pase lo que pase. Cuando Ivrel se cierre, todas las Puertas de este mundo deberán cerrarse y morir. Y sin las Puertas, Thiye no puede preservar su vida antinatural. Vivirá hasta que este cuerpo le falle y entonces no podrá reclamar otro. Lo mismo sucederá con Liell y con todas las cosas malvadas que sobreviven gracias a las Puertas.

—¿Y qué será de ti?

Ella levantó los hombros y los dejó caer.

—No sé dónde me encontraré. En otro lugar. O repartida, como los hombres en Kath Svejur. Yo no lo sabré, hasta que atraviere, adonde puede conducirme. Esta es mi tarea, sellar las Puertas. Continuaré hasta que no quede ninguna... y no sabré esto hasta que atraviere la última y no encuentre nada.

Intentó comprender lo que ella le decía, no consiguió imaginarlo y se echó a temblar. No sabía qué decirle a ella porque no sabía qué era lo que ella quería decir.

—Vanye —dijo ella—, tú has desenfundado Bebé Robado. Le tienes el miedo adecuado.

—Cierto —reconoció él. El asco estaba en su voz. Sus ojos grises le recorrieron de arriba a abajo y lanzó una rápida mirada en dirección a la figura distante de Roh, por encima del hombro.

—Os diré a vos —dijo ella suavemente— lo que necesitáis saber en caso de que algo me sucediese. Vos no necesitáis leer lo que está escrito en la espada, pero es la llave. Chan lo escribió sobre la espada por miedo a que todos nosotros muriéramos o que tuviera que pasar a otra generación de los nuestros, con la esperanza de que, con esto, Ivrel todavía pudiese ser sellada. Es para ser empleada en Ra-Hjemur, si os veis obligado. Su campo, orientado hacia su propia fuente de poder, resultaría en la ruina de todas las Puertas. O arrojado a la verdadera Puerta resultaría en lo mismo. Desenfúndala y arrójala a través. De las dos maneras será bastante.

—¿Qué son los escritos sobre ella?

—Suficiente para proporcionar, a quien fuese capaz de leerlo, más conocimientos

sobre las Puertas de lo que a mí me gustaría que existiesen. Es por eso que la llevo tan cerca de mí. Es indestructible, excepto por las Puertas. No me atrevo a abandonarla. No me atrevo a destruirla. Chan fue un loco al fabricar algo semejante. Es un riesgo demasiado alto. Todos le advertimos que el conocimiento qujalín no era para que nosotros lo empleásemos. Pero está hecha y no puede deshacerse.

—Excepto por medio de los Fuegos Brujos.

—Excepto por eso.

Y después de que hubiesen cabalgado un rato, ella dijo:

—Vanye, vos sois un hombre bravo. Os debo el hablaros claramente. Si vos empleáis Bebé Robado de la manera en que os indiqué, moriréis.

—No soy un hombre valiente, Liyo —el frío autoconocimiento filtrándose desde su interior.

—Pienso de otra manera. ¿Os mantendréis en vuestro juramento?

Reunió las hebras de sus ideas, desparramadas y retorcidas por el conocimiento que ella le había dado. Se encontraba extraordinariamente sereno en aquellos instantes, lo que él había sabido desde un principio ocupaba su lugar, tal y como debía ser.

—Me mantendré.

—Él llega —dijo Vanye aliviado. El sonido de la nieve aplastada por pies venía de más allá del lugar donde se habían detenido a esperar. Estaba oscuro. La nieve, iluminada por las estrellas, les rodeaba, brillante, excepto a la sombra de los pinos. Habían perdido a Roh de vista durante un rato.

—Déjame que vuelva hasta él.

—Quédate donde estás. Si es Roh, llegará de todos modos —dijo ella.

Y, finalmente, nada más que una sombra entre las sombras unidas de los pinos de la cuesta inferior, allí llegó a pie Roh, tambaleándose a causa de la fatiga.

—Baja con él —dijo Morgaine. La única amabilidad que había tenido ella con el arquero como recompensa a sus esfuerzos.

Vanye lo hizo con ganas. Se reunió con Roh a mitad de la colina y detuvo su caballo, ofreciéndole el estribo y la mano.

La cara de Roh estaba tensa, con los labios separados y el aire gélido escapándosele en grandes y bruscas bocanadas. Por un instante, Vanye creyó que Roh no aceptaría ninguna amabilidad procedente ahora de él. Había cólera en aquella expresión. Pero él desmontó y ayudó a subir a su primo, montando a la silla después. Roh se desplomó contra él. Condujo al caballo cuesta arriba al paso porque el aire se volvía tenue aquí y le dolían los pulmones.

—Este es un lugar adecuado para acampar —dijo Morgaine cuando se hubieron reunido con ella—. Se puede defender —e indicó una zona de rocas y arbustos, era

verdad. Como fuese que lo había adquirido, ella tenía ojo para estas cosas.

—Seguramente —dijo Vanye— nos irá mejor sin fuego esta noche.

—Creo que sería sensato —estuvo de acuerdo ella. Se deslizó, aflojó la correa de Bebé Robado y comenzó a soltar la silla. Siptah pateó desconsoladamente la tierra helada. Todavía les quedaba grano de las provisiones que los hermanos les habían proporcionado. También quedaba comida. No sería una acampada triste, comparada con otras que habían hecho en Aenor-Pywn.

Vanye permitió a Roh deslizarse al suelo y él fue detrás. El arquero se cayó, comenzó inmediatamente a intentar levantarse pero Vanye se arrodilló junto a él y le ofreció beber agua que no estaba congelada al haber llevado la cantimplora cerca del calor del caballo. Y empezó a dar masajes al hombre para calentarlo. Había peligro de congelación en las extremidades, particularmente los pies. Roh no estaba vestido para esto.

Morgaine se inclinó en silencio y cambió su capa por la de Roh, y el arquero inclinó la cabeza para indicar su gratitud. Sus ojos se fijaron en ella con tal mezcla de agradecimiento y enojo que resultaba difícil saber cuál prevalecía.

Alimentaron a sus caballos y comieron, lo que les proporcionó calor. Se habló poco. Quizá se habría dicho más de no haber estado Roh presente. Pero a Morgaine no le apetecía hablar.

—¿Por qué? —preguntó Roh con una voz casi inaudible a causa del frío—. ¿Por qué insistes en dirigirte a ese lugar?

—Es la misma pregunta que hiciste antes —contestó ella.

—Y todavía no ha sido contestada.

—Entonces no puedo contestarla a tu satisfacción —dijo ella.

Y le dio a Roh su capa, recogiendo la suya propia de nuevo, y se acercó a una roca donde estaba guarecida del viento. Allí durmió con Bebé Robado entre los brazos como siempre.

—Duerme —le dijo entonces Vanye a Roh.

—Tengo demasiado frío —aclaró Roh. Ante este remordimiento, Vanye sintió remordimientos de conciencia y le miró apologeticamente. Roh guardó silencio un rato, su rostro parecía tenso a causa de la fatiga y la tristeza continuada, sus miembros apretados bajo su delgada capa.

—Creo... —la voz de Roh era ronca, casi imposible de oír—... creo que moriré en esta carretera.

—Es sólo un día más. —Vanye intentó darle ánimos—. Un día más, Roh, puedes aguantarlo.

—Puede ser. —Roh dejó caer su brazo sobre sus rodillas y apoyó en ellas su cabeza. Al cabo la levantó, con los ojos hundidos en las sombras—. Primo Vanye, por nuestro parentesco, contéstame. ¿Qué es lo que ella busca, tan terrible que no puede

permitirme saberlo?

—No es nada que amenace a Chya o a Koris.

—¿Estarías lo bastante seguro como para jurarlo?

—Roh —le rogó Vanye—, no sigas presionándome. No puedo seguir contestando a pregunta, tras pregunta y tras pregunta. Sé lo que pretendes hacer. Obligarme a justificar mi camino paso a paso hasta contestarte como deseas. Y no lo haré, Roh. Basta. Deja la cuestión.

—Creo que tú mismo no lo sabes.

—Basta, Roh. Si las cosas van mal en Ivrel, entonces te diré todo lo que realmente sé, pero hasta ese momento estoy obligado a guardar silencio. Duérmete, Roh. Duérmete.

Roh se quedó sentado un rato, con las rodillas dobladas y los brazos envolviéndole, sumido en sus pensamientos, y al cabo agitó la cabeza.

—No puedo dormir. Mis huesos están todavía congelados hasta la médula. Me quedaré un rato despierto. Duérmete tú. Te juro que no intentaré hacerte daño.

—Tengo mi propio juramento —dijo Vanye, aunque estaba agotado y se le cerraban los ojos—. No me dio permiso para cambiar mi guardia por la tuya.

—¿Tiene que darte permiso para hacerlo todo, pariente? —la mirada de Roh era amable, su voz cariñosa como debería ser la de un hermano. Le recordaba una noche en Ra-Koris, cuando ellos se habían sentado juntos al lado del hogar y Roh le había dicho que, algún día, volviese a Chya.

—Así es lo que a ella le juré.

Pero transcurrida una hora o más, con el bosque tranquilo, el peso de la larga cabalgada y de los días de cabalgar sin dormir que la habían precedido, empezaron a pesarle mucho. Tuvo un momento de oscuridad, se despertó sobresaltado al encontrar junto a él una sombra, notó la mano de Roh sobre su hombro. Casi gritó, pero sofocó ese grito en su garganta al darse cuenta de que era sólo Roh, que estaba despertándole.

—Primo, estás agotado. Te digo que te sustituiré en tu guardia.

Era razonable. Era sensato.

Él podía escuchar en su mente lo que Morgaine opinaría de algo semejante.

—No —dijo él cansino—, es la hora de que ella haga la guardia. Descansa. Me moveré un poco. Si eso no me despierta, ella se levantará y hará la guardia. No tengo permiso para comportarme de otro modo.

Se levantó, tropezando un poco al hacerlo al estar sus piernas entumecidas a causa del frío y de la fatiga. Creyó que Roh pretendía ayudarle.

El dolor chocó contra su cráneo. Extendió los brazos para evitar caerse, perdió la mayoría de sus sentidos. Entonces el peso golpeó su cráneo una segunda y una tercera vez, y se hundió en la oscuridad. Le sujetaban cuerdas. Estaba frío y atontado en todo

el largo de su cuerpo donde había estado tumbado boca abajo. Casi todo lo que pudo hacer fue esforzarse hasta ponerse de rodillas. Y eso lo hizo ciegamente, temeroso de otro ataque en cualquier instante. Se elevó sobre una rodilla y vio un bulto blanco que era Morgaine. Roh de pie sobre ella, con Bebé Robado, enfundada, en sus manos.

—¡Roh! —le llamó Vanye en voz alta, rompiendo el silencio. Morgaine no se movió al sonar su voz, lo que envió un escalofrío a través de él. Le hizo ponerse en pie dando tumbos. Roh sujetó la espada como si fuese a desenfundarla, amenazándole.

—Roh —imploró Vanye roncamente—. Roh, ¿qué has hecho?

—¿Ella? —Roh miró hacia abajo, de pie como estaba sobre la forma yacente de Morgaine—. Está bastante bien, igual que tú. Una cabeza dolorida cuando despierte. Pero no me trataréis como me habéis tratado, Chya Vanye..., como ella me ha tratado. Tengo derecho a saber qué fue lo que alojé en mi casa, y esta vez me daréis una respuesta. Si quedo satisfecho, os dejaré marchar y me abandonaré a vuestro perdón. Pero si no, te lo juro primo, tomaré estas cosas malditas y las tiraré donde no puedan ser encontradas, y os abandonaré para que Hjemur y los lobos traten con vosotros.

—Roh, eres un vanidoso y un loco, y no tienes honor si haces estas cosas.

—Si eres honesto —dijo Roh—, y si ella lo es, entonces tienes derecho a sentirte indignado, lo admito. Pero esto no lo hago por orgullo. Thiye es suficiente. No quiero más Irien, más guerras de los qujales, nada más de la ralea de Hjemur. Y no creo que estemos más seguros con Thiye sólo que con Thiye y un enemigo suelto en nuestra frontera norte. Somos nosotros quienes perecemos en sus guerras. La ayudé, la habría defendido en Kath Svejur si ella lo hubiese necesitado. La hubiera ayudado, pariente. Pero ella me ha tratado como un enemigo, como un sirviente al que se despide. Creo que eso es todo lo que nosotros, los de Koris, seremos siempre para ella en el fondo. Trata a los hombres libres como te trata a ti, que tienes que conformarte. Y quizá tú te conformas, quizá tú disfrutas de tu rango con ella, pero yo no.

—Estás loco —dijo Vanye, acercándose un paso más de lo que Roh hubiera deseado. Las manos de Roh sacaron a Bebé Robado en parte de su funda.

—¡Déjalo! —susurró Vanye con urgencia—. No desenfundes esa cosa.

Roh se dio cuenta entonces de cuál era la naturaleza de la cosa que sujetaba y pareció dispuesto a tirarla en ese momento. Pero la enfundó de golpe y la arrojó, con asco, a través de la nieve.

—Armas qujalinas y guerra qujalinas —exclamó Roh disgustado. Koris ha sufrido suficiente de ellas, pariente.

Morgaine empezaba a revolverse, despertando. Se levantó de repente, con las manos atadas y estuvo a punto de caerse. Roh la sujetó. Y si se hubiese mostrado brusco con ella, Vanye se habría arrojado contra él, tal y como estaba, pero Roh le

ajustó la capa y le ayudó a sentarse, bien que ella parecía bastante menos que alegre de que él la tocara.

Morgaine, por su parte, parecía aturdida, lanzó a Vanye una mirada que ni siquiera le acusaba. Ella parecía sorprendida y bastante asustada. Le conmovió que él no hubiera sido capaz de servirla con mejores resultados que éstos.

—Liyo. —Vanye le dijo a ella—, este pariente mío me atacó por detrás. No creo que sea un malvado, pero sí que es bastante idiota.

—Sepárate —le dijo Roh a él—. Contigo ya he hablado lo que tenía que hablar. Ahora se lo preguntaré a ella.

—Suéltame —dijo ella— y no tendré esto en tu contra. —Pero un sonido se interpuso entre ellos, débil al principio, de nieve pisada. Les llegaba con una frecuencia creciente, justo en el límite del oído. Después, por todos lados, el suave crujido.

—¡Roh! —gritó Vanye angustiado, arrojándose al lugar donde descansaba Bebé Robado.

Los cuerpos oscuros estaban sobre ellos, hombres que gruñían como bestias. Y Roh cayó ante ellos, sumergido por la marea negra que formaban. Y la marea llegó hasta Vanye con manos que se cerraban sobre sus piernas. Se revolvió sobre su espalda, dando una patada a uno de ellos, que se retorció de dolor. Y fue sujetado, agarrado por las rodillas, una cuerda mordió sus tobillos terminando cualquier esperanza de resistencia.

Entonces le dejaron solo para que intentase levantarse sobre sus rodillas. Carcajeándose cuando lo intentó, por dos veces, y se cayó. A la tercera lo consiguió, sin aliento, y miró encolerizado sus caras barbudas.

No eran ni de Hjemur ni Chya.

Hombres de Leth, los bandidos del fondo de salón. Reconoció a los más vulgares de entre ellos.

Hubo tranquilidad durante un momento. Los golpes le habían dejado casi sin aliento y se inclinó hacia delante un poco intentando respirar. Levantó de nuevo la cabeza para mantener su mirada desconfiada en sus captores.

Estaban empujando a Roh, intentando hacerle recuperar la consciencia. A Morgaine la dejaban en paz. Ella tenía los tobillos atados, igual que él, y estaba apoyada contra una roca, mirándoles fijamente con la rabia de una loba.

Uno de los bandidos, que tenía Bebé Robado en la mano, la desenfundó en parte. Morgaine le miró con interés, como si en el corazón le diese ánimos al hombre para seguir adelante en su ignorancia.

Pero llegaban jinetes subiendo por la colina. La espada volvió de golpe a su funda, en manos culpables. Los bandidos se quedaron quietos y esperando, mientras los hombres a caballo llegaron al claro desde la colina, con los caballos resoplando

hielo a la luz de las estrellas.

—Bien hecho —dijo Chya Liell.

Desmontó y miró en torno suyo al claro, y uno le entregó todas las cosas que habían sido tomadas, todo el equipo de Morgaine. Y Bebé Robado, que Liell recibió con manos ansiosas y respetuosas a la vez.

—Obra de Chan —dijo él, e hizo una reverencia irónica a Morgaine. Examinó a Roh, que en ese momento estaba medio consciente, y rio con placer porque él y el joven señor de Chya eran viejos enemigos.

Entonces se acercó a Vanye, y mientras Vanye temblaba de asco se arrodilló junto a él y sonrió con una sonrisa traicionera. Con los modales de un señor colocó una mano sobre su hombro, como si se tratase de viejos amigos y de una manera demasiado posesiva.

—Ilin Nhi Vanye i Chya —dijo suavemente—. ¿Te encuentras bien, Nhi Vanye?

Vanye le hubiera escupido. Era el único recurso que le quedaba, pero tenía la boca demasiado seca. Tenía la mano de un letheno sujetándole la parte de atrás del cuello, así que estaba medio ahogado, no podía ni echar el cuerpo atrás. Y los dedos delicados de Liell tocaron y acariciaron un lugar amoratado en su sien.

—Tened cuidado con él —dijo Liell a los léthenos—, cualquier incomodidad que él sufra será pronto mía, y yo la recompensaré.

Y a los que le rodeaban:

—Colocadles en los caballos. Tenemos que cabalgar.

El día se volvió oscuro de nuevo, enrojeciendo las nieves que se extendían intactas frente a ellos. Se movían lentamente por los que marchaban a pie y por el aire más tenue. Liell cabalgaba el primero. Había recuperado su propio caballo negro y su equipo. Bebé Robado colgaba de su silla, sujeta bajo su rodilla.

Varios jinetes léthenos iban entre él y Morgaine, y dos hombres a pie conducían a Siptah. Igual que otros dos conducían el caballo en que habían colocado a Roh, quien no tenía fuerzas para caminar. Y la yegua negra que transportaba a Vanye era un favor personal de Liell, ofrecido con cínica cortesía. El cambio de una yegua por la que él había robado.

Y estaba atado. Con las manos a la espalda y los pies sujetos por sogas, que pasaban debajo de las costillas de la yegua. No podía ni estirar las piernas frente a las molestias de una cabalgada larga, y mucho menos ayudar a Morgaine. Ella y Roh tampoco estaban en mejores condiciones. Roh colgaba de la silla la mayor parte del tiempo, con la apariencia de un hombre que se colapsaría y caería si las ataduras se lo permitiesen. Morgaine, por lo menos, parecía ilesa, aunque él podía adivinar los tormentos que sufría en su mente.

Liell era un qujal y conocía la antigua ciencia. Quizá incluso podía leer las runas

de Bebé Robado, y entonces Thiye, a quien Morgaine había llamado un ignorante, un entrometido en la ciencia, tendría un rival al que no podría hacer frente.

Se encontraron de nuevo entre árboles, pinos, arbustos y a veces afloramientos de roca negra. Y los árboles empezaron a ser cosas retorcidas y achaparradas, retorciéndose más allá de la verdadera forma de los de su especie. Las ramas desnudas mostraban manojos de agujas achacosas, los troncos desnudos describían evoluciones dañosas y congeladas.

Y en la nieve vieron un dragón muerto.

Al menos parecía serlo. Un objeto coriáceo y retorcido, y los caballos se apartaban de él. Era monstruoso, congelado en sus estertores de muerte resultaba todavía más espantoso. Un ala membranosa estaba a medio desplegar, rígida y muerta. El otro lado eran huesos desnudos, tomado por otras bestias.

Los lethenos describieron un amplio rodeo en torno al cadáver. Vanye miró esa cosa mientras pasaban hasta que le dieron ganas de vomitar.

También vieron otras cosas muertas. Una de ellas parecía un hombre, pero los lobos se habían ocupado de él.

La luz se desvanecía en este lugar de maldad. Se movieron entre los pinos retorcidos, en medio del crepúsculo, y andaban con cuidado. Los hombres tenían los arcos y continuamente examinaban el bosque con la vista. Los árboles empezaron a escasear entonces y desaparecieron abruptamente. Sobre el gran saliente de la montaña había una elevación menor, y sobre ésta había columnas rotas, de color claro, cubiertas de runas y fuera de lugar entre las rocas negras del cono de Ivrel.

Y la Puerta.

Era enorme, a diferencia de la de Aenor-Pywn o la de Leth en Domen. El metal, que los años no habían corroído, trazaba una red de temblor que tenía profundidad. Las estrellas parpadeaban en un arco negro contra el lado blanco de Ivrel iluminado por el crepúsculo. El aire aquí afectaba los nervios. Los caballos luchaban para apartarse. Los hombres que cabalgaban se dispusieron a esperar.

Ayudaron a bajar a Morgaine, liberaron sus tobillos y la sujetaron a uno de los pocos pinos retorcidos que crecían tan próximos a la Puerta. Después le hicieron lo mismo a Roh, aunque él intentó luchar. Finalmente bajaron a Vanye y pensó que harían lo mismo con él. Pero, en vez de eso, Liell ordenó que lo llevaran más adelante en la fila.

Dio una patada a un hombre, que se desplomó al suelo retorciéndose a causa del dolor, y un letheno le golpeó, le derribó de una patada y le atacó con una daga. Vanye se encogió ante los golpes, resultando ileso gracias a la cota de malla, excepto cuando la daga hería su cuello o sus manos.

Y de repente Liell estaba junto a ellos, maldiciendo a aquel hombre. Otros lethenos levantaron a Vanye, y el hombre que le golpeaba se apartó atemorizado.

—¡Ningún daño! —dijo Liell—, que no se le haga ningún daño. Mataré al hombre que le haga una marca. —Y cuidadosamente aflojó el cordón de la capa de Vanye, se la dio a un hombre y caminó en torno suyo, completando un círculo. Entonces hizo ademán de tocarle y Vanye retrocedió, viéndose obligado a soportarlo con paciencia mientras Liell palpaba delicadamente los huesos para ver si estaban bien o no. Con humor negro, Vanye apreció el dolor en su cráneo, el dolor más fuerte en sus piernas y en sus articulaciones donde la cabalgada, atado a la silla, le había hecho moraduras; serían su única venganza en Liell. Era una cosa lamentable y triste, pensó repentinamente, que hubiesen sido capturados tan fácilmente. Y no era ningún consuelo que Roh estuviese a punto de pagar muy cara su estupidez.

Y en ese momento no quedaría nada de Nhi Vanye. Aunque su cuerpo seguiría vivo y moviéndose, albergando a Liell-Zri, quien ejercitaría su venganza en Roh y Morgaine.

Esta idea se grabó en él cuando Liell empezó a subir la última distancia, y empezaron a empujarle por la desolada cuesta. Le arrebató el valor que le quedaba, de modo que habría caído de no ser por los hombres que le empujaban a cada lado. Tropezó con las rocas sueltas, con Liell andando a su lado, con paso seguro en aquel lugar claro en que el aire cortaba los pulmones como un cuchillo. Frente a ello sólo estaba la Puerta, y las estrellas dentro y el viento que les empujaba delicadamente, apuntado hacia aquel hueco.

Creció conforme se acercaban, hasta que ya no hubo más cielo. Los lethenos que les acompañaban se echaron atrás, y Vanye imaginó, durante un momento de salvaje optimismo, que perderían su valor y no conseguirían sujetarle. Pero Liell les maldijo y les amenazó, y le arrastraron arriba y arriba hasta que se encontraron de pie, inclinándose ante aquel temible viento, situados en un lugar llano próximo a la Puerta.

Liell les ordenó entonces soltarle las cuerdas y sujetarle.

—No entraré en un refugio dañado —dijo él. Y eso hicieron y sujetaron sus brazos adormecidos y sus muñecas sin fuerza, echándolas atrás con tal fuerza que no conseguía librarse. Miró fijamente aquel gran vacío mareado, vacilante y con el equilibrio perdido estando de pie.

—¿Cómo se hace? —le preguntó a Liell. Él no quería saberlo, pero su valor nunca estaba a prueba de lo desconocido. Tenía miedo de que se avergonzaría en el último momento, echándose a llorar, si no sabía lo que era. Conocía las cosas de Morgaine, sabía que había leyes y realidades que las gobernaban. Insistía en creerlo, incluso en esto.

—Es menos agradable para mí que para ti —dijo Liell—. Debo arruinar éste, mi actual cuerpo, lo suficiente para morir. Pero a ti..., a ti te parecerá que caer durante unos instantes. Nunca llegarás al fondo. No tengas miedo, no sufrirás.

Liell reconocía su miedo y se burlaba de él utilizándolo. Vanye apretó los labios y se abstuvo de decir más, permaneciendo con la cabeza baja.

—Estos compañeros tuyos —dijo Liell—. ¿Les tienes cariño?

—Sí —dijo él.

Los labios de Liell formaron una leve sonrisa, que sus ojos no compartieron.

—Respecto a Chya Roh, esa es una cuenta antigua y personal que disfrutaré saldando. Lo que vas a entregarme es bien capaz de manejar al señor de Chya, de reclamar lo que él gobierna por la sangre que compartís. Y además reclamar Morija. Nunca apreciaste tu herencia como yo lo hago. Y no temas por Morgaine, sin sus armas es inofensiva. Y tiene conocimientos que a mí me serán de gran interés. Y de otras maneras, con tu juventud, ella resulta interesante. Flis termina por cansar.

Vanye hizo un sonido como de escupir, que a Liell ni le hizo gracia ni le preocupó, y empezaron de nuevo a trepar. Se echó atrás, le dieron un doloroso tirón de brazos y abandonó la resistencia, perdido en lo que se alzaba ante ellos.

La oscuridad cubría todo su campo de visión, estrellas más numerosas que las que brillaban en el cielo. El aire estaba muerto. Atontaba. La visión parecía estar a punto de absorberles en aquella nada temblorosa. Aunque trepaban, parecía un foso, una caída hacia abajo en que uno podía caer y caer y que se acercaban, de una manera imposible, al borde. La montaña sobre la que caminaban parecía haberse apartado de su alineación con la tierra. El viento daba vueltas en torno a ellos, dotado de voz propia y maléfico, zumbando con poder, entorpeciendo los sentidos.

Liell alcanzó la Puerta y tocó su arco. Sus dedos se movieron sobre ella, y, de repente, se hizo la oscuridad completa dentro de la Puerta. El viento se detuvo. El zumbido alteró su tono, pasando a un registro más alto. La opalescencia de Bebé Robado brillaba y fulguraba en el interior del arco, iluminándoles.

Los lethenos se acobardaron. Vanye giró, se arrojó cuesta abajo, perdió el pie y se deslizó, chocó contra un lugar llano y se puso de pie tambaleándose, mareado, ciego, consciente de gritos, delante y detrás de él, en medio del crepúsculo que caía.

Fuera, era lo único que sus sentidos captaban en aquel momento; e inmediatamente detrás de aquel atisbo de razón: Morgaine.

No podía ayudarla. Habría una docena de hombres sobre él antes de que pudiese soltarla.

Bebé Robado.

Echó a correr, se deslizó, protegido por la malla, pero dejándose la piel de las manos en las rocas. Golpeándose en un saliente de roca tras otro. Los hombres intentaron detenerle en el fondo. Tomó aire, giró a la izquierda apartándose de Morgaine y Ron, espantando a los caballos mientras escapaba. Entonces estuvo ante él el negro conocido, saltó sobre la silla y la bestia se asustó y él se agarró, se sujetó firmemente a la silla y tomó las riendas que volaban. La bestia le reconoció, tomó

fuerzas y salió adelante bajo su guía.

En su búsqueda ya partían jinetes. Gritos y tumulto inmediatamente detrás de él, aunque no volaban flechas. Ni siquiera buscó la colina, ni se atrevió con el peso del aire, ni con perseguidores y enemigos y un caballo asustado para complicar las cosas. Dio la vuelta por el camino que habían recorrido.

Si la Puerta le estaba cerrada, todavía quedaba Ra-Hjemur, donde Thiye gobernaba. Estaba Bebé Robado bajo su rodilla, su empuñadura con forma de dragón resultaba familiar a sus dedos ansiosos. Con esto en su mano y el poder de la Puerta para alimentarlo podía abrirse camino a la fuerza hasta el corazón del poder de Thiye. Destruir su fuente, lo que quiera que fuese. Destruir la Puerta, destruirse también a sí mismo y a Morgaine, lo sabía. Y a Liell.

El mundo todavía no había visto lo que Liell sería capaz de hacer con el poder de Morgaine añadido al suyo propio. Thiye era pequeño comparado con ese mal.

Condujo al caballo sin piedad, golpeando al animal con la fusta a través de cuevas nevadas y de senderos, haciendo todo lo que podía para llegar a Ivrel.

Incluso Liell debía temerle ahora. Incluso las otras armas de Morgaine no eran nada en comparación con la espada opalina que se bebía los ataques y los mandaba a otro lugar, que se bebía las vidas y las arrojaba a la nada. Y armado como estaba, con ese poder en sus manos, era una locura matar a su caballo que era la mejor esperanza que tenía de alcanzar Hjemur. Recuperó el buen sentido cuando ya había atravesado la parte más empinada del camino y llegado a la carretera principal. Allí disminuyó por fin el paso, permitiendo al caballo respirar.

La carretera le condujo alrededor del borde del declive inferior, torciendo hacia Hjemur. Tenía que ser así. No había ningún otro lugar en todo Hjemur que pudiese enorgullecerse de una carretera.

Mantuvo al caballo a un ritmo sostenido. Los lethenos puede que se mostrasen reacios a seguirle, pero Liell les obligaría. Tan cobarde como Morgaine decía ser, capaz de arriesgar la vida de otros antes que la suya. Corría riesgos formidables cuando resultaba necesario. Liell seguramente no resultaría distinto. Cuando la cautela no funcionase, entonces no se reservaría nada, nada. Cuando Liell supiese que las propias Puertas estaban en juego, entonces le seguiría. Su única esperanza residía que todavía no supiese lo que Bebé Robado era, o que un ilin de Morija comprendía lo que debía hacerse con la espada.

Una sombra cayó sobre él. El negro relinchó y se echó atrás. Y el impacto le golpeó en el hombro, derribándole, inexorablemente, sobre la grupa del negro, haciéndole caer, precipitadamente, sobre el duro hielo y la nieve. Moviéndose las articulaciones. Los huesos incólumes, pero afectados por la sacudida. Intentó recuperar el control de sus golpeados miembros y moverse, pero una espada corta, colocada debajo de su barbilla, obligó a su cabeza a volver entre la nieve

entumecedora. Un cuerpo se alzaba sobre él. El brazo, que descansaba sobre la rodilla de la figura, terminaba abruptamente.

—Hermano —dijo Erij susurrando.

CAPÍTULO X

ERIJ-VANYE intentó levantarse por segunda vez, y con un movimiento repentino Erij se echó atrás y se lo permitió. Entonces guardó de golpe la hoja del Honor en su cinturón y avanzó un poco por la carretera, adonde estaba su caballo junto al negro de Vanye.

Vanye se levantó de la zanja tropezando, cojeando. Intentó en vano alcanzarle e impedirle hacer lo que planeaba. Vio con desmayo que Erij ya había encontrado lo que el caballo negro portaba en su silla.

Una sonrisa salvaje se extendió por el rostro de Erij cuando tomó la espada enfundada entre sus manos. Y con la empuñadura sujeta con la mano y la funda apoyada en el hueco de su brazo esperó la llegada de Vanye.

Vanye no llegó a acercarse ante la amenaza que él representaba. Con miembros aún temblorosos intentó recuperar el aliento y el ingenio, y presentar algún tipo de argumento razonable.

—Hay un qujal que ha salido de Leth —comenzó con una voz que apenas era audible—. Erij, Erij, detrás de mí vienen los lethenos y el mismo diablo. Estamos los dos en peligro. Te acompañaré hasta salir de esta carretera. No intentaré escapar, al menos en esa distancia. Lo juro, Erij. Te lo juro.

Erij le examinó. Sus ojos oscuros resultaban líquidos en la oscuridad. Entonces hizo una inclinación para expresar una decisión abrupta. Enganchó la funda de Bebé Robado a su propio cinturón —manco como era, la llevaba a la cintura antes que al hombro— y saltó sobre la silla.

Vanye arrojó su dolorido cuerpo sobre la silla en un segundo esfuerzo. Puso al negro a galopar carretera abajo en compañía de Erij, adentrándose a través de senderos secundarios en el bosque, aunque a cada paso el bosque resultaba más ominoso en sí mismo. Los caballos avanzaban ahora con paso cuidadoso, tanteando su camino sobre el suelo rocoso. Había todavía zonas con nieve en las que dejar huellas. Pero el bosque y los arbustos eran tan densos que perseguirles no resultaría fácil para cualquier grupo de hombres, y su pista quedaba algo oculta. Este lugar no contenía ningún sentimiento de seguridad. Más bien el tipo de nerviosismo que le habían despertado todas las emboscadas de Erij, de la infancia en adelante, una sensación de alarma que le producía ganas de gritar. Hasta tal punto que pensó que, como en otro sueño de Aenor-Pywn, podría haber cabalgado hasta este lugar en un mal sueño, en el cual hubiese muerto. Los árboles, las rocas se grababan en su vista. Sus sentidos se agarraban a ellos tan fuertemente como sus dedos podrían agarrarse a un último resto de solidez. Estoy perdiendo éstos, pensó y estoy loco acompañándole de esta manera. Pero no le quedaban fuerzas, y Erij tenía Bebé Robado, retenía su deber como ¡Un de rehén! Su esperanza insistía en que Erij era razonable, se podía

razonar con él.

Entonces, en un espacio despejado entre los árboles, Erij sujetó las riendas y le ordenó que desmontase.

El pánico le asaltó. Estuvo a punto de espolear el caballo, pero se encontró a sí mismo desmontando, cuidadoso a causa de las rodillas doloridas al tomar el equilibrio en el suelo. Se movió incierto al ordenarle Erij que se dirigiese al centro del claro.

—¿Dónde está ella? —preguntó Erij. Y, mientras hacía la pregunta, desmontó y desenganchó la funda de Bebé Robado.

Entonces supo con certeza que Erij planeaba matarle una vez contestase. Y Bebé Robado se deslizaba, inexorablemente, por su funda. Erij, una vez que conocía la naturaleza de la espada, era bien capaz de manejarla.

Vanye se arrojó contra Erij a la altura de la cintura, se agarró a él y cayeron juntos. Bebé Robado cayó todavía enfundada.

El codo de Erij le golpeó en la cara, cegándole. Vanye se encontró debajo otra vez, repentinamente, perdiendo, como siempre había perdido, con sus hermanos, siempre había sido así. No podía ver, no podía respirar, no pudo sentir por un momento. Con sus últimas fuerzas se agarró y empujó, luchando sólo por hacer palanca. Entonces sus manos estamparon la cabeza de Erij contra el suelo nevado, una y otra vez, hasta que los miembros de Erij se aflojaron y dejó de luchar.

Se levantó para alcanzar Bebé Robado, la cabeza aclarándose mientras alcanzaba el caballo. Sujetaba la funda de la espada, mientras tanteaba ciegamente en busca de las riendas.

El caballo relinchó. El empujón de Erij le hizo aterrizar en la parte inferior de su espalda, arrojándole, atontado, casi debajo de las herraduras. Bebé Robado voló de sus dedos sin fuerzas más allá de su alcance, y cuando intentó alcanzarla, Erij le dio una patada en el cuello, se levantó a medias, atontado, y se encontró con el puño de Erij que le arrojó de espaldas sobre la nieve. Erij se colocó entonces sobre él, con la rodilla sobre su pecho. Su brazo mutilado era lo bastante fuerte como para apartar el de Vanye. Erij sacó la hoja del Honor de su cinturón y la introdujo en las protecciones del cuello de la armadura cortando las correas como hilo podrido.

—Un tercio de Nhi murió en Irn-Svejur —le dijo Erij ronco y sin aliento—. Tu obra y la suya. ¿Dónde está ella?

Vanye tragó bajo la presión de la espada, incapaz de contestar. Luchó instintivamente para respirar y se congeló al notar la humedad goteando por los lados de la garganta. El dolor puro se movió en el filo del cuchillo cuando éste se apartó un poco.

—Contéstame —siseó Erij.

—Leth —movió un brazo pesado como todo un cuerpo, se detuvo—. Qujal...

Hombres de Leth la capturaron... para obligarla a entregarles lo que sabe, Erij... Erij, no me mates. Tendrán los conocimientos de ella..., los suyos..., junto los de Thiye... contra nosotros.

La presión se aflojó por completo, pero estaba allí. La débil esperanza de despertar el interés de Erij hacía que le corriese el sudor. La rodilla de Erij entorpecía su respiración. Notó cómo perdía contacto con sus sentidos, mareado y atontado.

—¿Y tú bastardo? —le preguntó Erij—. ¿Qué estás haciendo suelto y solo?

—Hjemur..., la fuente. Eso puede detenerles. Voy a matar a Thiye. Tomar Ra-Hjemur. Erij, déjame ir.

—Bastardo, te he perseguido desde Irn-Svejur. Los otros no tenían estómago para el territorio de Hjemur y las armas de Morgaine, pero les juré que iría hasta donde fuera necesario para volver con tu cabeza. Te hubiera traído vivo entero. Pero, manco como estoy, no puedo. Por Nhi y por Myya, por San y Torin, especialmente por Nhi y sus muertos, haré esto y luego estudiaré la mejor manera de utilizar este regalo que me das. No tengo enemigos a los que deba temer mientras lleve esto. Si podía llevarte a salvo a Ra-Hjemur, también puede hacerlo por mí.

—Acompáñame allí, entonces.

—Una vez te ofrecí la oportunidad de compartir el poder, bastardo, y era de veras. Pero amabas a la bruja más de lo que amabas Morija. Lo bastante como para matar a Nhis por ella.

—Erij, sabes por lo menos que no quebrantaré un juramento. Ayúdame... hasta Ra-Hjemur. Ahora, antes de que nuestro enemigo la tome. Déjame que me vengue de Thiye... por Morgaine. En el qujal también si puedo. Lo que digo tiene sentido, Erij. Escúchame. Seguramente hay armas en Ra-Hjemur. Y si caen en manos de nuestro enemigo, incluso estar en posesión de Bebé Robado puede que no sea suficiente para tomar la ciudadela. Hazlo. Ven conmigo. Ese es mi juramento con ella, ocuparme de Thiye. Después de eso, cualquier cosa que suceda es entre nosotros dos, no me quejaré de nada.

Los sombríos ojos de Erij adquirieron un aspecto cerrado y calculador.

—Fuiste condenado a ser un ilin por la ley de nuestro padre a causa de Kandris. Y quedarás limpio de eso si te escucho. Pero todavía tienes que satisfacerme a mí. Supongamos que te condenase a otro año.

—Creo que eso sería poca cosa para satisfacerte.

—Jura —dijo Erij—, por el mismo juramento que tienes con ella, que te quedarás para ser reclamado por mí. Sin traiciones ni ayuda de ella, si de alguna manera sobrevive. Y ése no será un año que vayas a agradecer, bastardo Chya, y no me impedirá entregarte a los parientes de Paren y Bren cuando haya terminado. Pero vale la pena para ti, me abstendré de cortarte la garganta aquí y ahora. Hasta te acompañaré a Ra-Hjemur. ¿Es eso lo que quieres, bastardo? ¿Pagarás eso?

—Sí —dijo Vanye sin vacilar, con la espada de Erij descansando todavía debajo de su mentón.

—Y me apuesto —dijo Erij— que sabes cómo emplear la espada y que conoces a la bruja mejor que ningún otro ser vivo. Si tomar Hjemur te purga de ella, siendo ése el servicio que ella mencionó y no simplemente un año, entonces acordemos, hermano, que si Hjemur cae, entonces esto es mío y tú eres mío a partir de ese momento. Y tú no mencionarás este juramento ni a ella, ni a Thiye ni a nadie.

Vio entonces la trampa que preparaba para Morgaine. Traición esperando traición en todo el mundo, y admiró la astucia del hombre: Myya en esencia, pensando en todas las posibilidades menos en una, que ninguno de los dos sobreviviese a la toma de Hjemur.

No le gustaba el juramento, estaba formulado de una manera demasiado ajustada.

—Estaré de acuerdo —dijo él.

—Y por tu alma que no me traicionarás —dijo Erij—. Me entregarás a Hjemur, a Thiye, a la bruja y a ese qujal.

—A tantos como sobrevivan —concedió Vanye.

—No me abandonarás ni alzarás la mano contra mí antes de entonces.

—De acuerdo.

—Tu mano —dijo Erij.

No era lo correcto. Por la ley del ilin no debía someterse a otro juramento, y cualquier conflicto entre las dos obligaciones recaía sobre su alma, su fallo. Entregó su mano y apretó los dientes al pasar la hoja de Erij sobre su palma. Entonces, Erij la tocó con su boca y Vanye, igualmente, escupió sangre sobre la nieve. No era una reclamación porque no había firma, pero era un juramento, y vinculante. Y cuando Erij le soltó para ponerse en pie, se arrodilló para apretar la nieve en su puño, como había hecho en una caverna de Aenor-Pywn en una ocasión, temblando ahora en su completa miseria, hasta tal punto que pensó que sus sentidos le abandonarían.

La liyo a quien servía podía, con derecho, condenar su alma a la perdición. Y había concedido a su hermano ese mismo derecho. Y, sin embargo, sabía que recibiría misericordia de Morgaine y ninguna de Erij. Sabía que su liyo, aunque ella fuese cruel de otras maneras, no le maldeciría, y este conocimiento de ella, perversamente, le hizo decidir cuál de los dos juramentos seguiría.

Y matar a su hermano como había matado a un tercio de la familia Nhi.

Y había hecho esto por su liyo, sirviéndola. Su juramento le había vinculado y había matado a parientes. No parecía haber un acto peor que pudiera verse obligado a cometer.

Hasta ahora, que quebrantaba un juramento y mataba a su hermano por medio de su silencio.

Me veo en la obligación de hablaros claramente. Si vos empleáis a Bebé Robado

en la manera que os he dicho, moriréis, le había dicho ella.

Bebé Robado no era selectiva en su destrucción.

—Vamos, en pie —llevó la espada al arnés de su silla, desplazando la suya al inútil lado derecho. Entonces tomó las riendas y montó, esperándole.

Vanye se levantó y buscó al negro, que estaba parado con las riendas colgando, a alguna distancia a través del claro. Puso el pie en el estribo y montó, notando un espasmo en sus maltrechos músculos.

—Eres el guía —dijo Erij—. Guíame. Y recuerda tu juramento.

Retrocedió por el camino que había venido y luego giró al norte, planeando volver a la carretera en un lugar diferente del que la habían abandonado. Cuando la tuvieron a la vista entre los árboles, se alegró de ver que todavía no había pisadas sobre ella.

Sólo cuando salieron a la carretera abierta algo revoloteó entre los árboles asustado por su paso, un rápido batir de alas en la oscuridad. Erij lo miró con odio, el honrado asco de un ser humano hacia las cosas que infestaban este bosque.

Vanye había dejado hasta de temblar ante estas cosas. Marchó a buen paso, consciente que estaban dejando una buena pista para que Liell y sus hombres la siguiesen. Pero no podía evitarse. Sólo había un camino rápido al corazón de Hjemur y estaban sobre él.

El negro estaba esforzándose. Era imposible hacer avanzar más al animal, castigado como había sido en el camino a Ivrel. Y por fin, Vanye recogió las riendas, volvió la vista atrás y pensó en detenerse. Era un lugar incómodo, había bosque a un lado y rocas altas al otro.

—Movámonos —dijo Erij.

—No voy a matar este caballo —protestó Vanye, pero mantuvo al animal al paso, Erij espoleó entonces su caballo, y el negro, obediente, igualó el ritmo. Vanye controló su temperamento y esperó que el animal resistiese hasta las puertas de Ra-Hjemur.

Y llegaron a nieve pisoteada, donde una carretera inesperada se interceptaba con la suya formando un ángulo en dirección a Ivrel. Hombres a caballo, a pie. La huella pequeña de los norteños. Hjemurinos mezclados con las huellas más grandes de los andurinos.

Y sangre sobre la nieve y cuerpos abandonados sobre la carretera.

Vanye desmontó, aunque Erij le ordenó lo contrario. Ignoró a su hermano y fue rápidamente de un cuerpo a otro para verles las caras. Eran lethenos. Los otros tres eran los pequeños hombres oscuros de Hjemur, uno pálido como los qujal. Le inundó el alivio.

Erij siseó, llamando su atención. De repente hubo un movimiento, un crujido en

la nieve y un chocar de las rocas, y salió de sus pensamientos para ver una sombra oscura cernirse sobre él, sobresaliendo del muro que ceñía la carretera.

Corrió, saltó hacia el caballo, se arrojó sobre la silla y el espantado animal echó a correr. Recogió las riendas torpemente y se inclinó sobre la silla al igual que Erij.

—Erij —le dijo entrecortadamente cuando pudo—, hjemur ha llegado por detrás. Pero Leth y Chya Liell están delante. Los Hjemurinos no pudieron contenerlos. Calma, calma, o nos encontraremos con ellos.

—Entonces —dijo Erij—, tendremos un enemigo menos.

Morgaine y Roh de paso, si es que todavía vivían. Erij, que blandía la espada, les mataría igual que a Chya Liell y a los lethenos. El pleito de sangre entre Nhi y Chya era antiguo y bien ejercitado. Mientras el que tenía con Morgaine era tan reciente como Irn-Svejur, y todavía estaba reciente.

—Dame una espada —le pidió a Erij—, si no la de ella, algún arma —porque no tenía ni una daga.

—No a mis espaldas —dijo Erij, insultando el juramento que había entre ellos. Pero ese era su privilegio y no debilitaba el juramento.

Vanye apretó los labios colérico y le aguantó, considerando a Erij un loco al forzar de esta manera a los caballos, por cabalgar sin protección detrás de un grupo que contenía a Morgaine después de su amarga lección en Irn-Svejur. Lamentó su juramento por un nuevo motivo: que Erij les mataría a los dos y entregaría Bebé Robado al enemigo, más loco que Chya Roh y casi tan idiota.

La carretera era retorcida. No se podía ver más allá de los recodos, los árboles y las rocas impedían la vista a la derecha, los árboles casi ocupaban la carretera a la izquierda.

Y se encontraron inevitablemente con la retaguardia de la columna de Liell. Los hombres, alertados por el ruido que hacían, preparados para recibirlos con un muro de lanzas, una sombra erizada en la oscuridad.

Erij arrancó Bebé Robado de su funda, dejándola caer y perderse, sin vacilaciones. Espoleó al indeciso caballo y le condujo contra las lanzas, mientras la espada ardía opalina y una peculiar oscuridad rutilante aparecía en su punta. Los lethenos que la tocaban se desvanecían rápidamente, otros huyeron; algunos pocos cerraron filas con nueva determinación cuando Vanye intentó abrirse paso. En vez de eso, desde el declive cayeron cuerpos oscuros, vestidos con pieles, interponiéndose en su camino en gran número, hjemurinos que aullaban sus aterradores gritos. En su última visión clara de la columna vio una mancha blanca, Siptah entre los caballos. Y los jinetes de Leth comenzaron a huir, abandonando a los que iban a pie, quizá conscientes de lo que les perseguía.

Cuerpos oscuros ocuparon el espacio intermedio. Vanye espoleó su caballo, mientras él y el animal eran derribados a un tiempo. Una lanza le golpeó las costillas

y le hizo bastante daño. Desarmado, agarró la lanza con las dos manos e intentó arrebatársela a su dueño.

Entonces el caballo se derrumbó y se vio rodeado de brazos, arrastrándole al suelo a un tiempo. Una espada brilló y rebotó de su malla, sorprendido a su potencial asesino. Otros lo intentaron con idénticos resultados, dejándole moraduras y sin aliento. Estaba cubierto por cuerpos y sumergido en la oscuridad.

Y repentinamente puesto en libertad.

Intentó ponerse de pie, todavía atontado, y se cayó de bruces sobre la nieve manchada. Había gritos en sus oídos, luego silencio, el aullido del viento hueco y también abruptamente silenciado.

Se levantó sobre una rodilla al acercarse a él el sonido de pasos, miró torpemente a Erij, quien sostenía la espada enfundada en la mano. No se veían cadáveres ni a los hjemurinos, sólo a ellos y a los caballos juntos de pie.

Rápidamente se volvió para mirar la dirección en que habían partido los jinetes. Tampoco había nada que ver allí.

—Los jinetes —preguntó Vanye—. ¿Fugitivos o muertos?

—Fugitivos —respondió Erij—. Si no te hubieses caído... eso debe ser tu sangre Chya, levántate.

Se levantó, ayudado inesperadamente por la mano de Erij. Y se quedó sorprendido al examinar de cerca a su hermano. La misma expresión oscura que había conocido en Ra-Morij, la cólera mezclada con algo violento. Pero la mano que le sostenía era firmemente amable.

—¿Por qué te quedaste por mí? —le espetó Vanye, que en verdad sospechaba que había algún sentimiento fraternal en el hombre—. ¿Tanto deseas tu venganza? —Los labios de Erij temblaron por la cólera.

—Bastardo que eres, no dejaré ni la basura de Nhi para Hjemur. Monta.

Y por lo contradictorio que era Erij, le golpeó y le empujó a un tiempo. No un cachete, sino un golpe que le puso de pie, mareado como estaba. Vanye tomó fuerzas para levantarse, siguió a Erij y se detuvo cuando el propio mandoble de Erij golpeó la nieve frente a él. Lo recogió sin vacilaciones.

Y ahí estaba Erij sobre su caballo, mirándole con odio y miedo a un tiempo.

Si no hubiese conocido a Erij, habría pensado que estaba tan loco como Kasedre. Pero repentinamente reconoció el sentimiento. Uno antiguo y conocido. Erij, en verdad, le temía. Mutilado por él, su anterior habilidad segada, Erij temía. Y probablemente se despertaba en medio de la noche con sueños como los que el propio Vanye tenía. Sueños con Rija, con Kandrys, con una mañana en la armería.

Padre amaba la perfección, le había dicho Erij una vez. Odiaba dejar Nhi a un mutilado.

Tampoco me perdonó a mí, por ser entre sus dos hijos legítimos, el que sobrevino.

Y ser menos que perfecto después.

Pero Erij había tenido suficiente inteligencia para armarle, a pesar de todas sus inclinaciones en contrario. Un manco entrando solo en Hjemur... tenía menos miedo de morir que de parecer débil.

Vanye se inclinó con torpe respeto ante su hermano.

—Probablemente muramos —dijo con la seguridad de la culpa en su corazón—. Déjame Bebé Robado. Te juro que lo haré yo mismo. Lo que pueda hacer un hombre portando esa cosa, lo haré. Te entregaré Ra-Hjemur si sobrevivo y, si no, será imposible de todos modos. Erij, es de veras. Te debo esto.

Erij soltó una risa corta y nerviosa, y guardó su brazo sin mano detrás de él.

—Tu gratitud es innecesaria, hermano bastardo. Lo cierto es que dejé caer la funda y volví por ella.

—Volviste a tiempo. —Vanye insistió tercamente—. Erij, no lo conviertas en nada. Sé lo que hiciste y te digo que haré esto.

—Eres experto en traiciones y no voy a confiar en ti, especialmente en lo que a ella concierne. Estás intentando retrasarme y este es el fin de la cuestión. Monta.

No podía seguir el camino que Erij marcaba. Estuvo a punto de caerse, cuando tomaron una cuesta resbaladiza. Se agarró con fuerza, pero se le cayó una rienda. Como consecuencia, el caballo se detuvo al llegar al fondo, al estar bien entrenado se quedó parado, con los costados temblando entre sus rodillas. Y Vanye se inclinó lentamente sobre la silla, intentando aclararse la vista y sin intentar siquiera recuperar la rienda.

Erij se acercó, golpeó su caballo y lo puso en marcha. Se agarró, pero el caballo se detuvo de nuevo, e ignorando a Erij empleó sus últimas fuerzas para desmontar y andar, conduciendo su caballo hacia un lugar en que la roca plana prometía un sitio en que sentarse y descansar. Andaba como un borracho y sentía tanto dolor que se desplomó, más que sentarse, al llegar. Se quedó tumbado de lado, con los miembros encogidos ante el frío y sencillamente ignoró los intentos de Erij de levantarlo. Un tiempo para que el dolor abandonase sus entrañas era todo lo que pedía.

Erij tiró de él bruscamente, y Vanye se dio cuenta por fin de que estaba intentando apoyar su cabeza sobre su brazo sin mano. Y él mismo tomó el frasco de vino y bebió.

—Estás congelado —dijo Erij distante—. Levanta, levántate.

Comprendió entonces que Erij estaba intentando colocar su capa alrededor suyo y se apoyó contra su hermano. Se calentó con él, hasta que por fin sus maltratados músculos empezaron a tensarse en reacción frente al frío.

—Bebe —dijo Erij. Él bebió. Entonces durmió brevemente.

Pretendía que fuese breve, sólo una cabezadita. Pero se despertó con el sol calentándole. Y Erij sentado cerca de él, con Bebé Robado entre los brazos, en la

postura en que solía descansar Morgaine. Erij no dormía. El primer movimiento de Vanye le puso alerta y con los ojos afilados por las sospechas.

—Hay comida —dijo Erij al rato—. Monta ya, que comeremos en la silla. Ya hemos desperdiciado suficiente tiempo.

No protestó ante la orden, sino que arrastró sus miembros doloridos y obedeció. Había un filo en el viento cuando salieron del repliegue de la colina. Se alegró del trago de vino que Erij había compartido con él, del pan que se hacía migas y del queso fermentado. La comida le dio fuerzas. Miró a su hermano a la luz del día y vio a otro hombre igualmente descuidado, ojeroso, de pómulos salientes y sin afeitar. Pero a un paso razonable, y con provisiones suficientes, sus posibilidades de alcanzar Ra-Hjemur eran mejores de lo que él había pensado la noche anterior.

—Les irá un poco mejor que a nosotros —le dijo a Erij—, delante nuestro como van... todavía tiene que haber un límite para sus caballos y para su fuerza.

—Es posible que les alcancemos —dijo Erij— es posible al menos.

Erij parecía sobriamente cuerdo al haberse agotado los impulsos de la noche. Por un momento parecía haber hasta una disculpa implícita en su tono. Vanye se agarró a ella inmediatamente.

—Estoy más fuerte —dijo Vanye—, podría continuar. Escúchame, has hecho una especie de reclamación sobre mí, y, una vez que esté libre de mi juramento, defenderé tus intereses en ese extremo. Tomaré Ra-Hjemur por ti.

—Y, por supuesto, la bruja te lo permitiría.

—Ella no tiene ambiciones respecto a Ra-Hjemur. Sólo ajustar cuentas con Thiye y seguir su camino. No volverá. No es una amenaza para ti, en absoluto. Erij, te lo ruego, humildemente te lo ruego, no intentes matarla.

—Tienes que pedir esto, siendo ilin de ella; y respeto eso. Pero sabiendo que, lógicamente, tendré que entrar contigo en Ra-Hjemur, no pondré esta espada en tus leales manos, hermano bastardo. Una vez estuve dispuesto a creerte, y eso me ha costado muy caro, en vidas y en honor. No volveré a cometer el mismo error dos veces.

Vanye decidió entonces que debía obtener la espada de Erij robándosela o por la fuerza, o engañar a Erij para que él mismo hiciese lo que debía hacerse: quebrantamiento de juramento y asesinato a un tiempo.

Y desde que había sabido de Morgaine lo que debía hacerse, había sospechado que la muerte sería la suya cuando obedeciese sus órdenes.

Su campo, orientado hacia su propia fuente de poder, conseguiría la ruina de todas las Puertas, había dicho ella. Arrójala a la propia Puerta o desenfúndala y tírala a través. De las dos maneras será bastante.

Bebé Robado se alimentaba de los Fuegos Brujos de Ivrel. El vacío negro que brillaba en la Puerta era la nada diminuta que temblaba en su punta, que tomaba

hombres enteros y los arrojaba a través, vientos que soplaban hacia cielos en que los hombres no podían sobrevivir, como el dragón había perecido en la nieve... Otros cielos en los que nunca amanecía. Bebé Robado apuntando a la Puerta sería la nada apuntada a la nada. El viento soplando contra el viento, desgarrando su propia sustancia y arrastrando todas las cosas dentro.

Incluso la propia Ra-Hjemur le seguiría con todo en su interior. La fuerza que había tomado a diez mil hombres en Irien no sería tan delicada de tomar un solo hombre si se desgarraba, destruyéndose a sí misma.

Pensó, con un escalofrío, en las caras que se alejaban, de quienes había visto absorbidos dentro del campo, el horror y la sorpresa, como hombres recién llegados al infierno.

Este sería su final, para los hijos supervivientes de Nhi Rijan, por todo su odio y su rivalidad.

Mantuvo su rostro apartado de Erij hasta que el viento hubo secado sus lágrimas, y se entregó por completo a la tarea que había jurado cumplir.

Se extendía ante ellos el mayor valle del norte y la fortaleza de Hjemur. Una tierra de pastos rodeadas de picos nevados, agradable a la vista, excepto por un lugar. Y ése se veía, desnudo y estéril, incluso a tanta distancia.

—Eso —dijo Vanye, señalando la fealdad y pensando en el desierto que las Puertas creaban en su torno— debe ser Ra-Hjemur.

Y forzando la vista imaginaba ver una colina que debía ser Ra-Hjemur desdibujado por la distancia.

No habían alcanzado a Liell después de todo. Ahí estaba la carretera y nada se movía sobre ella. Parecían estar solos en toda la región.

—Es demasiado hermoso —exclamó Erij—, demasiado abierto. A la luz del día me sentiría desnudo en esa carretera.

—¿De noche?

—Eso parece lo único inteligente.

—Puedo aconsejarte mejor —dijo Vanye persistente hasta el fin—, que aconsejarte que hagas eso.

Erij se le quedó mirando con una expresión tan asustada que Vanye sintió temor de ser descubierto. Casi esperaba alguna palabra brusca, alguna sospecha repentina.

—¿Qué es? —preguntó a Vanye, con tono de sincera curiosidad—. ¿Qué es lo que esperas abajo? ¿De qué te ha avisado?

—Hermano —dijo Vanye—, ambos tenéis mi juramento. Y si mi liyo legítima está con vida entre ellos... tengo una responsabilidad hacia Morgaine, otra hacia ti. Entre los dos seréis mi muerte y podría pensar con más claridad si no estuviérais en el mismo sitio, dispuestos a arrojaros mutuamente a la garganta uno del otro.

—Te concedo esto —dijo él—, que si no parece necesario matarla, no la mataré; nunca he matado a una mujer y no me gusta la idea.

—Te agradezco esto —dijo Vanye con sinceridad. Y entonces, pensando el Liell.

—Erij, si se plantea la captura... muere. Esas historias de la larga vida de Thiye son ciertas. Si te capturan, tu cuerpo seguiría gobernando Ra-Hjemur o Morija, pero sin tu alma.

—¿Verdad? —exclamó Erij suavemente.

—Por mi bien, tienes una aliada en Morgaine si sigue viva. Ayúdame a liberarla y nuestras posibilidades de vivir se convierten en mil veces mejores.

Erij se le quedó mirando con una expresión dura.

—Soy casi tan ignorante como tú —protestó Vanye—, no conozco la mitad de lo que hay abajo. Creo que ella sí. Y, por su propio bien, se pondría de nuestra parte. Es seguro que nadie más lo haría. Si vas a comenzar matando a nuestro único posible aliado, podrías, también, atarme de pies y manos porque soy suyo todavía por un tiempo..., las manos, de las cuales su ciencia es la mente. Y serías más sabio si utilizases las dos.

Erij no le contestó, aunque le pareció que estudiaba seriamente sus palabras mientras cabalgaban juntos hasta un lugar boscoso desde el cual no veían ya el valle.

—Descansaremos aquí un tiempo —dijo Erij— y nos acercaremos de noche. ¿Se resistirá Thiye a la entrada de Liell?

—No lo sé. Creo que Morgaine piensa que Thiye fue una vez el señor y Liell su sirviente, por lo menos en Irien, y que tuvieron alguna pelea. Pero si Liell le lleva a Morgaine a Thiye, ella puede ser la llave que le abra las puertas. Y entonces, si las mismas ambiciones mueven al qujal que al humano, que no lo sé, puede que haya traiciones, y tendremos aquel que gane la baza para hacernos frente, Thiye o Liell. Creo que es posible que Liell haya estado esperando largo tiempo la llave que le abriría Ra-Hjemur. Pero ésta es mi idea. Morgaine no dijo nada de su punto de vista sobre los planes de ellos. Él añadió, mientras Erij estaba quieto sobre su caballo escuchando:

—No sé si Thiye es un qujal o un ser humano que ha empleado a un qujal como sirviente y está a punto de cosechar su recompensa por entrometerse. Entrometido e ignorante, es lo que le llamó Morgaine y que los Fuegos Brujos no tienen un efecto saludable sobre nada viviente. Por alguna razón, si el rumor es al menos cierto, se ha permitido a si mismo envejecer.

Así que es posible que Thiye no sea un qujal en absoluto. Y Morgaine no lo es, pienses lo que pienses. Pero Liell lo es. Esta es la suma de todo. Thiye es el sujeto de mi juramento, pero lo extiendo, sobre todo, a Liell. Y si eres listo, me dejarás.

—Quieres liberar a la bruja, eso es lo que es.

—Sí. Pero haciéndolo, mataré a Liell, quien representa una amenaza para nuestras

dos causas y quiero que me ayudes en eso, Erij. Quiero que comprendas que tengo asuntos en Ra-Hjemur que van más allá de Thiye. Y que liberar a Morgaine no es hacerte traición.

Erij desmontó, Vanye no lo hizo. Erij levantó hacia él su rostro, tensado por el sol invernal.

—Hay una conclusión clara de todo esto: guardarás mi vida y me ayudarás a tomar Ra-Hjemur para mí. Esa es la conclusión que importa.

—Me has tomado juramento —dijo Vanye con tristeza en el corazón— y sé que esa es la conclusión que importa.

No había luna y las nubes se movían sobre ellos. Por lo menos tenían esa ayuda.

Ra-Hjemur se erguía sobre una colina baja y estéril. Se trataba, sin duda, de una fortaleza de los qujal porque era sencillamente un vasto cubo. Sin adornos, sin torres ni muralla ni ninguna otra defensa evidente a la vista. Un sendero de piedras conducía hasta su puerta. Sobre él no crecía la hierba, aunque de todos modos no crecía hierba en ninguna parte de la colina.

Se agazaparon un rato en el borde del otero donde habían dejado los caballos, simplemente vigilando el lugar. No había señal de vida.

Erij le miró como consultando su opinión.

—La espada puede forzar la puerta, pero ten cuidado con las trampas, hermano. Y recuerda que voy detrás tuyo. No me gustaría morir por el mismo accidente que Ryn.

Erij inclinó la cabeza, indicando su asentimiento; se deslizó entonces de su escondite buscando otras sombras. Vanye le siguió deprisa. No fueron directamente hacia la puerta, sino bajo los muros, y desde las sombras se dirigieron a la puerta.

Estaba grabada con runas en sus ejes de metal, pero la puerta era de madera y hierro, como la puerta de muchas fortalezas ordinarias. Y cuando Erij desfundó Bebé Robado y la tocó con su negro campo en los goznes. El aire resonó con el gruñido del metal. Las puertas se separaron de sus goznes y también sus pilares, y las piedras rugieron al ser arrancadas de la sillería. El polvo les ahogó y, cuando se hubo aclarado, una masa de escombros bloqueaba parcialmente la entrada.

Erij miró brevemente la destrucción que había provocado y entonces trepó sobre los escombros y buscó el interior de aquel lugar lleno de ecos que ardía con luces que no le proporcionaba ningún fuego.

Vanye corrió detrás, sudando de miedo, cogiendo al pasar una roca bastante grande, y mientras Erij comenzaba a volverse la aplastó contra la base de su cráneo cubierto con un casco. No fue suficiente. Erij perdió el equilibrio, pero todavía medio consciente se levantó con la espada.

Vanye la vio venir, se agachó para evitar el temblor y dio una patada al brazo de Erij que arrancó de él un grito de dolor. Y la espada cayó.

La recogió y bajó la vista a su hermano, cuyo rostro se retorcía de furia y dolor. Erij le maldijo, con tanta deliberación e inteligencia que se le heló la sangre en las venas.

Tomó la funda de Erij, que no se resistió. Y llevado de un impulso de pena hacia su hermano le arrojó su propio mandoble.

Las flechas volaron.

Oyó cómo las disparaban antes de volverse, y supo que venían de las escaleras. Pero Bebé Robado en su mano protectora las llevó fácilmente a otra parte y ambos resultaron incólumes. Conocía las propiedades de la espada, había visto a Morgaine manejarla y conocía formas de utilizarla que Erij no imaginaba. Erij podría haber recibido un flechazo fácilmente.

Y quizá Erij comprendió el hecho, o comprendió que continuar con su discusión privada podría resultar fatal para los dos. Erij recogió el mandoble, con una promesa brillándole en los ojos, y empezó a seguir a Vanye.

Matar a un hombre por la espalda era tarea fácil, aunque llevase armadura. Pero Erij necesitaba más que una mano para hacerlo, lo arriesgaba todo en ello.

Y rápidamente olvidó la amenaza de Erij anonadado por el extraño lugar. Casi perdió el aliento al pensar en el tamaño del salón, en la multitud de puertas y escaleras, Morgaine le había enviado aquí ignorante. Y no cabía otra cosa que hacer que buscar en cada habitación, en cada escondite, hasta que encontrase lo que buscaba o sus enemigos encontrasen su espalda.

Aparte de eso, Bebé Robado emitía un brillo más brillante al ser sujetado ante él, y al levantarlo corrían impulsos por la empuñadura dragón, de tal manera que parecía estar vivo.

Con cuidado, con Erij siguiéndole, tomó las escaleras al nivel superior.

Encontró un salón muy parecido al de abajo, excepto que en su extremo había una puerta de metal hecha con un material brillante muy parecido al de los pilares de los Fuegos Brujos. Bebé Robado comenzó a emitir un sonido, un murmullo que taladraba los huesos y que se hizo más fuerte conforme se aproximaba, sus huesos le dolían. Corrió hacia la puerta, pensando que la velocidad sería la mejor defensa frente a un ataque de Hjemur. Y se quedó congelado cuando aquella gran puerta se abrió un poco para recibirlo.

Y se quedó todavía más sorprendido por el panorama, de metal brillante y luz, que se extendía en la distancia, con colores brillantes y zumbando con el poder de los propios fuegos. Bebé Robado latía, su brazo estaba dolorido de sostenerlo.

Su campo, centrado hacia su propia fuente de poder, resultaría en la ruina de todas las Puertas.

El pulso de los poderes enfrentados subió por su brazo hasta su cerebro. No sabía si el grito de la espada estaba en el aire o en sus propios sentidos asaltados.

La levantó esperando morir, descubrió con sorpresa que no era peor, menos cuando la inclinaba hacia la derecha. Entonces, el dolor aumentaba.

—Vanye —le gritó Erij sujetándole el hombro. Vio el miedo puro en el rostro de su hermano.

—Este es el camino —le dijo Vanye—. Quédate aquí, vigíleme las espaldas —pero Erij no lo hizo, notó la presencia de su hermano cerca de él al entrar en el salón.

Ahora comprendió. Le había resultado muy contrario a la naturaleza cuidadosa de Morgaine esperar que él hiciese algo tan importante con tan pocas instrucciones. No había habido necesidad. La propia espada les guiaba mediante impulsos de sonido y dolor. Después de un rato de recorrer el pasillo brillante, obra de los qujal, el sonido borró sus otros sentidos hasta que sólo les quedó la vista.

Y ante sus ojos se alzó un viejo, calvo y arrugado, vestido con una túnica gris, que extendió las manos hacia ellos y pronunció palabras que no podían oírse. La sangre manchaba su anciano rostro.

Vanye levantó la espada, amenazándole con la temible punta, pero la visión no se desvanecía, bloqueaba su camino con su propia vida.

Thiye, le dijo algún sentido. Thiye, Thiyez, señor de Hjemur.

De repente, el viejo cayó, agarrando el aire, y había una flecha en las túnicas de su espalda. Y la roja sangre extendiéndose.

Una figura quedó visible detrás, en la habitación, el joven señor de Chya, vestido de gris y verde, bajando su arco. Con prisa repentina, y jadeante, Roh se dirigió hacia ellos, echándose el arco tensado a la espalda.

Vanye buscó la funda de Bebé Robado inmediatamente, con la esperanza naciendo dentro de él. El silencio repentino en el aire, cuando aquella punta encontró su refugio natural, fue impresionante. Sus oídos maltratados apenas podían oír la voz de Roh. Notó las manos ansiosas de Roh agarrarle, distanciado incluso de esa sensación.

—Vanye, primo —gritó Roh, haciendo caso omiso de la amenaza que representaba Erij, su enemigo de sangre, de pie junto a ellos con la espada desenvainada.

—Primo, Thiye y Liell están enfrentados. Morgaine escapó de los dos, pero...

—¿Está viva? —preguntó Vanye.

—Viva en verdad, bien viva. Tiene la fortaleza y planea destruirla. Vamos, vamos. Abandonemos este lugar. Se vendrá abajo, piedra sobre piedra. Corramos.

—¿Dónde está ella?

Los ojos de Roh hicieron un gesto hacia arriba, hacia las escaleras.

—Se ha hecho fuerte ahí arriba, con sus armas de nuevo en su poder y dispuesta a matar a cualquiera que se ponga a su alcance. No intentes alcanzarla, Vanye. Te matará a ti también. Está loca. No se puede razonar con ella.

—¿Liell?

—Muerto. Están todos muertos, y la mayoría de los sirvientes de Thiye han escapado. Estás libre de tu juramento, Vanye. Escapa de este lugar. No es necesaria tu muerte.

Los dedos de Roh tiraron de él, sus ojos oscuros llenos de agonía. Pero, de repente, Vanye rompió la sujeción y empezó a correr escaleras arriba. Entonces miró atrás. Roh vaciló y súbitamente empezó a correr en dirección contraria, desapareciendo rápidamente en la seguridad de las escaleras de bajada, un fantasma vestido de verde. Erij miró en ambas direcciones, como dividido. Entonces empezó a correr escaleras arriba, con el mandoble en la mano, y lo apuntó a Vanye, con ojos salvajes.

—Thiye ha muerto —dijo él—. Está muerto. Tu juramento a la bruja está cumplido. Ahora deténla.

La realidad de aquello le golpeó como un martillo. Miró a Erij impotente, reconociendo la justicia de los que le pedía, intentando decidir dónde residían en verdad sus obligaciones. Entonces apartó todo y dejó de pensar. Su deber hacia ambos consistía en alcanzar a Morgaine a la mayor velocidad posible.

Se dio la vuelta y corrió subiendo las escaleras de dos en dos. Llegó jadeante a otro salón como el de abajo.

Y se enfrentó a Morgaine, sana y salva como Roh les había dicho, y apuntándoles a ambos con la mortífera arma negra que sostenía en la mano.

—¡Liyo! —gritó, y levantó su mano vacía, como si simplemente eso pudiera evitar el daño, mientras con la otra arrojaba Bebé Robado a sus pies.

—¡No! —gritó Erij con furia, pero se mordió el labio al ver cómo ella levantaba la espada enfundada, sin dejarles de apuntar con el arma negra. Que luego bajó.

—Vanye —dijo ella—, dichosos los ojos.

Y se reunió con ellos y empezaron a bajar por las escaleras que habían venido, colocando cuidadosamente a Vanye a su espalda, quien resumió de golpe lo que ella había pretendido averiguar discretamente.

—Thiye ha muerto.

Los ojos grises de ella adoptaron una expresión inesperada de agonía.

—¿Obra tuya?

—No. De Roh.

—No, de Roh. Thiye me liberó, al ser esa su única esperanza de derrotar a Liell y conservar su vida. Me dio esta débil posibilidad. Le habría salvado la vida si hubiese podido. ¿Esta Roh abajo?

—Corrió diciendo que pretendías destruir este lugar.

—Una horrible sospecha se apoderó de él. —¿No era Roh, verdad?

—No. Roh murió en Ivrel, ocupando tu lugar.

Y ella echó a correr escaleras abajo, parándose sólo para tomar las esquinas con cuidado y llegó el terrible salón de diseño qujalín.

Estaba vacío, salvo por el cadáver de Thiye en medio del charco de sangre que aumentaba. La cólera se revolvió en su interior ante la burlona traición a la que le había sometido Liell, y miedo ante lo que Morgaine pudiese planear hacer con estos extraños poderes.

Llegó al fondo del salón, donde se alzaba un pilar doble de luces, y dejó la espada sobre el mostrador un instante, mientras su mano trazaba con pulso firme, producto de la práctica, un dibujo entre las luces. De las paredes salió un sonido como el trueno, voces fantasmas les murmuraron en idiomas extraños. Brillaron luces a lo largo de los pilares, que empezaron a latir a un ritmo cada vez más agitado.

Hizo que todo se detuviese con un rápido movimiento de una mano y se apoyó contra el mostrador con la cabeza inclinada, como alguien que hubiese sufrido un golpe mortal.

Entonces se volvió y levantó la cabeza, sus ojos se fijaron firmemente en Vanye.

—Tú y tu hermano debéis abandonar este lugar lo más rápidamente posible. Liell dijo la verdad en una cosa: va a ser destruido. La máquina está programada de una manera en la cual yo no puedo liberarla. Ra-Hjemur será escombros en el tiempo que un jinete tarda en llegar a Ivrel. Eres libre de tu juramento. Lo has pagado todo. Adiós.

Y con eso le rozó y se dirigió a lo largo del pasillo velozmente, caminando hacia las escaleras.

—¡Liyo! ¿Qué estás haciendo? —le gritó, deteniéndola.

—Ha encajado la Puerta, dejándola abierta en un lugar de su elección y voy a seguirle, no tengo mucho tiempo. Me lleva bastante ventaja y seguramente sólo ha dejado el que le parecía necesario para él. Pero es cobarde este Liell. Y espero que se haya dejado demasiado margen, demasiado favorable.

Y con eso se volvió de nuevo y empezó a andar, cada vez más deprisa, hasta que echó a correr.

Vanye empezó a andar.

—Hermano —le recordó Erij. Él se detuvo. Ella desapareció por las escaleras.

Entonces desapareció el último eco de sus pasos, y se volvió necesariamente para afrontar la cólera de su hermano, reflejada en su rostro. Se arrodilló en el frío suelo y apretó la frente contra él, rindiendo la debida reverencia al juramento hacia su hermano.

—Tu humildad es un poco tardía. Levántate. Me gusta mirarte a los ojos cuando contestas preguntas —dijo Erij.

Así lo hizo.

—¿Dijo ella la verdad?

—Sí. Creo que era la verdad. Y si lo dudas, dúdalo a la distancia de un día cabalgando de aquí. Si lo ves en pie, entonces no era verdad.

—¿Qué es esto de las Puertas?

—No lo sé. Sólo que, a veces, hay otro lado en los Fuegos Brujos. Y, a veces, no, y una vez que ella se vaya no estará en sitio alguno al que podamos llegar. Lo siento, no fue algo que ella explicase claramente. Pero no volverá. Ivrel es una Puerta que se cerrará cuando este lugar muera, y después no habrá más Fuegos Brujos, no más Thiyes, nada de magia en este mundo.

Miró a su alrededor a aquel lugar cuya complejidad era semejante a las entrañas de una gran bestia, pensó que sus venas eran conductos de luz y su corazón y su pulso brillaban y se apagaban lentamente.

—Si no deseas morir sugiero que sigamos su consejo y nos encontremos lo más lejos posible de aquí cuando ocurra.

Los caballos estaban donde ellos los habían dejado, pastando pacientes en el alba gris la hierba rala, esperando como si no hubiese pasado algo inusitado ese día. Vanye examinó las cinchas y montó. Erij hizo lo mismo. Cabalgaron por la carretera más abierta y más veloz, parándose para mirar el gran cubo de Ra-Hjemur, que parecía, con su puerta rota, un monstruo que hubiese recibido su herida mortal.

Entonces partieron juntos hacia Morija.

—Ya no hay un señor en Hjemur —dijo Vanye, por fin—. Tú y Baien sois los únicos señores de las familias que quedan con alguna estatura. Está a tu alcance la corona de emperador sin recurrir a magias qujalinas, después de todo. Y quizá esto sea lo mejor para la gente humana.

—El señor de Baien es anciano —dijo Erij— y tiene una hija. No creo que desee una guerra para amargar su ancianidad y arruinar su tierra. Posiblemente pueda fraguar una alianza con él. Y Chya Roh no dejó herederos, su gente representará un problema menor. La señora de Pywn es una Chya, y con los Chya de Koris en nuestras manos se someterá. —Erij parecía casi animado estudiando sus perspectivas y tomándose a la ligera varias guerras.

Pero Vanye miró de nuevo la carretera hacia delante, hasta donde se perdía de vista. Y volvió la mirada al sur, esperando fervientemente verla, por lo menos en su mente, como cuando había cabalgado aquella tarde saliendo de la Puerta de Aenor-Pywn.

—No me haces caso —le acusó Erij.

—Conforme —respondió él, parpadeando y rompiendo el hechizo, mirando de nuevo a Erij.

Y a partir de entonces vio a Erij mirarle con curiosidad, y había una amargura creciente en su cara, como si cualquier alianza que les convirtiese en hermanos se estuviese haciendo pedazos en este amanecer de Ra-Hjemur. Tuvo poca esperanza de

paz, al ver ese cálculo volverse cada vez más serio.

—Sólo quedamos nosotros con sangre de familia elevada en Morija Dijo Erij al mediodía, cuando el sol casi calentaba y cabalgaban rodilla con rodilla.

Oh, cielo, pensó Vanye mirando los bosques y las colinas con arrepentimiento, aquí viene. Porque él hacía largo tiempo que había llegado a la conclusión a la que, sin duda, llegaría Erij: que, siendo enemigos, Erij estaba loco ostentando un prisionero de buena familia en Morija. Sin Ra-Hjemur para asentar su gobierno, no era lo bastante fuerte como para soportar una mancha en su honor... o a un rival. Las ambiciones políticas revolotearían en torno al bastardo Chya como moscas en torno a la miel. Las conclusiones a las que Erij había llegado no eran, sin duda, honorables. Mejor meditarlas en la oscuridad de la noche que en un día tan brillante.

—Aun siendo bastardo, podrías convertirte en una amenaza para mí, si te lo propusieses. No hay señor en Chya. Se me ocurre que, hermano bastardo, eres el heredero de Chya, si la reclamases. Y ningún señor puede ser reclamado como ilin.

—No he reclamado a Chya, no creo que pudiese hacerlo —dijo Vanye—, y no entra dentro de mis planes.

—Te preferiría a ti antes que a mí, sin ninguna duda —contestó Erij—. Y eres, de todos modos, el hombre más peligroso para mí de todo el Andur-Kursh, mientras vivas.

—No lo soy porque respeto mi juramento. Y tú no valoras lo bastante tu honor como para respetar el mío.

—No respetaste tu juramento en Ra-Hjemur.

—No estabas en peligro de Morgaine. No tenía que hacerlo.

Erij le miró largo rato y se dirigió a él.

—Dame tu mano —le dijo, y Vanye, asombrado, le cogió la mano izquierda. Su hermano se la apretó de una manera amistosa.

—Márchate, si vuelvo a oír hablar de ti después de esto te cazaré..., o si vienes a Morija, te reclamaré y haré que trabajes ese año que debes. Pero no creo que vayas a Morija.

He hizo un gesto de asentimiento ante el camino que tenía delante.

—Ella te apresará... vete.

Vanye se le quedó mirando y luego agarró la mano, fuerte y seca, de su hermano. Y con más fuerza antes de soltarla.

Entonces espoleó su caballo apartando de su pensamiento cualquier idea de que estaba desarmado y de que Morgaine les habría sacado mucha ventaja durante la mañana.

Recuperaría esa distancia. La encontraría. Se dio cuenta mucho más tarde, y para su pena, que ni una sola vez había vuelto la vista atrás, que había cortado ese nudo gordiano con la mitad del dolor que pensó le habría costado a Erij dejarle marchar.

En ese acto, pensó que Erij había pagado por todo, deseó haberle dicho alguna palabra de agradecimiento.

Erij se habría burlado de esto.

No la encontró en la carretera. Al segundo día se apartó del camino que los dos habían empleado y tomó el que Liell había utilizado para llegar desde Ivrel, porque pensó que ése sería el que ella elegiría. Ivrel estaba próximo y no le quedaba tiempo para detenerse, aunque estaba dolorido a causa de la cabalgada y el aliento del caballo salía a grandes bocanadas. De tal manera que tenía que desmontar y empujar al caballo por las partes más empinadas del sendero. El retraso empezó a atormentarle y comenzó a creer que se había perdido, que la había perdido para siempre.

Y cuando por fin alcanzó la altura donde se alzaba visible el gran costado de Ivrel y el saliente desnudo de la montaña donde se elevaría la Puerta, llevó al caballo a toda la velocidad que éste podía soportar. Y trepó, a veces perdiendo de vista su objetivo, a veces encontrándolo de nuevo. Hasta que, por fin, entró en el bosque de pinos retorcidos y lo perdió por completo.

En la nieve había pisadas, las antiguas de muchos hombres y unos pocos animales, y algunas que no era bueno imaginar qué era lo que las había causado. Pero, aquí y allá, podía descubrir algunas nuevas.

Roh-Liell-Zri sobre su yegua negra y Morgaine tras su pista probablemente.

La respiración flotaba congelada a la luz del sol y el aire cortaba los pulmones. Puso por fin el caballo al paso, por la pena que le daba y exploró los pinos, negros y enfermizos, que la rodeaban. Recordando demasiado intensamente que estaba completamente desarmado. Y su caballo demasiado agotado para una escapada directa.

Entonces, en medio de los pinos, captó un vislumbre de movimiento. Un movimiento blanco bajo el brillo del sol y de la nieve, y fustigó su caballo, ganando la velocidad que pudo sobre el camino.

—¡Espera! —gritó él.

Ella le esperó. Él se colocó junto a ella, jadeante de alivio, y ella se inclinó sobre la silla y buscó la mano de él.

—Vanye, Vanye, no deberías haberme seguido.

—¿Vas a ir hasta el final? —preguntó él.

Ella elevó la vista hacia la Puerta, de nuevo la temblorosa oscuridad. Sobre ellos, a la luz del sol había oscuridad y estrellas.

—Sí —respondió ella, y luego bajó la vista hacia él—. No me entretengas más. Este seguirme es una tontería. No sé cómo se está comportando la Puerta, si nos conducirá al mismo lugar al que escapó Zri o si nos llevará a un lugar diferente. Y no me perteneces. Fuiste útil por un tiempo. Con tus códigos de ilyn, tus fortalezas y tus

parentescos... este es tu mundo, y necesitaba un hombre capaz de maniobrar las cosas tal y como yo deseaba. Has servido tu propósito. Y la cuestión queda zanjada. Eres libre y alégrate de ello.

Él no habló. Supuso finalmente que simplemente la miraba, hasta que notó cómo la mano de ella se apartaba de su brazo y se alejaba. La vio comenzar a recorrer la gran cuesta, con Siptah reacio en un principio. Tomó firmemente las riendas y comenzó a obligar al animal contra su voluntad, castigándole brutalmente hasta que decidió ir, tomó impulso para el gran salto en la oscuridad.

Y desapareció.

No somos valientes quienes jugamos a este juego con las Puertas; hay demasiado en juego que podemos perder, para permitimos el lujo de ser virtuosos o valientes.

Se quedó sentado quieto, por un momento miró a su alrededor, a la cuesta. Y estudió los árboles atormentados y el frío y la larga cabalgada hasta Morija, rechazado por ella, para rogar a Erij que soportase su presencia en Andur-Kursh.

Y había dolor en todas las direcciones menos en una. Y, como la espada, había conocido el camino a su propia fuente, sus sentidos se lo indicaron.

De repente clavó espuelas al caballo y empezó a conducirlo cuesta arriba. Sólo hubo una resistencia testimonial. Siptah había marchado, el negro entendía lo que se esperaba de él.

El abismo se abría ante él, negro y estrellado, sin el viento que antes había aullado. Sólo había una brisa suficiente para que él notase su presencia.

Y esa oscuridad, completa oscuridad y caída. El caballo empujó y se retorció debajo de él, buscando donde apoyarse.

Y lo encontró.

Estaban corriendo de nuevo, en una orilla con pastos, y el aire era cálido. El caballo relinchó sorprendido y se esforzó en correr.

Una pálida forma en la colina frente a él, bajo una luna doble.

—¡Liyo! —gritó—. ¡Espérame!

Se paró, mirando atrás, y desmontó para quedarse de pie sobre la colina.

Cabalgó hasta llegar junto a ella y desmontó antes que el agotado animal dejase de moverse del todo. Entonces vaciló porque no sabía si ella le recibiría con alegría o con enfado.

Pero se echó a reír y le abrazó. Y él la abrazó a ella, y la miró, estrechándola fuertemente contra sí. Y ella echó la cabeza atrás y le miró a él.

Era la segunda vez que él la había visto llorar.

Notas

[1] En la versión original, la espada de Morgaine se llama Changeling. Literalmente, niño cambiado por otro. Se refiere a la leyenda celta de que las hadas roban a los niños que no han sido bautizados, aprovechando un descuido de los padres. Se los llevan al País de las Hadas, como sirvientes, o los entregan como tributo al infierno, en algunas versiones. (Nota del traductor). <<